

Dorothy Dunnett

# LA ÚLTIMA TRAICIÓN

La jugada de las reinas II

Lectulandia

A Francis Crawford de Lymond, en su día proscrito y perseguido a todo lo largo y ancho de Escocia, María de Guisa, Reina regente de ese país, le encarga que viaje a Francia de incógnito con el fin de proteger a su hija, María Estuardo, de un posible intento de asesinato.

Después de introducirse en la corte francesa, ganarse el favor de la familia real, incluidos el rey Enrique II y la reina Catalina de Médicis, y conseguir desbaratar media docena de atentados contra la vida de la pequeña María, Lymond es traicionado y tiene que huir precipitadamente a Inglaterra. Allí averigua nuevos detalles sobre la conspiración para acabar con la vida de la pelirroja reina escocesa, y sabe que la única solución para conseguir salvarla es volver a Francia, a pesar de que allí el Rey ha puesto precio a su cabeza...

**Lectulandia**

Dorothy Dunnett

# **La última traición**

**La jugada de las reinas II**

ePub r1.0  
redde 30.04.14

Título original: *Queens'Play*  
Dorothy Dunnett, 1964  
Traducción: Paloma Delgado-Echagüe  
Ilustración de la cubierta: Alejandro Colucci

Editor digital: redde  
ePub base r1.0

---

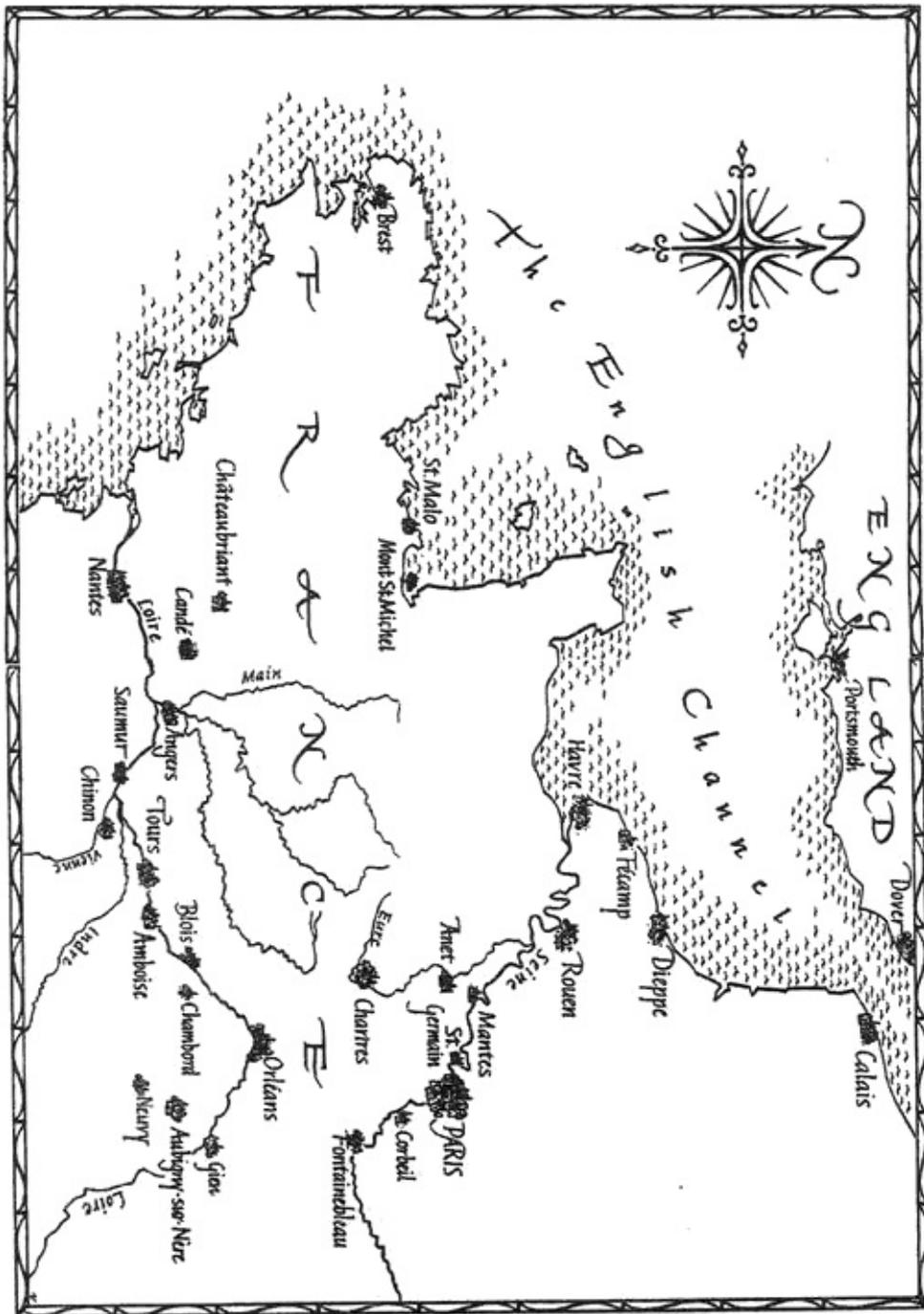
**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Dedicado a los Dunnetts, esperando que lo disfruten ya que van a tener que  
leérselo de cualquier manera.

GEORGE SINCLAIR DUNNETT  
ALASTAIR MACTAVISH DUNNETT  
DORIS MACNICOL DUNNETT PATERSON

El editor quiere dar las gracias a Liz Cochrane por su inestimable ayuda a la  
hora de entender la obra de Dorothy Dunnett.



## Personajes

**Estos, por nacimiento o por matrimonio, son algunos de los escoceses que tienen un papel en nuestra historia:**

MARÍA DE GUIZA, reina madre de Escocia y viuda del rey Jaime V

MARÍA REINA DE ESCOCIA, su hija de siete años

FRANCIS CRAWFORD DE LYMOND, señor de Culter

RICHARD CRAWFORD, tercer barón de Culter, su hermano

THOMAS ERSKINE, señor de Erskine, consejero mayor de la Reina y embajador especial

MARGARET ERSKINE, Fleming de nacimiento, su esposa

JENNY, LADY FLEMING, madre de Margaret Erskine e hija ilegítima del rey Jaime IV de Escocia. Institutriz de la pequeña reina María

LORD FLEMING, hijo de Jenny y hermano de Margaret Erskine

MARY y AGNES FLEMING, sus hermanas, damas de honor de la pequeña reina María

ARTHUR ERSKINE, uno de los hermanos de Tom Erskine

SIR GEORGE DOUGLAS, hermano del conde de Angus y tío de lady Lennox

SIR JAMES DOUGLAS DE DRUMLANRIG, su cuñado

MICHEL HÉRISSON, un escultor escocés residente en Ruán

BRICE HARISSON, su hermano, residente en Londres al servicio de Somerset, lord Protector de Inglaterra

**Estos son los irlandeses y sus partidarios:**

PHELIM O'LIAMROE, príncipe de Barrow, señor feudal de Slieve Bloom

THADY BOY BALLAGH, su bardo

PIEDAR DOOLY, su sirviente

THERESA BOYLE, una viuda irlandesa residente en Neuvy

OONAGH O'DWYER, su sobrina

CORMAC O'CONNOR, heredero de Brian Faly O'Connor, capitán Offaly

GEORGE PARIS, un agente

**Estos, por nacimiento, trabajo o adopción, son los franceses:**

ENRIQUE II, rey de Francia

CATALINA DE MÉDICIS, su Reina

DIANA DE POITIERS, duquesa de Valentinois, su amante

FRANCISCO, Delfín de Francia, su heredero, prometido de María reina de Escocia

ISABELLE y CLAUDE, sus hijas pequeñas

MARGARITA DE FRANCIA, su hermana

ANNE DE MONTMORENCY, mariscal, gran maestro y condestable de Francia

FRANÇOIS DE GUISA, segundo duque de Guisa, hermano de la reina madre de Escocia

CHARLES DE GUISA, segundo Cardenal de Lorraine, su hermano

CLAUDE DE GUISA, duque de Aumale, su hermano

DUQUE DE LONGUEVILLE, el hijo del primer matrimonio de María de Guisa, nacido en Francia

JOHN STEWART, lord d'Aubigny, antiguo capitán de la Guardia Real de los Arqueros escoceses en Francia y hermano del conde de Lennox

ROBIN STEWART, miembro de la Guardia Real de Arqueros escoceses

LAURENS DE GENSTAN, Ídem

### **Cortesanos:**

JACQUES D'ALBON, mariscal de St, André

LOUIS DE BORBÓN, primer príncipe de Condé

JEAN DE BORBÓN, señor d'Enghien, su hermano

FRANÇOISE DE VENDÔME, vidame de Chartres

### **Empleados de la Real Casa de fieras de Francia:**

ARCHEMBAULT ABERNACI

PIERRE DESTAIZ

FLORIMUND PELLAQUIN

### **Otros personajes:**

THOMAS OUSCHART, un funambulista

MAESE GEORGES CAULTIER, un usurero de Blois

LA DAMA DOUBTANCE, astróloga, residente en Blois

RAOUL DE CHÉMAULT, embajador francés en Londres

JEHANNE DE CHÉMAULT, su mujer

### **Y estos, por nacimiento, matrimonio o adopción, son los ingleses:**

JOHN DUDLEY, conde de Warwick, conde mariscal de Inglaterra

MATTHEW STEWART, conde de Lennox, hermano de lord d'Aubigny

MARGARET LENNOX, Douglas de nacimiento, su esposa, y sobrina del difunto

Enrique VIII y de sir George Douglas

WILLIAM PARR DE KENDALL, marqués de Northampton, gran chambelán de Inglaterra y jefe de la embajada inglesa en Francia

THOMAS BUTLER, conde de Ormond, un irlandés residente en Inglaterra integrante de la anterior embajada

SIR GILBERT DETHICK, caballero de la Orden de la Jarretera

SIR JOHN PERROT, hijo ilegítimo del difunto rey Enrique VIII

SIR JAMES MASON, embajador inglés de Francia, retirado

## Pequeño resumen de VENENO EN LA CORTE

Francis Crawford de Lymond viaja a Francia haciéndose pasar por un bardo irlandés al servicio del príncipe O'LiamRoe con el fin de cumplir la misión que le ha encomendado María de Guisa: proteger a su hija, la princesa María Estuardo, prometida con el Delfín de Francia. La reina madre de Escocia sabe que hay muchos que no desean que ese enlace llegue a producirse.

Desde que Lymond, disfrazado de Thady Boy Ballagh, abandona Irlanda con O'LiamRoe y durante su estancia en Francia, príncipe y bardo se ven envueltos en una serie de accidentes que llevan a Lymond a sospechar que alguien conoce su verdadera identidad. Mientras tanto, Lymond cumple a la perfección su papel de bardo alcohólico y excéntrico y conquista a la Corte francesa y al mismísimo Enrique II con su arte en el laúd, su voz prodigiosa y sus increíbles ocurrencias.

Su oportuna intervención en unos festejos en Ruán salva la vida de la pequeña María y pone en contacto a Thady Boy Ballagh con Abernaci, el cuidador de la Casa de Fieras del Rey, que resulta ser el hermano de un antiguo lugarteniente suyo.

Lymond se encuentra bastante solo para lograr su objetivo de descubrir a los asesinos y salvar a la pequeña María de lo que ya es claramente una conjura para matarla. De entre los que conocen su verdadera identidad, la Reina madre le ha avisado de antemano de que no puede contar con ella, y el príncipe O'LiamRoe, un ser bastante original, está más preocupado por conquistar a su bella compatriota, la irlandesa Oonagh O'Dwyer, que en mezclarse con los asuntos del disoluto bardo.

Oonagh se encuentra en Francia en casa de su tía con el propósito aparente de encontrar marido, pero Lymond sabe que sus intenciones son otras, por lo que intenta separarla del príncipe O'LiamRoe, lo que acaba enemistándolos a ambos.

Desde su llegada a Francia, Thady Boy ha despertado la curiosidad primero y la admiración después de Robin Stewart, un arquero escocés al servicio de John Stewart d'Aubigny, que tiene encomendada la misión de escoltar al príncipe O'LiamRoe y a sus acompañantes, invitados por el rey de Francia al país galo. La relación entre arquero y bardo se va estrechando cada vez más. Juntos pasan diversas peripecias y entre ambos se establece una curiosa relación: el arquero, un hombre acomplexado y deseoso de ser aceptado en círculos más elevados, cree encontrar en Thady Boy Ballagh un amigo y mentor al que idolatra y del que no desea separarse. A través suyo, el bardo conoce a un escultor escocés afincado en Francia, Michel Hérisson, dueño de una imprenta clandestina con el que congenia.

Cuando Robin Stewart recibe la orden de viajar a Irlanda, le pide al bardo que le acompañe. La negativa de este afecta enormemente al arquero, que se siente traicionado, y la misma noche de su partida, Thady Boy es envenenado.

Lymond sufre una tremenda crisis y Margaret Erskine, la mujer de Tom Erskine,

que conoce su identidad y está en Francia como dama de compañía de la regente de Escocia, le ayuda a superarla y a salvar la vida y le acompaña durante parte de la espantosa noche hasta el amanecer.

Entonces es cuando Lymond le confiesa que sabe quién es el asesino...

# PRIMERA PARTE

## Londres: La emoción de ser la presa

La emoción de ser la presa resta la mitad, al igual que la emoción de ser controlado resta al caballo la mitad cuando la persona emocionada es alguien sensato.

- I. Blois: El molino en movimiento
- II. Amboise: Tiene lugar un accidente
- III. Blois: La angustia permanece
- IV. Londres: Rodeado por los lobos
- V. Londres: Una traición deliberada
- VI. Londres: La ortiga y el veneno
- VII. Londres: Promesa de ayuno

# I

## Blois: El molino en movimiento

El molino no se pone en marcha por sí solo. Alguien tiene que hacerlo. Justo es que quien lo ponga en movimiento sea quien asuma la responsabilidad<sup>[1]</sup>.

Margaret Erskine pasó las semanas que siguieron dividida entre numerosos frentes. El viaje de Stewart a Irlanda podría durar hasta un mes, y eso si no sufría algún contratiempo en su misión que retrasara su vuelta. Así pues, disponía de un mes de espera. Un mes viendo cómo Thady Boy volvía a sus excesos con la habitual inconsciencia y aparente desenfado. Un mes viendo cómo Jenny, la gloriosa Jenny, se dedicaba tranquilamente a rodearse de una corte propia de admiradores no precisamente desinteresados. En menos de cuatro meses nacería el bastardo real, su futuro medio hermano o media hermana. Margaret era perfectamente consciente de las reacciones que aquello estaba provocando entre el círculo de mujeres próximas al Rey. A Jenny, sin embargo, no parecía importarle demasiado dada la nula atención que les prestaba. Ella nunca había esperado ser tratada con especial deferencia. Asumía simplemente que, una vez la noticia se hiciera pública, esa deferencia llegaría por sí sola.

Por suerte, había transcurrido bastante menos de un mes cuando las silenciosas súplicas de Margaret, preocupada cada vez más por la suerte de Lymond, se cumplieron. Mucho antes de lo que ella se hubiera atrevido a esperar, Richard Crawford, tercer barón de Culter, acompañado de un séquito reducido pero selecto, llegaba a Blois obedeciendo al requerimiento real.

El mismo día de su llegada, por la mañana temprano, regresaba también a la corte John Stewart d'Aubigny. Volvía de una breve estancia en su castillo de La Verrerie, por lo que no estaba al tanto de las últimas noticias. Tan pronto como le fue posible, acudió a ver a Thady para preguntarle la razón por la que había partido O'LiamRoe. Le acompañaba George Douglas. El bardo se encontraba en la terraza jugando a los aros en compañía de un grupito de lo más eufórico. A la mirada especulativa de sir George no escaparon los ojos hinchados, la pérdida de peso y el aire general de abandono del joven. Al primer vistazo, Douglas llegó a la conclusión de que Lymond había estado enfermo de gravedad y que aún no se hallaba del todo recuperado.

Sin embargo, Thady Boy respondió a las cuestiones de d'Aubigny en su acostumbrado tono desenfadado.

—¿Acaso desconfiáis de la versión oficial? El Príncipe recibió un mensaje

urgente de su casa. Al menos eso dijo.

—Ya lo sé —dijo lord d'Aubigny rápidamente—. Pero...

—No cabe duda de que sois un excelente conocedor del género humano —le interrumpió Thady, jovial—. Por supuesto que no hubo tal mensaje. Phelim O'LiamRoe se sentía deprimido, impotente e incapaz. Estaba verdaderamente de lo más esquivo. El amor trastocó todos sus planes y decidió que lo mejor sería volver a casa. Oonagh O'Dwyer era lo único que mantenía a O'LiamRoe en Francia. Creía que todo el mundo estaba enterado de eso.

—Desde luego todo el mundo está enterado —intervino educadamente George Douglas— de la famosa serenata que les ofreció su bardo el mes pasado.

Aliviado, lord d'Aubigny ignoró el comentario.

—Menos mal. Me preocupaba que pudiera haberse marchado por culpa de Stewart. Robin es un buen hombre, pero bastante inestable, ya sabéis. Un poco errático, a decir verdad. Imagino que ya sabréis que os cogió mucho cariño. Incluso llegó a amenazarme hace poco con llevaros con él a Irlanda. Y luego se pasó al extremo opuesto. La última vez que lo vi echaba pestes de todos los irlandeses. Inestable, como os digo. Por eso temía que quizás hubiese dicho o hecho algo...

La enigmática sonrisa de Thady Boy se ensanchó aún más.

—Robin Stewart es un buen arquero, Excelencia, pero demasiado dependiente de los demás. De todas formas no es culpa suya que O'LiamRoe se haya marchado. Fue más bien al contrario, diría yo. O'LiamRoe le dijo a la cara que yo no tenía intención alguna de irme con él a Irlanda, lo cual era cierto, pero yo se lo habría explicado con otras palabras, más escogidas, digamos. Creo que aquello le sentó fatal. Vi a Robin justo antes de que partiera y he de deciros, señor mío, que dudo seriamente que volváis a ver a ese tipo.

Lord d'Aubigny no pareció afectado en lo más mínimo por aquella aseveración.

—¿Y qué me decís de vos, Ballagh? —preguntó amablemente, cambiando de tema—. Vos os quedaréis, espero.

—Todo el tiempo que el Rey lo desee.

—Entonces tenéis que volver a La Verrerie. Tengo unos cuantos amigos invitados que están deseando oíros tocar. —Todo lo relacionado con el arte era la pasión de lord d'Aubigny—. ¿Os estáis quedando aquí en Blois?

Parte de la corte tenía intención de trasladarse río arriba en breve.

—Parece que sí. Voy adónde me llevan.

D'Enghien, harto de esperar, rodeó al bardo por los hombros con ademán acaparador.

—Querido —dijo tras sonreír a los recién llegados de forma somera—, estáis paralizando todo el juego. ¿Os sentís bien?

La sonrisa de suficiencia de sir George estuvo a punto de provocar que Lymond le

soltara alguna de sus frases cortantes.

—Más le vale, si va a medirse con ese hombre de Cornualles —apuntó sir George.

Thady Boy intentó disimular su sorpresa. Sacó el aro de metal y se lo cedió distraídamente al exquisito y elegante d'Enghien.

—¿Qué hombre de Cornualles? —preguntó.

El pequeño silencio que sobrevino puso a Lymond sobre aviso.

—Esta noche venís a lo del cardenal, ¿no es cierto? —preguntó d'Enghien—. Pero por supuesto que iréis. Todo el mundo va a ir.

—Después de la cena tendrá lugar un espectáculo de lucha libre —explicó sir George Douglas—. Dicen por ahí que habéis retado a uno de los luchadores. ¿Acaso no es cierto?

El cetrino rostro del bardo reflejó sucesivamente sorpresa, enfado, resignación y por último un salvaje y sospechoso entusiasmo.

—No, no lo es —repuso alegremente Thady Boy—. Parece que alguien quiere añadir un poco de picante a los postres. Puede que el propio cardenal Charles. Pero en materia de retos, *Dhia*, yo nunca me resisto.

Mientras Lymond pronunciaba aquellas palabras, su hermano, Richard Crawford, entraba en el patio y desmontaba al otro lado del castillo.

Dado que el Rey, tras recibir la carta anónima, tenía en el punto de mira tanto a la Reina regente como a sus súbditos escoceses, nadie se atrevió a avisar a Lymond de la llegada de lord Culter. En todo caso, mientras su hermano era recibido por el condestable y llevado a presencia del rey de Francia y de la Reina regente, a quien saludó con tranquilo aplomo, Lymond se dedicó a buscar infructuosamente a cierto luchador.

A última hora de la tarde el hombre de Cornualles seguía sin aparecer, lo cual era un dato bastante significativo en sí mismo. Lymond decidió no perder más el tiempo buscándolo. Se fue derecho a su habitación y se obligó a descansar durante una hora tumbado en su lujosa cama decorada con incrustaciones de carey. Después, tras arreglarse de manera bastante inadecuada para la cena del cardenal Lorraine, un grupo de invitados pasó a recogerlo. El tono subido de las conversaciones de sus compañeros denotaba la excesiva cantidad de aqua vitae que circulaba por sus venas. El pequeño grupo se dirigió al Hotel de Guisa por su cuenta, evitando hacerlo con la comitiva oficial, entre la que se encontraban la familia real, Diana y el condestable. María de Guisa, reina regente de Escocia, hermana del cardenal, los esperaba allí junto con otro de sus hermanos, el duque de Guisa, con los Erskine y con lord Culter.

A aquellas alturas Richard Crawford de Culter había sido largamente informado sobre todo lo concerniente a su hermano pequeño.

Erskine le había preparado lo mejor que había podido. Le había hecho un

resumen de todas sus actuaciones junto con un desapasionado relato sobre su conflictivo comportamiento. Lord Culter lo escuchó con una calma absoluta. En una o dos ocasiones torció el gesto en una mueca.

—Bueno Tom —dijo finalmente—, vos conocéis a Francis tan bien como yo. ¿No habréis perdido la confianza en él, espero?

—No. —La respuesta de Erskine fue inmediata—. Pero os lo advierto, Richard, estad preparado.

—¿Qué pasa? ¿Es que va a aparecer vestido con campanillas y abanico? —Al ver la expresión de duda en el rostro de Tom, se respondió a sí mismo—: No, evidentemente, no. Aunque seguro que le encantaría. Posiblemente causaría furor, por lo que he podido captar de la idiosincrasia de esta excéntrica corte francesa. —Los ojos grises de Richard Crawford tenían una expresión divertida—. Gracias, Tom. Me habéis prevenido con creces.

La templanza de Richard, su decidido aplomo, que a veces podía rayar en lo excesivo, resultaba como un bálsamo en aquellos momentos de intranquilidad y desasosiego enfermizos. En esa serenidad radicaba la gran fuerza de Culter. Era un hombre fornido, tranquilo y bien parecido, que contaba unos treinta y cinco años.

Tras su apariencia sencilla se escondía un hombre íntegro en aquellos tiempos en los que era difícil poder fiarse de alguien. Pareciera como si desde su infancia se hubiera dedicado a contrarrestar la conducta disipada y temeraria de su hermano pequeño, poniendo en ello tanto empeño como el otro en sus aventuras. Porque en lo que Francis había recorrido Europa deslumbrando y cosechando su controvertida fama, Richard había permanecido en casa cuidando de sus extensas posesiones, luchando por defenderlas cuando había sido necesario. Amaba a sus tierras y a Mariotta, su morena esposa irlandesa, por encima de todas las cosas.

Por distintas razones, tanto él como su madre se habían sentido aliviados cuando Lymond, teñido de moreno y con aire sardónico, había partido para Francia en busca de placeres y aventuras. Richard no deseaba viajar a Francia con la Reina regente por su propia situación familiar. La Reina, en todo caso, deseaba que permaneciera en el país, pues era uno de los pocos hombres en los que podía confiar. Cuando la misiva del Rey de Francia llegó a Midculter invitándole con insistencia, la carta de la Reina que la acompañaba, censurada y escueta, le indicó con claridad que no era ella quien requería su presencia y que su reacción al encontrarse con él iba a estar seguramente sometida a vigilancia. El rey de Francia había incluido también una invitación para su madre, Sybilla. Lord Culter, por un momento, había dudado en enseñársela, pero después, avergonzado, se la había llevado.

La rubia y delicada belleza que había heredado Lymond podía verse claramente en Sybilla: el albo cabello, las mejillas sonrosadas, los ojos azules.

—Es Francis, desde luego —dijo nada más leer las dos cartas—. Se habrá

embarcado en otro de sus grandiosos proyectos poniéndolo todo patas arriba y haciendo locuras hasta maitines... ¿Crees que esperan que aparezca su madre, como una gallina clueca escocesa, toda ingenuidad y amor maternal? Será un placer rechazar la invitación.

Hacía tiempo ya que era de todos conocido que, aunque Sybilla adoraba a sus dos hijos, su alma pertenecía al más pequeño. Richard no sentía envidia; se sentía lo suficientemente feliz en Midculter, su hogar, como para no negarle a su hermano ninguna parcela de cariño o consuelo adicional. Sybilla estaba dotada de una inteligencia formidable y un atinado control de sus impulsos, como su reacción demostró una vez más.

Le miró preocupada.

—Es una lástima. No es el mejor momento para marcharte.

Él también estaba pensando en Mariotta.

—O bien la Reina tiene problemas, o bien es Francis... o ambos —dijo Richard casi antes de que su madre terminara de hablar—. Cuanto antes vaya y averigüe en qué está metido el necio de vuestro hijo, antes estaremos los dos de vuelta.

A lo largo de su prolongada existencia Sybilla había perfeccionado un absoluto autocontrol. Aunque hubiera decidido acompañarlo a Francia, nadie hubiera podido adivinar qué pensamientos se ocultaban tras el semblante de aquella respetable dama.

Pero ella sabía, pues le conocía tan bien como a sí misma, que, de viajar a Francia y encontrarse frente a frente con ese otro hijo más joven, quizás la expresión de Lymond sí le delatará a él.

El caso de Richard, obviamente, era muy distinto.

En medio de aquella comitiva de Borbones bastante achispados, Thady Boy llegó a la Rue Chemonton e hizo su entrada en el Hotel de Guisa. La estancia, de grandes dimensiones y techo bajo, estaba ya ocupada por su anfitrión y por su hermana, púrpura cardenalicia y regias sedas codo con codo, brillando relucientes.

Margaret Erskine los vio llegar. También vio cómo la mirada de Culter se posaba sobre su hermano brevemente, para desviarse a continuación. Los ojos azules de Lymond se encontraron por un instante con los grises de Richard y después siguieron su recorrido impertérritos e inyectados en sangre hacia su cardenalicio objetivo. Ninguno de los hermanos demostró el menor asomo de reconocimiento. No cabía duda de que aquella pareja era de lo más competente.

Siguió una cena principesca exquisitamente servida. Sin esfuerzo aparente, lord Culter se enfrascó en una conversación intrascendente, perfectamente adecuada, con sus compañeros de mesa. Sólo Margaret, debido al estado de hipersensibilidad aguda en el que se hallaba, pudo darse cuenta de que su atención no se desviaba de su hermano en ningún momento. El comportamiento de Lymond, como era habitual,

rozaba los límites de lo correcto. Cada vez con mayor frecuencia, los comensales que se sentaban a su lado prorrumpían en alegres carcajadas que retumbaban en la estancia como disparos de cañón. Entre ellos, la voz del bardo resaltaba a veces en un tono algo difuso, acorde con la ingesta de alcohol que solía llevar consumido a aquellas horas del día. Cuando los tableros comenzaron a ser desmontados, tanto él como sus compañeros habían bebido en cantidad más que suficiente. Estaban preparados para secundar al bardo en cualquiera de sus extravagantes ocurrencias. Hasta aquel momento, nadie se había molestado en pedirle que tocara.

Al percatarse del estado en el que se encontraba el bardo, el cardenal hizo llamar a los dos luchadores previstos para el primer combate.

Las justas, la esgrima y la lucha con varas o porras eran pasatiempos apreciados desde antiguo. Existía una gran afición en general y tales peleas estaban rodeadas de un ambiente de júbilo y frescura, de bullicio y de aprensión y también de una alegría un tanto morbosa. De nuevo, sólo Margaret parecía haberse percatado aquella noche de la extraña tensión que impregnaba la atmósfera. Parecía como si, de pronto, el espacio que hasta el momento habían ocupado las risas y el ambiente de camaradería hubiese comenzado a encogerse, sustituido por un sentimiento opresivo y amorfo. Corría el rumor de que el jefe de los luchadores, el hombre de Cornualles, había sido retado por Thady. Fuera cierto o no, el bardo parecía dispuesto a luchar y dejó de conversar para dedicarse por entero a estudiar los movimientos de su futuro adversario que ya había entrado en liza contra el primer contendiente. Margaret advirtió que cierta ansiedad afloraba en el macilento rostro de Lymond. Aquello la preocupó. Por regla general, los pensamientos del joven no solían verse reflejados en su rostro con tanta facilidad.

Durante el combate su intranquilidad fue en aumento. El contendiente más menudo no le resultaba familiar. El otro púgil, oriundo de Cornualles, ya había luchado en otra ocasión en la corte, concretamente en la noche de diciembre en la que Thady Boy había despertado a todo Blois con su carrera por los tejados. Era un hombretón sólido, de más de un metro ochenta de estatura, con brazos y piernas largos y poderosos y la tez pálida y rojiza característica de los rubios. Tenía el cráneo afeitado, al igual que su compañero. Ambos vestían un atuendo de piel de gamuza que se adaptaba a sus cuerpos como una segunda piel y llevaban los pies descalzos. Las armas eran las habituales en aquel tipo de lucha: la porra de madera y el escudo rematado en un pincho de hierro. El aceite hacía relucir sus tensos y abultados músculos. Los luchadores gruñían, jadeaban, gemían y entraban en colisión y sus siluetas, recias, pringosas y afeitadas, rojizas a la luz del fuego, parecían de teca barnizada.

Hipnotizada, Margaret se dio cuenta de algo más. Cada vez que podía desviar su atención del combate, el púgil de Cornualles dirigía la vista hacia Thady Boy. Tras las

albinas pestañas del hombre, su mirada poseía poca o nula inteligencia. Y ninguna amabilidad. Parecía expresar desprecio, pensó la joven, y excitación, y algo que no supo identificar. Lymond, situado más cerca de los dos luchadores, si lo hizo: reconoció claramente en la mirada de aquellos pálidos ojos ribeteados de rojo, el regodeo y la anticipación del deseo de matar.

El primer combate terminó pronto. Había sido razonablemente emocionante y fue premiado con un tibio aplauso. El vino circuló de nuevo por las mesas y los susurros e intercambios parecieron anticipar el momento que todos esperaban y que se cernía sobre unos pocos, conscientes del peligro y preocupados, como una amenaza insoportable. En el cuadrilátero vacío apareció la silueta de Thady Boy, majestuosamente solemne. El bardo, porra y escudo en mano, llevaba puesta una arrugada camisa y unos bastos bombachos de seda rellenos de lana. Hacía ya tiempo que su elaborado atuendo requería de un relleno adicional para seguir manteniendo su aspecto original; por lo demás, su estilo de vida estaba convirtiendo el resto de la ficción en realidad. Frente a él esperaba ahora, ligeramente agachado y vestido con la suave gamuza, el buey de Cornualles. El fuego teñía de rojo sus ojos, la calva cabeza y el hierro del pincho de su escudo.

Margaret sintió frío, se puso pálida y desvió rápidamente la mirada. Junto a ella, el perfil chato y rectilíneo de Richard Crawford no pareció inmutarse. No movió ni un músculo. Sus ojos no expresaron la menor aprensión. Por un momento, Margaret se preguntó si aquel hombre sentía verdadero aprecio por su hermano o si simplemente le movía el sentido del deber.

El combate comenzó a gran velocidad, pues el hombre de Cornualles estaba decidido a desarmar a su oponente rápidamente. Su enorme y resbaladizo corpachón se movía con sorprendente agilidad. Pero Thady Boy no le iba a la zaga. La pesada porra del de Cornualles salió volando hacia el bardo como una flecha pero este, moviéndose con inusitada rapidez, esquivó hábilmente el arma que se estampó contra el muro, tras rozar la cabeza de un incauto sirviente que estaba quitando platos de la mesa. Thady se colocó tras su oponente y silbó. Al volverse, el hombre de Cornualles se topó con dos golpes de escudo que resonaron contra el propio y tras prorrumpir en juramentos tuvo que retirarse y ponerse a resguardo.

Molesto, el púgil de Cornualles atacó impaciente durante unos minutos más. Las porras impactaban sobre carne y metal, pero ambos conseguían esquivar los peores golpes con habilidad. No sería así por mucho tiempo. Aún no estaban cansados, aunque la respiración del bardo sonaba pesada y agitada. Erskine, que le había visto luchar contra su hermano, ligero y templado como una espada, observaba preocupado su menguada pericia. Entonces, de improviso, Thady Boy retrocedió y lanzó con todas sus fuerzas el escudo sobre su oponente.

El escudo resonó con fuerza al alcanzar al otro en la muñeca, protegida con una

muñequera de piel, y fue a caer a un rincón, girando sobre sí mismo y llevándose la porra del oponente consigo. Ahora a Thady le quedaba sólo la porra; el hombre de Cornualles ya no la tenía, pero conservaba su escudo.

La ola de comentarios se desvaneció nada más empezar. Los luchadores volvían a moverse en círculos, esta vez más despacio. Tras las blancas pestañas, los ojos del contrincante de Thady se habían transformado en dos finas rendijas. El hombre se movía con la mano derecha desplegada intentando aproximarse a su oponente. Entonces, rápido como una serpiente abalanzándose sobre su presa, lanzó una patada hacia la ingle del bardo. Los ridículos bombachos rellenos de lana amortiguaron el impacto y Thady aprovechó para atacar con la porra. El hombre de Cornualles intentó apartar la cabeza, pero fue en vano. Sobre todo porque el golpe de Thady Boy no iba dirigido allí, sino al borde de su escudo; este se quebró con un crujido de arriba abajo y el pincho que remataba la parte inferior cayó de golpe clavándose sobre la espinilla del hombre. El luchador retrocedió, mascullando de dolor y sujetándose la pierna. Thady sonrió y lanzó al aire su porra, en un pequeño alarde de malabarismo. El púgil de Cornualles calló. Los murmullos y las risas también. En el silencio que se apoderó de la estancia, el hombre de Cornualles comenzó a avanzar cojeando hacia el bardo.

Aunque no disponía ya de arma ni de escudo, tenía empero una ventaja sobre Lymond: un abrazo mortal y un cuerpo aceitado difícil de asir. Además, era un profesional de la lucha, una bestia peligrosa que no necesitaba recurrir al ingenio porque llevaba aprendida la lección de ese tipo de pelea en sus baqueteados huesos.

Avanzó hacia Thady. Lymond consiguió golpearle con la porra en el hombro. Los duros y bien entrenados músculos del luchador resistieron el golpe. Sus poderosos brazos se ciñeron sobre el bardo como tenazas de acero y lo levantaron lentamente en el aire por encima de su cabeza.

El movimiento, perfectamente medido, pecó al final de exceso de confianza. En el momento en el que el hombre se disponía a lanzar a Lymond contra el suelo, este echó todo su peso hacia delante y, con todas las fuerzas que le quedaban, pateó con los talones las corvas del luchador.

Un hombre de menos peso habría caído. El de Cornualles, sorprendido por la treta, tropezó y se enfureció al constatar que no podría estampar a su adversario contra el suelo. Optó finalmente por dejarse caer hacia delante, de tal manera que Thady Boy, aferrado a su tórax sería el primero en caer y tocar el suelo con ambos hombros.

Los púgiles se incorporaron. El de Cornualles había puntuado, por lo que si Thady quería ganar, tendría que derribarle dos veces. Por suerte todavía conservaba su porra.

Amenazó con ella a su contrincante con el fin de evitar otro abrazo de oso. En la estancia hacía un calor sofocante. El aire estaba viciado, cargado de una mezcla de

olores provenientes de los alimentos distribuidos por las fuentes: el hígado y el jengibre, la empanada y la carne de venado, el penetrante aroma del queso de Milán. Los asistentes, apoyados en expectante silencio sobre las paredes revestidas de paneles de roble parecían, con sus ropajes de satén arrugados, un montón de gavilanes desplumados en una jaula.

El púgil sabía que su victoria pasaba por arrebatarse a Thady la porra. Esquivó varias veces los golpes lanzados por el bardo. Por fin consiguió asir el brazo de Thady y retorcérselo hasta hacerle soltar la porra. Thady giró para salir de la llave que amenazaba con partirle el brazo. El otro desistió y se lanzó hacia el arma caída. Thady, al darse cuenta de la intención de su oponente, no se lo pensó dos veces: alargó la pierna y el púgil de Cornualles cayó al suelo, zancadilleado. El punto se lo llevaba maese Ballagh.

El luchador permaneció en el suelo aturcido durante unos segundos. El breve lapso fue aprovechado por Thady Boy. Jadeando y bañado en sudor cogió tres cajas de mazapán glaseado de una de las mesas para arrojárse las a su oponente. Con un rugido, el de Cornualles rodó sobre sí mismo y se puso en pie recubierto de una capa de un blanco resplandeciente. Thady sonrió: el azúcar pegado sobre el cuerpo de su contrincante haría más fácil el poder agarrarlo.

El combate prosiguió. El de Cornualles bufaba furioso cual fiera inquietante. Estaban igualados en puntos y sin armas. Thady comprobó rápidamente y muy a su pesar que no todo era ventaja en la treta del mazapán de azúcar: el azúcar se desprendía del cuerpo de su contrincante cada vez que este giraba, de tal forma que, por momentos, tenía la impresión de enfrentarse a una nube plateada que le cegaba los ojos. Por fin, los contrincantes se engancharon con fiereza.

La lucha a brazo partido era uno de los deportes más duros y brutales. El problema para Thady era que tenía que vérselas con un auténtico especialista en eso de romper huesos. Thady intentó darle un rodillazo en el esternón pero su contrincante bloqueó el golpe con los codos y lanzó con la palma abierta un golpe hacia la nariz del bardo con la evidente intención de incrustarle el hueso nasal primario en el cerebro. Thady consiguió esquivar el golpe, no así la patada que acompañaba al ataque. Empujado en el vientre, Thady tuvo suficientes reflejos como para aprovechar el impulso de la caída, girar antes de estamparse en el suelo y, apoyando las manos en el suelo en un acrobático pino, aprisionar el cuello de su oponente entre sus piernas. Ambos contendientes cayeron aparatosamente. Los dos cuerpos se revolvieron en el suelo, en una sucesión de llaves y contrallaves mientras los espectadores jaleaban con voces escandalosas a uno u otro contrincante.

El silencio se hizo de nuevo. El de Cornualles había conseguido incorporarse, levantando en vilo a Thady, rodeándole la parte inferior del pecho con sus potentes brazos. Thady sintió que sus costillas y su espina dorsal no iban a aguantar mucho

más la tremenda presión. Haciendo acopio del poco aire que le quedaba en los pulmones, soltó un aullido de dolor y golpeó con ambos puños los oídos de su contrincante. Este se desplomó, arrastrando en su caída a Thady Boy. Durante unos segundos ambos cuerpos permanecieron inmóviles, yertos en el suelo. Por fin, Thady Boy apartó los brazos que momentos antes habían intentado matarle. Recuperó el suficiente resuello para aprisionar en su brazo el cuello del púgil, que estaba recobrándose del terrible dolor que le aquejaba los oídos y de los que emanaba un hilo de sangre.

Lymond aumentó la presión de su brazo. Poco a poco la calva cabeza del hombre comenzó a doblarse sobre su amplio pecho, empujada por el inexorable abrazo del bardo y comenzando a descoyuntarse.

En aquel momento, en el silencio que los envolvía a ambos en medio de los murmullos y la absorta mirada de la corte, Thady Boy se dirigió al hombre de Cornualles.

Sus palabras no llegaron hasta los espectadores, pero el luchador sí le entendió. Escuchó con los ojos en blanco mientras el sudor se deslizaba por su rostro. Después, una voz siseante respondió desde la aplastada garganta:

—Mienten, *lis mentirent, done*.

Thady Boy volvió a preguntarle. Entre sus dedos largos e implacables, la reluciente cabeza se hundía lentamente y la rubicunda tez estaba tomando un matiz amoratado. De nuevo, la respuesta del hombre fue negativa.

Lo que tuvo lugar a continuación provocaría más de un controvertido comentario entre los indolentes espectadores. El bardo habló una vez más y, en esa ocasión, relajó la presión un ápice, El luchador le respondió con voz ronca y aquella vez el bardo pareció darse por satisfecho.

Thady Boy relajó su abrazo, se retiró un poco y, en el momento en el que el hombre de Cornualles inhalaba la primera bocanada de aire, el brazo de Thady, como una exhalación, agarró al hombre bajo la barbilla y con un golpe seco tiró del cuello hacia arriba y atrás. El atroz crujido fue audible en toda la abarrotada estancia. El cuerpo del robusto luchador cayó desmadejado sobre el suelo con los ojos en blanco y el cuello torcido en una imposible postura.

Thady Boy se agachó y se sentó en el suelo con expresión complacida, alarmada y vagamente acongojada.

—Pues sí que soy torpe —dijo—. No vais a creerlo: lo he matado.

Aquello provocó un auténtico delirio que constituyó el clímax de la velada. La satisfacción de la audiencia era palpable mientras sonaban los aplausos, los bravos y las risas exageradas; como también lo era su falta de sorpresa ante lo acontecido. Todos asumían que su maravillosa mascota pagaría adecuadamente por su bebida. Como un monstruoso fruto escarchado, el luchador muerto yacía en el cuadrilátero

vacío, los perros lamiéndole los párpados.

La velada terminó pronto. El Rey abandonó la estancia con su séquito y con la Reina, pero Thady Boy Ballagh, de lo más animado tras haber cumplido en el combate por los pelos, permaneció en compañía de sus admiradores. En el momento en que María de Guisa se levantó para marcharse, Thady Boy se puso en pie y, con paso inseguro, se dirigió hacia el séquito escocés.

Margaret Erskine lo vio aproximarse sin dar crédito a sus ojos. El bardo le ofreció una achispada sonrisa al pasar y siguió su camino hasta lord Culter. Richard Crawford, con el rostro petrificado, se encontró con los azules ojos de su hermano, que le miraba a un palmo de distancia. Un olor a sudor rancio, a vino y a borrachera hirió su olfato.

Las palabras de Thady Boy sonaron provocadoras pero estaban cargadas de un sentimiento cálido y sincero.

—Ven a verme uno de estos días si quieres, hermano. Pronto, antes de que te marches para Amboise.

Margaret vio la mirada vacilante en los grises ojos de Richard. Advirtió el rápido vistazo que dio a su alrededor, como temiendo que alguien pudiera oírlos.

—El señor d'Enghien nos está mirando —dijo Richard con precaución.

—Está celoso —dijo Thady Boy riéndose maliciosamente. Luego hizo ademán de marcharse.

—La gente hablará. ¿Cómo puedo ir a verte? —dijo Richard sonriendo mientras hablaba en el mismo tono casi inaudible.

Un dedo largo y sucio le acarició la barbilla.

—Eres demasiado prudente —dijo Thady Boy en tono lastimero—. Los únicos que importan a estas alturas saben ya de sobra quien soy. Pero si gustas, puedes deleitarnos, a ellos y a mí, con maravillosas estratagemas. Que duermas bien, cariño, y que tengas sueños modestos...

Thady Boy siguió por allí un buen rato todavía, acompañado de madame Marguerite, que había acudido a su lado. El señor d'Enghien trajo más bebida.

Margaret Erskine no pudo ver con quién regresaba al castillo.

A la mañana siguiente, la corte escocesa de la reina María de Guisa comenzó sus preparativos para mudarse a los nuevos aposentos en Amboise. Thady Boy fue convencido a su vez para trasladarse a una estancia más cómoda en el ala del castillo que quedaría vacía.

A media mañana, mientras recogía sus cosas, recibió la visita de lord Culter. Richard permaneció en silencio en el umbral, esperando a que Lymond hablara primero.

—Aquí me tienes. El rey de los bardos en carne y hueso, lozano y floreciente.

Entra. Estoy sobrio, consciente y no pienso atentar contra tu virtud —dijo Lymond sonriendo en tono amable.

La actitud reservada de Richard desapareció como por ensalmo. Cerrando la puerta, devolvió a su hermano la sonrisa y se acercó para abrazarlo. Al sentir el cuerpo de Francis entre sus brazos, Richard sintió lástima por él. Luego se fijó en su cabello teñido y reseco, su piel avejentada y la mirada opaca de sus otrora penetrantes ojos, enrojecidos y velados por noches de insomnio y de humo.

—Eres un demonio, Francis —dijo.

Había pensado que le resultaría difícil hablar con él, pero las palabras acudieron a sus labios con naturalidad. Le puso al día de los asuntos familiares y contestó sus someras preguntas, pero se dio cuenta enseguida de que en realidad Lymond estaba mucho menos interesado por las nuevas reformas de Midculter que por el estado de la política del país.

Hablaron de los problemas de Escocia mientras afuera una lluvia invernal caía incesante durante toda la mañana. La habitación medio desmantelada se veía oscura y sucia, apenas iluminada por un fuego triston que despedía volutas de humo caprichoso. La mirada de Lymond se detuvo de pronto sobre un cofre abierto a sus pies. Levantándose, desapareció rápidamente en la habitación contigua. Al poco rato regresó trayendo una toalla y las correas de su baúl. Las arrojó sobre el resto de sus desordenadas pertenencias y después cerró el cofre vacío y se sentó encima.

—¿Qué ha pasado con Morton? —preguntó—. La Reina puede comprar a Douglas si cree que le puede ser útil. Él desea a cambio una embajada, pero eso sería una auténtica locura.

El condado de Morton tenía tres pretendientes, pero la disputa estaba realmente entre lord Maxwell y el hijo de George Douglas.

—Tengo entendido que ha amenazado con descubrirte —dijo Richard. Inmediatamente se arrepintió de sus palabras al ver la expresión de su hermano.

—Pero si aquello no tuvo la menor importancia —dijo Lymond con gesto de sorpresa. Fue una simple travesura por su parte. Estoy casi seguro de que ha sido él quien se las ha ingeniado para que te invitaran a venir. Siempre está tramando o participando en intrigas, pero en el fondo, si le quitáramos a los complots la parte que ha tramado George Douglas, el resultado sería el mismo. Puede que incluso fuera peor. De lo que estoy seguro es de que si la Regente le concede la herencia de Morton él se pondrá de su lado. Dudo que con eso se juegue la lealtad de Maxwell. Ese ya tiene suficiente poder. Seguro que se contentaría con dinero a cambio del condado. La Reina va a necesitar todo el apoyo posible para poder contrarrestar la estupidez desastrosa de... ¿Te has enterado del juegucito de Jenny, no?

Richard torció el gesto.

—Es la comidilla de toda Escocia —dijo—. Aquí habrá causado un gran revuelo,

imagino.

Lymond se puso en pie. Sus movimientos parecían más lentos de lo que su hermano recordaba.

—Ya lo creo. Diana, la rubia y deslumbrante Diana, reconocido faro de la noche, llegó a palidecer y oscurecerse. El condestable está recogiendo velas y el Rey también. Y desde luego Catalina está esperando la primera oportunidad para enviar a Jenny a casa. Todo ha sido de lo más agradable y conveniente, como ves.

—Tengo entendido que Tom y Margaret hicieron todo lo posible por evitar que las cosas llegaran tan lejos. Sé que tú también lo intentaste.

—Así fue —dijo Lymond—. Ella se sintió de lo más halagada. Tuve que luchar con denuedo por mi reputación.

Lymond se puso de nuevo a recoger sus cosas mientras hablaba de forma intermitente. Richard escuchó su relato tranquilo y desapasionado sobre los miembros más relevantes de la corte. Sonaba alarmantemente verídico, a la vez que extremadamente gracioso y preciso. Hasta el momento no habían tocado el asunto por el que Lymond había venido a Francia. En medio del relato Lymond dijo, sin alterar el tono de voz:

—Espera un momento, ahora vuelvo. —Y salió de la estancia por la misma puerta que lo había hecho momentos antes.

La falta de énfasis engañó por un momento a Richard. Pero transcurridos cinco minutos sin que el otro regresara, se dio cuenta de que ocurría algo extraño. Cruzó la habitación en dos zancadas y entró en la estancia en la que había desaparecido su hermano.

Lymond no tuvo la menor oportunidad de disimular el ataque que estaba sufriendo. Incluso Richard, acostumbrado a ver hombres enfermos, no recordaba haber visto a ninguno en tan mal estado.

Respirando entrecortadamente ante la impresión, se arrodilló junto a su hermano y le sostuvo hasta que el ataque hubo pasado. Después, con suavidad, lo levantó en sus fuertes brazos y lo depositó sobre el elaborado lecho de carey.

Lymond tenía los ojos cerrados. Los moratones del reciente combate resaltaban azules sobre su pálida piel. Su rostro, a la clara luz de la mañana, tenía el aspecto que Margaret Erskine le había contado. La noche anterior, a la tamizada luz de las velas, su increíble talento como actor no había dejado traslucir su verdadero estado. Cuando por fin pareció recuperarse un poco, Richard se inclinó sobre la cama.

—Tú, maldito jovenzuelo, ¿olvidas acaso lo bien que te conozco? —dijo en un tono casi malévol—. ¿Se supone que debo creer que te ha sentado mal el desayuno o que estás embarazado también tú, maldita sea?

Lymond esperó bastante antes de contestar, resistiéndose a respirar siquiera.

—Richard —pidió tras unos instantes—, ya sé que no es hora de beber pero ¿no

podrías traerme...?

—No —respondió Richard tajante.

—¿Una pinta de clarete, tan sólo?

Por un instante, la mirada suplicante de aquellos ojos azules dejaron traslucir la acuciante necesidad que Lymond sentía. La mirada de los ojos grises de Richard le convenció de la inutilidad de su petición, y sin añadir comentario alguno se bebió el agua, que fue todo lo que su hermano accedió a traerle.

Poco después Lymond se incorporó con precaución y se abrazó una de sus piernas hundidas en calzas de malla.

—Perdona. Tengo las tripas desechas y los músculos no me responden como es debido. Dios sabe que actualmente soy un insulto al decoro, pero ya se me pasará.

—¿Cuándo —preguntó Richard con el rostro impasible y sin alterar el tono—, comiste algo sólido por última vez?

—Líquidos —dijo Lymond—. Me sientan mejor los líquidos fuertes y fermentados. Néctar dorado, como a las hadas. —Rió brevemente—. No voy a morir de hambre, te lo prometo. Si el eremita Nicolás pudo soportarlo, yo no voy a ser menos. Esto no va a durar mucho más.

—¿Cuánto más? —Richard seguía preguntando implacable, negándose a aceptar evasivas—. Los Erskine creen que quieres conseguir pruebas de la culpabilidad de Stewart, en caso de que este regrese.

Las manos de Lymond, sucias e inmóviles, yacían sobre su regazo.

—Es cierto, en parte. Las pruebas de que dispongo serían de poca relevancia ante un juez. Mis testigos son una prostituta de Dieppe, un escocés que se hace pasar por hindú y otro escocés que pasa por ser irlandés. Pero lo cierto es que no creo que Stewart vaya a volver...

—En ese caso, no parece tan difícil conseguir una acusación —dijo Richard intentando contener su mal humor—. Déjasele a Erskine. Yo le ayudaré. No hace ninguna falta que te quedes, además, sabes que si hiciera falta podemos ocuparnos de él, si vuelve. Sin que haga falta llevarlo a juicio.

—¿Y matarlo sin más? No. No me parece bien, Richard. Sé que le obligaron a hacerlo. Intentó evitarlo hasta el final.

—¿Cómo el hombre de Cornualles? —preguntó Richard, sarcástico.

Lymond guardó silencio durante unos instantes.

—O'LiamRoe estuvo en peligro desde que salió de Irlanda. Y fue básicamente porque alguien le confundió conmigo. Tú sabes quién es Abernaci. Ese hombre tiene amigos. Uno de ellos se llama Tosh. Adónde quiera que O'LiamRoe fuera, Tosh sólo o con alguno de sus colegas le iba siguiendo. Gracias a ellos O'LiamRoe salió con vida de una emboscada que le tendieron una noche, aquí, en Blois. El hombre de Cornualles estaba entre los que le atacaron aquella noche. Ese hombre asesinó a dos

de los hombres de Tosh.

—Pues me parece que el matón de Cornualles se estaba arriesgando bastante al volver a aparecer por aquí, ¿no crees?

—El único que le vio en aquella emboscada murió más tarde. Anoche tenía la intención de acabar también conmigo. Yo no le había retado a combatir.

Richard no acababa de entenderlo.

—¿Cómo podía saber él que tú estabas involucrado? —preguntó con impaciencia mirando el tranquilo rostro de Francis.

Su hermano sonrió.

—Porque se lo diría Robin Stewart. El arquero conoce mi verdadera identidad; si no, ¿por qué habría querido envenenarme?

Aquello era evidente.

—¿Y cómo se enteró Robin Stewart? —preguntó Richard sin alterarse.

—¿Stewart? Es una larga historia. Al final tuvimos que ponérselo en bandeja. No es demasiado inteligente, el hombre. Lo que hicimos fue mandar a Stewart con un pretexto a la casa de Abernaci. Allí, Tosh sólo tuvo que mencionar que Thady Boy había estado en galeras para que el arquero pudiera sumar por fin dos y dos. El dato no sólo le resultó altamente sospechoso y alarmante, sino que además le recordó un comentario que había hecho lord d'Aubigny, que en una ocasión mencionó amablemente que el señor de Culter era un provinciano y ex esclavo de galeras. ¡Oh! No te lo tomes a mal. Después de todo, es la verdad. Para darle más evidencias, dejamos en el suelo de la habitación en la que estaba Tosh un tarugo de madera en el que Abernaci había grabado las armas de Culter. Espero que el amigo Stewart pensara que era un trabajo de encargo... Por cierto, la talla tiene cierto valor a su rústica manera. Deberías pedirle a Abernaci que te lo vendiera.

El viaje desde Escocia había sido largo y la pasada noche no había descansado demasiado bien. Richard se frotó los cansados ojos y luego dejó caer las manos en ademán de impotencia.

—Pero entonces, ¿tú querías que Robin Stewart se enterara de tu verdadera identidad?

—Pensé que era lo mejor —dijo Lymond con un deje de ironía en la voz. Después se quedó pensativo, para continuar al cabo de unos instantes—: Verás, yo sabía que él estaba intentando asesinar a la pequeña reina María y tenía que detenerle. Supuse que si se enteraba de mi identidad, vendría a por mí. O bien nos llevaría hasta alguno de sus cómplices. O, en el peor de los casos, abandonaría el país. Y en efecto, lo que hizo fue volver inmediatamente a la casa de Abernaci, robar el veneno y echarlo en mi ponche para intentar recuperar un mínimo su amor propio... Tengo que reconocer que no imaginé que tendría que habérmelas con una dosis mortal de belladona. Fue un error de cálculo. Lo juzgué mal. Aunque para ser justos, Stewart vino a verme

antes de administrarme el veneno, pero O'LiamRoe apareció inoportunamente y nos interrumpió y las cosas se torcieron. Tampoco fue culpa de O'LiamRoe. Yo no estuve lo suficientemente fino porque debería haberlo esperado.

La mirada de Richard, intensa, rotunda, no se separó ni un segundo del rostro de su hermano.

—¿Me estás diciendo que sabías que Stewart estaba intentando hacer daño a la Reina?

—Bueno —dijo Lymond despacio—, esa es una posibilidad que yo había estado contemplando durante bastante tiempo. Me imagino que Margaret Erskine te habrá contado lo de los cotignac envenenados. Jenny despedía al vigilante de su puerta durante sus escapadas semanales. Cualquiera pudo haber entrado en las habitaciones durante las seis semanas que los dulces permanecieron allí y rociarlos con el arsénico. Pero a un arquero del Rey sin duda le resultaría más fácil que a otros. Por otro lado, Richard, el arsénico fue robado en St. Germain. Las únicas seis personas que estuvieron en la casa de fieras la mañana en que el veneno fue robado, aparte de la Reina y el Delfín, a los que obviamente podemos excluir, y de Pellaqin, de quien Abernaci se fía absolutamente, fueron Condé, St. André y su esposa, Jenny con su hijo y sir George Douglas. Pero también estuvo Robin Stewart, hecho que Abernaci olvidó mencionar cuando me hizo el recuento de visitantes. El arquero también había ido aquella mañana, para avisarle de nuestra visita.

»Otro de los atentados tuvo lugar durante la cacería con el famoso guepardo... Imagino que ya te lo habrán contado. Alguien llevó a la cacería la mascota de la Reina y la soltó justo al final, durante uno de los descansos. De todas las personas que he mencionado, sólo Stewart y St. André estuvieron en la casa de fieras y en la cacería y recuerdo perfectamente que St. André estuvo durante el descanso ajustando los estribos de su montura, bien visible todo el tiempo que duró la pausa. Además, ni St. André ni su esposa tienen motivo alguno para desear la muerte de la pequeña. Al contrario, el régimen actual les conviene más que cualquier otro. No tendrían nada que ganar.

»Stewart, sin embargo, pudo haber provocado el incendio que hubo en la primera posada en la que nos alojamos. También pudo robar el arsénico. Y además, él era uno de los pocos, junto con madame de Valentinois y algún otro cazador, que sabía antes de que comenzara la cacería que iban a llevar a un guepardo. De hecho, tras hacer algunas indagaciones, me enteré de que lo había sugerido él mismo, el muy torpe. Así pues, ¿quién sino él habría escogido ese mismo día para soltar a la liebre de la Reina? Por otro lado, es justo el tipo de persona que yo habría escogido para perpetrar una tarea semejante: trabajador, sin amigos, inquieto, miserable. Con una ambición insatisfecha de poder y admiración y un trabajo que no le puede reportar ni una cosa ni otra. La información que obtuvo el otro día en la casa de Abernaci nada habría

significado para Robin Stewart a menos de que ya supiera que el tal Francis Crawford se encontraba en Francia de incógnito y con qué cometido. Así pues, al robarle el veneno a Tosh nos dio la prueba concluyente de su culpabilidad... En todo caso, ahora ya no está aquí, se ha marchado.

La conclusión era inevitable. Richard la sintió en la médula de los huesos.

—Lo que significa —dijo lentamente—, que si el hombre de Cornualles tenía intención de matarte, tuvo que ser enviado por otro, ¿no es cierto?

Lymond estaba sentado con las piernas encogidas y los brazos rodeándole las rodillas. Durante unos instantes se quedó mirando el colchón, pensativo.

—Robin Stewart no es un líder. Es un peón. El peón de alguien que quiere acabar con la pequeña María y que confundió a O'LiamRoe conmigo. Quienquiera que sea, ahora conoce la verdad. Es más, con un poco de suerte, también sabe que el hombre de Cornualles habló antes de morir. —Lymond hizo una pausa—. No le quedó más remedio que hablar —dijo Lymond secamente—. Era perfectamente consciente de que iba a romperle el cuello. Me dijo todo lo que sabía esperando salvar la vida a cambio.

El espeluznante sonido del cuello del luchador al quebrarse resonó de nuevo en los oídos de Richard. Le vinieron a la mente las palabras de su hermano: «Pues sí que soy torpe», había dicho y luego se había echado a reír.

—¿Y puede saberse qué te dijo? —preguntó con voz inexpresiva.

—Nada —dijo Lymond al tiempo que levantaba la cabeza y reía con expresión de resignación—. ¡Oh, Dios! Va a darme otro ataque. Nada, no me dijo nada. Por eso tuve que matarlo.

Sobrevino un silencio. Francis, en la cama, estaba conteniendo la respiración con la cabeza entre los brazos y el cuerpo en tensión. Él siempre había sido capaz de beber sin padecer después de aquella manera. Debía tener el organismo auténticamente hecho trizas. Richard esperó con expresión grave y en silencio a que se le pasara. ¿Con qué frecuencia le darían estos ataques? ¿Y cómo podía ocupar su lugar en la corte en tal estado?

—Suele ocurrirme por la noche —dijo Lymond contestando a la pregunta que su hermano no se había atrevido a formular en voz alta—. Siento como si me hubiera tragado las sandalias de Empedocles enteras y tuviera que sacarlas de mis tripas.

Parecía que lo peor había pasado. Richard aguardó todavía unos instantes.

—Me estabas diciendo que Robin Stewart había sido contratado por alguien —continuó Richard—. Y que ese alguien piensa ahora que el hombre de Cornualles te ha confesado algo importante. Por lo tanto, está claro que volverán a intentar matarte. Vas a hacer otra vez de cebo, ¿no es eso? Tu papel favorito, vamos. —Culter no pudo disimular la rabia que se estaba apoderando de él.

—¿Se te ocurre algo mejor? —preguntó en tono conciliador el agente de la Reina

regente.

Fuertemente apretado en su mano izquierda, Lymond sujetaba un pañuelo arrugado que había usado para contener el agudo ataque de tos que había padecido momentos antes. Con un movimiento brusco, su hermano lo arrancó de su mano y lo desplegó sobre las suyas. Numerosas manchas de sangre fresca empapaban el lienzo.

—¡Dios bendito, Francis! —exclamó Richard Crawford con una voz teñida de angustia—. Dios bendito, Dios bendito —repitió—. ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Acaso debo escoger entre mi propio hijo y mi hermano?

Después enmudeció. El silencio se prolongó entre ellos. Tras un primer instante de sorpresa, el rostro de Lymond volvía a ser impenetrable. Cuando por fin habló, lo hizo en un tono deliberadamente intrascendente:

—He dado mi palabra de participar en el desfile de Carnaval dentro de dos semanas. Al día siguiente volveré a casa. ¿Te vale eso?

Richard tardó en contestar. Había esperado cualquier cosa menos aquello. Era una renuncia clara y completa. En tres frases, Francis estaba prometiendo abandonar su misión y sus esperanzas de atrapar al asesino, lo que por otro lado habría justificado el matar a un hombre que esperaba de él clemencia. Era un regalo brutal que él, lord Culter, pensaba aceptar sin escrúpulo alguno.

—Francis, no eres más que un muchacho —dijo Richard mientras contemplaba a su hermano, que ahora yacía sobre el lecho en mudo diálogo con el techo—. Todavía tienes toda la vida por delante.

Tumbado sobre la elaborada cama de marquetería de nácar y carey, Lymond no se movió lo más mínimo. Pero cuando habló, por una vez lo hizo sin asomo de ironía:

—Oh, sí —contestó—. Ya lo sé. La pregunta es, ¿para qué?

Faltaban dos semanas para Carnaval. Al día siguiente, la Reina regente se trasladó a Amboise con todo su séquito. Poco después, un Thady Boy algo menos escandaloso que de costumbre se dirigió hacia Neuvy para hacerles una visita a la señora Boyle y a su sobrina Oonagh O'Dwyer. La tía había salido, pero la casa estaba repleta de parientes y amigos, como solía. El bardo los obsequió con los últimos cotilleos de Blois y acabó bebiendo copiosamente, enfrascado en animada charla con un grupo de invitados. Tras evitar hábilmente la comida, Thady consiguió quedarse a solas con Oonagh O'Dwyer; o quizás fuera al revés.

—¿Y bien?

Estaban en un pequeño oratorio. El eco de sus voces rebotaba contra los sillares de piedra y las hermosas vidrieras dejaban traslucir una luz que teñía sus ropas de vivos colores. Había un órgano en la estancia que Thady tenía que ver imperativamente.

—¡Qué hermosura! —dijo Thady apreciativamente, refiriéndose al órgano—. Si

me lo permitís, voy a probarlo. Podéis ayudarme con los fuelles.

Oonagh O'Dwyer no se movió. No se había peinado después del paseo a caballo que había dado aquella tarde y su melena negra y rizada caía como seda oscura sobre el cuello de piel de su vestido de brocado.

—Así que Phelim O'LiamRoe se fue por fin. Parece que tuvisteis mejor suerte que yo con ese tipo.

Thady Boy desvió la mirada del teclado y levantó hacia ella un rostro de expresión inocente.

—Yo le disgustaba aun más que vos —dijo en tono grave—. Un chico complicado, este O'LiamRoe. Creo que entre los dos le ayudamos un poco. ¿Tenéis algún mensaje que deba darle de vuestra parte?

Ella abrió los labios, pero los volvió a cerrar sin decir palabra. En lugar de hablar se subió a la plataforma y, agarrando los fuelles, le miró a través de los relucientes tubos.

—Así que regresáis a casa.

—El martes de Carnaval. Todavía no me he puesto a pregonarlo a los cuatro vientos. De hecho no soy muy partidario de las despedidas formales. Es mucho mejor no dar explicaciones. Por Dios, muchacha, este órgano es estupendo. Pero con vuestra escasa ayuda sólo van a poder oírnos los ratones.

La joven le contestó dando dos golpes a los tubos con ademán malhumorado. Thady, en respuesta, presionó con fuerza el teclado.

Un sonido agudo y metálico sostenido implacablemente le taladró los tímpanos. La joven se retiró de un salto, soltando los fuelles. El sonido cesó bruscamente. Se quedaron mirándose a los ojos fijamente. Después de un momento, Thady, que vestía un llamativo conjunto amarillo y no llevaba sombrero, inició un silencioso arpegio por el mudo teclado y terminó haciendo una parodia de la actuación del organista de la capilla. Tras observarle detenidamente durante un rato, finalmente ella le dio aire a los fuelles. El sonido del órgano llenó entonces la iglesia. La joven no despegó los ojos de las manos del bardo deslizándose en melodiosa caricia por las teclas.

Oonagh ya sabía que él tocaba bien. También sabía, o creía adivinar, cuánto significaba la música para él. El bardo, abandonando la parodia definitivamente, se adentró absorto por tranquilos pasajes musicales. Algunos le resultaban familiares y otros no.

—¿Y bien, creéis que Robin Stewart volverá algún día? —preguntó mirándole a través de los tubos mientras le daba aire a los fuelles automáticamente.

Thady Boy siguió interpretando su música sin apresurarse a responder.

—No lo creo. Estúpida criatura... Yo mismo le expliqué todas las razones por las cuales debía de abandonar Francia. —Dos irónicos ojos azules la miraron por encima

de los tubos más pequeños—. ¿Acaso le echáis de menos?

La joven soltó los fuelles con expresión de impaciencia y rabia. La música enmudeció. Ballagh comenzó a silbar una nueva melodía acompañándose sobre el de nuevo enmudecido teclado hasta que Oonagh, aplacándose, volvió de nuevo a darle aire.

—¿Creéis —dijo el bardo— que ahora que O'LiamRoe ya no está, puede haber alguna esperanza para mí?

La intensidad de la melodía disminuyó por un momento para alcanzar a continuación un volumen que hizo vibrar los candeleros de plata.

—La marcha de O'LiamRoe —dijo Oonagh O'Dwyer—, no cambia nada en absoluto en lo que a vos respecta.

—¿Así que no cambia nada? —continuó imperturbable Thady Boy—. Qué extraña noticia, querida. Parece que os movéis en círculos de lo más elevados.

Ella no contestó. Durante un rato siguieron él tocando y ella dándole aire, llenando el opresivo silencio con la música. Estaban solos en la pequeña capilla. Los familiares sonidos de la casa llegaban amortiguados hasta ellos. El bardo arrancaba del órgano notas veloces que parecían quedar flotando en el reducido oratorio sobre los sillares de piedra blanca, los tapices de Gante y la madera pulimentada. Luego cesaron repentinamente. La joven seguía abriendo y cerrando mecánicamente las manos sobre los fuelles pero Thady Boy, que había levantado las manos del teclado, se quedó mirándola en el sibilante silencio que se produjo.

Oonagh, con los brazos doloridos de darle al fuelle, sintió cómo el rubor cubría la delicada piel de su rostro. Se levantó y miró al bardo desde la elevada plataforma.

—¿Entonces vais a privarnos del banquete permanente de vuestro embriagado ingenio? ¿Por qué este empeño en abandonarnos ahora?

Thady Boy, recostado a medias sobre su asiento, se había abrazado las rodillas.

—Como dice la canción, «Unos ojos grises miran hacia Erin; unos ojos grises llenos de lágrimas». Ya sé que es extraño, pero a pesar de lo estúpido que es ese hombre, siento un anhelo innegable por volver a ver a Robin Stewart. El martes de Carnaval me marcharé. Hasta entonces, este magnífico país tiene todavía tiempo suficiente para poder impresionarme. ¿Diríais vos —preguntó Thady con los ojos brillantes—, que existe alguna posibilidad de que pueda aún admirarme de algo?

La joven le miró con expresión inescrutable mientras agarraba con manos tensas los tubos cromados.

—No podría decirlo.

—¿Ah no? —dijo Thady Boy y, levantando la mano, separó los dedos de la joven aferrados a los tubos—. Esto no se hace así, querida. Qué lástima.

Ella retiró bruscamente sus manos y bajó de un salto de la plataforma sin esperar a que él la ayudara. Thady se puso en pie.

—Ya os lo dije —dijo Oonagh—. La marcha de O’LiamRoe no cambia nada. — La joven, enfrentada a él, respiraba agitadamente por el salto—. ¿Es que os creéis que no tengo acompañantes suficientes? ¿Qué no tengo bastante dónde escoger? Precisamente me he enterado de que acaba de llegar a la corte un magnífico lord, rico donde los haya, para llevarse a casa a su hermano pequeño. Deben de salir caras las niñeras en Escocia hoy en día.

Las manos de Thady Boy continuaron inmóviles sobre el teclado.

—Tendrá éxito, sin duda —dijo sin poder evitar que asomara a su voz un deje ligeramente burlón—. A pesar de lo arisco de su raza, su señoría es un espécimen bastante tolerable y además siente debilidad por las mujeres irlandesas. No es una mala elección para vos, podríais hacerla mucho peor, sin duda.

Si el bardo había esperado con aquello llevarla a su terreno, se equivocó de parte a parte. Los ojos de la joven le observaron con una mirada desdeñosa.

—No hay duda de que son una raza de costumbres absurdas —dijo la irlandesa—. El heredero segundón de un lord nunca se llama sencillamente por su nombre, sino que se le trata de señor de esto, o señor de aquello. Como en el caso del heredero de lord Culter, al que llaman, creo, señor de Culter, y que, desde luego, de señor no tiene un pelo.

Francis Crawford, en su día señor de Culter, calibró aquel sarcasmo durante un momento.

—Una verdadera lástima —dijo con voz seria al cabo de un rato—. Pero hay que ser comprensivo en estos casos. Después de todo, querida, el señor de Culter sólo tiene siete semanas y poco puede hacer desde su cuna en Midculter.

El joven se había levantado mientras hablaba. Se dirigió hacia la puerta y abriéndola, se detuvo un instante sonriendo con expresión angelical.

—Así que, hagáis lo que hagáis —dijo remarcando sus palabras y con una sonrisa más dulce si cabe—, nada de ello podrá perjudicar a los Culter, como veis. —Y, dando media vuelta, se marchó.

La puerta se cerró. Oonagh O’Dwyer se quedó mirándola con el rostro tenso. Dos bofetadas, una en cada mejilla, la sacaron de golpe de su ensoñación, lanzándola hacia atrás contra las esbeltas sillas doradas de la capilla.

—¡Zorra codiciosa, cabeza hueca! —exclamó tras ella Theresa Boyle con la cara congestionada y el cabello tieso—. ¿Os creéis que os he traído aquí para que os pongáis en celo con el primero que os encandile?

La alegre, juiciosa y chillona figura que había hecho su aparición en la posada del Puercoespín, allá en Dieppe, se había desvanecido. En su lugar, el rostro enrojecido de piel ajada que la miraba con ojos febriles, los dientes torcidos y la poderosa mandíbula erizada de pelos grises, recordaba la malvada expresión del guepardo el día de la cacería en el que había muerto la pequeña liebre.

Oonagh, recuperándose tras unos instantes de estupor, cogió un candelabro del altar para atizarle a su tía, pero esta se le adelantó sujetándola por las muñecas.

—Sé perfectamente lo que hago —dijo Oonagh en un tono que cortaba como un florete. Después añadió—: Tenéis la mente de una cucaracha. Si acabamos arrastrándonos por el lodo será sólo por culpa vuestra. No le he dicho nada a ese tipo. Habéis tenido que oírlo, el diablo se os lleve, ya que estabais escuchándonos.

—También estaba mirando —dijo Theresa Boyle—. Y no estoy ciega, precisamente. Ha sido el remate final para una dura jornada.

La señora Boyle la soltó y la joven se sentó al poco. Al darse cuenta de que aún sostenía en sus manos el candelabro, lo devolvió a su sitio.

—Entonces, ¿habéis ido a visitar a nuestro honorable amigo?

—Sí.

—¿Y ya sabe que Ballagh y Crawford de Lymond son la misma persona?

—Naturalmente que lo sabe. Me dio un recado para vos.

—¿Para mí? ¿Por qué? —preguntó Oonagh frunciendo el ceño, sin despegar la mirada de aquella boca dura y fiera.

La señora Boyle soltó una de sus habituales risas chillonas.

—¿Os habíais creído que iba a cargar yo con todas las culpas? —dijo la mujer—. «Oonagh O’Dwyer me ha engañado», me dijo nuestro amigo. «Oonagh O’Dwyer me hizo creer que Lymond y Phelim O’LiamRoe eran la misma persona. Ella dice que no lo hizo adrede. Pues entonces, por Dios que debe probármelo».

Se hizo un breve silencio.

—¿Cómo? —preguntó finalmente Oonagh.

Theresa Boyle se volvió hacia el órgano y dio una palmada sobre la madera con su mano. Un sonido desagradable, metálico y sordo, respondió al golpe.

—Thady Boy Ballagh morirá dentro de dos semanas.

—¿Entonces el plan sigue en pie? —El rostro pálido y ovalado de la joven no dejaba traslucir sus pensamientos.

—El plan para acabar con vuestro amigo músico sigue adelante. Pero si ponéis sobre aviso a maese Ballagh, o le distraéis, o si escapa de algún modo, con o sin vuestra ayuda, nuestra causa y vos, Oonagh O’Dwyer, estarán perdidas.

Los dedos de la mujer, gruesos, morenos y de uñas afiladas, estaban desplegados sobre el teclado del órgano. Oonagh se quedó mirándolos. Después se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Eso es lo que somos ahora? —preguntó con amargura mientras abría la puerta al cálido y animado mundo que parecía estar sólo a un paso—. ¿Nosotras y nuestra causa?

## II

### Amboise: Tiene lugar un accidente

El adulto capaz, cuando lleva un caballo a un lugar y en ese lugar se produce un accidente, habrá de pagar una multa en cuantía suficiente, salvo que fuera congénitamente imbécil.

El plan para deshacerse por fin de Thady Boy era tan caro, complicado, barroco y excesivo que nadie, ni siquiera el propio Francis Crawford fue capaz de imaginarlo o anticiparlo. Y, desde luego, tampoco fue advertido.

Era evidente que el joven no había contado a su hermano todo lo que sabía, pero Richard decidió no presionarle confiando en la promesa de que Lymond volvería a casa en dos semanas. Lord Culter se había ganado una merecida fama en Escocia de ser un buen aliado para tener cerca en caso de problema. Agradecidos, los Erskine dejaron que recayera sobre sus hombros la pesada tarea de proteger a la Reina y vigilar todos los movimientos de Lymond.

El propio Lymond ignoraba esto último. Ambos hermanos se encontraron una vez, la tarde anterior a la partida de Richard para Amboise.

—Puedes relajarte, querido. De momento no me han vuelto a poner elixir alguno en la sopa —dijo Francis con ligereza.

Lymond ofrecía un aspecto totalmente delirante. Parecía tan atrapado por la imagen que de sí mismo había creado como un pez embistiendo la suya contra un espejo. Después de aquella tarde, los hermanos no volvieron a encontrarse durante las dos semanas siguientes.

La reina regente de Escocia se trasladó a Amboise con su hijo, su hija, su séquito y su díscola pandilla de nobles. El viaje de la Regente había sido planeado desde hacía tiempo por la reina de Francia y el condestable por múltiples y convenientes razones, siendo la más importante de todas la de librarse de la incómoda y floreciente presencia de Jenny Fleming: aunque no pudieran quitársela de la mente, al menos no tendrían que soportarla entre la Familia Real. Otra de las razones estaba directamente relacionada con la misión de George Paris de traer a la corte a Cormac O'Connor y también con la creciente tensión que estaban provocando en Blois algunos nobles del séquito de la reina de Escocia. Por último, Catalina de Médicis había decidido despachar también a Richard Crawford y enviarlo, bajo discreta vigilancia, junto a su Reina. Después de haberle entrevistado, había decidido que aquel caballero era una persona leal, sencilla y de trato agradable. No se arrepentía de haber atendido el

consejo del mensaje anónimo, pues en la corte era siempre mejor no dejar cabos sueltos, pero tras conocer al personaje y llegar a la conclusión de que su presencia en Francia ni beneficiaba ni preocupaba en nada a la Corona, se había convencido de que aquel anónimo había sido inspirado por pura malicia personal.

La reina Catalina no se equivocaba en esta última suposición. También había acertado al considerar zanjado aquel asunto, aunque la razón a la que ello obedecía distaba mucho de conocerla. La Reina regente había decidido seguir el consejo de Lymond y había accedido a complacer a sir George Douglas concediéndole el condado de Morton para su hijo. Sir George se lo había agradecido apropiadamente, pero aún no se había animado a hacer pública la noticia. De hecho no se lo había comunicado ni siquiera a su pariente lord d'Aubigny, pues disfrutaba alimentando su ocasional rencor hacia la realeza, a la que tachaba de ingrata. Douglas disfrutaba de lo lindo oyendo las quejas de Su Excelencia, que comparaba con acritud los éxitos que a él le habían reportado una vida plenamente dedicada a las artes nobles, con los que cosechaba un sujeto como Thady Boy Ballagh en la corte de Francia.

Sir George también había notado el creciente relajamiento de la etiqueta que parecía adueñarse de la corte, en especial durante aquellas locas semanas de fiestas que habían empezado en Candelaria y se prolongarían hasta el martes de Carnaval, sucediéndose juergas y espectáculos, bailes y mascaradas, torneos y batallas de naranjas que parecían adquirir un cariz cada vez más libidinoso.

El vidame<sup>[2]</sup> de Chartres, Francois de Vendôme, pletórico de éxitos, había llegado de Londres, donde había pasado medio año junto con d'Enghien, entre otros, en calidad de rehén garante del acuerdo sobre Boulogne. D'Enghien y d'Aumale le habían acompañado al comienzo de su estancia, pero tras cumplir formalmente con los meses de rigor, disfrutando de paso de las fiestas y divertimentos de la ciudad, habían regresado a Francia. El vidame, sin embargo, se había quedado allí dedicado a encandilar al joven Rey, a seducir a la hermosa mujer del marqués de Northampton, a officiar bodas y dar banquetes y a realizar pequeños viajes a Escocia de vez en cuando.

El vidame era un fiel aliado de María de Guisa y como tal fue a visitarla a Châteaudun, en Amboise, donde de paso entretuvo a la corte con sus fascinantes historias y cotilleos. Sus grandes y expertos ojos castaños no pasaron por alto al nuevo *ami* de d'Enghien, y le faltó tiempo para presentarse gentilmente a maese Ballagh.

En tiempos del viejo Rey, la vida en la corte, a pesar de lo alborotada y licenciosa que fuera, no había traspasado ciertos límites de decencia, salvaguardando en todo caso el Salón del Trono de cualquier comportamiento incorrecto. En aquellos momentos, la excéntrica influencia de Thady Boy unida a las distracciones propias de la estación, habían relajado las cosas hasta un punto de auténtica negligencia que

amenazaba con afectar seriamente a los asuntos de estado. La histórica mezcla de política y frivolidad que habían dado a Francia la fama de tener buen ojo en el gobierno, corrían el riesgo de convertirse en una auténtica ceguera política.

Aquel febrero fue un mal mes. Richard, a pesar de que no dudaba de que Lymond mantendría la palabra dada, no había comunicado su decisión a los Erskine, ni a lady Fleming, ni a la Reina madre. Así se lo había prometido a su hermano. Una vez Lymond y Tom Erskine hubieran partido, Richard era consciente de que todo el peso de la protección de la pequeña Reina caería sobre él. Pero también sabía que la Reina madre deseaba casi tanto como él mismo que volviera pronto a Escocia. Sabía que quedarse en Francia supondría ir a contracorriente, pero si Lymond se iba, María de Guisa no tendría a nadie más en quien poder confiar. En todo caso, no se hacía ilusiones en cuanto al riesgo que iba a correr. El asesino, si estaba todavía por allí, conocía perfectamente la identidad de Thady Boy. Todo lo que tenía que hacer era trasladar su objetivo al hermano del bardo.

Richard sabía que aquel estado de cosas no se le escapaba para nada a Francis. Por eso no podía permitirse bajar la guardia. Para no tener que romper su promesa, estaba seguro de que su hermano intentaría por todos los medios provocar un ataque contra sí mismo, sin informar a nadie, ni siquiera a la Reina, de su inminente partida. Richard, por otro lado, estaba convencido de que hasta que no se hubieran librado de Lymond, los conspiradores dejarían tranquila a la pequeña María.

Sin embargo, los días pasaban sin que bardo ni Reina sufrieran ataque alguno. Marguerite, los dos hermanos Borbones, St. André, el vidame, los jóvenes de Guisa y sus respectivas parejas, junto con la fraternidad que formaban los arqueros, parecían dedicados en cuerpo y alma a atender, reprender y animar los excesos de un Thady Boy cada vez con menos fuelle y en estado de alerta permanente. Entonces, sin previo aviso, la señal que Lymond había estado esperando llegó por fin.

Aconteció a las ocho en punto de la tarde del sábado anterior al martes de Carnaval. Aquella tarde Lymond había partido a caballo hacia la posada de la Isle d'Or en las afueras de Amboise junto con una veintena de aztecas, disfrazado con una máscara perteneciente a John Stewart d'Aubigny y una capa de plumas de color verde. Su Excelencia, por su parte, lideraba una partida de otros tantos turcos.

Aquel día las justas habían terminado antes de tiempo debido a que el Rey se encontraba aquejado de un fuerte dolor de muelas. Ese era el único achaque que solía padecer el Monarca, que lo soportaba con la aterrorizada rabia que suele caracterizar a los que disfrutan habitualmente de una salud inmejorable. Las fiestas vespertinas quedaron anuladas y la corte, disfrazada con plumas y turbantes, quedó abandonada a su suerte, pletórica de energía y con renovadas ganas de diversión.

Hasta el momento, el día había sido razonablemente tranquilo. Los dos equipos participantes en las justas, turcos y aztecas, a lomos de sus heterogéneas monturas,

con las plumas y trajes al viento y pertrechados de calabazas, tomaron el camino de Amboise saltando, atacándose, persiguiéndose entre sí y zambullendo en el Loira a los participantes más procaces. Cuando llegaron al primer arco del doble puente del Loira ya se había puesto el sol. Tras cruzar a la pequeña isla que se encuentra en el medio, el grupo entró en tromba en la posada de Sainte Barbe en busca de comida caliente y vino. El personal, atónito ante los estrafalarios disfraces, pero halagado ante la presencia de tanto joven noble, se apresuró a atenderlos. Thady Boy, quitándose la máscara y dejándola sobre una mesa, bebió de un trago una jarra de vino bien fuerte y procedió a interpretar una nueva canción que se acababa de inventar. Sin conseguir que el dolor y la náusea que lo atenazaban disminuyeran lo más mínimo, Thady esperó a que la atención general se focalizara sobre el emplumado vidame, que había atacado una danza en chancletas, y se escabulló fuera de la posada.

La noche era tranquila y muy oscura y la bruma grisácea que flotaba sobre el río tornábase amarillenta a medida que se acercaba a las luces provenientes de las ventanas de los dos puentes emplazados a derecha e izquierda de la isla. La silueta de los tejados de Saint Sauveur se recortaba negra tras el puente y las luces de las casitas de campo agrupadas en torno a la posada, iluminaban a medias la blanca arena de la playa y las oscuras y aceitosas aguas que rodeaban el bajío de la isla.

La bruma alcanzó la lejana orilla. A lo lejos, lo único que Lymond distinguía eran las agujas de St. Florentin y St. Denis y el borde de los altos muros de la ciudad con sus torretas, el campanario y las apiñadas chimeneas. La línea de tejados en lontananza se rompía a la altura de la grieta, envuelta en brumas, por donde discurría el río Amasse. Después reaparecía algo más lejos a la altura del gran bastión rocoso que albergaba, rodeado de terrazas e intrincadas construcciones, el castillo del Rey en Amboise. La luz proveniente de las ventanas más altas sobresalía por encima de la neblina y en los amplios jardines, los árboles brillaban con las trémulas luces de los candiles. La Reina regente estaba en el castillo.

Hacía frío. Lymond se preguntó desapasionadamente si se iría a desmayar. Después, con la misma frialdad, calibró la posibilidad de que su salud se agotara antes de cumplir su promesa o de que el asesino completara su trabajo.

El tintineo del metal resonó dulce en sus oídos, con el mismo efecto tonificante que si se hubiera echado un balde de agua fría en su castigado cuerpo. Iba armado con su espada, como de costumbre. Un nuevo sonido metálico, esta vez de espuelas, sonó a un lado. Lymond, desenvainando su espada, retrocedió hasta sentir la puerta del establo contra su espalda. Cuando se disponía a poner la mano sobre el pomo para abrir la puerta, un ruido de espadas entrechocando sonó frente a él.

Lymond contuvo la respiración. En la oscuridad, el desconocido de las espuelas abandonó su escondite y, blandiendo su acero, se abalanzó hacia delante con pasos

ligeros que resonaron nítidamente contra los pequeños adoquines. Un hombre gritó algo y, en respuesta, alguien desde dentro de la posada abrió un postigo. Un trapecio de luz escapó del interior iluminando el lugar. En el patio junto al establo, un hombrecillo camuflado hasta el ala de su sombrero luchaba por defender su vida contra otros dos, uno de los cuales llevaba espuelas en las botas.

La luz iluminó también a Thady Boy. La puerta de la posada se abrió de golpe y la silueta de Thady quedó recortada a contraluz. Entonces el hombrecillo gritó. Había perdido su arma y en aquel momento los dos hombres le tenían sujeto por el cuello. Lymond llegó hasta ellos sin hacer ruido gracias a sus botas de piel y separó de un tirón al de las espuelas retorciéndole el brazo. El otro hombre también se volvió hacia él. Aprovechando aquel segundo de gracia, el acosado viajero se liberó y huyó a todo correr.

Los dos atacantes hicieron ademán de seguirle pero se detuvieron ante la orden perentoria de Lymond. Alguien gritó desde la puerta de la posada y fue respondido. Otra voz pareció dirigirse a los del exterior, pero la falta de respuesta pareció convencerlos de lo idóneo de mantenerse al margen. Los que se habían asomado volvieron adentro. La puerta se cerró de un portazo y después también lo hizo el postigo. La oscuridad envolvió a los tres hombres.

—¿Y bien? —preguntó Lymond—. Rob Jockey, de Hartree y Fishy James, de Tinto. ¿Órdenes de lord Culter?

Dos recios pares de pies permanecieron inmóviles sobre los adoquines.

—Sí, señor.

—¿Acaso imagináis —preguntó de nuevo Francis Crawford de Lymond—, que un hombre de metro cincuenta de estatura y armado con un estoque puede alterar en algo mi existencia?

—No señor de Cult... Es decir, no, señor. —Rob se sentía lo suficientemente irritado para remarcar el nuevo tratamiento que le correspondía a Lymond. De todas formas, el codazo que le dio su compañero James no era necesario. El tono cortante como un cuchillo de la voz del joven disfrazado que tenía enfrente era más que suficiente. Aunque no lo había visto demasiado por Midculter, había oído hablar del hermano pequeño del lord. Era increíble que el señor de... que el joven Crawford conociera sus nombres.

—Bien —dijo Lymond en tono agradable—. Sería mejor que me trajerais a ese hombre, ¿no os parece?

Los dos hombres se miraron en la oscuridad sin saber qué hacer.

—¿Para interrogarle? —aventuró débilmente Fishy James tras un prolongado silencio.

—Para disculparos —dijo Lymond con decisión—, y para que pueda entregar, si es que está todavía en condiciones de hacerlo, el mensaje que traía para mí.

Por fin dieron con el hombrecillo en el box del caballo, oculto en un montón de paja. Tenía un pequeño corte en un hombro. Lymond se dedicó a vendárselo mientras sus dos guardaespaldas, bastante apabullados, esperaban fuera vigilando. Una vez tranquilizado, vendado y apaciguado con algo de oro, el viajero le comunicó su escueto mensaje:

—El príncipe de Barrow tomó tierra sano y salvo en Dalkey, señor, marchando después directamente a su casa. El señor Stewart acompañó al señor París a la casa de O'Connor, pero O'Connor no estaba. Se dividieron para dar con él y al poco el señor París volvió sin haber tenido éxito pues se enteró de que O'Connor se encontraba en el norte y no regresaría hasta pasadas dos semanas. El señor Stewart no regresó.

—¿Seguía buscando a O'Connor? —preguntó Lymond por pura formalidad, pues creía conocer la respuesta.

—No. El señor Stewart cogió un caballo de postas y luego un barco. El señor París creía que probablemente se dirigía a Escocia. Luego...

—¿Luego? —preguntó Lymond con voz desmayada.

—El señor París se enteró de que había zarpado otro barco, esta vez desde Dublín, llevando a bordo al príncipe O'LiamRoe. Fue despedido desde el muelle con una formación de soldados. Las gaviotas armaron gran escándalo coreando las trompetas y saludos provenientes de popa, con O'LiamRoe vestido en sus mejores galas de seda como el invitado de honor que era.

—Con destino a Londres —dijo de pronto Lymond jovialmente. Los azules ojos de Francis Crawford brillaron en la oscuridad.

—Con destino a Londres —corroboró agriamente el mensajero de George Paris.

Como solía ocurrirle últimamente, el ataque que le sobrevino fue casi más de lo que su cuerpo podía soportar. Una vez que el mensajero hubo partido y se hubo deshecho de las dos abatidas niñeras que su hermano le había enviado, Lymond tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para volver al interior de la posada a por la bebida que le habría de reconfortar y le permitiría seguir adelante.

Cuando por fin se sintió preparado para afrontar la jovial algarabía que habría de saludarle a su entrada, Francis Crawford encontró al personal seducido por una nueva ocurrencia.

St. André había retado al príncipe de Condé, que lideraba a los aztecas contra los turcos, a nadar con su equipo desde la Isle d'Or hasta Amboise. Aquel reto, conociendo las peligrosas corrientes que fluían bajo la apacible apariencia del río, aludía indefectiblemente a cierto episodio relacionado con una llave y con la esposa del mariscal de St. André.

Lord d'Aubigny, que aquel día ejercía de líder indiscutible, añadió algunos detalles de su cosecha. La carrera natatoria habría de hacerse en el sentido inverso,

desde Amboise hasta la Isle d'Or. Dirigidos por un joven capitán de cabello rizado en un estado semi sobrio, aztecas y turcos habrían de llegarse hasta el castillo del Rey en Amboise y solicitar permiso para entrar. Después, concedido el permiso, habrían de reunirse en la Tour des Minimes y desde allí, bajar a la carrera por la rampa interior destinada al paso de carruajes que descendía en la empinada espiral y que había dado fama a la torre. Una vez sobre el puente levadizo habrían de llegar hasta la playa y alcanzar el brazo del río que los llevaría corriente abajo hasta la Isle d'Or en la que ahora se encontraban.

El joven y casi sobrio capitán que había de congraciarse con la Reina madre y con el comandante del Rey, partió. Con él, para mantenerle en aquel estado de precaria sobriedad, partió también un arquero llamado André Spens.

Poco después, el resto del grotesco grupo se puso en marcha en medio de aullidos y gritos. Entre ellos iba Thady Boy. A aquellas alturas el bardo ya no podía pensar con claridad. Una parte de su mente estaba ocupada intentando analizar las nuevas que acababa de recibir. Otra parte de su mente reconocía con filosófica aceptación que la crisis que llevaba tiempo temiendo se le venía probablemente encima, y que él había mandado a casa a los dos hombres que tenían encomendada su seguridad. Al resto de su mente, todo esto le daba igual pues en aquellos momentos se encontraba ya absoluta y benditamente borracha.

Lymond recuperó la máscara que le había prestado lord d'Aubigny, quien parecía con razón haber perdido parte de su entusiasmo inicial, centrado como estaba en ordenar sus dispersos pensamientos mientras cabalgaban pendiente arriba por el puente y, a través de la Puerta de los Leones, hasta el castillo.

La bruma se había transformado en una niebla espesa que parecía cubrir con un manto de melancolía las oscuras aguas del río. El castillo se hallaba rodeado de bancos de neblina que velaban la luz de las antorchas y creaban confusos arco iris por doquier. Abajo, el río discurría negro y perezoso en el gélido aire nocturno.

En lo alto de la torre la corte escocesa en pleno se había reunido bajo un gigantesco toldo para observar la salida de los bulliciosos, inconscientes e insensatos jóvenes que componían el séquito del rey de Francia.

Se accedía a lo alto de la torre del homenaje de Amboise por una empinada rampa interior adoquinada por la que solían subir los carruajes de armas y los carros. La rampa, que podía albergar a cuatro jinetes de frente, giraba en espiral entorno a un poste de madera de cerca de nueve metros de diámetro. Aquella noche se hallaba vacía. Iluminando la pronunciada y curva pendiente empedrada, numerosas antorchas llameaban humeantes junto a los altos ventanales que hendían como negros cuchillos los gruesos muros de la torre, de cerca de cuatro metros de espesor, adornados con tapices. La niebla, elevándose desde el río, llenaba el foso del castillo y se aventuraba audaz por la puerta rematada por un escudo, acariciando con sus húmedos dedos las

rugosas murallas.

Reunidos en lo alto de la torre, los caballos se revolvían inquietos, se alineaban, rompían la formación y volvían a alinearse. Las silenciosas antorchas hacían relucir sus enjorjados jaeces. Las capas emplumadas de los jinetes semejaban las alas en movimiento de extraños pájaros fantasmagóricos. Las cimitarras de los turcos despedían acerados destellos. Las cuerdas del entoldado, agitadas por el viento, parecían una gigantesca telaraña de quipus. Sonó la llamada de una caracola. El mariscal de St. André, tocado con turbante y pendientes, proyectaba a la sesgada luz de las antorchas la imagen de un deslavazado y amorfo hongo de extrañas dimensiones.

Sentado junto a la Reina madre, Richard observaba en silencio y con el rostro inmutable a los jinetes que se arremolinaban en la línea de salida. Distinguió al vidame, que parecía demasiado borracho para cabalgar, afanándose en reunir a sus correligionarios aztecas y a Laurens de Gestan, ataviado en brocado rojo, que intentaba colocarse los estribos y había perdido las riendas de su montura. Vio también a lord d'Aubigny, que parecía dividido entre el deseo de encontrarse en otro lugar y la satisfacción de presumir de su destreza. Por último, vio también a su hermano: su oronda silueta recortábase en la noche mientras avanzaba hacia un Condé cubierto de verdes plumas; en el arzón delantero de su montura llevaba una extraña y espantosa máscara.

Alguien levantó un pañuelo en señal de salida. En aquel momento, Lymond se giró hacia el grupo de escoceses e hizo un ligero saludo con la mano. Su rostro, a la tamizada luz de las antorchas, tenía la misma expresión confusa y tensa que Richard le había visto en su habitación hacía dos semanas. Parecía estar medio estupefacto. Movido por un repentino impulso, Richard le devolvió el saludo. El pañuelo cayó en el suelo y el cuerpo de caballería salió en tropel pendiente abajo por la rampa de la Tour des Minimes.

Como un rebaño de vaquillas en estampida en el día de san Martín, como un banco de delfines saltando unos sobre otros, como una partida de aztecas y musulmanes al ataque, como los jóvenes ricos y desenfrenados que eran, los jinetes se lanzaron apelotonados por la puerta y rampa abajo en un remolino de capas, crines y plumas.

Los jinetes descendían en apretado marasmo de flancos, sillas y espuelas, rozándose contra la áspera piedra del muro, arrancando a su paso los tapices y resbalando a medida que progresaban espiral abajo envueltos en una nube de sudor, aliento e inmundicia. Los gruesos muros de la torre se enroscaron haciendo desaparecer el cielo nocturno tras ellos y entonces, el ruido ensordecedor que se apoderó del interior de la torre anuló los demás sentidos. El alto y rugoso techo, a medida que bajaban a toda velocidad, parecía venírseles encima.

El fragor hacía aullar a los hombres inconscientemente. Los caballos relinchaban en medio del estruendo de arneses y bocados. Los cascos pateaban frenéticos sobre piedra, metal o carne, resonando contra los adoquines con un sonido escalofriante que parecía volver locos a jinetes y monturas. Un arquero encabezaba la marcha, seguido de cerca por Condé y de Gestan. Después venía Thady Boy, cabalgando a fuerza de instinto en medio de la avalancha con d'Enghien, que no le perdía de vista, pegado a su flanco. Los seguían el vidame y St. André con otra docena de jinetes. D'Aubigny, con el hermoso rostro concentrado, cabalgaba en la retaguardia con el resto.

Empujados violentamente por la enloquecida avalancha, resbalando unos sobre otros a medida que la rampa aumentaba su pronunciada pendiente, los hombres comenzaron a tropezar y a desplomarse. Como fichas de dominó empujadas por la propia inercia de las piezas, la joven sangre de Francia, prisionera en aquella trampa helicoidal, acabó aquella noche derramada, deshecha en un violento amasijo de hombres y bestias, de cuero y metal, de humo y niebla.

La cuerda asesina había sido colocada justo antes de la última curva. Laurens de Gestan, que encabezaba la carrera, nunca supo qué fue lo que le hizo caer. La cuerda le desmontó de golpe y el arquero chocó con gran violencia, enganchado aún de uno de los estribos, contra uno de los muros laterales. El impacto acabó con su vida, destrozándole el rostro, y su caballo mató al siguiente jinete que, galopando tras él a toda velocidad por aquella pendiente infernal, acabó empotrado contra los cascos y el lomo de la bestia. La rampa vomitaba jinete tras jinete, haciéndolos chocar contra la barrera de hombres y bestias caídos, cual torrente estrellándose contra las rocas.

Francis Crawford de Lymond se encontraba entre ellos. D'Enghien le había arrebatado las riendas y el bardo había caído rodando y deslizándose en medio de un amasijo de plumas salpicadas de escarlata, como una vieja pieza de caza arrumbada en un extraño almacén helicoidal.

El interminable alud de hombres y bestias acabó por apagar las antorchas de toda una espiral de la torre, abandonando a sus dolientes ocupantes a la oscuridad y la niebla. Los últimos que llegaron tuvieron más suerte, aunque los que cabalgaban más veloces, al quedar a oscuras de improviso, no pudieron evitar chocar contra la barrera de cuerpos quebrados y caballos reventados que yacían como marionetas en el suelo y salieron despedidos, aterrizando más allá sobre los resbaladizos adoquines. Los restos humanos y materiales de la catástrofe se diseminaron largamente rampa abajo.

Richard fue uno de los que participó en la angustiada tarea de rescatar los cuerpos aprisionados o desparramados sobre las bestias. A la brumosa luz de las nuevas antorchas, lord Culter vio como se los iban llevando, uno a uno, arrastrándolos, en brazos o yaciendo sobre improvisadas parihuelas. St. André, el favorito y hermoso St. André, había tenido la suerte de caer en blando, amortiguado el golpe por las verdes plumas de un rival azteca y los cuartos traseros de un caballo muerto y sólo tenía un

corte en una pierna. El vidame fue evacuado gimiendo semiinconsciente, con la clavícula rota y una torcedura en la rodilla. De Gestan había muerto. D'Aubigny se encontraba inconsciente. Tenía las ropas salpicadas de sangre pero el pulso le latía firme y regular. También d'Enghien estaba seriamente contusionado, pero no parecía estar grave. El príncipe de Condé había conseguido caer bien, gracias a su agilidad, pero había sido pisoteado dos veces, una de ellas por su caballo y la otra por St. André. Aparte de una cadera y un brazo rotos, era imposible saber en qué estado se encontraba pues, aunque en estado semiinconsciente, rechazaba a grito pelado cualquier ayuda. Otros dos hombres, con el rostro cubierto por sendos lienzos, fueron evacuados. Richard se inclinó hacia ellos descubriendo sus rostros con el corazón en vilo, pero ambos eran desconocidos.

No sabía en qué momento Tom Erskine había aparecido a su lado. Mientras uno a uno los caballos iban siendo apartados y sacrificados y los maltrechos y ensangrentados jinetes evacuados, Richard y Tom seguían infatigables, buscando siempre al mismo joven. Trajeron más antorchas que iluminaron el tétrico panorama: los restos más trágicos del accidente quedaban esparcidos por el suelo encarnados en los jinetes que habían soportado todo el peso de la avalancha. Buscando las manos que tan bien conocía, Richard fue examinándolas una por una, desechas y magulladas por sus propias joyas, para volver a colocarlas con cuidado sobre los desconocidos cadáveres.

El último caballo fue retirado. Una partida de lacayos provistos de candiles recogieron los restos de ropas, las capas, los jaeces y las sillas de montar que inundaban el suelo oscurecido por la sangre. En la Tour des Minimes sólo quedaban ya la vaporosa bruma y la húmeda sangre. Aún así Richard y Tom regresaron una vez más, incrédulos, tras buscar infructuosamente entre los heridos, los moribundos y los muertos.

Finalmente, exhaustos y sucios, tanto ellos como el resto de los jóvenes amigos y allegados de Lymond tuvieron que rendirse a la evidencia: Thady Boy Ballagh, que había sido visto caer herido por los jinetes más próximos a él, ya no estaba allí.

Tampoco encontraron al hombre que, al verle caído entre varios cadáveres, había exclamado con una voz amortiguada por el estruendo, en tono despectivo:

—*Ta sottè muse, avec ta rude Lyre!* ¡Qué el diablo te lleve, maese Thady Boy Ballagh!

No hubo médico ni boticario en Amboise que no acudiera al castillo aquella noche. Al día siguiente llegó también el condestable. Sentado junto a St. André, con sus manos surcadas de gruesas venas sobre las rodillas, escuchó de sus labios exangües el relato de lo sucedido. Los asesinos habían sido negligentes en aquella ocasión y habían dejado una prueba palpable de su crimen. El plan inicial de simular un

accidente fortuito había quedado anulado desde el principio por el hecho de que los delincuentes, asustados, habían abandonado la cuerda que había provocado la caída en la rampa, en lugar de llevarse con ellos la prueba del delito. Mientras las sospechas iban en aumento haciéndose progresivamente tan densas como la niebla que subía del río, Richard y Tom Erskine seguían buscando, en vano, cualquier pista sobre el paradero de Thady Boy. Cuidando de no delatarse ni despertar sospechas, Richard visitó al mahout Abernaci. El jefe de la casa de fieras no sabía nada. Aquella noche había permanecido en Blois.

Transcurridos cinco días del desastre, apareció Tosh con su burra y sus cables. Acompañado por un grupo de escoceses aliviados de abandonar por un rato el hospital en que se había transformado el castillo de Amboise, descendió hasta el puente y, observado por una atenta multitud, procedió a enganchar una cuerda en uno de sus extremos.

Richard no se encontraba entre los espectadores. A la vuelta de una de sus agotadoras e inexplicables expediciones, lord Culter fue interceptado por George Douglas.

—Relajaos, querido amigo —dijo Douglas con aire despreocupado—. Vais a desgastaros la dentadura de tanto apretarla. Abandonar vuestras oscuras pesquisas y acudid a ver a Ouschart. Es un tipo de lo más original. De hecho, debería ser él quien llevara puesta la máscara y no su asno. Quetzalcoatl, el dios tolteca.

—¿Qué el asno lleva puesta una máscara? —Richard sabía que aquella era la forma típica de Douglas de dar información. Aún así, se sintió enrojecer de la impresión que le produjo la noticia—. ¡Dios bendito! ¿Una máscara azteca?

Sir George sonrió.

—Una máscara grande y sonriente hecha de mosaico, con unas orejas doradas. Solía tener marquetería y dientes, creo, pero parece que alguien ha intentado hacerla pedazos. Puede que haya sido el burro. Id a verla. Os vais a reír.

Richard fue a verla. Pero sabía que no le provocaría ninguna risa.

Se abrió paso entre la multitud y, en efecto, encontró al burro con la grotesca careta, rota y ennegrecida, atada sobre su peluda testa. Era la máscara que Lymond llevaba en el arzón al comienzo de la nefasta noche de la carrera.

Las noticias, que Tosh le dio con la mayor discreción que pudo, resultaron terribles. Él mismo había encontrado aquella mañana la famosa careta. Pero no en el castillo, ni en el recinto del mismo, ni siquiera en la ciudad de Amboise. La había encontrado en Blois, pisoteada por los curiosos que, como él mismo, habían acudido a ver lo que quedaba de la mansión de Hélie y Anne Moûtier. Y lo que quedaba era una ruina que todavía ardía con llamas que se elevaban por encima de los doce metros de altura.

Nadie que hubiera estado en su interior podría haber sobrevivido. Tras buscar

infructuosamente algún rastro de Thady Boy, Tosh había enviado un mensaje a Abernaci y se había venido a Amboise para comunicar las nuevas en la corte escocesa, cargado con la máscara como funesta prueba de lo sucedido.

Aquella noche, Tom tuvo que emplearse a fondo para persuadir a Richard de que no marchara a Blois, adónde Culter quería ir a toda costa. Permaneció a su lado ante la chimenea de su habitación mientras lord Culter, durante las largas horas de vigilia, miraba las llamas intentando enfrentarse a la cruda realidad. Todos y cada uno de los testigos a quienes habían preguntado, aseguraban que Thady Boy había caído herido durante la carrera. Pero entonces, ¿cómo había podido hacer el camino desde Amboise hasta el Hôtel Moûtier? Por otro lado, si lo había hecho, todo apuntaba a que su hermano había muerto allí, consumido por aquel fuego inexplicable.

### III

#### **Blois: La angustia permanece**

Hay lugares en los que el peligro acecha, en los que imperan la soledad y la oscuridad, como en los bosques. Son las moradas de ladrones y forajidos y hasta que no se materialice el peligro la angustia permanece.

En algún lugar parecía sonar una voz. No era capaz de entender las palabras. De hecho, pensó el joven tumbado en la cama, era absurdo intentar captar el significado. El entendimiento se encontraba más allá del límite que le imponía el duermevela, la frustración e incluso el dolor. En el mundo inaccesible y remoto de la conciencia, la voz parecía repetirse incansable, una y otra vez.

No era una voz que pudiera calificarse de relajante en ningún caso. Era una voz impaciente, irritante incluso.

—Tenéis los ojos abiertos —dijo la voz, cortante—. ¡Miradme! Podéis ver. Si lo deseáis, os administraré más opio, pero más tarde...

—¡Vaya, qué amable! —pensó no sin cierta ironía el joven tumbado en la cama. Recordó, azuzado por el dolor, lo acontecido poco antes en la Tour des Minimes. El corcel de Condé se había desplomado sobre él. Los tremendos golpes recibidos le habían llevado a pensar que había llegado su hora.

Sin embargo, parecía que la Muerte había vuelto a dejarle de lado. Tenía una pierna entablillada. El solo hecho de respirar le resultaba doloroso. Acertó a adivinar que tenía las costillas vendadas. En el letargo provocado por la ingestión de la potente droga, sintió el cansancio ocasionado por la gran pérdida de sangre que había sin duda sufrido. ¡Dios! Richard o bien Tom Erskine o quienquiera que fuera la enfermera de rostro cerúleo que le estaba cuidando lo iba a tener difícil... Un prístino y súbito arrebató de vivida cólera pudo con su decaimiento y se adueñó de su ser. Francis Crawford de Lymond giro la cabeza con brusquedad.

Descubrió que quien así le hablaba no era ni más ni menos que Oonagh O'Dwyer. Su rostro, enmarcado por su negra cabellera cual velo nimbado por la luz de aquel grisáceo día, le observaba con los ojos muy abiertos. Si Lymond hubiera recobrado toda su capacidad visual, se hubiera visto reflejado en aquellos ojos inmensos. La voz dejó de retumbar en sus oídos. Durante una o dos inspiraciones expiraciones, el silencio se hizo de nuevo. Luego Oonagh se alejó y Lymond distinguió un techo pintado donde antes se le había aparecido el opalino rostro. Pero oyó su voz de nuevo, esta vez pensativa. Oonagh se ocupaba de algo fuera del alcance de la vista de

Lymond y sus movimientos distorsionaban el eco que a él le llegaba.

—Qué terco sois, creí que nunca conseguiría despertaros —dijo Oonagh—. Ansío saber cómo os sentís estando en vuestro estado y además en deuda conmigo.

Oonagh O'Dwyer. Ella sabía bien que, independientemente de cuál fuera su estado, él siempre aceptaría un reto de su parte. Lymond carraspeó para hacer su voz mínimamente inteligible.

—Estar en deuda con vos estando en... plena forma. Eso sí que me placería —consiguió mascullar—. ¿Me habéis traído vos aquí?

Oonagh se acercó a su lecho y le miró.

—No me gusta que me coaccionen —dijo en tono resuelto—. Decidí que si sobrevivíais os sacaría de allí. Fuisteis afortunado, pues yacíais al pie de la Torre. Yo disponía de un barco, oculto en la niebla, y dos hombres me ayudaron a trasladaros.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces?

—¿De verdad que no tenéis idea? —preguntó, divertida, Oonagh—. Lleváis cinco días sin conocimiento, señor Crawford.

¡Cinco días! Su cerebro registró la sensación de sorpresa pero una oleada de dolor insoportable le dejó atontado de nuevo. La habitación se alejó de él y el rostro de la mujer flotó, irreal, las hojas del trampantojo del techo superponiéndose y como prendidas en su cabello. Se aferró a la mirada ativa de Oonagh durante un instante que se le antojó infinito. Empezó a toser y notó como si una colada de acero se arrastrara por su garganta. Volvió a sumirse en la gélida oscuridad.

Cuando volvió a despertar, la luz era diferente, de un nuevo día. Su cuerpo seguía encorsetado en vendajes. Grandes ventanales daban a un balcón inundado de luz. Había, dispuestos por toda la habitación, candiles de cuyas mechas recién apagadas se desprendía un olor agrio. Lymond dedujo, por los enardecidos y paradisiacos sueños que le habían visitado y por el dolor incipiente que empezaba a atenazarle, que el humo desprendido por los candiles tenía como cometido el adormecerle.

La paz de la que había disfrutado merced a ese humo era, sin duda, el mejor tratamiento para su cuerpo dolorido y fracturado. Pero fundamentalmente servía a los propósitos de ella. Lymond no se llamaba a engaño respecto de Oonagh O'Dwyer. Se quedó mirándola sin que ella se diera cuenta. Estaba sentada junto al fuego, en el mismo lugar en que estuviera aquella noche, junto a O'LiamRoe, en la que les había ofrecido aquella inolvidable serenata. La luz sesgada de los ventanales acentuaba sus altos pómulos y sus negras cejas; la tensión y el cansancio le habían dibujado oscuras sombras bajo los ojos como sendas huellas en la blanca nieve de su piel. Tenía los labios apretados.

—¿A quién estáis esperando? ¿A vuestra tía? —preguntó con voz neutra.

La joven juntó las manos entrelazándolas sobre su regazo. Después se recostó en su asiento y dirigió la mirada hacia el improvisado lecho sin exteriorizar sus

pensamientos. La ausencia de sueño, la soledad y las preocupaciones de los últimos días se notaban en su aspecto, sin afeites y algo descuidado, pero ponían más de relieve si cabe su belleza.

—Si así fuera, ya estaríais muerto —dijo Oonagh en tono gélido escogiendo cuidadosamente sus palabras.

No se oía nada en la casa. Ningún ruido proveniente de las cocinas, ningún sonido de pisadas por las escaleras. La casa estaba vacía, por lo visto. Y su tía no estaba al corriente. Los tejados que alcanzaba a ver a través de los ventanales le resultaban familiares. Recordó de pronto la Tour des Minimes y se preguntó cuántos habrían salido heridos. En todo caso, decidió no malgastar sus preguntas.

—¿Habéis roto relaciones acaso con los caballeros que han intentado matarme?

Oonagh sonrió.

—Podría decirse que estábamos en desacuerdo respecto de un tema secundario —dijo—. Pero no os hagáis ilusiones sobre vuestra libertad. Estáis prisionero pero, tanto por lo que a ellos respecta como por nuestros mutuos intereses, estáis tan bien como muerto. En cuanto a ellos, lo que ignoran no les puede molestar.

Lymond permaneció en silencio intentando pensar. Mucho tiempo atrás, en Escocia, Mariotta le había hablado de Oonagh O'Dwyer.

Antes incluso del episodio de Ruán y del bochornoso incidente de O'LiamRoe en las pistas de tenis, Lymond ya desconfiaba de ella. Pero la joven se había resistido a cualquier intento de aproximación, sin molestarse en ocultarle, por otro lado, que conocía perfectamente la verdadera identidad de Thady Boy. Y sin embargo, el hombre del que había intentado librarse había sido O'LiamRoe. Robin Stewart y su jefe también habían querido deshacerse de O'LiamRoe, convencidos de que el Príncipe era Lymond. Rila había sabido la verdad desde el principio, pero no los había sacado de su error.

Después, cuando Robin Stewart se enteró de quien era quien, supuestamente había informado a su superior. El resultado de aquello había sido el accidente de la Tour des Minimes. Cuando se descubrió que Oonagh conocía la identidad de Thady con antelación, esta había sido probablemente presionada y puesta a prueba y ella, conociendo el plan de asesinarle de antemano, había decidido, típico en ella, mantenerse al margen y no salvarle... pero rescatarle en caso de que sobreviviera. Por lo tanto, el caballero de cuyas presiones se resentía y el superior de Robin Stewart, eran la misma persona.

¿Pero quién era? No se lo había dicho. Lymond siguió dándole vueltas al tema. Su tía, por lo visto, no estaba al corriente de la situación. Si él se encontraba, como sospechaba, en el vacío Hôtel Moûtier, Oonagh no debía tener fácil el poder visitarle a su antojo. Sólo disponía, por lo que podía recordar, de una vieja doncella y dos mozos. Estaba claro que la joven no tenía intención de liberarle pues no quería correr

riesgo alguno, pero ahora que él se encontraba despierto, ¿cómo pretendía retenerle allí? Intentaría averiguarlo con disimulo.

—¿No teméis que vuestro amigo el caballero, se entere de vuestra misericordiosa acción y nos descubra aquí a ambos? Mi desaparición de Amboise habrá levantado sospechas. Los cadáveres no andan.

—Y los heridos hablan demasiado —dijo Oonagh—, sobre todo los que beben en exceso. Mi amigo el caballero, como vos le llamáis, tiene las cosas muy claras. Está convencido de que vuestra desaparición obedece a que vuestra gente os ha quitado de en medio para evitar quedar al descubierto al desvelarse vuestro disfraz y falsa identidad. Lo habrá interpretado como un regalo de Dios.

—¿Debo entender que pretende transferir sus atenciones a mi hermano, entonces? —No estaba empleando mucha diplomacia en sus preguntas, pero no pudo evitarlo.

Se produjo un breve silencio.

—No creo que haga nada hasta dar con Robin Stewart.

Aquello significaba que la desaparición del arquero había sorprendido a su propio superior. Sorprendido y preocupado. ¿Temería que Stewart pudiera traicionarle? ¿O planeaba echarle la culpa al arquero en caso de que alguno de sus futuros planes se torciera? Y, ¿cómo habría descubierto ese desconocido caballero que Stewart había desaparecido? Dios, tenía que conseguir que Oonagh le dijera su nombre.

El dolor comenzó de nuevo a apoderarse de él envolviéndolo en una especie de bruma blanquecina.

—Pero seguramente Stewart regresará pronto seguramente —dijo con falsa ingenuidad. Por la expresión de Oonagh adivinó que todo disimulo era superfluo con aquella mujer.

—Oh, venga, querido. George Paris sirve a todo el que le paga —dijo sonriendo—. ¿Creéis acaso que vuestra pequeña entrevista en la Isle d'Or os la concedían a vos en exclusiva?

Lymond oía su voz más lejana cada vez. El sol se estaba poniendo. Sabía que no le quedaba mucho tiempo. Haciendo un supremo esfuerzo, Lymond volvió a dirigirse a ella:

—Si ese hombre es descubierto os arrastrará con él. Y si no lo es, se volverá contra vos antes o después para protegerse. Decidme su nombre y dejad que yo me encargue de él. Sé cómo tratar este tipo de asuntos. Estoy entrenado para ello, tengo experiencia y vocación. Os prometo que nadie tiene tanta como yo. Confíad en mí. Soy vuestra única baza. Tenéis la oportunidad de hacer algo, aquí y ahora, que os hará pasar a la posteridad y os beneficiará mil veces más que lo que habéis planeado. Si esperáis más tiempo estaréis perdida. Lo perderéis todo. Eso también os lo prometo. Y si lo perdéis todo, ¿en qué os convertiríais?

La joven se había levantado. En sus manos sostenía una vela encendida.

Protegiéndola para que no se apagara, cruzó la habitación y encendió con ella los candiles. Un olor apestoso y dulzón invadió la estancia. Luego se quedó de pie mirándolo, la espesa mata de sus rizados cabellos como una aureola de reflejos bronceados entorno a su rostro.

—¿En qué me convertiría? —dijo con voz cansada y teñida de amargura—. En alguien como Thady Boy Ballagh, seguramente.

Francis Crawford, postrado en su lecho con los ojos muy abiertos, guardó silencio.

Oonagh alcanzó la puerta y se volvió hacia él.

—Confiaría a Phelim O'LiamRoe mi secreto antes que a vos. Os quedaréis aquí hasta que envíe a alguien para veros. Y se hará lo que esa persona opine que deba hacerse. Si escapáis y acudís a vuestros amigos escoceses, yo misma informaré al rey de Francia de dónde puede encontraros. Si acudís a vuestros amigos franceses, si sois visto en las calles, fuera de este lugar, seréis juzgado por herejía, hurto y alta traición. Amboise y Blois están repletos de caza recompensas que van tras vuestra pista desde la semana pasada. Todos y cada uno de los barcos que zarpan de Nantes están siendo registrados para evitar que huyáis. Todas las pruebas del accidente de la Tour des Minimes os acusan de haber sido quien puso allí la cuerda asesina. Se han encontrado en vuestros aposentos joyas pertenecientes a la Corona. Vuestra identidad está siendo cuestionada. Tal y como están las cosas, hay evidencias más que suficientes para que os cuelguen por espía. Como veréis la situación es fascinante. Pensad en ella la próxima vez que os despertéis... Buenas noches. Que durmáis bien —dijo Oonagh O'Dwyer.

La joven, sin saberlo, había cometido un grave error. Las nuevas que ella le había dado habían despertado en Lymond un sentimiento de desafío y hasta una momentánea e involuntaria admiración. Pero sus últimas palabras le provocaron un ataque de ira, fría y terrible. Tenía el brazo izquierdo y las piernas atadas a la cama, pero el derecho, en cabestrillo por las fracturas de la clavícula y la muñeca, estaba relativamente libre. Ignorando el dolor agudísimo que le producía el menor movimiento, sacó el brazo derecho del cabestrillo y asestó un golpe con toda la violencia de que fue capaz sobre el candil que tenía más cerca.

El resultado fue mejor de lo que había esperado. El suelo estaba cubierto de una esterilla de junco seca. El candil de aceite rodó prendiendo fuego a la esterilla e iluminando el resto del suelo, brillante y pulido con cera. El esfuerzo del golpe, con la clavícula rota, sumió a Lymond en la oscuridad. Oonagh, que se encontraba a pocos pasos de la puerta le vio perder el conocimiento mientras su brazo se desplomaba, fuera del cabestrillo, iluminado por el fuego. La joven lanzó un grito, llamó a su mozo y se abalanzó hacia la habitación.

El fuerte dolor le espabiló por un momento mientras le cortaban las ataduras para

liberarle. Abrió los ojos y al ver la expresión febril y enfadada de la joven, se rió en su cara. Le sacaron por la puerta.

La habitación había adquirido un tono dorado rojizo de un cromatismo sublime. Las doradas molduras y las rojas tapicerías de los muebles confundiéndose y mezclándose con el dorado resplandor de las rojizas llamas, oro sobre oro, rojo sobre rojo. A medida que bajaban por las escaleras, el fuego comenzaba a asomar por entre las tablas del techo sobre ellos.

La casa era de madera, como la de la mayoría de las de la vecindad. La calle ya se había llenado de gente. Un humo denso y negro salía por los ventanales en llamas del piso de arriba y se extendía por el patio. En el exterior, alguien reventó el cerrojo de la verja de entrada y, con un cubo en la mano, se dirigió a llenarlo a la fuente.

En teoría la casa estaba vacía. Oonagh no podía ser vista allí con Lymond. Nunca podría pasar desapercibida llevándolo con ella. Ocultos por el denso humo, decidieron abandonarle cerca de una puerta donde el fuego no había llegado todavía, cubierto con la capa de Oonagh. Las ropas que Lymond había llevado puestas cuando le trajo de Amboise yacían en un amasijo sobre el suelo de la entrada. La joven rebuscó entre ellas y sacó la máscara azteca. Tras un instante de vacilación, la arrojó al patio invocando al dios tolteca. Después dio media vuelta y partió con su sirviente, ocultos por la espesa humareda, para mezclarse con la multitud.

Lymond quedó allí, en silencio. Los sonidos llegaban hasta él con extraña claridad. Pensó que era el único de sus sentidos que permanecía inalterado, como si fuera independiente del resto de su ser. Las losetas de piedra del suelo parecían transmitirle con gran claridad todos y cada uno de los ruidos que tenían lugar algo más allá: unos pies calzados con pantuflas corriendo sobre el suelo adoquinado, el chirrido de las poleas, el sonido chispeante y argentino del salpicar del agua de un cubo lleno. Las voces gritando. Las ventanas que crujían y se rompían. El retumbar de una carreta portando más agua a toda velocidad. El agudo ladrido de un perro, que sonaba ululante, como si de una lechuza se tratara. Y cada vez más cerca, el crepitar del fuego extendiéndose por la casa y explotando por doquier, convirtiendo la casa de Hélié y Anne Moûtier en una gigantesca hoguera.

Justo antes de que el techo se desplomara, dos rateros más audaces que los demás consiguieron entrar por la parte de detrás del Hôtel Moûtier y se encontraron con Lymond. Confundiéndole con otro ratero, caído y medio inconsciente por el humo, le dieron una patada para despertarle. El hombre les hizo lo que les pareció una estupenda propuesta: a cambio de una enorme suma de dinero, tendrían que llevarlo en su carretilla hasta cierta dirección.

Los hombres no perdieron tiempo en discutir; después de todo, en aquella casa no quedaba ya prácticamente nada en pie. Tuvieron suerte porque minutos después, mientras se dirigían calle arriba, alejándose del fuego con aquel tipo tumbado sobre

su carretilla y cubierto con mantas, Tosh, sin verlos, seguía el mismo camino.

La casa llamada *Doubtance* en la Rue des Papegaults no tenía cartel alguno que la anunciara. Pero no era necesario; todos conocían bien a qué menesteres se dedicaba.

La dama conocida como Doubtance se alojaba en la planta de arriba, sobre el bajo en el que vivía el usurero, de quien se decía que era su casero o incluso su dueño. Los rumores y leyendas se amontonaban entre las paredes de aquella casa como ratones en su madriguera.

La dama Doubtance era una mujer ya mayor, pero el mundo que habitaba lo era aún mucho más: era el mundo de la Francia de hacía trescientos años en el que los caballeros estaban en pleno apogeo y los trovadores cantaban sus gestas. Vestida con ropajes medievales, la dama iba del laúd a los libros y de los libros a su bordado. Jamás aparecía, ni física ni espiritualmente, a la luz del Blois humanista del siglo dieciséis. Sin embargo, muchas eran las gentes que acudían a ella en busca de información valiosa que podía proporcionarles si es que ella quería hacerlo. En las ocasiones en las que no deseaba hablar, los visitantes podían descender aquellas escaleras con un brazo lleno de arañazos o con las huellas del impacto de un jarrón sobre la mejilla. Y es que la dama no era precisamente un ratón, sino más bien un depredador de pálidos y brillantes ojos provisto de fuerte temperamento.

A quien nunca atacaba era al usurero Gaultier. El hombre tenía sus propios y periódicos asaltantes. Pero esos eran los gajes de su oficio. Era un hombrecillo pequeño, testarudo y astuto, no más rapaz que cualquier otro comerciante de Blois. Sentía auténtica pasión por su negocio, a pesar de lo peligroso que a veces podía resultar. Tenía una gran habilidad profesional. Cuando llegaba a sus manos una pieza de calidad, raramente volvía a manos de su propietario original.

Aquel nublado día de febrero en el que el fuego se desencadenó al final de su calle, fue precisamente en salvar sus posesiones en lo primero que pensó. Ayudado de su secretario y de un aprendiz, se apresuró a cargar en una carretilla sus preciados objetos mientras les llamaba la atención constantemente sobre el precio y valor de las piezas que manipulaban. Cuando la carretilla estuvo cargada hasta los topes, el prestamista la envió calle abajo por la empinada cuesta hasta el río, a cuyas orillas se habían congregado multitud de mujeres con sus pertenencias para guarecerlas del fuego.

Aquel carro era el único medio de transporte de que disponía, por lo que tuvo que aguardar hasta su regreso. El señor Gaultier se introdujo de nuevo en su cueva de Alí Baba y siguió reuniendo sus piezas favoritas con mirada frenética. Cuando salía por sexta vez al umbral de su casa, cargado con un astrolabio al que tenía tremendo aprecio, vio, como una milagrosa aparición entre el gentío, una carreta de mano de cuatro ruedas que avanzaba hacia él. Tirada por dos sudorosos individuos, la carreta

salvó la empinada cuesta y, llegando al umbral de la casa Doubtance, se detuvo justo ante el astrolabio del prestamista, como anticipando su destino.

Antes casi de que los propietarios del carro lo hubieran introducido en el patio delantero y hubieran destapado y explicado la presencia del hombre inconsciente que transportaban, el señor Gaultier ya les había comprado la caretila con ocupante incluido y los estaba despachando. En aquel momento no tuvo tiempo para asimilar las explicaciones de los dos truhanes ni para mirar más que de pasada aquel rostro, que coincidía con el que Archie Abernethy le había descrito tiempo atrás. El prestamista estaba acostumbrado a todo tipo de tareas. Borracho o no, aquel asunto era de menor importancia que lo que ahora le ocupaba, así que tendría que esperar. Georges Gaultier sacó de un tirón al inconsciente y maltrecho ocupante de su estupendo vehículo y lo colocó algo apartado bajo las escaleras para que se recuperara allí.

Tras atiborrar la carretilla, el prestamista miró un par de veces en derredor suyo y, tras observar la mala facha de Lymond, pensó con alivio que él por lo menos tenía la suerte de llevarse bien con sus empleados.

En una ocasión le pareció oír un movimiento procedente del hombre dormido.

—Amigo mío —dijo por si el otro le estuviera escuchando—, deberíais mejorar vuestro aspecto antes de que os vea vuestra esposa. Si subís arriba, madame os dará algo para despejaros. El fuego vendrá en esta dirección sólo si cambia el viento, y los hombres caminamos más veloces que mi astrolabio.

Finalmente, dejó momentáneamente de lado su tarea y, tirando de la sucia capa del joven, le transportó seis escalones arriba hasta el primer rellano de la escalera. El tipo abrió los ojos. El señor Gaultier sonrió.

—¡Madame! —llamó con voz carrasposa—. ¡Tenéis visita!

Aquellas fueron las primeras palabras coherentes que Francis Crawford oyó desde que abandonara la casa en llamas en el otro extremo de la calle. Recordaba vagamente a los rateros que le habían llevado en la carreta y el trato que con ellos había hecho con la esperanza de que Gaultier, que conocía de su existencia por Abernaci, pagara por él la suma prometida. También recordaba en nebulosa el accidentado trayecto hasta la casa cuya dirección Abernaci le había facilitado tiempo atrás. Y ahora aquella voz rasposa y gritona llamando a la mujer.

Para aquel entonces Lymond, con tremendo esfuerzo, había conseguido enderezarse. Con su mano sana agarró la barandilla de madera de la escalera. Apoyándose sobre su única pierna operativa, se izó y levantó la vista. Sus ojos se encontraron mirando el rostro de una mujer entrada en años. Tenía una piel apergaminada, bolsas bajo los ojos y dos trenzas de un imposible tono dorado que le colgaban de una peluca que había pasado de moda por lo menos hacía un siglo. Llevaba puesto un vestido largo, liso y vaporoso, sin verdugada. Sobre su arrugada y

decidida boca, los orificios de su nariz parecían vetustos y enormes.

Se hizo un breve silencio que Lymond aprovechó para acabar de enderezarse y recuperar el control sobre su agitada respiración. El gótico rostro que se encontraba arriba en la escalera pareció sonreírle.

—*Aucassin, damoisiaux, sire*<sup>[3]</sup>! —observó la dama Doubtance citando en tono brusco al personaje medieval.

Lymond se sintió presa de un leve ataque de histérico regocijo ante el saludo y el aspecto de la dama y buscó en su turbia y ofuscada mente una respuesta apropiada.

Más adelante no sería capaz de recordar, salvo en pesadillas, mucho de lo que a continuación se dijeron. Pero lo cierto es que a partir de entonces nunca volvería a sentir lo mismo hacia la balada de *Aucassin y Nicolette*. Haciendo un desesperado esfuerzo por ponerse a su nivel, consiguió articular:

—*Hé Dieu, douce créature...* si me caigo por la escalera, dulce criatura, me romperé el cuello. Y si me quedo aquí, me encontrarán y me quemarán en la hoguera.

—*Aucassin: le beau, le blond...* —dijo la dama en tono levemente autoritario—. Estáis herido: *le sang vous coule des bras*. Estáis sangrando por cincuenta sitios distintos al menos...

Y, recogiendo la falda con estudiada delicadeza, comenzó a bajar la escalera en su dirección mientras recitaba:

*Douce suer, com me plairoit  
Se monter povie droit  
Que que fust du recaoir  
Que fusse lassus o toi!*

... Cómo me placería estar allí arriba,  
¡Allí arriba junto a Vuestra Merced!

Recordaba haber mirado hacia ella, un par de escalones más arriba, con la falda de brocado colgándole sobre el brazo y mostrando sus nudosos y viejos tobillos y sus puntiagudos escaarpines. A pesar de su situación, el absurdo paralelismo entre su vida y la del protagonista de la balada le pareció de lo más gracioso. Recordaba haber intentado con denuedo, a pesar de sentirse a punto de desmayarse, contestarle con la cita correcta.

—*Y de aquel modo el peregrino fue curado* —recordó por fin. Pero después de aquello ya no recordaba cómo había remontado el último tramo de escalera y llegado hasta el lecho de la dama Doubtance.

Se despertó en dos ocasiones. En una de ellas el sonido de una espineta le sacó de un sueño febril. Se encontraba en los aposentos de la dama, una especie de cueva de

gruesas paredes llena de libros viejos y brocados. Se quedó mirando fascinado su amarillo y aquilino perfil mientras tocaba la espineta. Parecía que le habían vuelto a vendar. El dolor, bajo aquellos vendajes, le pareció que había remitido un poco.

La dama terminó de tocar y levantándose, se acercó a él. Abernaci le había contado tiempo atrás que se dedicaba a leer el horóscopo. Creía recordar que también se decían otras cosas sobre la dama Doubtance. Solía estar misteriosamente informada de todo, era inquisitiva y curiosa hasta el agotamiento y de una objetividad fuera de lo común. Había sido en su día acusada de practicar la magia negra, pero nunca se llegó a probar nada... Ciertamente no parecía interesada en obtener poder o riqueza alguna. Sus diagramas astrológicos eran para ella como sus hijos. Su vida estaba por completo dedicada a obtener los datos e informaciones con los cuales confeccionarlos. Era una mujer que raramente se escandalizaba por nada; era ciertamente vieja en años, pero también lo era en sabiduría. Su filosofía de vida y sus opiniones eran justas, correctas, pero duras. Después de todo, los problemas que aquejaban a los mortales se reducían para ella a meras líneas en el trazado de sus diagramas.

Cuando estuvo lo bastante cerca para oírle, Lymond le dio las gracias y le rogó que informara a Abernaci de su paradero.

Después se dio cuenta de que había hablado en inglés, estúpidamente. El añoso rostro que sobresalía del cartilaginoso cuello le miró con expresión atenta enarcando las cejas. Una mano huesuda y llena de anillos extravagantes tocó sus labios, sellándolos.

—*Or se chante* —dijo—. Los rumores vuelan. Están buscándoos casa por casa. Habladnos en vuestra lengua a mí o al señor Gaultier si no podéis evitarlo, pero a nadie más... ¿Cuál fue la hora y el día de vuestro nacimiento?

Sus palabras en inglés tenían el acento típicamente descuidado del que habla muchas lenguas, interesado únicamente en hacerse comprender y sin preocuparse lo más mínimo por dominarlas en profundidad, como las almejas, cuyas conchas se desechan descuidadamente para consumir la carne que contienen. No le había preguntado por el año de su nacimiento. Cuando el joven le hubo respondido, ella se quedó observándolo durante largo rato con aquella intensa mirada suya algo estrábica y él tuvo de pronto la certeza de que la dama ya conocía aquel dato. En el momento en que le asaltó aquel pensamiento la mujer sonrió, las magras y arrugadas mejillas parecieron desaparecer, devoradas por una boca grande, dura y autoritaria.

—Sois un joven muy perceptivo. Yo conocí a vuestro abuelo —dijo—. Todavía me habla a veces.

—Mi abuelo está muerto —dijo Lymond.

Aquello era cierto, desde luego. El primer lord Culter, su abuelo, había sido un ser excepcional, muy querido tanto en Escocia como en Francia. Había muerto muchos

años atrás y Lymond había recibido su nombre en honor suyo. Sin embargo aquellas palabras, dirigidas a ella, sonaron absurdas. Lymond las había pronunciado para protegerse, aunque no sabía bien de qué. Se daba cuenta de que ella, de alguna forma, había conocido a su abuelo. También tenía la certeza de que estaba informada de su muerte. Se sentía incapaz de adivinar qué más podría saber aquella mujer. Pero en aquel silencio que siguió a sus palabras podía sentir su mente, poderosa, extravagante y tenaz, escalando sus defensas.

No habría sabido decir cuánto tiempo duró aquel silencioso duelo mental. En algún lugar muy próximo a él sonó un largo suspiro, exhalado de forma casi inaudible y Lymond sintió de nuevo posarse sobre su frente aquellos dedos de anciana.

—Guardáis bien vuestros secretos —dijo la dama—. Felicidad de mi parte a Sybilla.

Tras escuchar aquellas palabras, Lymond se sintió invadido por el cansancio del que ha conseguido escalar la cumbre y volvió a perder el conocimiento.

La segunda vez que se despertó se encontró con que ya no estaba en la cama sino que yacía sobre una especie de sacos en el interior de un armario, compartiendo aquel reducido espacio con una serie de pequeños y exquisitos objetos. Afuera, la habitación estaba siendo revisada.

Pudo oír una serie de preguntas formuladas en tono serio y con una cortesía poco frecuente. El teniente y sus soldados estaban sin duda en deuda con la dama Doubtance. Una luz azulada se colaba por una pequeña rendija pero Lymond no se sintió con fuerzas para mirar por ella. El joven acarició los objetos de madreperla y bronce y las pequeñas piezas de laca y los brazaletes que había junto a su cabeza.

Oyó como los soldados y su teniente se marchaban, aparentemente satisfechos. La puerta del secreter se abrió y fue de nuevo llevado hasta la cama. Durante unos instantes le pareció imaginar el rostro de Oonagh O'Dwyer con unas trenzas rubias e incongruentes inclinado sobre el suyo, pero pronto reconoció a la dama Doubtance que le estaba observando, con el prestamista a su lado. Tras ellos, una figura familiar con turbante sonreía: Abernaci.

Ahora sabía qué era lo que debía hacer. Llevaba pensando en ello desde que había recuperado la conciencia, repitiendo para sí aquellas tres palabras como una letanía.

Pero la tensión extrema, la fiebre, las drogas, sus castigados músculos y el agotamiento mental y físico le impedían articularlas. Su voz no le respondía. La angustia le sumió en la oscuridad de nuevo. Se sintió prisionero en una especie de mudo y ciego vacío, incapaz de comunicarse con nadie.

Pero era necesario. Era urgente. Tenía que conseguirlo.

Lymond mantuvo los ojos cerrados y se esforzó en sacar de su cerebro aquella sensación de pánico. Cuando lo hubo conseguido, pudo por fin centrarse en el mensaje que quería transmitir y que parecía aguardarle en el fondo de su mente.

Las tres personas alrededor de su cama esperaban en un silencio que parecía hacerse interminable. Por fin la dama Doubtance habló; los ojos le brillaban con una extraña luminosidad. Dándose la vuelta, se giró hacia el mahout:

—Llévadle a Seigny —dijo bruscamente en francés.

Al día siguiente el Hôtel Moûtier fue demolido para evitar el riesgo de derrumbe. Sobre el sótano de losas de piedra fueron encontradas las sucias ropas y la capa de plumas de Thady Boy. El resto de la mansión había quedado reducida a escombros y, si el bardo había muerto en su interior, como se decía, de él no quedaba ya nada en absoluto.

Durante un día y medio, su hermano, la Reina, lady Fleming y los Erskine estuvieron tan convencidos como el resto de que Lymond había muerto allí. Tom Erskine, que se sentía profunda y desesperadamente afectado, empezó a temer seriamente la reacción de Richard, sumido de momento en un obnubilado estupor. Pero finalmente el mensaje de Abernaci, escueto y claro, llegó hasta ellos. Lymond se encontraba en su casa, en Seigny, pero nadie debía acercársele, ni siquiera Richard, ni los Erskine, ni nadie que ellos conocieran.

Se acabó febrero y llegó el mes de marzo. Las semanas iban pasando sin que se recibiera noticia alguna.

Richard pasó cabalgando ante Seigny en una ocasión. Los árboles comenzaban a florecer y, por entre la bruma, las blancas torres sobresalían por encima de los altos muros. Pero estos eran demasiado elevados y los jardines demasiado extensos para permitirle ver nada más. Hasta aquel momento nunca había estado por allí. Al día siguiente, acompañado de un grupo de jóvenes atolondrados e irresponsables, sumido en una especie de incongruente e insondable vacío, Richard acudió a ver a un astrólogo a un excéntrico edificio al que llamaban Doubtance. La astróloga era una mujer. La dama le hizo el horóscopo y, mirándolo con una expresión benevolente que le resultó altamente irritante, le dio tan sólo un consejo:

—La primavera es una estación agradable para pasarla en Francia. Debéis quedaros aquí.

Tom Erskine regresaba a casa a finales de mes. Parecía más que probable, a pesar de lo que ella se obstinaba en creer, que Jenny Fleming iría con él. Ambos harían parada en París y después cruzarían el Canal para detenerse en Inglaterra donde Tom Erskine tenía previsto presentar sus respetos al Monarca. Después proseguirían hacia el norte.

Un viaje por mar o en litera sería más directo y apropiado para la dama.

Richard se preguntaba si debía acompañarlos. Lo cierto es que, antes incluso del consejo de la astróloga, no había sentido el deseo de hacerlo. No tenía ninguna gana de enfrentarse a Sybilla sin tener información sobre su hermano. O con las noticias

que en ese momento poseía. Se había roto la cabeza intentando desentrañar el misterio que rodeaba a Lymond, sin éxito alguno.

Había asumido la tarea de proteger él a la pequeña Reina, pero no había ocurrido nada en todas aquellas semanas. Lymond no estaba, no podía estar muerto, de lo contrario Abernaci ya le habría informado. Pero no quería ni imaginar el estado en el que debía de encontrarse su hermano para permanecer tantas semanas recluido en la más absoluta soledad, en aquel silencio desesperante. Sabía además que, debido a las pruebas que tan pérfidamente habían sido maquinadas para inculparle, su reaparición se hacía en todo caso imposible, pues sería condenado por robo y traición. Aquellos pensamientos le perseguían amargamente día y noche.

Aquella explícita condena de su hermano había provocado en Richard, tras el desconcierto y la incredulidad iniciales, una especie de extraño alivio. En cierto modo, Francis se encontraba ahora a salvo, aunque sólo fuera de sí mismo. El último acto criminal también había probado algo que tanto él como Erskine habían dudado en alguna ocasión. Estaba claro ahora que el hombre al que servía Stewart seguía en Francia. El arquero no había trabajado solo, ni ofrecido aquel enrevesado plan a alguien para medrar él. El plan había sido concebido por una mente complicada que residía en Francia y Stewart había sido un simple ejecutor.

Entre Richard y Erskine habían repasado todas las pistas de que disponían. Habían viajado hasta Neuvy para visitar a la joven irlandesa Oonagh O'Dwyer, a la que Thady Boy había ofrecido una serenata en la casa que se había incendiado tan misteriosamente. Pero la irlandesa no estaba. Su tía les informó de que la joven había partido con los Moûtier a una casa en el sur del país y se negó en redondo a facilitarles la dirección.

—¿Acaso no os parece suficiente desgracia que hayan perdido su hogar, incendiado por un malabarista vagabundo?

La señora afirmaba haber estado en Neuvy con su sobrina durante el episodio de la Tour des Minimes y también después. Los Moûtier eran una pareja inofensiva, conocida y respetada por sus vecinos. Finalmente Richard había llegado a la amarga conclusión de que Lymond debía de habérselas arreglado de algún modo para llegar por su cuenta hasta la casa de los Moûtier. Debía de saber con antelación que estaba vacía, como también debía de haber descubierto que existía un complot para inculparle y revelar su verdadera identidad. Nada había dicho a su hermano y allegados, pero Lymond debía de haberlo planificado así a propósito, pues en esa ignorancia radicaba su propia seguridad.

Entretanto, la Reina madre permanecía en Francia junto con la pequeña María. De momento no parecía tener intención alguna de regresar a Escocia. La corte de Francia continuaba ocupada, como era habitual, en pasar el tiempo de la manera más agradable posible.

Pero el ambiente carecía de la jovial despreocupación que la había caracterizado hasta hacía poco. Ya no había quien tuviera las hilarantes ocurrencias que habían marcado los meses anteriores. No hubo quien pusiera a las ramerías de la ciudad a lomos de las vacas y las arreara calle abajo. La Cuaresma llegó a Blois y a Amboise y terminó en silencio, amarga y marchita, sin risas ni sátiras ni cancioncillas chuscas. Thady Boy había muerto. Mejor así. Pero su ausencia se notaba en cada evento.

La esencia de las fiestas y los juegos había cambiado radicalmente. Lo que hasta hacía poco había parecido picante e ingenioso, se revelaba ahora básicamente grosero. Lo que en su día fuera intenso y emocionante, ahora resultaba vulgar. Lo que fuera agudo e ingenioso, ahora parecía normal y corriente. Lo que habían asumido como un comportamiento audaz e impulsivo, parecía ahora escandaloso y estrambótico. La corte recuperó de un plumazo una estricta y rígida etiqueta. Los comentarios pecaban de un ingenio forzado y las réplicas sonaban sosas o hurañas. La flor y nata de Francia se sentía profunda y espiritualmente turbada, avergonzada de su reciente y radiante autocomplacencia. Si Thady Boy hubiera vuelto en aquel momento, incluso un Thady Boy absuelto de la traición que se le imputaba, hubieran mandado a sus lacayos que lo echaran de allí.

## IV

### Londres: Rodeado por los lobos

Vaquero es aquel hombre que lleva las vacas a pastar en el ejido del pueblo, con lobos que rondan por los alrededores. Así lo dispuso la Providencia.

Al igual que St. Patrick, quién se encomendó a Dios para defenderse de los hechizos y malas influencias de druidas, mujeres y herreros, también el príncipe O'LiamRoe encontró, gracias quizás a la protección de su patrono, un remedio para sus males. Tras regresar a su hogar escarmentado de la experiencia francesa, se sintió abrumado por una dolorosa sensación de fracaso que hería en lo más profundo su amor propio. La invitación del representante de la Corona inglesa le vino como anillo al dedo. La idea de trasladarse a Inglaterra, en la que los rumores de una inminente invasión de Francia estaban en su apogeo, se le antojó como un inesperado e irónico éxito y supuso un auténtico bálsamo para su autoestima.

Desde el principio estuvo encantado con la idea. Para empezar, encontró que los caballeros ingleses no se parecían en nada a los franceses. El Rey de aquel país era un niño. Las intrigas cortesanas por lo tanto, no estaban sujetas como en Francia a los vaivenes de la ambición y los cambios de humor de la élite dominante, sino a las luchas de poder de los también ambiciosos barones cuyas facciones, además de ansiar el poder, ostentaban una cierta preocupación por el país, la población y la religión.

Con una sorpresa no exenta de cierta diversión, O'LiamRoe se encontró a la postre alojado en la mansión de Hackney, el hogar del conde y la condesa de Lennox. El Príncipe se había encontrado en más de una ocasión al rubio conde escocés. Recordaba bien la expresión desconfiada y de eterno desconcierto de su pálido y ojeroso rostro. El conde deambulaba en un incesante ir y venir entre Whitehall y Holborn, entre Greenwich y Hampton Court, siempre a la zaga de la corte. Algo más tarde, conoció también a Margaret, la condesa de Lennox, quien fue la que le sugirió de forma encantadora que accediera a ser su invitado.

O'LiamRoe recordaba haber oído cierto rumor que relacionaba a su antiguo bardo con Margaret Douglas, condesa de Lennox, pero decidió ignorar aquel dato. El Príncipe no sólo había abandonado Francia, sino que también había decidido sacar de su vida todo lo relacionado con los asuntos de Thady Boy.

No obstante, O'LiamRoe no ignoraba que Matthew Stewart, conde de Lennox, era el hermano mayor de John Stewart, lord d'Aubigny. Una de las principales razones por las que había aceptado la invitación de los Lennox era que, debido a

aquel parentesco esperaba poder tener, aunque fuera de segunda o tercera mano, información de la única persona que le inspiraba simpatía de toda la corte de Francia: la pequeña reina María.

Empero, se sentía algo decepcionado. La familia solía estar siempre fuera de la mansión. A pesar de su religión, que, estaba casi seguro, era papista, la pareja solía ser requerida asiduamente en la corte, al igual que él mismo. Aquello obedecía sin duda al parentesco de Margaret con el Rey niño. La dama era prima hermana del Rey y, de hecho, de no haber sido desheredada por su difunto tío Enrique VIII, habría tenido muchas posibilidades de convertirse en la próxima Reina, no sólo de Inglaterra, sino también de Escocia, país del que su madre había sido Soberana y en el que también había reinado el bisabuelo de su marido.

En todo caso, lo cierto es que O'LiamRoe se sentía bastante solo. Los barones de la corte, aunque le trataban con educación, estaban siempre ocupados y no tenían tiempo para dedicarle. Los irlandeses a los que había conocido estaban demasiado enfrascados en solicitar pensiones y tierras y el Príncipe se encontraba bastante harto de pasar el rato conversando con ciudadanos ingleses ariscos y llenos de prejuicios.

En aquel momento, mientras se dirigía a caballo a través de Cheapside para visitar el Strand, se sentía irracionalmente molesto ante la nula atención que despertaba su persona entre las abarrotadas calles. Ninguna cabeza se giraba para mirarlo. El Príncipe había abandonado su frisado atuendo color azafrán y con él parecía haber perdido también aquella original y excéntrica indiferencia que sintiera en tierras galas. Sabía que era demasiado tarde para intentar emular la grandeza de los jefes irlandeses a los que había pasado media vida despreciando. De pronto sintió horrorizado que en el fondo, bajo el suave cuerpo de rubicunda tez, poseía una personalidad inferior y gris, transparente como una medusa, con la que posiblemente tendría que conformarse durante el resto de sus días. O'LiamRoe se había deshecho de Francis Crawford, pero no se sentía nada a gusto en su nueva piel.

El Strand estaba repleto de mansiones opulentas cuyos jardines y emparrados se prolongaban hasta el río. El hermano pequeño de Michel Hérisson tenía alquilada allí una casita con una bella puerta labrada y altos ventanales con postigos. En su interior, las impresionantes habitaciones de la casa, aunque amuebladas con elegancia, delataban el ambiente frío de las casas de alquiler, en las que no vive nadie de continuo.

El príncipe de Barrow, seguido por el fiel Piedad Dooly, se dirigía hacia allí con la esperanza de encontrar por fin un rostro amigable y cálido que le reconfortara en aquella famosa ciudad de Londres. Llevaba con él una carta del corpulento escultor de Ruán.

A su llegada, le sorprendió gratamente el contraste entre el estilo de vida de Brice Harisson, tan formal y elegante, y el de su hermano el escultor, mucho más

descuidado e informal, con aquel bullicioso club clandestino y su imprenta ilegal. Su caballo, junto con Piedar Dooly, fueron conducidos con rápida eficacia a un pequeño y espléndido establo. El Príncipe fue atendido por una sucesión de empleados con librea que le acompañaron hasta un salón tapizado de cuero donde se quedó aguardando a su anfitrión.

Lo poco que O'LiamRoe sabía del único hermano de Michel le parecía sin embargo tremendamente prometedor. Era escocés de nacimiento, soltero y aventurero. Se había criado en Francia, como su hermano Michel y, al igual que aquel, estaba dedicado en cuerpo y alma a cultivar sus aficiones, talentos y prejuicios en la tierra en la que mejor pudieran prosperar.

El principal talento de Brice era su don de lenguas. Era capaz de reproducir cualquier sonido. Podía memorizar un dialecto como si fuera una pieza musical y un idioma como si de la estrofa de una canción se tratara.

Había conocido a Edward Seymour, duque de Somerset, durante la estancia de este en el norte de Francia, donde había estado destacado con las tropas inglesas. Por aquel entonces, el duque aún no se había convertido en el Protector de Inglaterra. Fue a su regreso a Londres cuando Somerset asumió la tarea de tutelar aquellos los primeros años del reinado del jovencísimo Eduardo. Brice Harisson le había acompañado en calidad de intérprete y miembro, no obstante su juventud, de su séquito.

El poder de Somerset estaba en aquellos momentos en declive, habiendo cedido el control de la nación al conde de Warwick. Así pues, Harisson, que poseía unos pequeños ahorros y una casa situada no demasiado lejos del palacio de Somerset, disponía de tiempo suficiente para dedicar al príncipe de Barrow e introducirle, esperaba O'LiamRoe, en la vida londinense y su círculo de amistades.

Cuando la puerta del salón se abrió para dar entrada a Brice Harisson, la principal preocupación de O'LiamRoe, con la carta de su hermano en la mano, estribaba en si saludar al personaje con un apretón de manos o darle el doble abrazo que su hermano Michel solía emplear con sus amigos de confianza. Su anfitrión se quedó inmóvil en el umbral de la puerta. Era un hombre de pequeña estatura, moreno y enjuto. Vestía unas calzas negras sobre sus delgadas piernas y una apretada gola alrededor del cuello que le llegaba hasta las orejas, unas orejas de soplillo que intentaba disimular entre dicha gola y la espesa mata de cabellos grises que le caían lacios a un lado de la cara.

—¿El príncipe de Barrow, supongo? —dijo Brice Harisson en un tono en el que la incredulidad parecía mezclarse con el aburrimiento—. Me temo que mi hermano peca siempre de demasiado optimista respecto del tiempo libre de que disponemos los que vivimos en una corte tan ocupada como esta. Tengo una cita ineludible en breves instantes, pero atenderé antes a Vuestra Merced. ¿En qué puedo servirlos?

Era evidente que había ocurrido algo que le había puesto de mal humor. O'LiamRoe recordaba los enfados de su hermano Michel cuando algún contratiempo frustraba sus planes, y cómo solía manifestar su disgusto con bastante menor moderación.

—No es mi intención reteneros en este momento —dijo el Príncipe, conciliador—. Regresaré en una ocasión más propicia y podremos pasar una velada en amigable charla. Podríamos tomarnos una sopa en una taberna que he visto al final de la calle.

En el umbral de la puerta, el hombre no hacía ademán de entrar en el salón o de abandonarlo. A la expresión de aburrimiento que embargaba su rostro pareció añadirse la de impaciencia. A pesar de aquello, la respuesta del hombre pilló desprevenido a O'LiamRoe:

—Si le explicáis a mi mayordomo exactamente lo que vendéis, os mandará recado a vuestro alojamiento con mi contestación. Presentaros al duque no va a ser posible, desde luego. Su Excelencia no está interesada en el cuero irlandés y vuestros quesos le resultan de lo más toscos. ¡Roberts!

Se hizo el silencio. Tras unos instantes, O'LiamRoe oyó los pasos del mayordomo aproximándose.

—¡Vaya un escocés que estáis hecho, señor mío! —dijo O'LiamRoe pronunciando esmeradamente cada sílaba—. Solo parece interesaros obtener una ganga cuando conocéis a alguien nuevo, como le reprochó la sirena al pescador de arenques... Ha sido la amistad lo que ha motivado mi visita de esta tarde, así como el traeros noticias de vuestro hermano, eso es todo.

El mayordomo estaba ya junto a Harisson, pero este no le despidió.

—Tampoco puedo prestaros dinero —insistió, mirándole con aquellos ojos de lechuga bajo las breves pero tupidas cejas—. Debéis disculparme. Tengo una cita urgente, como os he dicho. ¿Roberts?

El mayordomo chasqueó los dedos y un paje trajo la capa, la espada y los guantes. Harisson llevaba ya calzadas las botas. Tras ponerse un discreto sombrerito plano con plumas, se hizo a un lado para que el Príncipe pudiera salir.

—Yo mismo cogeré mi maletín del estudio, Roberts. Siento no poder complaceros, Príncipe. Me temo que mi hermano y yo no nos vemos desde hace bastante tiempo. Antes incluso de separarnos, mi hermano había conseguido agotar mi paciencia con su interminable compañía de pedigüenos. Os deseo una estancia provechosa en Londres.

—¡Que Dios os guarde! En efecto, suelo sacar provecho de mis experiencias, del tipo que sean —dijo O'LiamRoe—. Ese grandísimo fanfarrón de Michel me hubiera cortado la cabeza de saber que no había venido a mostrarle mis respetos a ese hermanito suyo que habla todas esas lenguas tan raras. Y que el diablo me lleve si no es cierto que usáis esas lenguas de extraña manera. Me recordáis a una prostituta que

conocí en Galway, que pretendía ser virgen.

Dicho esto, O'LiamRoe abrió su bolsa y, sacando un escudo, se lo puso a Brice Harisson en la mano.

—Bebeos una cerveza a mi salud de camino a vuestra cita —dijo el Príncipe—. Puede que nuestro cuero irlandés huela fatal y que nuestros quesos no estén bien curados, pero tenemos un corazón de oro, amable y reluciente como una margarita en medio de la turba. Y vos, mi pequeño amigo, parecéis estar bastante solo.

Cuando alcanzó los establos y cayó en la cuenta de que tenía los puños fuertemente apretados, O'LiamRoe fue consciente de que había estado esperando que le atacaran.

Piedar Dooly llevaba un tiempo buscándolo. Nada más entrar en el establo el mozo irlandés le agarró de la manga y, entre susurros en gaélico le dio una información que anuló de un plumazo la urgencia del Príncipe por abandonar aquella cuadra antes de que su anfitrión llegara.

La mano de Piedar Dooly señalaba a los animales que se encontraban en el establo: allí estaba su propia montura, una mula, una hermosa yegua con la enseña de Harisson y por último, un jamelgo cuyo remendado arnés y vieja silla de montar, equipados como para un largo viaje, conocía tan bien como el suyo propio. Había cabalgado tras de él desde Dieppe hasta Blois, lo había contemplado junto al suyo mientras navegaba por el Sena y el Loira, lo había visto también en la malhadada cacería del guepardo y lo había acompañado mientras iba y volvía de Aubigny. Era la montura de Robin Stewart.

O'LiamRoe era un hombre que rara vez cogía ojeriza a nadie que pudiera proporcionarle un mínimo de distracción. Sin embargo, antes incluso del episodio de Luadhas, la actitud y los modales del arquero le habían resultado bastante desagradables. En la presente situación en la que se encontraba, molesto y agitado, habría optado por abandonar inmediatamente aquel lugar, de no haber sido por la idea que estaba empezando a tomar forma en su mente.

El desagradable episodio que acababa de experimentar le recordaba a otro que había tenido lugar dos meses atrás en Blois, en los hediondos aposentos de su bardo. En una ocasión le había dicho a Oonagh O'Dwyer que la autoridad transformaba a los hombres en monstruos. Pero el abandono de esa misma autoridad, la falta de sometimiento a ella tampoco le parecía correcta.

Robin Stewart había sido enviado a Irlanda con George Paris para acompañar a Cormac O'Connor a Francia. En lugar de cumplir con su misión, Stewart se encontraba ahora en Londres, en la casa de uno de los hombres de Somerset. Y ese hombre estaba intentando ocultarle a él su presencia. Inglaterra y Francia no estaban en guerra pero la relación entre ambos países no podía tacharse de amistosa precisamente. En todo caso, no era desde luego lo suficientemente amistosa como

para propiciar una charla entre un arquero de la Guardia Real francesa y un agente del gobierno inglés, aunque se tratara de un agente poco involucrado actualmente. Por otro lado, Harisson era escocés, al igual que Stewart y, por lo que O'LiamRoe podía recordar, también era uno de los amigos más antiguos del arquero. Pero entonces, ¿qué pintaba en todo esto O'Connor, el hombre a quien Stewart había sido encargado de encontrar?

Fue precisamente esta última cuestión la que impulsó el subsiguiente comportamiento de Phelim O'LiamRoe. El príncipe de Barrow, que tenía en poca estima su dignidad y sin embargo poseía una ilimitada confianza en que su ingenio habría de allanar los extraños derroteros por los que la vida parecía llevarle, subió a su montura y salió de la finca con gran estrépito seguido por Piedad Dooly y la atenta mirada del mayordomo. Nada más alcanzar la calle, desmontó sin ser visto, dejó a Dooly su caballo y, tras saltar un par de muros, un callejón y apaciguar a un inquisitivo perro, consiguió colarse en la parte de atrás del jardín de la elegante casa de brice Harisson.

Tras observar el panorama se decidió por una ventana abierta, perteneciente probablemente al estudio. Había un porche techado justo debajo. El cielo se había tornado de un color violáceo y opaco que parecía presagiar el típico chaparrón de marzo. O'LiamRoe se hizo con un tonel y procedió a encaramarse hasta la ventana para escuchar. En el proceso se desgarró medias y calzas y acabó con un codo asomando por la fina seda de su camisa.

Los dos hombres estaban hablando en gaélico. Stewart, situado más cerca de la ventana, no parecía sentirse muy cómodo en aquella lengua. Se equivocaba a menudo y rellenaba las frecuentes lagunas con inglés o francés. Harisson sin embargo lo hablaba de manera impecable. O'LiamRoe le oía haciendo preguntas, comentando y, en ocasiones, discrepando. Mostraba una actitud totalmente distinta de la que le había dispensado a él y se comportaba con gran tranquilidad no exenta de comprensión y camaradería. La acertada forma de tratar al arisco arquero denotaba la práctica de una larga amistad.

—De todos modos, Stewart —decía en aquel momento en un gaélico cantarín que le produjo una cierta nostalgia al Príncipe—, ¿por qué en el barco? El Támesis es un lugar demasiado público para departir con alguien como Warwick. Es lógico que se negara a hablar con vos.

Stewart soltó un juramento.

—¿Es que acaso no lo he intentado de todas las demás maneras posibles? Nunca conseguí hacerle llegar mis mensajes. Me enteré de que ese día se dirigía a Greenwich en barco. Lo demás fue bastante sencillo.

—¿Fuisteis sincero con él? —preguntó Harisson en tono conciliador.

—Le dije que poseía noticias que serían de gran interés para Inglaterra y que al

tratarse de un secreto debía hablarle a solas.

—¿Y...?

—Me dijo que no estaba dispuesto a discutir sobre ningún tema presentado de semejante forma inoportuna. Y que debería sentirme agradecido de que no me sacara del barco y me mandara a Newgate. Que si tenía algo que comunicarle que se lo pusiera por escrito siguiendo el procedimiento correcto. Pero se veía que estaba interesado.

—Pues a mí no me suena muy interesado.

—Lo estuvo poco después. —El tono agresivo de Stewart pareció teñirse de satisfacción—. Cuando me separé la capa y le mostré mi insignia de arquero.

—¿Quién más la vio? —La voz de Harisson sonó tensa por primera vez.

—Nadie más. Buen Dios, ¿tan estúpido me consideráis? El barco estaba lleno de sirvientes y de oficiales. Nadie me conocía. Después de aquello detuvieron a una gabarra que navegaba por allí y me dejaron subirme a ella. Pero podéis estar seguro de que el próximo mensaje que le escriba sí que lo va a leer. —Con la excitación del momento el arquero había levantado la voz—. Este es el momento. Lo sé. Escribámosle un mensaje nuevo, Brice. Le pediremos que hable con nosotros. Y si no está dispuesto a recibirnos, le sugeriremos una fecha y un lugar para encontrarnos con quien él quiera que hablemos. No puede negarse. Y una vez que conozca lo que tenemos que ofrecerle nos haremos ricos. El matrimonio de esa mocosa de María con Francia supondría una amenaza permanente en la frontera escocesa. Mientras que si muere, lo más probable es que sea Arran quien gobierne Escocia, y Arran es favorable a Inglaterra y puede ser sobornado. Hasta puede que Warwick consiguiera persuadirles de que fuera Lennox quien gobernara, pues desde luego sus reivindicaciones sobre la Corona están más que justificadas.

»La realidad es —la voz de Stewart sonaba ronca del entusiasmo—, la realidad es que María representa una amenaza evidente para Inglaterra. Si los católicos recuperaran el poder, Francia bien podría incitarlos a reclamar aquí sus derechos a la Corona. La niña es la nieta de la hermana de Enrique VIII. Visto el caos que Enrique provocó con sus matrimonios, podría decirse que sus derechos sobre la Corona son casi tan sólidos como los de su hija María.

—O como los del conde y la condesa de Lennox, ¿no? —dijo pensativo Brice Harisson—. Pensaba que les habrías llevado vuestra oferta a ellos primero.

—La verdad —dijo Stewart y se quedó en silencio durante un largo momento en el que el príncipe de Barrow pensó que las tejas sobre las que se apoyaba iban a comenzar a rebotar a causa de los latidos de su desbocado corazón—, es que sí que les comenté algo en una ocasión, creo recordar. Pero lo cierto es que esa familia no me inspira la menor simpatía —dijo Stewart en tono incómodo y brusco.

—Estoy de acuerdo con vos —dijo Harisson y sin cambiar el tono amable

describió a los Lennox con una expresión que O'LiamRoe sólo había oído antes en los bajos fondos de Dublín—. Escribiremos a Warwick, en eso también estoy de acuerdo con vos. Démosle tiempo para considerar nuestra oferta y un lugar para encontrarse con nosotros. Podría ser en una librería, siempre resulta un lugar de lo más práctico; las posadas suelen estar llenas de oídos indiscretos... ¿Qué os parecería si fuera yo a la cita en lugar de vos? Mi experiencia en esta corte es ya larga y estoy convencido de que podría tener éxito. Aunque nadie cuestionaría vuestro rango, por supuesto, vos no sois aquí tan conocido como yo.

—Iba a proponérselo yo mismo —dijo Robin Stewart.

O'LiamRoe percibió en su tono de voz un alivio que intentaba disfrazar de inteligente resignación. Después pasaron a discutir el lugar y la fecha para el encuentro, tras lo cual, parecieron dispuestos a irse.

En aquel momento, justo cuando también O'LiamRoe se disponía a marcharse, el Príncipe oyó que le nombraban. Harisson estaba contestando a una pregunta del arquero.

—Se marcharon... Ya os lo dije. Y os aseguro que no volverá. También me aseguré de eso. Es imposible que supiera que os encontrabais aquí. Ha sido una auténtica coincidencia. El estúpido de mi hermano le pidió que me visitara.

—No me lo explico —dijo Stewart con voz preocupada—. Le dejé en Irlanda.

—Mi querido Robin —dijo Harisson en tono irónico—, no sería el primero que cambia de patrón. Lo único que podría preocuparos sería que el hombre al que llamáis Thady Boy Ballagh se encontrara vivo y aquí, en Londres.

—Bueno, pues no lo está —respondió Stewart con brusquedad en inglés. Sus palabras a continuación resonaron en la mente de O'LiamRoe como terribles campanadas cuyo sonido el viento hubiera estado amortiguando hasta ese momento—. ¿Cuántas veces tengo que repetíroslo? La noche de mi partida le puse suficiente belladona en el ponche como para acabar con él definitivamente. Odio a la gente de su calaña... van por la vida seguros de todo, metiéndose donde nadie los llama. ¿Por qué no nos dejan en paz? Nadie le pidió que se entrometiera. Tenía tierras y dinero en abundancia. No le faltó nunca de nada desde el día en que nació, envuelto en paños de seda. ¿Quién le mandó cruzarse en mi camino?

—Ya, ya. Cualquiera diría que ha sido el primer hombre que habéis matado, Robin. Olvidaos de él. Hicisteis lo que debíais y ya está. Ya es agua pasada. Ahora...

La reunión estaba llegando a su fin. O'LiamRoe descendió del tejado del porche y escapó hasta la calle donde Dooly le esperaba. Sentía escalofríos y tenía el estómago encogido. En su recuerdo, como grabado a fuego, veía una y otra vez la imagen de un hombre enfermo caído en el suelo sobre el que lanzaba uno tras otro interminables cubos de agua; veía sus pupilas dilatadas y le parecía oír el sonido de su risa.

El viaje hasta Hackney era largo y O'LiamRoe no lo hizo de un tirón. Decidió

alojarse en una posada situada bien lejos del Strand. Aquel mediodía, solo en la pequeña habitación de la posada con la lluvia batiendo sobre las ventanas de lino aceitado, a medida que iba consumiendo picheles de cerveza y su efecto se dejaba sentir, los pensamientos del Príncipe se fueron dirigiendo hacia el doloroso recuerdo que le embargaba.

Al cabo de un rato de elíptica meditación tomó una decisión irrevocable. Con una mirada perdida en sus ojos azules y en solitaria comunión con la bebida, Phelim O'LiamRoe recordó con rabia la razón por la que había regresado a la casa de Harisson inicialmente.

—¡Por Bridget y Dagda, y por Cliona de la Ola, y por Finvaragh el de la casa bajo Cruachma y por Aoibheal y Aodh el Rojo y Dana la Polilla, Cormac O'Connor tenéis mucho por lo que responder! —exclamó O'LiamRoe. Después se levantó y fue en busca de Piedad Dooly. Al cabo de dos horas de ardua labor consiguió tener listos todos los preparativos para enviar a su sirviente a Francia con la misión de informar a la reina madre de Escocia que el arquero Robin Stewart era con toda probabilidad el autor de todos los intentos de asesinato de su hija así como el asesino de Francis Crawford, y que en aquellos momentos se encontraba en Londres con la intención de recabar ayuda inglesa para continuar con los atentados.

Vendió la montura de Dooly y también la suya para conseguir metálico para el viaje de Piedad, a quien dejó en un caballo de posta con dirección a Portsmouth. Después, a pie, inició el largo camino de vuelta a Hackney bajo la lluvia. Lady Lennox se lo encontró justo cuando entraba en la casa y con su humor habitual hizo algunos comentarios bastante irónicos sobre su estado. El Príncipe respondió con una excusa cualquiera. En su habitación tenía todavía dinero suficiente para hacerse con otro caballo. En aquel momento no se sentía lo suficientemente seguro de sí mismo ni de su calidad conspirativa como para enfrentarse a los Lennox, de quienes acababa de oír comentarios tan despreciativos por parte de Robin Stewart y de su amigo.

Margaret Douglas, la condesa de Lennox, aquella rubia alta y espléndida sobrina de Enrique VIII, que llevaba toda su vida urdiendo intrigas, tras mirar la figura embarrada del Príncipe sin caballo y sin lacayo, dio media vuelta y se dirigió a su boudoir. Desde allí mandó llamar a Graham Douglas, quien había permanecido toda la vida a su lado, había ya matado por encargo de ella y sin duda espiaría para ella, y le encargó en tono amable que no perdiera de vista ni un momento a Phelim O'LiamRoe.

Tres semanas más tarde el príncipe de Barrow, tras asistir a un tedioso acto en la corte de Whitehall, partió a caballo hacia la residencia oficial del embajador francés en la corte del rey Eduardo: Raoul de Chémault. Atravesó el puente de ladrillo rojo, el campo de justas y, tras rodear Charing Cross, accedió al elegante distrito en el que se

encontraba dicha residencia, donde se hizo anunciar.

Teniendo en cuenta que casi había sido expulsado de Francia y que desde que se marchara de aquel país había pasado a acogerse a la hospitalidad inglesa con inusitada e indecorosa rapidez, había que reconocer que hacía falta una buena dosis de coraje para realizar semejante visita. O'LiamRoe tenía la secreta esperanza de que el embajador se negara a recibirlo. Pero no tuvo suerte. El señor de Chémault, un francés del sur, de temperamento latino y nervioso, piel aceitunada, cabello moreno y piernas cortas, era incapaz de seleccionar a sus visitantes y recibía a todo el mundo hasta a altas horas de la noche. El Príncipe fue conducido hasta una severa estancia de estilo inglés amueblada enteramente con mobiliario francés. El efecto conseguido con aquella decoración hacía pensar en un baúl de recio cuero repleto de mariposas. El embajador, cual oruga agobiada por su incapacidad de completar la metamorfosis, levantó un brazo corto y poco elegante y le invitó a sentarse. Después comenzó a hablar del tiempo.

O'LiamRoe, capaz como era de contar historias sobre el tiempo en mucha mayor medida que alguien procedente del sur de Antrim, fue sin embargo quien acabó por interrumpir tan recurrente tema.

—El cometido que me ha traído hasta aquí es harto extraño para un súbdito irlandés —dijo—. Pero sé que no me sentiría a gusto conmigo mismo hasta no habérselo comunicado. Un hombre que conocí en Francia, un arquero escocés de nombre Stewart, se encuentra actualmente en Inglaterra ofreciéndose para acabar con la joven reina de Escocia a su vuelta a vuestro país. En realidad ya ha intentado acabar con su vida con anterioridad. Y el propio conde de Warwick, ese tipo listo, parece dispuesto a aceptar su propuesta.

El príncipe de Barrow, cuya opinión sobre la burocracia era del todo nefasta, esperaba una reacción de incredulidad y que le despidieran con educada firmeza. Pero Raoul de Chémault poseía una intuición desarrollada a lo largo de años de comisiones, agencias y embajadas por toda Europa y conocía demasiado bien la importancia que podía llegar a tener una información proveniente de una fuente inesperada. En la estancia se encontraban, a puerta cerrada, él, su secretario y O'LiamRoe. El príncipe de Barrow procedió a narrar con maravillosa brevedad el encuentro entre Stewart y Brice Harisson que había escuchado a escondidas, la carta que Harisson había propuesto escribir al conde de Warwick y el encuentro que había tenido lugar a resultas de aquello. El día anterior, el agente designado por Warwick se había encontrado con Harisson en la librería Red Lion cerca de Saint Paul y este le había planteado la propuesta del arquero. La respuesta del agente de Warwick, lejos de ser indiferente, les había transmitido la orden del conde de acudir ambos a visitarle para discutir los detalles del plan.

Para poder escuchar esto último O'LiamRoe había tenido que recurrir a toda su

inventiva. El éxito cosechado le producía al Príncipe una mezcla de placer teñido de angustiosa irritación. Sus dedos limpios y rosados acudían con frecuencia a su rostro. En la barbilla y sobre el labio superior, la piel, fina como la de un bebé, aparecía desnuda, desprovista de pelo. Si Brice Harisson se hubiera topado con él cara a cara en uno de los rincones de la librería Red Lion, difícilmente habría podido reconocerlo. Los poblados y rubios bigotes del Príncipe habían desaparecido. Aquello, unido a la larga capa y al sombrero negro que le cubría hasta las orejas que había obtenido prestado del físico de Hackney y que le daban el aspecto de un profesor, había propiciado el éxito de O'LiamRoe como espía.

Así ataviado, el Príncipe había podido escuchar la conversación entre el hombre de Warwick y Brice Harisson. Luego los había visto marchar, uno después del otro, tras lo cual había salido él mismo seguido por un ansioso dependiente que le reclamaba el libro que se había llevado distraídamente bajo el brazo.

El embajador francés escuchó atentamente su relato. Cuando hubo terminado, expresándose en un correcto inglés y mostrando una inesperada claridad de pensamiento, le dio las gracias y le felicitó por su actuación.

—El Rey será informado de todo esto señor mío, y él sabrá agradeceréroslo mejor que yo. —Pareció dudar un momento e intercambió una mirada de entendimiento con su secretario. Después continuó diciendo—: Entenderéis que vuestro relato nos interese sobremanera, monsieur, si os digo que el señor Brice Harisson nos ha honrado también con su visita.

Las rubias cejas del Príncipe se alzaron con expresión de perplejidad.

—¿Brice Harisson ha estado aquí?

—En efecto. Vino a solicitar mi consejo y mi ayuda para abandonar su cometido como empleado en esta corte y regresar a un puesto bien remunerado en la de Escocia o Francia. Aunque él no me lo dijo, entendí por su solicitud que los días de influencia de Somerset en este país estaban tocando a su fin. A cambio de mi ayuda —dijo Chémault mientras observaba a su secretario recopilar los papeles en los que había registrado la declaración del Príncipe—, el señor Harisson se ofreció a transmitirme un secreto de carácter político de gran valor.

—En otras palabras —dijo O'LiamRoe en un tono que delataba la repugnancia e indignación que le embargaba—, Harisson planea traicionar a Stewart y entregarlo a los franceses, ¿no es eso?

—Por lo que vos contáis, eso es lo que parece. Le pedí que me diera tiempo para hacer algunas indagaciones y que volviera más adelante. Ahora que conozco lo que hay detrás de su oferta, le dejaré las cosas muy claritas. Aunque creo que este asunto está prácticamente zanjado. En cuanto Brice Harisson nos aporte las pruebas de lo que el tal Stewart está tramando, haré arrestar al arquero. —El embajador se levantó—. ¿Tiene pensada Vuestra Merced quedarse en Inglaterra durante un tiempo?

El Príncipe pensó que aquel hombre se merecía una respuesta honesta. O'LiamRoe le contó que se encontraba alojado en la residencia del conde y la condesa de Lennox y que permanecería allí al menos hasta que aquel asunto se resolviera. Si su presencia fuera requerida, el señor de Chémault no tenía más que llamarlo.

Raoul de Chémault no hizo ningún comentario. Le acompañó hasta la puerta y tras despedirse formalmente puso la mano sobre el brazo del irlandés.

—Vos sabéis mejor que nadie lo que os conviene —dijo—. Pero si quisierais regresar a Francia, puedo aseguraros que seríais muy bien recibido tras vuestro comportamiento de hoy. Independientemente de vuestra decisión al respecto, sabed que podéis contar con la amistad de la corte de Francia.

—Lo cierto —dijo sonriendo O'LiamRoe—, es que nunca se me ha dado bien lidiar con fantasmas. Y Francia está llena de ellos a rebosar. No volveré nunca... Dios me libre... Podría llegar a encontrarme cara a cara con el fantasma de Phelim O'LiamRoe.

Piedar Dooly regresó aquella tarde. Tras algunos contratiempos había conseguido hacer llegar el mensaje de su jefe a la reina madre de Escocia. Había recibido dinero de sobra para hacer el viaje de vuelta y portaba un críptico recado verbal de agradecimiento. También traía noticias. El intento de Stewart de acabar con la vida de Thady Boy Ballagh no había tenido éxito, pero el bardo había muerto en un accidente ocurrido con posterioridad. O'LiamRoe escuchó de labios de Piedar Dooly el detallado relato en gaélico de lo ocurrido en la Tour des Minimes en Amboise, las infructuosas pesquisas de lord Culter y el incendio del Hôtel Moûtier en el que había perecido Ballagh.

Aquella noche los Lennox, sentados a la mesa en la que relucía su escudo en cada uno de los dorados platos, encontraron al Príncipe absorto e insensible a sus bromas. Margaret, enarcando sus oscuras cejas en expresión interrogativa, cruzó en varias ocasiones la mirada con su esposo, quien miraba de soslayo la rasurada cara de su trigueño invitado. La condesa redobló su solícita atención para con su invitado dirigiéndose a él en el tono sereno que la dama solía emplear para expresar sus opiniones, un tono helado y sangriento como un pez recién arrancado del anzuelo. Pero tuvo poco éxito. Los pensamientos de O'LiamRoe, claramente, estaban en otra parte.

Robin Stewart, que no deseaba ser visto por escocés, francés o londinense alguno, se había ocultado en el ladrillar de Islington, que estaba en obras, y desde allí acudía en contadas ocasiones al Strand para visitar a Brice Harisson. Lo que el arquero no sabía era que su fiel amigo Brice, la misma mañana en que tenían la trascendental cita con el conde de Warwick, se había dirigido previamente a Durham House y, atravesando sus jardines de verde arbolado, se reunía con el embajador francés y mantenía con él

una conversación en fluido francés.

—M. de Chémault, espero que tengáis buenas noticias que darme. Vengo a comunicaros que mañana podré comunicaros una información de considerable valor.

En aquella ocasión en la estancia se encontraban, además del propio Chémault, que estaba sentado ante su escritorio, otras dos personas: un subsecretario y un heraldo.

M. de Chémault escuchó lo que Harisson tenía que decirle. Cuando terminó, le dijo:

—Señor mío, nos hemos apresurado a emplear toda nuestra influencia para ayudaros. El caballero que se encuentra a mi lado es Vervassal, heraldo de la princesa María de Guisa, reina madre de Escocia. Podéis expresarle a él vuestra solicitud. Respecto del otro asunto que habéis mencionado, estaremos por supuesto más que interesados en oír lo que tengáis que contarnos.

Harisson sabía positivamente que iban a estar pero que muy interesados. Pero primero quería saber con que estaban dispuestos a pagarle. El escocés hizo una reverencia. El hombre llamado Vervassal sonrió. A continuación, tras coger un ligero y elegante bastón acudió a sentarse a su lado. Ambos hombres comenzaron a parlamentar.

La conversación se desarrolló en francés. Brice Harisson expuso prontamente sus requisitos, relativos todos ellos a la concesión de tierras, dinero y protección. Deseaba también que se le garantizara un refugio seguro en Escocia. El heraldo despachaba cada petición con tino, rapidez y de forma profesional y justa. Parecía poseer una autoridad ilimitada para negociar. Harisson, que tenía una larga experiencia en hacer tratos, no podía menos que admirar su habilidad. Sin embargo, había algo que le tenía inquieto, aunque no sabía qué era.

Por dos veces incurrió en absurdos errores gramaticales. Semejantes fallos le resultaban asombrosos al propio Brice, tan chocantes como si hubiera sido pillado medio desnudo. De hecho él, que siempre iba vestido de punta en blanco, se sentía desaliñado al lado de aquel caballero tan elegante como una exquisita varilla de abanico finamente tallada, impecable como iba, desde sus pálidos cabellos hasta la también pálida luz que reflejaban sus anillos, que competía en intensidad con el brillo de su mirada.

El escocés cerró el trato, consistente en la promesa en firme de obtener la apetecida recompensa de la reina madre de Escocia a cambio de aportar a media noche del día siguiente una información de vital importancia para ambas Coronas, francesa y escocesa. Hasta entonces, se negaba a aportar más información sobre el asunto. Chémault le presionó hasta casi hacerle perder la paciencia, pero el otro caballero tuvo el sentido común de no decir nada y avenirse a esperar. A la media noche del día siguiente, pensó Brice Harisson, tendría las pruebas, puede que hasta

por escrito si todo iba bien, que decidirían para siempre el destino de Robin Stewart y le proporcionarían a él el cargo de comendador de Perth.

Todo parecía haber salido según sus deseos. No obstante, antes de subirse de nuevo a su montura, Harisson sacó un impecable pañuelo de su bolsillo y se enjugó la frente sudorosa. A continuación emprendió a buen paso el camino de vuelta al Strand.

Su partida fue observada desde los altos ventanales del despacho de Chémault en Durham House.

—Que Alecto, Megaera y Tisifone se os lleven y os embalsamen en las tripas de una mofeta —dijo en inglés el hombre llamado Vervassal mientras se dirigía hacia la puerta y la abría. La pequeña cojera que padecía era casi imperceptible cuando usaba el bastón.

—Ya podéis entrar, Tom. El propissimus, honestissimus y eruditissimus Harisson se ha marchado ya.

El señor de Erskine se reunió con los tres hombres. Su rostro mostraba el disgusto que todos ellos sentían, pero su sentido práctico comenzaba ya a imponerse suavizando su expresión.

—No sirve de nada insultarle. Tendréis que concederle sus peticiones y utilizarlo. No podremos encontrar a Stewart sin su ayuda, ni condenarlo sin las pruebas que dice va a aportarnos. La participación de Warwick en este complot no debe quedar registrada oficialmente; es más, debemos ignorarla para preservar la paz. Dejemos que Harisson venga mañana y traicione a sus compañeros todo lo que quiera. Lo único que importa es que podamos apresar a Stewart y mandarlo a Francia sin mucho ruido junto con el testimonio de Harisson para poder condenarlo. Vuestra labor en aquel país, Francis, ha terminado definitivamente —dijo Tom Erskine.

M. de Chémault se sentía abrumado. Había tenido que actuar con inusitada rapidez en todo aquel asunto. Tras el primer contacto con Harisson el embajador había escrito inmediatamente a su colega escocés en París, Panter. Apenas había recibido su respuesta cuando Erskine, el consejero mayor de la Reina y embajador especial en funciones, en su camino de regreso a Escocia, había hecho su aparición en Londres proveniente de Francia. Chémault había acudido a él, agradecido por su presencia.

Erskine le había ayudado con gran rapidez y eficacia. Numerosos mensajes se habían sucedido cruzando el Canal en ambas direcciones y en cuestión de días había llegado el heraldo Vervassal, nueva identidad que había adoptado Francis Crawford de Lymond para tal ocasión, con las correspondientes credenciales que daban fe de su cargo y de su potestad para negociar en nombre de la reina madre de Escocia.

Todo había sido tratado con la mayor eficacia y, en otras circunstancias, el señor de Chémault se hubiera sentido de lo más contento y aliviado. Pero se daba la

circunstancia de que Stewart había trabajado como arquero a las órdenes de John, lord D'Aubigny, y este, junto con su esposa Anne, habían sido durante muchos años de los mejores amigos de los Chémault.

Mientras mordisqueaba una galleta y servía vino a su secretario y a sus dos ilustres y eficientes huéspedes, el embajador meditaba, con sentimientos encontrados, sobre el peso que le estaban quitando de encima. Escuchaba con gran atención las palabras del heraldo Vervassal que se dirigía a su colega Tom Erskine:

—No contéis demasiado con poder concluir este asunto tan fácilmente, Tom. Os recuerdo que Stewart es un espía lamentable y Harisson un vago y un estúpido. Cualquier espía que se precie de este nombre no hubiera acudido aquí en pleno día nunca. Ya veremos si lo han seguido.

Pero el consejero no parecía darle tanta importancia a aquel hecho.

—Es un hombre de Somerset. Tiene libre acceso a cualquier sitio que se le antoje... ¡Oh, Dios! ¿Por qué tendré que regresar a Escocia justo ahora? Daría cualquier cosa por ver la cara de Robin Stewart cuando vea que no estáis...

Pero el hombre llamado Crawford se levantó bruscamente. Su mano sobre el pomo del bastón mostraba los nudillos blancos de la tensión con la que lo sostenía.

—¿No os esperaban esta noche en Holborn? Tendríais que dirigiros al norte en breve —le cortó sin contemplaciones.

Tom Erskine entendió que le estaban diciendo que se ocupara de sus propios asuntos, así que se apresuró a despedirse del embajador. Vervassal, que se alojaba en esos momentos en Durham House, le acompañó hasta el jardín. Cuando llegaron, el consejero se volvió y miró a los ojos, inescrutables como siempre, de su compañero, el joven que hasta hace poco había sido Thady Boy Ballagh y que actualmente había recuperado su auténtica identidad, mostrándose abiertamente como Francis Crawford, heraldo de la Reina. La solución, simple y genial a la vez, se le había ocurrido, cómo no, al propio Francis Crawford.

—¿Creéis que podréis hacer hablar a Stewart? —preguntó Tom Erskine de pronto.

—Sí —contestó Lymond en el mismo tono amable.

—Porque si no lo conseguís habría que hacerlo en Francia, con los métodos que allí consideren oportunos. Por lo pronto, quien fuera que contratara a Robin Stewart estará todavía en Francia y vos tenéis algunas cuentas que ajustarle. Si eso es lo que pensáis, no puedo dejar de comprenderlo. Volved a Francia una vez que hayan apresado a Robin Stewart si lo consideráis necesario. Podéis hacerlo tranquilamente en calidad de heraldo de la Reina y con vuestro propio nombre, Francis Crawford de Lymond. Nadie os identificará con Thady Boy Ballagh salvo aquellos que ya conocían vuestra identidad. Pero si no deseáis regresar, podéis confiar en que vuestro hermano hará lo correcto. Se quedará con la Reina madre hasta que todo haya

terminado... Debéis sentirnos bastante satisfecho con O'LiamRoe, ¿no? —dijo Tom Erskine.

—Bueno, sí. Se embriagó del vino de los poderosos —dijo Lymond secamente—. No tengo nada en contra. Pero al final fui yo el que se cayó del árbol.

A las doce de la noche del día siguiente, un lunes diecinueve de abril, el embajador francés esperaba junto a las altas contraventanas de Durham House la aparición de Brice Harisson y su prometida traición. Le acompañaban Lymond, sus oficiales de rango superior y el personal de secretariado.

La espera fue en vano. Transcurrió una primera media hora y después una hora completa del nuevo día y Harisson seguía sin aparecer. A las tres de la madrugada, a pesar del riesgo que ello suponía, Chémault envió a un joven oficial a pie al Strand. Regresó en esa misma noche. Para entonces, en el despacho del embajador ya sólo quedaban este último y Francis Crawford junto a los restos de las velas a medio consumir. Ambos tenían ojos, gargantas y mente agotados de tanta conjetura y del calor del fuego. Les comunicó el resultado de sus pesquisas: a las once y media de la pasada noche Brice Harisson había sido arrestado por orden de Warwick.

Al mediodía se enteraron de que Harisson, junto con dos de sus sirvientes, había sido arrestado y puesto bajo la custodia de sir John Atkinson, uno de los dos sheriffs de la ciudad de Londres. La medida obedecía más al respeto que inspiraba Somerset, el jefe de Harisson, que la que merecía el propio prisionero. A primera hora de la tarde se enteraron del motivo del arresto. Al prisionero le habían sido confiscadas tres cartas escritas de su puño y letra y dirigidas a la reina madre de Escocia y a dos de sus prohombres. En ellas, Harisson le expresaba a Su Majestad su gratitud por la promesa de acogerle a su servicio y le rogaba que mantuviera su interés por su persona pues se disponía a abandonar Inglaterra, donde había residido a expensas de la generosidad del Rey, para dirigirse a Escocia, donde esperaba servir a Su Graciosa Majestad la Reina.

Por último llegó también otra noticia. Las cartas incriminatorias habían sido incautadas y entregadas a Warwick por uno de los hombres del conde de Lennox.

## V

### **Londres: Una traición deliberada**

La traición, deliberada o no, siempre es alevosa. La multa que castiga el robo es la misma que la que castiga el encubrimiento. No mates al cautivo, a no ser que te pertenezca.

Brice Harisson se sentía tan confundido como si le hubiera atrapado un campesino, andando a cuatro patas y disfrazado con una piel de cabra. Los primeros días de su cautiverio los pasó alojado en la mejor habitación de la residencia de sir John Atkinson en Cheapside, en un estado de ansiedad sólo comparable al de la inmensa rabia que sentía hacia los Lennox. Sus agitados pensamientos discurrían en las distintas lenguas que dominaba, ahora hacinadas, inútiles y embrolladas en su aturdida mente.

Siempre le había desagradado Matthew Lennox. Somerset nunca se había fiado de él y no se había molestado en ocultarlo. Margaret Lennox le había importunado también a él en repetidas ocasiones y Harisson era consciente de que su animadversión hacia la pareja había contribuido en parte a las malas relaciones que existían en la actualidad entre ellos.

Pero ¿quién hubiera podido imaginar que los Lennox iban a interceptar sus cartas y delatarle ante Warwick? Mientras recorría sin cesar el pulido suelo de la habitación profusamente amueblada de sir John, Brice Harisson le daba vueltas a la forma de convencer a Warwick de que las cartas que habían interceptado los Lennox no tenían otro objeto que acallar las posibles sospechas de los escoceses. Los dos guardias vestidos de librea apostados ante la puerta de Harisson pudieron oír desde la madrugada las sucesivas peroratas del escocés preparando una excusa creíble para contarle al sheriff.

Bien entrada la tarde, la puerta de la habitación se abrió para dejar entrar a sir John Atkinson acompañado del heraldo Vervassal. Harisson se quedó mirándolos petrificado, con una expresión de auténtico pánico. No se sintió capaz siquiera de recriminar al heraldo ante la mirada helada que el sheriff le dirigió. John Atkinson era un comerciante y como tal estaba acostumbrado a juzgar la calidad de tejidos y personas. De hecho, tras una breve y tensa entrevista, había sido la indumentaria de Lymond la que había influido en el sheriff, aunque de forma probablemente inconsciente, a la hora de acceder a que el elegante joven visitara al prisionero a solas.

Aquel día Lymond llevaba puesto el tabardo propio de su cargo. Ante el esplendente escudo azul y rojo y el dorado tejido, Harisson fue consciente por segunda vez de lo desaliñado de su propio atuendo. Él, que iba siempre impecable, llevaba los grises cabellos sin peinar y tampoco se había cambiado de ropa. El heraldo, bonete en mano, le estaba asegurando al sheriff su intención de mandar recado a su Reina para aclarar aquel desgraciado y desautorizado incidente de cambio de lealtades. Cuando el sheriff se hubo marchado, Vervassal, tras ponerse de nuevo el bonete de terciopelo ribeteado de armiño, cerró la puerta con su bastón y se dirigió a Harisson en el tono claro y fluido que el otro recordaba:

—Ninguno de nosotros es aquí el anfitrión, por lo que podemos ambos sentarnos. Guardaos vuestra cólera para vos. Ya sé que os he estropeado vuestra defensa, pero al menos os habré salvado el pellejo. Lord Warwick está perfectamente informado de vuestra intención de traicionarle ante el embajador francés y el embajador por su parte sabe desde hace tiempo que el secreto que esperabais venderle versa sobre la conspiración de Robin Stewart. Las cartas que os han sido confiscadas son un mero pretexto. Warwick quiere quitaros de en medio hasta enterarse de lo que sabe Chémault. —Vervassal hizo una pausa. Se había expresado en un inglés tan excelente como el francés que empleó en el primer encuentro mantenido entre ambos.

Mientras se devanaba los sesos intentando estar a la altura de la nueva situación, Harisson cayó en la cuenta de que aquel hombre, cuyo verdadero nombre desconocía, debía ser escocés y no francés como había imaginado.

—¡Así está mejor! —exclamó Francis Crawford tras sentarse cómodamente en una silla de respaldo alto haciendo tintinear los eslabones de la gruesa cadena que adornaba su pecho.

Una idea consiguió abrirse paso en la caótica maraña de pensamientos que poblaban la mente de Brice Harisson.

—¡Lennox! —dijo furioso—. ¿Ha sido Lennox quien se lo ha contado a Warwick? —Y como Vervassal inclinara la cabeza, prosiguió:

—¿Pero cómo diablos ha podido enterarse?

—Es una larga historia —dijo el heraldo con calma—. Parece ser que el príncipe de Barrow entiende el gaélico. Y el conde de Lennox, que desconfía de su huésped, le hizo seguir. O'LiamRoe estaba en el Red Lion. —Lymond esperó a que Harisson terminara de soltar juramentos y prosiguió—: El hecho es que, por lo que a Warwick respecta, parece que piensa que si se libra de vos podrá continuar con el plan previsto sin que el embajador ni nadie más se entere del secreto que vos estabais dispuesto a vender. Sospecho que no le resultaría difícil encontrar argumentos para ajusticiaros o encerraros de por vida. De hecho, creo que ya los tiene.

Aquello estaba yendo demasiado deprisa para Harisson. Su expresión despavorida delataba el pánico que estaba apoderándose de él.

—Pero acabáis de decirme que Chémault ya lo sabe.

—Sólo de manera extraoficial.

—Warwick lo negará todo. Mentirá.

—Por supuesto.

—Pero entonces, ¿de qué va a acusarme? —gritó Brice Harisson, agobiado por la parsimoniosa perspicacia que mostraba aquel mensajero del Destino de ojos claros—. Al acusarme a mí sólo corroboraría su propia implicación en la conspiración. ¡Es él quien debería estar rogándome que le protegiera!

—Por eso precisamente —dijo Lymond con amabilidad—, os encontráis aquí en lugar de en Newgate. Está esperando a averiguar cuánto sabe Chémault. Por eso debéis declarar aquí y ahora y hacer público a través mío, que el embajador francés está informado de todo y que Warwick sabe que él está al tanto. Dejadme llamar a Atkinson y contadnos la historia del plan de Robin Stewart de nuevo. Si lo hacéis así, mañana por la mañana seréis puesto en libertad.

Mientras Harisson trataba de imaginarse a sí mismo confesando públicamente ante el sheriff de Londres que había intentado vender a Francia hasta el último detalle de una trama, de inspiración inglesa, para envenenar a la futura reina de Francia, otro pensamiento aún más funesto cruzó por su atribulada mente.

—Sí, claro, quedaré en libertad para que Robin Stewart pueda clavarme un cuchillo por la espalda. ¿Cuánto tiempo creéis que duraré cuando se entere de que le he vendido a los franceses? Chémault podría haberlo apresado y lo tendría ahora bien encerrado si todo esto no hubiera ocurrido.

—El embajador puede apresarlos y encerrarlos todavía —dijo Vervassal—, si me decís dónde se encuentran.

Se hizo un silencio. Harisson se sintió exhausto de pronto, como si le hubieran dado una paliza. Notaba las manos agarrotadas sobre sus piernas de la tensión, tenía la sensación de que si no las controlaba saldrían despedidas por sí solas y aporrearían la mesa y mesarían sus cabellos para ahuyentar a los espíritus nefastos que parecían haberse confabulado contra él. Estaba claro que necesitaba ayuda. Pero no tenía a quien acudir. Somerset, de capa caída en aquellos momentos, no tenía ya poder para protegerle.

—Sacadme de aquí y os lo diré —dijo Brice Harisson.

—No haré nada por vos que pueda comprometer a mi señora —dijo Vervassal sin perder la calma—. Sólo Warwick puede liberaros. Y sólo lo hará si confesáis públicamente.

Aquello fue demasiado para Harisson.

—Si Warwick me ha arrestado porque sospecha que he acudido a Chémault —dijo Brice Harisson en tono sarcástico—, estoy completamente seguro de que me soltará en cuanto sepa la razón... ya me las arreglaré.

—¿Eso creéis? —dijo Vervassal—. Pues entonces me parece que no estáis demasiado lúcido. Ya os he dicho la única forma en que podéis salir de aquí. Warwick no moverá ficha seguramente hasta que sepa cuál es la postura de Chémault. Tenéis un día. Quizás dos. Cuando hayáis meditado sobre mi oferta hacedme llamar. Mientras tanto yo os ofrezco lo siguiente: no puedo ayudaros a escapar de aquí. Pero a partir de este momento, el embajador y yo emplearemos toda nuestra influencia para mitigar vuestra ofensa basándonos en las cartas. Intentaremos evitar que Warwick presente contra vos cargos más serios. Pero a cambio tenemos que impedir que Warwick pueda seguir adelante con la conspiración. Os lo repito: ¿vais a decirme dónde está Robin Stewart?

La penumbra comenzaba a invadir la agradable estancia, el mobiliario de madera y cuero, los tapices y alfombras. Los leopardos escoceses bordados en la ropa del heraldo relucían iluminados por el fuego en sus pastos de seda, los cuerpos delgados y ágiles, las orgullosas cabezas y poderosas garras parecían cobrar vida entre las sombras que poco a poco se adueñaban de la habitación.

—No —dijo Harisson.

—¿Deseáis que Stewart y lord Warwick sigan acaso con su plan? —preguntó de nuevo el heraldo. Su tono de voz era tranquilo, con un deje de ironía.

De los labios del atribulado Harisson escapó involuntariamente un término despectivo para referirse a Robin Stewart, y no fue en gaélico precisamente. Por un momento, la apariencia de seguridad en sí mismo y en sus talentos como persona y hombre de lenguas pareció abandonarle por completo.

—¡Maldito sea Robin Stewart! ¡Que el diablo se lo lleve! —exclamó furioso su amigo en un tono que rayaba en la histeria—. ¡Lo único que quiero es salir vivo de aquí! —Y continuó repitiendo a la voz de la razón que le interpelaba en tono irónico—: ¡No! ¡No! ¡No!

Vervassal decidió no esperar más. Se levantó y se dirigió a la chimenea con una vela en la mano. Su silueta era apenas visible en la creciente penumbra. Tras encenderla en las llamas del hogar la llevó delicadamente hasta el candelabro situado junto a la puerta. Los brazos plateados del candelabro parecieron cobrar vida y las llamas centellearon iluminando su tabardo y el dorado cabello que asomaba bajo el bonete de terciopelo rojo. Tenía el rostro oculto entre las sombras.

—Volveré dentro de dos días —dijo el heraldo—. Haced llamar a Chémault cuando deseéis hablar conmigo.

Las manos de Harisson, como las garras de un ave, permanecieron aferradas a los brazos de su silla. La silueta de su cabeza, al quedar las orejas de soplillo al descubierto por lo desordenado de su cabello, proyectaba una sombra grotesca sobre la pared, a su espalda.

—No quiero nada de vos —dijo—. No quiero nada de vos, quien maldito seáis.

Bajo la dorada luz, el rostro del otro hombre parecía de alabastro.

—¡Por Dios! Ciertamente estáis pésimamente informado. ¿De veras no os habéis enterado todavía? —preguntó el heraldo en tono amable—. El embajador lo sabe perfectamente. No es ningún secreto, os lo aseguro. Mi nombre es Francis Crawford de Lymond. Mi hermano es lord Culter. No soy un oficial de la Lyon Court<sup>[4]</sup>, por supuesto. A falta de algo mejor, ejerzo temporalmente como heraldo de Su Graciosa Majestad la princesa María, Reina regente de Escocia.

Las manos pequeñas y huesudas de Harisson se abrieron repentinamente y puso los ojos en blanco presa de una súbita desesperación.

—Sois el hombre... —La voz de Harisson se quebró y soltó una risotada—. ¿Vos sois Lymond? ¡Santo Dios! ¿Cómo puede ser este Robin tan chapucero? ¡Sois el hombre que Robin Stewart piensa que ha asesinado!

—Tendremos que admitir entonces que no he sido de sus mayores éxitos. Entenderéis ahora mejor por qué necesito encontrarme con él. Por otro lado, a estas horas, el conde de Lennox, que como seguramente ya sabéis es uno de mis más fervientes enemigos, debe de saber ya donde me encuentro. Lo que significa que probablemente hará todo lo posible para convencer a Warwick de que proteja a Robin Stewart para desbaratar mis planes y los del embajador. Pensad bien en todo lo que os he dicho, mi querido Harisson. Vuestra única opción es Francia. O sino Warwick, Lennox y una muerte segura.

Vervassal permaneció unos segundos más junto a la puerta con la cabeza ligeramente ladeada y una expresión seria en su bello rostro, como si calibrara el peso de sus palabras. Después, encogiéndose de hombros con un gesto de impaciencia y disgusto, abrió la puerta y salió. Los guardias que vigilaban fuera la cerraron. Harisson se encogió en su asiento e intentó no llevarse las manos a la cabeza para no revolverse aún más los despeinados cabellos.

Algo más tarde, Lymond informaba a Chémault del resultado negativo de su entrevista con Harisson.

—Lo siento. Me temo que lo hemos perdido —fueron sus escuetas palabras—. Puede que haya sido en parte culpa mía. Pensé que era un hombre con más arrestos, como su hermano, pero se ablandó como fruta madura ante mis palabras. Hará exactamente lo que Warwick le diga que haga.

Lymond se había quitado la túnica a su regreso a la residencia del embajador y en aquel momento, mientras se dirigía a sentarse, Chémault se dio cuenta de que la cojera que le aquejaba era bastante notoria.

—Nos habría venido bien tener su confesión —dijo el embajador—. Pero tampoco es tan grave que no la tengamos. Tan solo necesitamos insinuar a Warwick

que tenemos conocimiento de su complot y eso será suficiente para detenerlo. Estoy seguro. Aunque no tengamos pruebas, la información de que disponemos, aunque sea de segunda mano, bastará.

—¡Oh, Dios! Pues claro que bastará —dijo el hombre llamado Crawford mostrando por vez primera signos de impaciencia ante Chémault—. Hasta Harisson habría llegado a esa conclusión si se hubiera parado a pensar por un minuto. Ese despreciable gusano puede confesar o mantener el pico cerrado, como prefiera. Lo que yo quiero es ponerle la mano encima a Robin Stewart antes de que lo haga cualquier otro. Eso es todo.

Brice Harisson no mandó llamar a Vervassal. Pero cuando Lymond le visitó dos días más tarde como había prometido, Harisson le dio la bienvenida con gran amabilidad. También se apresuró a informarle en un inglés salpicado de citas en alemán y en español que se lo había pensado mejor y que había confesado todo al sheriff.

Para probárselo, volvió a confesar ante el propio heraldo, ante el sheriff y ante quien quisiera escucharlo, toda la historia del plan que había tramado con Stewart, la implicación de Warwick y su intento de vender a su amigo a Francia. Lo contó todo con firmeza, con aparente valentía y con una especie de regodeo masoquista que desconcertó claramente al sheriff, que no podía entender aquel repentino e insistente entusiasmo en confesarse traidor. Lo inverosímil de la situación no hizo más que confirmar las sospechas de Lymond. Al final sólo tuvo unos minutos a solas con el contrito conspirador, pero no tuvo que decirle nada. Harisson lo dijo todo él solito.

—Me temo —dijo Brice Harisson—, que debisteis pensar que era un estúpido. Cuando os marchasteis me di cuenta de que teníais razón. —De pronto soltó una inesperada y sonora carcajada—. Creo que el pobre sheriff se quedó bastante espantado cuando empecé a contarle todo el asunto. La noticia ya le ha llegado a Warwick, por supuesto, y ahora todos sabrán que también os lo he contado a vos. Todo será muy sencillo. Y ahora, imagino que esperáis que os dé noticias de Stewart, ¿no es cierto?

—Sí. —Lymond tenía el brazo izquierdo cansado de apoyarse sobre el bastón. Se movió un poco para recostarse sobre la pared.

—Se encuentra en la zona que está en obras de Islington. Debéis ir a un lugar preciso que ahora os explicaré y silbar. Acudirá un muchacho que lo irá a buscar. —Harisson le describió el lugar. El heraldo tomó nota y partió.

Lymond fue solo a Islington. Llegó hasta allí a caballo, lo que aún le resultaba bastante penoso. Aunque silbó, no acudió ningún muchacho. Buscó por toda la zona pero Robin Stewart ya no estaba allí.

Robin Stewart llevaba varias semanas escondido en Islington. Se sentía en aquellos solares embarrados y salpicados de ripios y hornos de cal tan a gusto como un fósil varado en un paisaje prehistórico.

Tiempo atrás, en Francia, Stewart, al descubrir la verdadera identidad de Thady Boy, se había sumido en un torbellino de rabiosa frustración que le había impulsado a aceptar las cáusticas instrucciones de Su Excelencia lord d'Aubigny y a embarcarse en el aborrecido viaje a Irlanda. Antes de partir, había alcanzado con Su Excelencia el acuerdo de que, a su vuelta, sería de nuevo tolerado y aceptado a su servicio.

Una vez estuvo embarcado, el deseado acuerdo pareció perder casi todo su atractivo. Durante la travesía hasta Irlanda, el arquero tuvo que soportar la interminable y anodina charla del engréido George Paris. Durante aquellas tediosas horas, Stewart se convenció de que no tenía futuro alguno junto a lord d'Aubigny ni con ninguno de los caballeros a los que había servido, envidiado y criticado tan amargamente. Buscaría a alguien en Inglaterra a quien pudiera interesarle sus planes conspiratorios; un buen pagador.

Aquella drástica decisión le supuso en realidad una liberación. Se aferró a ella durante su complicado periplo hasta alcanzar Londres. Primero el viaje en carriola, luego en un barco de pesca hasta Escocia y por último la compra del caballo con el dinero que había recibido en Francia para financiar el viaje de Cormac O'Connor.

Una vez en Londres, acudió a ver a Harisson y ya no se encontró tan solo. Había disfrutado haciendo los planes con él. A Stewart siempre le había gustado el arte de la intriga, independientemente de la recompensa. Desde su primera llegada a Francia, cuando Destaiz le había prevenido de que O'LiamRoe suponía un peligro para ellos y debía ser eliminado, había sido él quien había planeado, con una iniciativa tan audaz como la de Thady Boy al subirse a la verga del barco, el incendio de la posada.

Desgraciadamente había fracasado. Luego, alguien había tendido una trampa a O'LiamRoe haciendo que acudiera engañado al encuentro con el Rey que tuvo lugar en las pistas de tenis. Stewart también se había mantenido al margen en el asunto de los elefantes. Pero la cacería de la liebre de la Reina le había resultado de lo más estimulante. Todavía se acordaba de la cara de O'LiamRoe cuando la mujer llamada O'Dwyer había llegado y el Príncipe se había visto obligado a obsequiarla con el perro. Y también cuando el guepardo hizo su aparición. Aquello no había sido demasiado difícil de organizar: había sido suficiente con hacerle una sugerencia a la vieja dama con algo de antelación.

Aquella parecía por fin una buena ocasión para acabar de una vez con la pequeña María y con O'LiamRoe. Él sólo tenía que preocuparse de apartar de los perros el olor del lebrato que llevaba consigo. ¿Cómo iba a adivinar que el maldito chucho de O'LiamRoe acabaría enfrentándose con el guepardo?

Después de aquello comenzó a pensar que lo mejor que podía hacer era actuar solo. Tenía el arsénico que había robado en St. Germain, como le había contado a Harisson. También le contó cómo la antesala de habitación de la pequeña María en la que estaban los cotignac se quedaba abierta de vez en cuando. No le pareció mal que Warwick y Harisson estuvieran al tanto de los intentos previos de deshacerse de la Reina que había llevado a cabo, pues ponían de relieve su extraordinario ingenio. Sin embargo, no mencionó que los cotignac envenenados hubieran desaparecido, cosa que descubrió justo antes de partir. Rememorando indignado los pasados sucesos, iba descubriendo la mano de Lymond en el desarrollo de los acontecimientos.

El nombre de Thady Boy Ballagh le resultaba todavía impronunciable. Haciendo gala de una inusual perspicacia, tampoco se atrevió a confesar que casi todas sus acciones habían estado dirigidas por otro. Quería que Harisson admirara su habilidad. Por otro lado, su sentido común le decía que Brice, por muy buen amigo que fuera, se sentiría menos proclive a ayudarlo a encontrar un nuevo patrón para sus planes si se enteraba de que había dejado al anterior plantado en Francia.

Había decidido no pensar de momento en aquello. Desde luego, sabía que no le iba a resultar fácil explicar por qué había abandonado a O'Connor en Irlanda, pero ya se ocuparía de eso más adelante, cuando tuviera el dinero prometido por Warwick. Entonces volvería de incógnito a Francia y se las ingeniaría para sobornar a quien hiciera falta para realizar sus planes. Se conocía al dedillo los puntos flacos de la corte, sabía quiénes eran los guardias en los que se podía confiar y las doncellas que estarían dispuestas a ayudarlo por dinero. Una vez cumplido el objetivo, volvería a abandonar Francia, esta vez para siempre, y encontraría por fin su lugar, rico y lleno de prestigio, en la corte de Inglaterra, junto a Warwick.

Nadie sospechaba de él. Sólo Lymond habría podido tal vez descubrirlo. A pesar de su resentimiento, tenía que reconocer que aquel hombre tenía una perversa e insólita inteligencia. Pero Lymond había muerto, envenenado. La llegada a Londres de O'LiamRoe, a quien había depositado sano y salvo en Irlanda, le había descolocado inicialmente y su ya precaria fe en sí mismo se había resentido. Pero no debía tomárselo como un mal presagio. Aquello había sido una estúpida coincidencia, típica de un estúpido como era el Príncipe.

Stewart se sacó todos los malos pensamientos de la cabeza y sonrió. Hasta era posible que alguien atacara a la pequeña Reina antes de que lo hiciera él mismo. Eso sería todavía mejor. Warwick se lo atribuiría igualmente a él, sin duda. Nadie más reclamaría la autoría de semejante acción. Eso seguro.

Durante las semanas que pasó solo y durante las escasas visitas que le hizo a Harisson, la imagen de María, la pequeña niña rebosante de vida a la que pretendía asesinar, no se le pasó a Robin Stewart por la cabeza ni una sola vez. Los sentimientos del arquero habían sido pisoteados con demasiada frecuencia y habían

ido encogiéndose hasta casi desaparecer, por lo que en la actualidad solo quedaba de ellos una sombra desdibujada de lo que pudieron haber sido. Las personas con las que se relacionaba, las que le mandaban y dirigían, sólo conseguían menguar aún más aquel exiguo caudal.

Harisson debía haber adivinado en gran parte lo que sucedía en el interior del arquero. Tiempo atrás, estando en Escocia, había soportado la hiriente agresividad de Stewart con paciencia, sin responderle con la misma moneda. Las pullas del arquero difícilmente hacían blanco en alguien que, a fin de cuentas, era casi tan mezquino como él. Por otro lado, le había resultado bastante satisfactoria su propia capacidad para manejarlo a su antojo gracias a su encanto personal. Su ascendiente sobre el arquero nutría su propia vanidad. En la actualidad, encontrar a Harisson en Londres había supuesto para Stewart un inmenso alivio. El arquero sentía como si, tras vadear un pantano de aguas podridas y traicioneras, hubiera por fin alcanzado la hermosa planicie llena de musgo donde se sentía como en casa.

Cuando Harisson terminara la reunión con Warwick, le mandaría llamar. Por fin, llegó el mensajero: el encuentro tendría lugar no en la casa de Harisson sino en Cheapside. Stewart se caló el bonete sobre su rostro huesudo y alargado y se apresuró hacia allí, entusiasmado.

La casa que Harisson le había indicado se encontraba, nada más pasar la inmensa cruz de Cheap, junto a las ricas mansiones de tejados a dos aguas de Goldsmith' Row. El sol iluminaba las puertas de la casa con sus alegres y expresivas tallas, los balcones pintados de colores y las doradas estatuas. Cheapside estaba abarrotado. El gentío fluía entre la amalgama de canalones, iglesias y posadas. Por doquier sonaban las voces de aprendices y vendedores repitiendo la cantinela de «¿Qué os falta?» a voz en grito. Toda aquella multitud de hombres y mujeres alegres, ruidosos y bien vestidos, le resultaba grata a Robin Stewart, como si presagiara las bonanzas que estaban a punto de acontecerle. Al llegar a la puerta de la verja, el arquero desmontó. Un muchacho se apresuró a ocuparse de su caballo y él fue conducido sin demora a un soleado salón que daba al jardín, donde le esperaba Brice Harisson.

La emoción, la ansiedad o el placer no conseguían alterar nunca la expresión de Brice, que permanecía inmutable en aquel pulcro rostro de mediana edad. Iba arreglado con esmero, como solía. Llevaba un jubón adornado con galones y los ondulados volantes de sus puños asomaban impecables sobre sus pequeñas manos. Llevaba un bonete negro sobre su cabello bien peinado bajo el que relucían la fina nariz y las blandas mejillas.

Para Stewart, aquel hombre representaba la imagen del éxito, la amistad, la emoción y el puerto seguro donde refugiarse tras la escombrera de Islington. Stewart le sonrió y tragó saliva, provocando que su prominente nuez se paseara agitadamente

por su cuello. De pronto cayó en la cuenta de que Brice no estaba solo. Junto a él, flanqueado por un alguacil y un secretario, se encontraba el sheriff de la ciudad de Londres, engalanado en negro y escarlata y ostentando la cadena dorada de su cargo.

Dios mío, pensó el arquero intentando controlar el deleite que sentía. Dios mío, no hay duda de que Warwick está con nosotros. Nos ha enviado al sheriff para negociar. Luego vendrán el alcalde, el concejal y el juez. Aunque no creo que se arriesgue a involucrar abiertamente al consejo municipal. Será un intermediario, esto es. Y bien bonita que es su casa, se dijo Robin Stewart mirando encantado en torno suyo, un sitio excelente para una conspiración.

Había dos hombres apostados ante la puerta.

—Este es el hombre —dijo Harisson con voz plana, sin corresponder a su sonrisa.

Stewart miró alrededor pero no vio entrar a nadie más. Entonces el sheriff, un hombre robusto de cabello castaño, desenrolló un pliego con expresión pétreo.

—Robin Stewart —dijo tras relajar los labios firmemente apretados en una tensa mueca—, arquero de la Real Guardia Escocesa residente antes en Francia y actualmente en Londres en domicilio desconocido: sabed que yo, John Atkinson, sheriff de la ciudad de Londres, tengo la autoridad de cumplir la orden de detención que pesa sobre vos por la acusación de conspirar contra la persona de Su Altísima y Poderosa Majestad la Princesa María, Reina por la gracia de Dios de nuestro amado reino hermano y vecino de Escocia, mientras residíais bajo la hospitalidad de nuestro querido aliado el Cristianísimo rey Enrique II de Francia. Así pues, hasta que se reciban instrucciones a vuestro respecto de Francia o de Escocia, tengo la orden expresa de ponerlos bajo custodia y vigilancia a partir de este momento en la Real Torre de Londres. ¡Guardias, apresadle!

En un momento Stewart estuvo flanqueado por los dos guardias. Robin Stewart los ignoró. Observaba con mirada desenfocada al sheriff. Su rostro alargado había cobrado un tono amarillento en el que se distinguía la textura granulosa de la piel. A continuación, girando su largo cuello, volvió la despeinada cabeza en dirección a Brice.

Al lado de este no había ningún guardia. De sus labios no salió tampoco palabra alguna en ninguna de sus variadas lenguas.

—Gracias a Dios —dijo sir John Atkinson enrollando el pergamino y pasándoselo al secretario—, esta terrible conspiración ha podido ser detenida a tiempo gracias al señor Harisson, aquí presente, que ha avisado a un emisario del embajador francés de vuestros malvados planes. No tengo ninguna duda sobre el destino que os aguarda. El rey de Francia no se anda con contemplaciones en los casos de intento de asesinato y alta traición.

Stewart sólo oyó las primeras frases. Por un momento se sintió inmerso en una especie de limbo inconsciente, perdido todo atisbo de comprensión de la realidad.

Como en un sueño, la imagen de Tosh, charlando amistosamente con él mientras jugueteaba con un taco de madera de peral con las armas de los Culter grabadas en ella, volvió a materializarse en su mente aturdida. El rostro asmático de Tosh fue sustituido por el blando y pálido de Brice que decía en un tono más alto de lo normal:

—Bueno, pues entonces ya está. Podéis llevároslo ahora. Será mejor que no esté aquí cuando vuelva Crawford.

Stewart no entendió sus palabras. La realidad iba tomando forma lentamente en su embotado cerebro, como el lento fluir de la sangre que retornara a un miembro largo tiempo entumecido. Sin entender lo que acababa de decir el otro, baló con voz entrecortada:

—¡Me habéis delatado!

Harisson miró rápidamente al sheriff y después apartó la vista sin decir nada.

La voz de Stewart se oyó de nuevo, esta vez más alta.

—¡Acudisteis al embajador! ¡Les habéis contado nuestros planes y luego me habéis mandado llamar! Me hicisteis creer que acudíais a Warwick para pedirle ayuda y en realidad siempre tuvisteis la intención de... —La espantosa verdad, la cruel certeza de la traición de su amigo se abrió paso finalmente en la conciencia de Robin Stewart mientras ataba cabos al repasar la actuación de Harisson—. ¡Idos al infierno asquerosa cotorra canalla! ¡Estáis compinchado con O'LiamRoe!

—Realmente me gustaría que os lo llevarais de una vez —dijo enfadado Brice Harisson. A continuación se encaró con Stewart con los puños apretados. Una vena sobresalta, latiendo, bajo la piel morena de su frente—. ¡No seáis ridículo! ¡Un elefante hubiera sido más discreto que vos con vuestra maldita conspiración! ¡Paseándoos en barco a plena luz del día, metiendo en mis establos a vuestro caballo...! ¡No habéis hecho una sola cosa bien en toda vuestra vida, por Dios! Ni siquiera matar al tipo ese que decís haber matado... No ha sido O'LiamRoe quien me convenció de ponerle término a vuestra infausta conjura, Stewart. Ha sido otro el que me ha convencido de contarle al embajador francés toda la historia, insistiendo en que os traicionara. No ha sido, os lo repito, O'LiamRoe, pedazo de estúpido cabeza hueca. Ha sido vuestro amigo Crawford de Lymond.

Se hizo un atónito silencio. La verdad es a veces lo más difícil de aceptar.

—Lymond está muerto —dijo Robin Stewart con un hilo de voz.

—De eso nada. Hace pocas horas estaba en esta misma habitación, departiendo animadamente conmigo —dijo perversamente Harisson—. Vos y vuestro infalible envenenamiento con la belladona... Deben estar desternillándose de risa a estas alturas en el Valle del Loira. ¡Y vos pretendíais cometer alta traición! Sois un villano vomitivo. Y un infeliz, además —dijo Harisson preso de un auténtico ataque de histeria—. ¡No seríais capaz ni de descabezar una margarita!

Robin Stewart se encontraba ya con la mente perfectamente despejada. Sentía la

sangre latirle en las venas al ritmo desbocado del corazón mientras se adueñaba de él un firme y único propósito. Los dos hombres que tenía a ambos lados aún seguían allí, pero no parecían dispuestos a intervenir. De hecho, habían cometido la negligencia de dejarle conservar la espada. Sin pensarlo casi, el arquero desenvainó el arma y avanzó hacia Harisson.

La voz de Brice Harisson se cortó con un sonido ahogado y Stewart avanzó otro paso en su dirección. Entonces Harisson emitió un grito que pareció sonar durante un tiempo exageradamente largo. Había retrocedido hasta la ventana, contra la que se apoyaba. Los sonidos de los vendedores llegaban, agudos como graznidos de urracas, a través de los cristales.

—¡Detenedle! —gritó el sheriff. El secretario y el alguacil parecieron dudar un momento y los dos guardias se adelantaron con actitud insegura.

Llegaron demasiado tarde. El rostro de Harisson estaba blanco como el papel; tenía los grises cabellos revueltos y los galones torcidos.

—Pues parece que me ha llegado el momento de practicar entonces, ¿no os parece? ¡Volved al infierno, de dónde nunca debisteis salir! —rugió Stewart respirando agitada y ruidosamente, como preso por el efecto de una fuerte droga. Dicho esto, el arquero levantó la espada con las dos manos y la dejó caer, inexorable, sobre el tembloroso cuerpo.

Aquel mismo martes, a la vuelta de su infructuosa excursión a Islington, Lymond, tras cambiarse de ropa y volver a vestirse con el atuendo propio de su actual rango, se dirigió a ver a Warwick provisto de la pertinente autorización del embajador francés. Su visita tenía por objeto expresar formalmente al conde su preocupación ante la conjura que había sido descubierta y que involucraba al escocés llamado Brice Harisson, actualmente bajo su custodia, para el que de paso solicitaba le fuera permitido llevarlo a presencia del embajador Chémault para que pudiera ser interrogado. También solicitaría su ayuda para intentar localizar al cómplice de Harisson, un escocés llamado Robin Stewart.

Las reglas del juego, a partir de aquel momento, estaban claras para todas las partes involucradas: cada movimiento debía hacerse de modo oficial y público. El embajador de Francia en Londres estaba seguro que el hombre llamado Vervassal dominaba el *modus operandi* perfectamente.

Chémault tenía la sensación, además, de que aquel hombre sabía sobre el tema cosas que él mismo ignoraba; estaba convencido de que la dimensión del asunto escapaba a su comprensión. En una ocasión, tras contarle a su esposa lo de Stewart, ella había exclamado, horrorizada:

—¡Un asesino! ¡Un conocido de John y Anne! ¡Qué disgusto tendrá John!

Chémault se dio cuenta de que Lymond se había puesto inmediatamente alerta.

Sabía que aquel joven estaba convaleciente de una enfermedad reciente y que la Reina regente le habría presionado, probablemente, para que le hiciera de mensajero, a falta de alguien más apropiado. Era el tipo de situaciones a las que se veía abocado con frecuencia el hijo menor de una familia noble. También estaba al tanto de algunos aspectos del asunto pero le hubiera gustado saber más. Sin embargo, a su mujer Jehanne aquel extraño joven del bastón con aspecto felino parecía darle miedo.

Aquella noche la cena se había servido en los aposentos privados del embajador. Chémault y su mujer ya habían comenzado a cenar cuando llegó Lymond. Los sirvientes, de librea, servían en silencio el cordero y las codornices rellenas; sobre el mantel bordado, la plata de Jehanne relucía en aquel ocaso del mes de abril.

Fue ella precisamente, impulsada por su innata hospitalidad, la que, al oírle pasar ante la puerta del comedor, se levantó para invitarle a reunirse con ellos. Lymond se volvió al oír que le llamaban.

—¡Señor Crawford! Os hemos guardado la cena.

Lymond entró y ocupó su lugar en la mesa. Sin embargo, aunque participó educadamente en la animada charla, apenas tocó la comida. Parecía interesado, más bien, en acabar lo más pronto posible para poder departir a gusto con Raoul.

De hecho, comenzó a hablar de sus asuntos antes incluso de que ellos acabaran de cenar, justo después de que ella relatará entusiasmada la historia de cómo su bebé había atacado al gato. Ciertamente es que el joven le había sonreído y hecho un ingenioso comentario que intentaría recordar en su próxima carta a *Maman*. Pero casi inmediatamente, sin disculparse siquiera, se había vuelto hacia su marido y había comenzado a relatarle su entrevista con el honorable caballero de Su Majestad el rey de Inglaterra, lord Warwick. Desde luego, ella no entendía todos los detalles de la conversación. Se quedó mirándole mientras jugueteaba con una copa de plata llena de su mejor vino, que Lymond no había probado, mientras este decía:

—Es exactamente el tipo de historia que podría esperarse de Warwick y sus amigos. Según él, Stewart acudió a verle con una oferta, pero hasta el día de hoy el conde no sabía de qué se trataba. Está asombrado, dice, escandalizado y francamente disgustado, y por supuesto está dispuesto a ayudarnos en todo lo que sea necesario.

Raoul no parecía molesto por haber sido interrumpido antes de terminar su comida favorita. Es más, empleó un tono menos irritado de lo que solía, tras un largo día de trabajo.

—¿Y qué pasa con Robin Stewart y con Harisson?

—Harisson ha sido arrestado por razones que, por supuesto, nada tienen que ver con el asunto. Por las cartas a la Reina madre, dicen. Esa es la versión que ellos mantienen, y están decididos a defenderla. —El mensajero hizo una pausa. En su mano, el vino, intacto, llegó al borde de la copa, que se inclinó peligrosamente, sujeta por los ágiles dedos del joven. En su asiento, Jehanne se puso tensa: la mantelería era

cara.

—No tuve que pedirles que me ayudaran a encontrar a Robin Stewart. Tras la charla que mantuve con Harisson, este se puso en contacto con Warwick, para intentar apaciguarlo —dijo Vervassal—. Y lo que hizo, en contra de lo que yo hubiera deseado, fue vender a Stewart al conde en lugar de a nosotros. En resumen, lo que hizo Harisson fue confesar ante el sheriff que el arquero le había contactado para que actuara como intermediario en el complot para envenenar a María de Escocia y que él le había traicionado acudiendo al embajador de Francia al que había puesto al corriente de la conjura. El sheriff se lo comunicó a Warwick que, por supuesto, sabía perfectamente los planes de Robin Stewart, pero no estaba al tanto de que vos habíais sido informado. A partir de aquel instante, el Consejo de Inglaterra, para preservar sus buenas relaciones con Francia, se vio obligado a cortar de raíz cualquier conexión con la conspiración. A cambio de Dios sabe qué promesas, Harisson accedió a entregarle al arquero, que fue apresado esa misma tarde y enviado a Ely Place para hacer una confesión completa de la historia. Ese pobre idiota parece que pensó que Warwick seguiría apoyándole y estuvo presumiendo de sus grandes dotes como asesino a sueldo, contándoles de nuevo todos los planes pasados y futuros para asesinar a la Reina. Según Warwick, aquella era la primera noticia que él tenía de la conspiración... Me imagino cómo se sentiría Stewart —dijo Lymond—, cuando Su Excelencia, en lugar de abrirle los brazos, empezó a llamar a los guardias del palacio. El arquero está ahora en la Torre de Londres. Warwick se ha comprometido a mandarnos su confesión por escrito y a entregarlo en calidad de reo a la embajada o directamente a Francia, para que lo juzguen allí. Esto último lo hablará con vos directamente.

—Eso lo decidirá el Rey. Le escribiré esta misma noche. ¿Y qué pasa con Harisson? —preguntó Raoul.

—¿Harisson? —dijo el hombre llamado Crawford en un tono que denotaba tremendo desprecio. Se puso en pie con un ímpetu muy medido que le sirvió para disimular el problema que tenía en la pierna—. Stewart y él se encontraron en la casa del sheriff para que Brice pudiera identificar al arquero. Robin Stewart le mató allí mismo. Parece, por lo visto, que no se esforzaron demasiado en evitarlo. Así que ya no queda ninguna prueba que involucre a Warwick, mientras que contra Stewart están los testimonios del conde y de O'LiamRoe. Tenéis que obtener la confesión de Stewart fuera del Consejo para poder acusarle de algo.

Chémault se levantó a su vez, comportándose con la misma grosería que su invitado.

—Haré que me entreguen a Robin Stewart y le obligaré a confesar ante mí.

Crawford contestó en tono tranquilo:

—No lo creo. Yo os aconsejaría, por el contrario, que insistierais en que

permanezca bajo la custodia de Warwick y que este sea quien se haga responsable de su entrega a Francia. Inglaterra intenta evitar por todos los medios provocar un incidente diplomático. Eso es evidente. Por lo tanto, si él es el encargado de mandar al arquero a Francia, no se atreverá a tocarlo. Es la forma más segura de que Stewart llegue vivo hasta allí.

Las palabras de Lymond bien podían tomarse como un funesto presagio. Los dos hombres quedaron mirándose en silencio.

—Nada tiene por qué ocurrirle si le traemos aquí —dijo entonces Raoul y, agarrando a Crawford del brazo añadió—: ¡Marchaos! Idos de una vez. Estáis deseándolo. No debíamos haberos retenido.

Jehanne se puso en pie, sobresaltada. Miró al mensajero y después a su marido. Lymond continuó hablando como si tal cosa:

—Vos no podréis evitar que le ocurra algo aquí. Debéis entender que es imprescindible que podamos interrogar a Stewart nosotros mismos. El arquero trabajaba para alguien en Francia. Alguien cuya identidad desconocemos. Debéis hacer que Warwick lo envíe a Calais y conseguir esa confesión escrita por todos los medios posibles. Por mucho que digan que quieren colaborar, no creo que estén dispuestos a entregárosela tan fácilmente. Desde Calais, un guardia acompañará a Stewart hasta el Loira. Allí, yo mismo me ocuparé de él.

Por la expresión de su rostro, Jehanne de Chémault pudo colegir, con perverso regodeo, que la perspectiva no le resultaba a aquel joven en absoluto halagüeña. Raoul había abierto ya la puerta.

—Entiendo. Hablaremos de nuevo por la mañana. No olvidéis que, en todo caso, la urgencia del asunto es bastante relativa.

Lymond permaneció todavía unos segundos ante la puerta, apoyándose sobre el bastón.

—*Je vous remercie* —fue todo lo que dijo. Raoul sonrió aliviado y el mensajero, recordando sus modales por fin, se volvió hacia ella y, tras presentarle una especie de excusa, se dirigió, por lo que ella pudo ver por la entrecerrada puerta, directamente hacia su habitación.

Vaya con el caballero. Le parecería bonito aparecer en medio de la cena, dejarle a Raoul un montón de trabajo y marcharse él a la cama. Por otro lado, pensó Jehanne de Chémault con rabia, cuanto antes abandonara Durham House, mejor para todos.

En efecto, Lymond abandonó Durham House al día siguiente, pero fue para visitar a los condes de Lennox, de cuyo hogar estaba decidido a arrancar a Phelim O'LiamRoe.

## VI

### Londres: La ortiga y el veneno

No por mirar la dentadura del hombre conocerás sus méritos como tampoco la edad es el criterio por el que el clan reparte las tierras entre los suyos ni tampoco la que le confiere el poder urticante a la ortiga. El hombre de honor que habla con su señor tiene derecho a que lo respeten.

Habían transcurrido tres semanas desde aquella primera y conflictiva visita que O'LiamRoe le hiciera a Harisson, a la que siguió su audaz actuación en la librería y la posterior visita al embajador Chémault, con la que concluyó su intervención en aquel asunto. Durante todo aquel tiempo, Margaret se había dedicado a jugar con el Príncipe como un niño con una ardilla.

Lo hacía por diversión y con gran habilidad no exenta de cierta ternura condescendiente. Él era perfectamente consciente. A pesar de ser un vago de siete suelas no le faltaba perspicacia. Pocas semanas antes, en la misma situación, O'LiamRoe habría aprovechado para pasar un rato agradable y, en cuanto la cosa hubiera empezado a ponerse algo incómoda, habría escapado sin dilación. Pero en la actualidad, aunque tuviera que blasfemar para su colete en más de una ocasión, estaba decidido a devolver golpe por golpe.

No había vuelto a ver a Chémault. Una tarde, el rubio conde de Lennox entró en el recibidor y, tirando sobre una silla su sombrero con ademán indolente, dijo:

—Bien. Los han cogido. —El Príncipe nunca había podido entender qué veía la condesa en aquel hombre—. Los han cogido a los dos. Ahora podrán dejarme en paz de una vez por todas...

Lady Lennox le había seguido al estudio y allí los dos habían continuado discutiendo el asunto en privado. Aquella noche Phelim se hallaba absorto leyendo una de sus historias favoritas que trataba sobre dos perritos y una cáscara de huevo, cuando la condesa de Lennox entró en la sala. A la luz del fuego, con su vestido de finísimo tejido, semejaba una resplandeciente aparición; llevaba el cabello teñido de un rubio verdoso y adornado con una diadema de perlas lechosas.

—Las noticias que os traigo son mucho mejores que cualquier historieta sobre perros y cáscaras de huevo. Deberíais ir a Cheapside de vez en cuando, Príncipe. Puede ser casi tan emocionante como el mismo Dublín.

—¿Ah, sí? —O'LiamRoe estaba francamente interesado.

—Hoy han arrestado en Cheapside al arquero que os escoltó hasta Irlanda. Por lo

visto ha confesado que tenía un plan para asesinar a la pequeña reina de Escocia.

—¿De veras? —O'LiamRoe puso los ojos en blanco—. Y yo que me pasé la travesía tranquilamente sentado en cubierta con los pies sobre la borda... Podría haberse deshecho de mí de un empujoncito.

¡Un futuro asesino!

—Un asesino a secas —dijo la condesa. Los rasgos de su bien dibujado rostro aparecían inocentes bañados por el resplandor de las llamas—. Cuando le apresaron, pasó por la espada a su delator. Un supuesto amigo suyo llamado Harisson.

—¡Qué diablos! —dijo el Príncipe—. Así son estos franceses. Ya que Harisson les había ayudado, lo mínimo que podrían haber hecho por él era protegerle.

En el subsiguiente silencio que siguió a sus palabras, los ojos de Margaret no se desviaron un segundo de su rostro, mirándole con una expresión ligeramente divertida.

—¿Pero, por qué asumís que el tal Harisson le delató a los franceses? Han sido los ingleses los que han apresado al arquero. Le han trasladado a la Torre esta noche.

Mientras escuchaba la historia, el Príncipe se preguntó qué sería lo que había salido mal. No parecía importar demasiado, en todo caso. Robin Stewart había confesado y podría hacerse justicia. Salió a relucir el nombre de un heraldo llamado Vervassal, pero a él no le sonaba de nada. Más tarde, pensando sobre ello, se preguntó si sería el mensajero que la Reina madre había enviado a Londres en respuesta a la misiva de la que era portador Piedad Dooly. Aquella noche pasó largo tiempo pensando también sobre Margaret Lennox.

La condesa había mostrado interés sobre su estancia en Francia, desde luego. El Príncipe se había acostumbrado al interés que su visita despertaba tras las preguntas, planteadas con discreción, eso sí, que le habían hecho Plaget y los demás, tratando de averiguar qué le habían ofrecido allí, de qué cosas se había enterado estando en la corte. El rumor que se había corrido en enero había tardado bastante en desaparecer: se decía que una enorme flota francesa se estaba preparando para invadir Irlanda y echar a los ingleses de la isla. Phelim no dio pábulo alguno a ese rumor. Francia había recuperado la soberanía sobre Boulogne y no tenía ningún interés en echar de la Verde Erin a Croft y demás secuaces ingleses, de quienes Phelim sospechaba que eran los que habían propagado tal infundio. Nada dijo de sus cavilaciones a los Lennox. No estaba muy seguro de lo que él mismo opinaba al respecto.

A algunos les había ido estupendamente bien gracias a Inglaterra. Tiempo atrás, Irlanda había estado gobernada por diputados de origen inglés, pero aquello había terminado hacía sesenta años y los diputados habían sido sucedidos por las grandes familias nobles, que se habían hecho con el poder. Aquellas poderosas familias, los Ormond, los Desmond, los Kildare, habían gobernado como reyes y repartido los puestos relevantes entre los suyos, quedándose también con los fondos del estado.

Pero el viejo rey Enrique se negó a consentirlo. Así que mandó volver a los Lores Diputados, como los llamaban. Tras una revuelta interna en la que un O'Neill se había hecho coronar rey en Tara, la gran mayoría de los nobles ora fueron muertos, ora abandonaron el país, ora fueron sobornados para marcharse a Inglaterra. Gerald de Kildare, el muchacho de diez años cuya familia había reclamado su derecho a gobernar y acabado por arruinar a los Kildare para siempre, huyó a Italia, con lo que la revuelta se extinguió prácticamente.

Entonces comenzaron a volar condados como pienso para gallinas. Al menos cuarenta lores y señores se sometieron a cambio de títulos concedidos por los ingleses, renunciaron al Papa y se comprometieron a ayudar al Lord Diputado en sus incursiones. Todos aquellos caballeros adquirieron casas y tierras en los alrededores de Dublín para poder alojar a sus sirvientes y a sus caballos cuando acudían en tropel al Parlamento. Todos ellos enviaban a sus hijos a estudiar a Inglaterra o al Palé<sup>[5]</sup>.

Ahora, aunque la situación parecía ir asentándose, el nombre de uno de los señores que aún permanecía en la Torre de Londres sonaba cada vez con mayor frecuencia. Brian O'Connor, lord de Offaly, cuñado de Silken Thomas y principal apoyo del joven Gerald, había sido condenado a muerte tras el famoso indulto de Maynooth. Todas sus tierras habían sido confiscadas y había sido encerrado en la Torre de Londres, pero eso no había disminuido un ápice su actitud desafiante. Su hijo Cormac, que estaba libre, desposeído de sus tierras y tampoco se había acogido al indulto, clamaba venganza. O'LiamRoe pensaba en todo aquello. También pensaba en el ex rebelde Conn O'Neill, que se había hecho coronar rey en Tara y luego había prestado juramento al rey de Inglaterra a cambio del título de conde de Tyrone. *«Renuncio para siempre a emplear el nombre de O'Neill. Tanto yo como mis descendientes seguiremos las costumbres inglesas. Prometo también obedecer las leyes del Rey inglés. Y no me relacionaré ni ayudaré a ninguno de los enemigos del Rey, ni a traidor o rebelde alguno...»*.

El Príncipe pensaba también en la perra Luadhas y se dijo para sí que, aunque el rey de Francia le hubiera ofrecido el anillo de Gyges y una dotación de diez mil hombres, él habría seguido negándose a quedarse en aquel país y habría regresado a su hogar, llevándose el libro sobre perros y la cáscara de huevo con él.

Un día más tarde, sentado a la luz del ocaso junto a Margaret Douglas, que cosía rodeada por sus doncellas, al preguntarle la dama con insistencia sobre su estancia en Francia, le habló del gran ollave que había estado a su servicio llamado Thady Boy Ballagh. Le habló de aquella vez que el bardo había llenado el estafermo de agua caliente en Saint Germain y de cómo había montado sobre un elefante en las fiestas de Ruán; le contó cómo había hecho juegos malabares en una cena del Rey, del espectáculo teatral que acabó en batalla campal en el sótano de una imprenta clandestina y de la carrera de obstáculos que había organizado por la noche, en la que

acabó subido a la aguja de la iglesia de Saint Lomer. A veces vacilaba en el relato de aquellas peripecias, pues le resultaba penoso recordarlas, pero Margaret insistía en tirarle de la lengua y él siguió narrando historias y provocando las risitas de las doncellas. Finalmente, Margaret le preguntó.

—¿Y qué ha sido de vuestro espléndido Thady Boy? Me dijisteis que permaneció en Francia a vuestro regreso.

O'LiamRoe se quedó en silencio. Se pasó la mano por el afeitado rostro y por los suaves y rubios cabellos hasta dejarla, inmóvil, sobre la pechera de seda de su camisa.

—Es una triste historia. Lo cierto es que el pobre... murió.

El rostro de Margaret se demudó y sus ojos adquirieron una expresión de asombro por unos instantes. Luego bajó los ojos y acarició la tapa de su costurero de alabastro.

—Eso no me lo habíais contado. ¿De qué murió?

—Me he enterado hace poco. —Se sintió incapaz de seguir hablando. Después de una pausa, O'LiamRoe dijo enfadado—: Era un tipo alocado, endiabladamente imprudente y él mismo cavó su propia tumba.

El rostro de lady Lennox tenía una extraña expresión, entre asombrada y satisfecha. Parecía estar confirmando algo que ya sospechaba. De pronto, en la mente del Príncipe comenzaron a encajar algunas piezas. Recordó que ella y Lymond habían sido amantes tiempo atrás, que ella le había traicionado y el joven casi había muerto por su culpa. También sabía que Lymond, a cambio, le había engañado a ella al final y había conseguido restaurar su buen nombre. Recordó también que George Douglas era el tío de Margaret y que aquel hombre era uno de los pocos que sabía que Thady Boy y Lymond eran la misma persona. Lady Lennox, deliberadamente, le había hecho hablar del bardo para conocer su opinión sobre Lymond.

Los azules ojos de O'LiamRoe mantuvieron impassible su mirada, ocultando a la condesa aquel descubrimiento. Se hizo un pesado silencio que ninguno de los dos interrumpió. Las damas tornaron a hablar en susurros. La luz del ocaso teñía de un tono dorado las sedas plateadas de los vestidos e iluminaba las pequeñas partículas de polvo que parecían envolverlos como una mágica aureola. El mono de la condesa, soltándose de su correa, saltó de mesa en mesa sin que nadie se diera cuenta, hasta alcanzar uno de los cuadros de la pared. Desde allí, abriendo sus rosadas manitas, brincó hasta el arquitrabe de estuco que se abría sobre la blanca puerta de doble hoja de la estancia. Estaba allí sentado, con sus ojillos tan brillantes como la cadena de oro que rodeaba su cuello, cuando las puertas se abrieron y un paje anunció la visita del heraldo Vervassal.

Cuando el heraldo entró, en la estancia sólo quedaban O'LiamRoe y Margaret, pues la condesa se había deshecho de sus doncellas. Un hombre joven avanzó de entre las sombras, seguido por un lacayo que portaba un bastón. Era rubio, de constitución

delicada y parecía irradiar de él una especie de brillo tenue, como si estuviese hecho de cristal. Cuando entró en la estancia, el mono, dando un grito, saltó sobre su elegante tabardo, dorado como un ocaso sobre el mar.

—¡Vaya! ¡A esto se le llama una bienvenida familiar! —dijo Lymond—. Qué amable de vuestra parte, lady Lennox.

O'LiamRoe se quedó agradablemente sorprendido ante el desparpajo del joven. Por lo que él sabía, los heraldos no solían dirigirse a las mujeres de la realeza con tanto desparpajo. Miró a la condesa con curiosidad. Su belleza rubia, que el Príncipe había estado admirando breves momentos antes, pareció de pronto resplandecer extrañamente, quizás por efecto de su cabello, que llevaba últimamente teñido de rubio platino. Margaret exhaló un entrecortado suspiro, casi un jadeo. El ambiente, ligero y animado hasta hacía poco, se hizo mortalmente denso. O'LiamRoe, captando la tensión con un instinto digno de sus célticos ancestros, sintió que se le ponían los pelos de punta. Dirigió de nuevo la vista hacia el heraldo Vervassal.

La actitud del joven caballero no parecía muy acorde con la ligereza con la que había saludado a la condesa. Por el contrario, parecía emanar de él una suerte de fuerza contenida, una energía apenas disimulada por su actitud, que recordaba más bien a un témpano de hielo. O'LiamRoe se dio cuenta de que el joven le estaba observando y desvió la mirada. Entonces el heraldo posó de nuevo la suya sobre lady Lennox quien, aunque O'LiamRoe no pudiera saberlo, tenía ante sus ojos una imagen bien distinta: veía el rostro incólume del adolescente de hace ocho años y superponiéndose a él, otro más reciente, cincelado a golpe de martillo, de un carismático y poderoso líder. Luego, aquel rostro pareció haber mudado en otro distinto y desconocido para ella, en el que sí reconocía la brillante inteligencia, ensombrecida por un malestar fruto de alguna dolencia que le resultaba difícil de ocultar y sometida bajo una indiferencia helada y oscura que contrastaba sobremanera con la cálida trivialidad que irradiaba O'LiamRoe.

Todas aquellas imágenes resucitaron en Margaret un torrente de emociones que durante años se había esforzado en ahogar por completo. Lady Lennox, guardando silencio, contempló a Lymond. O'LiamRoe, tras observar a ambos de nuevo, volvió a toparse con la mirada curiosa y directa del heraldo. Se sintió extrañamente conmovido y algo molesto, y sonrió.

Los ojos azules del joven centellearon. El heraldo puso al monito sobre su mano.

—*La guerre a ses douceurs, l'hymen a ses alarmes*<sup>[6]</sup> —dijo Lymond—. La emoción os ha hecho olvidar vuestros modales, Margaret. ¿Es que no vais a presentarme?

El tono de aquella voz, la música especial que poseía incluso cuando su dueño estaba perdidamente borracho, dejó paralizado a O'LiamRoe. El corazón le dio un brinco y pareció querer salirse por la boca. Sintió como le invadía un sudor frío.

Las palabras de Lymond parecieron devolver a Margaret, como por arte de magia, el control que había perdido.

—Señor Francis Crawford —dijo en tono firme con su voz fuerte y agresiva—, O'LiamRoe, príncipe de Barrow y señor de Slieve Bloom en Irlanda.

—Me siento honrado —dijo aquel resucitado y desconocido Thady Boy Ballagh de modales exquisitos mirando al animalito que sostenía en su mano—. Pero, por Dios, vaya un nombre más estúpido para un mono.

Después pareció caer en la cuenta de la presencia de O'LiamRoe.

Sentado bien tieso en su silla frente a la condesa, Phelim vio al joven rubio tomar asiento con el mono botando como una pelota sobre su mano izquierda abierta; reparó entonces en la diestra de Lymond. Parecía extrañamente inmóvil. Mientras especulaba sobre aquello, la voz de Margaret interrumpió bruscamente sus pensamientos.

—Espero que no os sintáis confundido ante esta sorpresa, Príncipe —le dijo con voz sardónica lady Lennox—. Las resurrecciones son uno de los aburridos pasatiempos favoritos de Francis. De haber sabido que planeaba esta, no hubiera seguido con nuestra farsa particular.

—Querida mía —intervino Lymond—, la sorpresa es mía, *de par cinq mille millions de charretées de diables*<sup>[7]</sup> —dijo, mientras sujetaba al mono por la barbilla contra su rodilla y miraba a O'LiamRoe con expresión interrogante—. *Le cancre vous est venu aux moustaches*<sup>[8]</sup>. ¡Vuestros bigotes, Phelim! ¿El cambio repentino de país os los ha debilitado?

—No os esforcéis tanto, Francis —dijo la condesa en tono tranquilo. Levantó su bordado y lo extendió sobre sus rodillas—. El Red Lion. Se los afeitó a causa del disfraz.

La única respuesta posible era hacer como si supiese que su pequeña expedición era de dominio público. O'LiamRoe, sentado junto a Francis Crawford, hizo exactamente eso. No obstante, con los nervios de punta, se dio cuenta de que las palabras de lady Lennox parecían haber afectado a Lymond. En la momentánea pausa que siguió a las palabras de Margaret, O'LiamRoe, adelantándose a Lymond, dijo en tono de disculpa:

—Estaba decidido a parecer un inglés. Son buena gente, los ingleses, pero no tienen ni la mitad de pelo que el que hay en una pestaña de un solo hombre de Meath.

—¡Cielos! —exclamó Lymond—. ¿Pero para qué las quieren? Todos los hombres de Meath que he conocido tenían los ojos escabechados como rábanos<sup>[9]</sup>. Podía uno limpiarse los zapatos en sus pestañas que ellos ni parpadeaban. De todas formas, da igual. *Tu ne fais pas miracles, mais merveilles*<sup>[10]</sup>.

—No entiende francés —dijo Margaret Lennox, cogiendo la preciosa cajita de alabastro que contenía sus hilos y sedas. Parecía haber recobrado por completo la

serenidad—. ¿Acaso lo habéis olvidado? La verdad es que por lo que he oído sobre vuestro comportamiento en Francia, no me extrañaría que no recordarais absolutamente nada. Os habéis dedicado a beber como un cosaco aprovechando cualquier excusa, llegando a tal punto de degradación que olvidasteis la prudencia más elemental, si no me equivoco. Que típico de vos, Francis. Y ahora aparecéis aquí, después de que alguien os rescatara seguramente con considerable riesgo para su persona, cuajado de diamantes y paseando lo que queda de vuestro maltrecho cerebro y de vuestras patéticas heridas como una cruz. ¿Estáis herido de verdad? ¿O camináis así por una apuesta?

Incrédulo, O'LiamRoe vio cómo la caja de alabastro volaba en dirección al inmobilizado brazo derecho de Lymond, que aparecía expuesto bajo el abierto tabardo. El brazo izquierdo de Lymond se alzó para detener el golpe, pero fue el Príncipe, más ágil, quien lo interceptó. Cayó de rodillas empujando sin querer la silla de Lymond. La pesada caja golpeó de rebote con fuerza sobre la cabeza del mono.

El golpe fue mortal. El animalito se desplomó sin emitir sonido alguno y fue recogido por O'LiamRoe, que depositó la peluda bola en el suelo con delicadeza, haciendo tintinear su dorada cadena. Francis Crawford se inclinó hacia él con el rostro impasible como una máscara. Sus ojos, desenfocados, evitaron mirarlos a él o al mono. El príncipe de Barrow, impotente, miró en dirección a Margaret Lennox, cuya pálida y leonada belleza le recordó por un instante a otro animal y a otra muerte.

—Olía mal —dijo la condesa, apoyándose sobre el respaldo de su silla mientras observaba como O'LiamRoe volvía a su asiento. Lymond recogió al mono muerto del suelo y lo colocó sobre la mesa que tenía a su lado.

—Al menos nos ha permitido disfrutar de la espeluznante exhibición de vuestra impotencia, querida. ¿Qué deseáis de mí? ¿Dinero? ¿Trabajo? ¿Pretendéis ocultar el hedor del aire viciado y de la corrupción con algún perfume que engañe al Emperador? Ese aire de casta reprobación no os sienta nada bien. Os habéis pasado a la religión reformada, lo sé. ¿Habéis acabado con lo la transustanciación y demás tonterías del estilo, verdad? ¿Matthew también se ha vuelto luterano?

Aquello había conseguido enmudecer a la condesa.

—¿No? —volvió a preguntar Lymond en tono acusador.

—No.

—Pues os aconsejo —dijo Lymond en tono amable—, que lo piense seriamente. Entretanto, he venido a buscar a O'LiamRoe para ahorraros el trabajo de tener que pedirle que se vaya. —Tras aquello el príncipe de Barrow, intentando sin conseguirlo pensar con rapidez, se encontró a su antiguo ollave dirigiéndose a él—: ¿Venís conmigo a Durham House? Puedo esperaros afuera mientras Piedad hace el equipaje.

O'LiamRoe era consciente de que se encontraba atrapado en una situación peligrosa y amarga que ni le concernía ni le interesaba ni tenía en ella responsabilidad

alguna. Por otro lado, no tenía intención de pasar en Hackney ni un minuto más de lo estrictamente necesario. Pero estaba igualmente decidido a sacar de su vida todo lo relacionado con los asuntos de Francis Crawford. No le apetecía para nada ir a Durham House.

—Iré a una posada —afirmó escuetamente el irlandés.

Margaret sonrió a los dos hombres. Sus manos, que sobresalían de las amplias mangas ribeteadas de piel de su vestido, estaban ahora apoyadas indolentemente en su regazo.

—Querido muchacho, vuestro encantador malabarista, vuestro Abdallah al Kaddah aquí presente, no lo consentirá. Quiere que le ayudéis a llevarse a Robin Stewart a Francia. —Tras aquellas palabras, se volvió hacia el heraldo y, sosteniéndole la mirada, se echó a reír.

Lymond la observó imperturbable, con su dorada cabeza apoyada sobre el respaldo de la silla.

—¿Queréis apostar? —inquirió Lymond.

—Mejor apostad conmigo. —Una nueva voz, un poco rasposa, de tenor, resonó en la puerta a sus espaldas. O'LiamRoe se volvió para ver a Matthew entrar. Bajo sus ojos, que relucían con una mirada intensa, había dos profundas ojeras y sostenía, haciéndolo girar en sus pálidas manos, un objeto negro y dorado—. Vuestro paje era reacio a dármelo, pero pensé que probablemente os vendría bien apoyaros en él. —Tiró el bastón en su dirección y el heraldo lo atrapó—. Apostad conmigo —repitió Matthew Stewart, conde de Lennox, poniéndose ante la chimenea y mirándolos a todos con los puños apretados—. Yo tengo más que perder.

Un momento más tarde se dominó y acercándose, les sirvió una copa de vino.

—Si volvéis a poner los pies en Francia seréis arrestado por vuestra pasada actuación como Thady Boy Ballagh, culpable del execrable accidente del castillo de Amboise. George, que no os estima precisamente, se ocupará de ello.

—La esposa del hijo de George es actualmente la heredera de Morton —dijo Francis Crawford—. Y por mucho que alguien pudiera sospechar que Thady Boy Ballagh y yo somos la misma persona, nadie puede probarlo.

—Perdonadme —dijo O'LiamRoe. Todos se volvieron a mirarlo—. Ya sé que puede parecer excesivamente curioso por mi parte, pero ¿podrías explicarme por qué razón habríamos de acompañar ninguno de nosotros a Stewart a Francia? ¿No es cierto que ya ha confesado?

Lennox sonrió y Lymond, tras una breve pausa, le reconoció que así era.

—En efecto. Por lo que veo, el supuesto secreto de estado no lo es tal, *que Dieu assoille*. El arquero ha confesado, Phelim, pero por razones obvias, Warwick no debe de estar demasiado dispuesto a facilitarnos una copia de su confesión, por censurada que esté. Y esa es la única prueba sólida que existe contra él. Si Warwick se la queda,

puede persuadir a Stewart de que sea lo más discreto posible respecto al propio Warwick. Además, sin tener su confesión escrita, querido amigo, puede ser bastante complicado procesar al mismo Stewart. Por eso es tan necesario vuestro testimonio.

—¡Vaya, que lástima! —dijo O'LiamRoe con poco entusiasmo rascándose la cabeza con el rostro brillando a la suave luz del atardecer—. Es una verdadera fatalidad, pero yo tengo que regresar a Slieve Bloom sin falta este verano. No tengo tiempo de viajar a Francia.

—No os preocupéis —dijo Matthew Lennox—. No va a ser necesario. Stewart no saldrá jamás vivo de la Torre de Londres.

O'LiamRoe estaba harto de que lo tomaran por idiota.

—¿Eso creéis? Pues por lo que yo tengo entendido, la reputación de Warwick depende de que Stewart llegue sano y salvo a Francia.

La condesa, abandonando el hosco silencio en el que se había refugiado al intervenir su marido, fue la que le contestó:

—Naturalmente que lord Warwick le quiere vivo —dijo—. Nadie está más preocupado por su salud que Su Excelencia. Pero Stewart, querido Príncipe, ha intentado ya dos veces suicidarse y ahora mismo está en huelga de hambre. —Se levantó despacio. Era una mujer alta, de formas espléndidas—. Matthew, el Príncipe nos deja. Perdonadme. Tengo asuntos que atender.

En aquella enorme casa llena hasta arriba de sirvientes de todo tipo, su presencia no era requerida en ninguna parte, en realidad.

—No os retiréis condesa —dijo Lymond en tono amable—. Nadie os persigue a vos de momento.

Margaret se paró en seco e irguió la cabeza, pero fue su marido el que intervino:

—¿Adónde vais O'LiamRoe? ¿A una posada?

—El señor de Culter me aconsejará un buen lugar, sin duda. —El Príncipe había recordado finalmente el título de Lymond.

—¿Quién? —preguntó la condesa y prorrumpió en carcajadas sin mirarle a él sino a Lymond, que seguía apaciblemente recostado en su asiento con el rostro impassible—. Príncipe, os queda aún mucho por aprender. ¿Os habéis creído que este hombre es un rico heredero porque lleva ese tabardo prestado y cuatro joyas? Irlanda ha vencido, O'LiamRoe. Mariotta, la mujer de Culter, ha dado a luz un varón. Así pues, el heredero actual...

Se hizo un momentáneo silencio. O'LiamRoe vio a la condesa mirar a Francis Crawford, pero este no la miraba a ella. Una corriente de animadversión circuló como un relámpago entre Lennox y Lymond. A continuación, Lymond se puso en pie con un curioso y gracioso brinco.

—¿Importa eso algo, acaso? —dijo.

—¡*Dhia!* Le importa a los que salen favorecidos —dijo plácidamente O'LiamRoe

—. Mirad si no a lady Fleming. Ayer me llegó la noticia de Escocia. El país entero está emocionado. Ha tenido un varón. Un estupendo hijo bastardo del poderoso rey de Francia.

Lo había dicho con buena intención. Aunque estaba aprendiendo sobre la marcha, no se esperaba la reacción que provocaron sus palabras. Lymond se hallaba a su lado, sus ropas resplandecían a la luz del sol vespertino y tenía los ojos entrecerrados por la claridad.

—¿Los Fleming? —dijo la condesa de Lennox con la cara pálida y los ojos brillantes. Se echó a reír—. Todas las mujeres de esa familia son unas putas.

Su marido se había apartado. Francis Crawford dejó en el suelo su bastón y, con las manos vacías, se volvió hacia ella en silencio. Su mirada, intensa y helada, se clavó en la mujer hasta que ella retiró la vista.

—Algunos se dedican a amar en esta vida —dijo entonces—. Otros a asesinar. — Y levantando el cadáver del monito con sus enjoyadas manos lo depositó en el regazo de Margaret como si de un recién nacido se tratara. Después, inclinando su dorada cabeza, hizo una reverencia y salió.

Al final se marcharon juntos. O'LiamRoe, que se encontraba bastante incómodo por todo lo acaecido, intentaba aparentar una calma que no sentía. En realidad, no sabía cómo deshacerse de la sensación indefinible de estar en deuda con Lymond, que pesaba como una losa sobre él. Ya en la calle, Lymond despidió a su paje y dijo:

—Cerca de aquí hay una posada. No os recomiendo que os alojéis allí, pero podríamos alquilar una habitación por una hora para hablar. Siento que hayáis tenido que presenciar esta desagradable conversación, así como mi repentina resurrección. Tendría que haberme imaginado que ella no os había contado que estaba vivo. — Hizo una pausa y continuó—: Por otro lado, si vuestra estancia en casa de los Lennox os estaba resultando agradable, os debo nuevamente disculpas. Pero en cualquier caso no creo que os hubieran alojado mucho más tiempo, pues se han indisputado con Warwick y no les convenía teneros a vos con ellos. Aunque creo que ya os habéis dado cuenta de cómo están las cosas, al menos en parte.

—En parte —dijo O'LiamRoe. Tras un momento, preguntó—: ¿Está muy lejos esa posada? —Como Lymond no le contestara, el Príncipe, acercando su montura le dijo—: Dadme vuestras riendas.

Al rozar con sus manos las del joven, este retiró las suyas bruscamente.

—¡Por Dios, no hace falta! —exclamó Lymond—. No está lejos. Allí se ven las chimeneas, sobre esos árboles de ahí delante.

Después de aquello siguieron cabalgando los dos en silencio, uno detrás del otro.

Fue O'LiamRoe quien, una vez en la posada del Cisne, mandó a buscar la cena y el vino, y O'LiamRoe el único que realmente comió mientras desgranaba prodigiosos

discursos en su estilo más florido sobre todos los temas habidos y por haber sobre los que un celta con cultura literaria puede hablar. Mientras comía y hablaba, el Príncipe echaba de vez en cuando una ojeada a Piedar Dooly, quien no despegaba la vista del resucitado ollave, resplandeciente de inmerecidas riquezas dignas del mismísimo Papa y recostado ante las saltarinas llamas de la chimenea. Se había quitado el tabardo y tenía la cabeza apoyada sobre un cojín mientras jugueteaba distraídamente con unas monedas. O'LiamRoe terminó de cenar y contempló a Lymond, que yacía a sus pies despreocupado como un chiquillo. Tenía un aspecto formidable. Había esperado que al verlo de cerca, desprovisto de su lujosa ropa, no lo encontraría tan impresionante como le había parecido en casa de los Lennox. Pero se había equivocado, reconoció para sí. El Príncipe se dio cuenta de que Lymond, que no había probado bocado, estaba esperando a que él terminara de cenar. Levantándose, despidió a Piedar:

—Piedar Dooly, bajad a buscaros una mujercita que os ayude a aligerar ese ceño.

La puerta se cerró de un portazo y él se acercó a la chimenea con sus andares desgarrados.

—Ahora podéis contarme —dijo— todo lo que queráis y aclararme este asunto. Tomaos el tiempo que os haga falta. Pero os prevengo: de aquí a una semana este que veis aquí estará en Slieve Bloom. Se acabaron Francia e Inglaterra. Estoy harto.

El joven rubio seguía jugueteando con las monedas, haciéndolas tintinear entre sus largos y finos dedos. Haciendo girar la corona, Lymond la lanzó hacia las llamas y, poniéndose un brazo bajo la cabeza, observó cómo la plata se fundía, la efigie del Rey derritiéndose penosamente hasta desaparecer.

—¿Qué os ofrecieron los ingleses a cambio de vuestra buena voluntad, para que abandonarais vuestro castillo y a vuestros siervos y soldados?

—Lo suficiente —contestó O'LiamRoe—. O incluso demasiado, dependiendo del punto de vista. —Hizo una pausa y después elijo—: Vaya historia rara que se traen esos dos con lo de Stewart. ¿Por qué razón no habrían de querer que lo condenaran?

Lymond volvió a mirar hacia el fuego de la chimenea.

—Porque Warwick es favorable a estrechar lazos con Francia, así que no desea que se haga público que pretendía aceptar la oferta de Stewart de canjear la vida de María a cambio de dinero, posición y alguna pequeña mansión en algún lado. Tendrá que enviarlo a Francia, de todos modos, antes o después. Pero probablemente Warwick le haya ofrecido a Stewart ocultar las pruebas de su plan a cambio de que el arquero no le acuse a él. Salvo la confesión de Stewart, no existe ninguna otra prueba digna de este nombre sobre la conjura, así que el arquero siempre podría alegar que Harisson estaba loco. Tal vez le salga bien.

—Bueno, de todas formas, con o sin pruebas, los franceses no le quitarán ya el ojo de encima —dijo O'LiamRoe con ligereza—. No veo la necesidad de que os

involucréis en el asunto más, a menos de que lo que persigáis sea vengaros del arquero. ¿Sospechabais ya de Stewart en Francia? ¿Es por eso que os envenenó?

Una extraña expresión se apoderó del rostro de Lymond, entre arrepentida y triste.

—Sí que sospechaba de él. Pero esa no fue la razón por la que intentó matarme.

—¿Entonces por qué? —O'LiamRoe recordó de pronto al arquero de rodillas en el dormitorio allá en Blois.

—Él había descubierto mi identidad. Sabía que uno de nosotros dos era Crawford, pero al principio se equivocó y pensó que erais vos... Pero eso ya lo sabéis, Phelim.

El Príncipe asintió pensativo mirando más allá de las llamas, hacia la pared vacía. Recordó las cortinas en llamas de la posada del Puercoespín, la cancha de *jeu de paume*, el galeón que casi los hunde, las pisadas del cojo en la oscura callejuela de Blois. Pero sabía que algo se le quedaba en el tintero, algo que intentaba desentrañar. Su mirada seguía fija en la blanca pared cuando Lymond dijo:

—Pero el tema es que cuando vos y Robin Stewart os marchasteis, los ataques continuaron. Yo pasé entonces a ser el nuevo objetivo. Como me dieron por muerto les seguí la corriente. Ellos, por si acaso, para evitar que pudiera volver a aparecer en el panorama, se ocuparon de difundir el rumor de que fui yo quien provocó el accidente de Amboise. De ahí el comentario de Lennox de que me resultará complicado regresar a Francia. Ya veremos. De hecho, aparte de la Reina madre, los Erskine, mi hermano y un par de colegas y aliados, hay solo una persona que sabe a buen seguro que no he muerto y que me importa.

Lymond no se había movido. Parecía dirigirse al fuego de la chimenea. Su discurso era tan lúcido como el que el Príncipe recordaba haberle oído en contadas ocasiones cuando rebatía alguno de los argumentos de Michel Hérisson. El irlandés, sentado en una silla con las manos firmemente apretadas en torno a las rodillas se sentía cada vez más tenso y notó que empezaba a respirar de forma algo entrecortada.

—¿Queréis decir entonces que hay otro hombre involucrado en la conspiración para matar a la pequeña Reina? —preguntó el Príncipe, intentando concentrarse.

—Lo siento —dijo Francis Crawford volviéndose hacia el ruborizado rostro de O'LiamRoe—. Siento haberos dado la impresión de que me motivaba la diversión o la venganza. Robin Stewart tenía un jefe. Yo intenté separarle de ese hombre, pero fracasé. Bien por propia iniciativa, bien porque ambos discutieran, lo cierto es que Stewart abandonó a ese hombre y huyó, intentando vender sus servicios a otros. Independientemente de lo que le ocurra a Stewart, en algún lugar de Francia hay todavía un hombre que ha jurado deshacerse de la pequeña Reina. Stewart conoce su identidad. También la conoce otra persona, que quizás pudiera delatarlo. Tendré que escoger a cuál de los dos... persuadir para que me lo digan.

O'LiamRoe no era consciente de que se había puesto lívido.

—A ese estúpido de Stewart podéis manejarlo sin problema. Se derretirá en

vuestras manos como si fuera de cera —dijo con aspereza—. Está en la Torre, y vos tenéis todo el poder necesario para interrogarlo, como heraldo que sois. ¿Qué os lo impide?

Se hizo un breve silencio. Después Lymond se movió y tras soltar un resoplido pareció relajarse.

—Ya lo he intentado Phelim. Él no quiere verme. Y está en huelga de hambre.

—Que el diablo se lo lleve —dijo O'LiamRoe con rabia—. No pienso ir a Francia.

Según pronunció aquellas palabras, se dio cuenta de que realmente estaba decidido a no volver al país galo. Lymond no insistió más.

—No os estoy pidiendo que vayáis a Francia —dijo con sencillez. Había vuelto a concentrarse en las llamas—. Lo que os pido es que vayáis a ver a Robin Stewart a la Torre y, o bien le sonsaquéis el nombre de su antiguo patrón, o bien le convenzáis de que acceda a verme.

O'LiamRoe reaccionó con violenta determinación. Se sentía agobiado por una situación que escapaba a su control, que le abrumaba.

—Os agradezco vuestra amable propuesta, pero ya he tenido bastante de secretos. Estoy seguro de que vos no podéis fallar, respaldado como estáis por las dos Reinas y con Warwick jugándose el pellejo si ese desgraciado muere.

—No estoy tan seguro —dijo Lymond. Soltó un largo suspiro. Se incorporó y apoyó su rubia cabeza entre las manos—. Decidme, Príncipe: ¿por qué no queréis volver a Francia?

Así que iba a empezar de nuevo.

—Dejadlo ya —dijo O'LiamRoe en tono sombrío, sintiéndose presa del desaliento—. No hay discusión posible al respecto.

—Lo discutiremos todo lo que sea necesario —dijo Lymond en tono inexpresivo—. ¿Por qué no queréis volver a Francia? Sabéis de sobra que ella intentó protegeros. Intentó evitar que volvierais al castillo aquella noche de la serenata. Y estoy seguro de que os ofreció... todo lo que vos pudierais desear para que os alejarais de Blois. Lo llevabais escrito en la cara el día que volvisteis de Neuvy.

Durante los últimos diez minutos, el nombre de Oonagh O'Dwyer había estado latente entre los dos hombres, a pesar de no haber sido pronunciado. No era necesario. Sintiendo esperanzado y desesperado a partes iguales, O'LiamRoe preguntó:

—Ella... ¿os ayudó también a vos después de que sufrierais el accidente?

Las llamas arrancaban destellos bronceados de la cabellera de Lymond. El joven asintió en silencio y, sin levantar la cabeza, dijo:

—Oonagh bien sabe para quien trabajaba Robin Stewart, porque ella también lo hacía. Si Stewart muere, uno de los dos tendrá que ir a Francia y obligarla a decirnos

su nombre.

—¡No! —exclamó con dureza O'LiamRoe.

Las manos de Francis Crawford abandonaron su rostro, pero siguió manteniendo la mirada baja.

—¿No? ¿Por qué no? Vos le gustáis. Tenemos que descubrir qué es lo que sabe. De lo contrario la niña morirá.

—Ya os lo he dicho. —La voz del Príncipe sonó desmayada—. No pienso volver a Francia.

—¿Pero por qué, Phelim? ¿Por qué?

La mirada abrasadora de color azul en el pálido rostro de Lymond se clavó en los ojos del Príncipe como un puñal.

—¿Por qué? —repitió de nuevo.

—Porque ella —dijo O'LiamRoe con voz terrible— es la amante de Cormac O'Connor.

En el rostro de Francis Crawford se fue desvaneciendo paulatinamente todo asomo de enfado. Las sombras se encargaron de ocultar otros cambios que el Príncipe no pudo ver.

—No sabía —dijo en un tono desprovisto de triunfalismo y emoción— si vos estabais al corriente.

El círculo se había cerrado. El torbellino de sentimientos que aquella rubia criatura que yacía a sus pies había desencadenado en su interior explotó en un ataque de furibunda ira: Lymond había abusado de su inocencia, le había herido en su más íntimo orgullo, le había mantenido en aquella obstinada ceguera. De una brusca patada empujó a Lymond haciendo que su cabeza y sus hombros quedaran iluminados por el resplandor de las llamas.

—¡Sois tan condenadamente inteligente! —dijo Phelim—. Todo lo sabéis. Los demás no somos más que títeres. No sólo la vieja Reina, sino el resto de nosotros, ya se trate de hombre, mujer o niño, todos somos unos ridículos idiotas.

—No por mi culpa —dijo Lymond—. Sus ojos, a plena luz, tenían un brillo animal.

—Por supuesto, mi querido muchacho, por supuesto. Pero vos los tenéis a todos colgando de los hilos, pendientes del menor movimiento de vuestro dedo meñique. Poco os importa quién saldrá herido, a quién perjudicáis cuando jugáis con vuestros títeres. Francis Crawford lo sabe todo de Oonagh, ¿no es cierto? O al menos lo suficiente para hacerla girar como una peonza en vuestras manos mientras nos empujáis a los demás en la dirección que más os conviene, ¿verdad?

»Yo estaba apenado por el desperdicio en el que os habíais convertido y por la negligencia con la que descuidabais vuestros deberes. ¿En qué momento decidisteis tenerme lástima por eso? ¿Y por qué? ¿Fue quizás mientras utilizabais a la propia

pequeña para manejar a vuestro antojo, como si fuéramos borregos, a Stewart o a mí? No me extrañará nada —dijo el Príncipe, rebotando amargura— que Stewart se suicide uno de estos días. Le habéis embrujado con vuestras palabras, con vuestro divino discurso, vos, dotado en vuestra soberbia juventud con esa lengua prodigiosa capaz de destruir a todo el que se os ponga por delante... Ella os cuidó, ¿no es cierto? —no pudo evitar que sus palabras traicionaran sus sentimientos, expresando aquello que más le dolía—. ¿Os reísteis juntos, verdad? ¿Os lo pasasteis bien compartiendo vuestros secretos?

—Oonagh me dejó drogado y atado en el Hôtel Moûtier para que Cormac O'Connor decidiera qué hacer conmigo. Sólo empleando la violencia podremos obligarla a confesar su parte en este asunto. —El joven respiraba ahora agitadamente. Seguía apoyado sobre el codo y había vuelto a desviar la mirada del iracundo rostro del Príncipe.

—Así que, descartado como amante, lo que pretendéis ahora es que sea yo quien emplee con ella la violencia, ¿no es eso?

Se hizo una pausa. Después Francis Crawford habló de nuevo:

—Tengo un deber que cumplir. —Su voz sonó irreconocible.

O'LiamRoe soltó un juramento. Seguía maldiciendo cuando se puso en pie y comenzó a recoger las pocas pertenencias que Piedad Dooly había sacado de su bolsa de viaje. Después tiró unas monedas sobre la mesa y, cogiendo su capa, se plantó delante del rubio joven vestido con la exquisita camisa de tejido holandés que, tendido en silencio, observaba el pálido brillo de sus sortijas con expresión ausente, el hermoso rostro enmarcado por el resplandor que reflejaban los brillantes que llevaba en las orejas.

—Nunca he sentido especial aprecio por Robin Stewart, pero no me siento capaz de contemplar su cadáver flotando sobre las divinas aguas del deber de Francis Crawford. Iré a verle a la Torre de Londres. He dejado unas monedas sobre la mesa —dijo O'LiamRoe en un tono deliberadamente ofensivo— para pagar esta tarde de vuestra compañía. No puedo permitirme más de una noche con vos.

## VII

### Londres: Promesa de ayuno

Aquel que no cumple con el ayuno en los días señalados es incapaz de asumir sus compromisos y no recibirá recompensa de Dios ni de sus semejantes. Es como si hubiera perdido toda su hacienda, en lo visible y en lo invisible, y que lo único que tuviera almacenado en su granero fuera barcia de trigo. No es merecedor de consejos, ni siquiera para aliviar su enfermedad. Para comer, tendrá que robar o vender su honor. Nada crecerá ni pastará en sus prados y vivirá de limosnas, si es que se las dan. Vacua será su libertad y nulo el precio de su honor.

Stewart había sido confinado en una de las torres más altas. Debido a su condición de arquero y prisionero político de una nación amiga, había sido alojado en una habitación de gruesos sillares con ventana y chimenea.

O'LiamRoe subió las escaleras junto al teniente Markham. El lugar le dio una impresión de decadencia, más que de desolación, como si un raído tapiz hubiera sido extendido para intentar ocultar la suciedad que se acumulaba debajo. El teniente rezongaba sobre el prisionero, manifiestamente descontento:

—Es un suicida. ¿Cómo esperan que consiga preservar su vida en ese boudoir donde lo han metido? He tenido que poner en su cuarto a uno de mis mejores hombres para que le acompañe. Una auténtica pérdida de tiempo. —Ante el silencio de O'LiamRoe, continuó, irritado—: Espero que tengáis mejor suerte que el otro hombre que enviaron. Cuando entramos, el prisionero se había abierto las muñecas. Había sangre por doquier. El tipo se tuvo que marchar sin haberle podido dirigir una sola palabra y a nosotros nos tocó limpiarlo todo.

Lymond no le había mencionado aquello. O'LiamRoe, con su habitual ligereza, se preguntó cómo iba a arreglárselas para persuadir a Stewart de que se olvidara de Francis Crawford cuando era precisamente Lymond el principal motivo de su profundo y desesperado desaliento. En aquel momento, Markham se detuvo ante una puerta y metió la llave en la cerradura.

Stewart había oído sus voces como en sueños, como un niño chico en la cama que oyera a los demás hablar y reír afuera, en el exterior. Había reconocido la voz de O'LiamRoe, pero se sentía demasiado cansado para reaccionar. Llevaba tres días sin comer y había perdido mucha sangre el pasado viernes. Ya no le quedaba ni un ápice de la pasión con la que había reaccionado al oír la cadencia inconfundible de la voz de Thady Boy Ballagh ante su puerta. A pesar de que había hablado sin el acento

irlandés que solía emplear, la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Después de haber matado a aquel miserable traidor de Harisson, había pensado en varias ocasiones en sus últimas palabras. Pero estaba convencido de que era mentira. Ballagh estaba muerto. De eso estaba seguro.

Pero había resultado que no. El otro le había dicho la verdad. Aquel viernes, después de que le vendaran las muñecas y apostaran un guardia ante su puerta, el arquero se había levantado y, apoyándose contra la ventana, los había visto salir: primero Markham, que hablaba con alguien haciendo grandes aspavientos y luego, una dorada cabeza desconocida para él. Habían avanzado hacia los árboles, el teniente seguido de su esbelto compañero que llevaba, había notado Stewart, un bastón en la mano y cojeaba. Entonces la esbelta figura se había vuelto de pronto y en aquel rostro, pálido en la claridad del grisáceo cielo, el arquero había distinguido al fantasma de Thady Boy Ballagh. Durante un segundo había tenido la sensación de que los ojos vueltos hacia él habían encontrado los suyos. Después la rubia cabeza había vuelto a girar y aquel joven que él, Stewart, había envenenado, había seguido su camino con paso decidido.

Ahora ese hombre le enviaba a O'LiamRoe. Probablemente para regocijarse ante su estado. O puede que para convencerle de que le dijera aquello que Warwick le había pedido que callara a cambio de salvarle la vida. O quizás para obligarle a mantenerse vivo para que pudiera ser castigado apropiadamente en Francia. El ofrecimiento de Warwick de no entregar su confesión no significaba nada para él. De todos modos iba a morir. Pero no veía razón alguna para complacer a O'LiamRoe con eso, ni con ninguna otra cosa.

El príncipe de Barrow, nada más entrar en aquella pequeña y acogedora habitación, percibió el muro de odio tras el que se había refugiado el agotado arquero. A través de la enrejada ventana, la luz iluminaba un cuarto amueblado con una robusta mesa, una chimenea, unas cuantas sillas, cajas y un catre en una esquina. La puerta se cerró dejándolos solos, frente a frente. Antes de que el otro pudiera articular palabra, el Príncipe dijo, resuelto:

—Necesito vuestra ayuda para darle un escarmiento a un diablo sin escrúpulos que se hace llamar Francis Crawford.

Aquello era un truco, sin duda. Stewart, con el rostro macilento y estragado, permaneció hundido en su silla sin abrir la boca mientras las palabras del irlandés revoloteaban a su alrededor como un enjambre de abejas desatado.

Durante un largo rato no escuchó siquiera. La voz del otro parecía flotar, acercándose y alejándose como un madero a la deriva en el oscuro océano en el que el arquero se había sumergido, rodeado de los patéticos recuerdos de sus fracasos y errores. Durante toda su vida, Stewart había padecido constantes abusos. Había

tenido que trabajar duramente para conseguir cada cosa que poseía y nunca el destino o la fortuna se habían aliado con él para allanarle el camino, aunque fuera sólo un poco.

En tres ocasiones, tres hombres le habían sacado del inmerecido aislamiento en el que estaba sumido, introduciéndole en el dorado mundo del bienestar y de la dulce amistad y las tres veces había acabado abandonado y traicionado. Ahora sabía, con total y definitivo convencimiento, que aquello había ocurrido no por los éxitos que, muy a su pesar, no había podido cosechar, sino precisamente por la persona en la que, con tanto esfuerzo, se había convertido. No era más que un mediocre, un hombre escasamente dotado. Había sido un estúpido al creer que en la vida, el esfuerzo y el trabajo concienzudo podían llevarle a algún sitio.

Quizás hubiera sido posible de haber sido él una persona normal, de carácter agradable y con talento para crecer, para medrar. Pero las pocas dotes que había recibido en su nacimiento se habían marchitado en su interior seco y estéril, incapaz de hacer florecer talento alguno. No tenía ningunas ganas de vivir. Poco a poco, a medida que la monótona y paciente voz de O'LiamRoe iba penetrando en su cerebro, Stewart se dio cuenta de que el príncipe de Barrow estaba haciéndole un relato lento, claro y desapasionado sobre lo que sabía de la misión de Lymond en Francia. Mientras escuchaba, una idea comenzó a abrirse paso por entre el embotado entendimiento del arquero: O'LiamRoe era también una víctima del bardo.

El Príncipe le contó todo lo que sabía, la conclusión a la que había llegado tras una noche de largas y dolorosas reflexiones. Lymond le había utilizado y después, cuando había dejado de serle útil, le había despachado de un puntapié con su arrogancia habitual. Se había aprovechado de él en todo momento, utilizando para sus propios fines hasta su amistad con Oonagh O'Dwyer.

O'LiamRoe pronunció el nombre de la joven sin énfasis. Tener que rebuscar los detalles de la historia para contársela a aquel hombre ininteresante, en lugar de exponerle las grandes verdades que constituían su auténtica preocupación, fue una de las cosas más difíciles —quizás la única verdaderamente difícil— que el Príncipe tuvo que hacer en su vida.

Stewart le escuchaba sintiendo de nuevo cómo las garras de la envidia, amargas y cruelmente sarcásticas, le desgarraban el alma como en los viejos tiempos.

—Os dejasteis embaucar por esa gatita manipuladora, ¿verdad, Príncipe? Dios... —dijo Stewart mientras volvía a asaltarle el recuerdo de unas manos fuertes agarrándole durante la gloriosa noche sobre los tejados de Blois—. Vos y yo somos unos malditos estúpidos. Ella es la puta de O'Connor... Intentó mataros, ¿lo sabíais?

—Ella intentaba matar al rival de O'Connor —dijo O'LiamRoe con obstinación infantil.

—Deberíais haberle dado una buena paliza —dijo Robin Stewart con desdén—.

Tendríais que haberla azotado y después haberla tomado y ocupado vos el lugar de O'Connor. Vos tenéis hombres y tierras y un nombre. Podríais gobernar Irlanda tan bien como Cormac O'Connor, si quisierais. —El arquero había sobrepasado el umbral en el que los problemas podían afectarle. Dar consejos le resultaba fácil.

—No tengo ningún deseo de gobernar Irlanda —dijo O'LiamRoe con una vehemencia que poma de relieve una sorprendente honestidad—. Lo único que deseo al día de hoy es librarme de ese diablo que ha estado manipulándome.

La impávida y macilenta tez del hombre en huelga de hambre pareció animarse ligeramente. Tras un parpadeo y una convulsa agitación de su nuez, el arquero abrió los resecos labios en una mueca. Robin Stewart soltó una carcajada.

—Ese bastardo también os está chupando la sangre, ¿verdad? ¿Qué queréis que os diga? Difícilmente podría enseñaros yo cómo tratar a Crawford de Lymond. A mí ya no me queda sangre, hombre. Estoy seco, vacío, fuera de combate. Ahora ya lo sabéis. Volved a confiar en alguien como Crawford una vez más, o quizás dos, y acabaréis como yo.

—Pero vos acabasteis con Harisson —dijo O'LiamRoe.

Una fugaz expresión de amargura asomó a los hundidos ojos de Stewart.

—Me impulsaron a ello. Los hombres de Warwick se mantuvieron al margen, en lugar de intervenir para impedirlo. Querían deshacerse de Harisson. Era un testigo incómodo. ¿Creéis acaso que no me había dado cuenta? He tenido tiempo suficiente para meditar sobre lo que ocurrió.

—Pero vos conseguisteis vengaros —dijo O'LiamRoe—. Si no hicisteis otro tanto con los que os han empujado al estado en el que ahora os halláis, sólo vos tenéis la culpa.

—Sería estupendo, ¿verdad?, que fuera así de simple —dijo el maltrecho arquero con voz cansada—. Pero vos sabéis que conmigo las cosas no son nunca tan sencillas. Por cada hombre que desearía enviar al infierno, habrá otro que estará feliz y encantado con perseguirme. Que el diablo los confunda... Mi venganza con Francis Crawford será mi silencio.

Los azules ojos de O'LiamRoe no delataron sus pensamientos.

—Lo siento —dijo—. Vine a veros para rogaros que hablarais. Se me ocurría que, una vez los dos estuviéramos en Francia, más de un encumbrado caballero se quedaría atónito al enterarse de que Francis Crawford, el exquisito heraldo de la Regente de Escocia, no es otro que Thady Boy Ballagh, el tipo que engañó a la corte de Francia en pleno.

Algo pareció moverse en el interior del derrotado arquero.

—¿Desenmascararle?

—¿Y por qué no? Él os estará esperando en Francia. Conseguiríamos darle a ese súper campeón —dijo O'LiamRoe—, una bonita lección. Puede que le hagamos

pensárselo dos veces antes de volver a jugar con los sentimientos ajenos.

Con evidente esfuerzo, el saco de huesos en que se había convertido Robin Stewart, otrora arquero de la Guardia escocesa del Cristianísimo monarca de Francia, se incorporó en su silla.

—Pero ¿quién me creería? A menos que vos... ¿Vos me respaldaríais?

—Con toda mi alma —replicó O'LiamRoe—. Siempre y cuando denunciéis vos también al hombre para el que habéis estado trabajando.

Sobrevino una larga pausa.

—¿De qué hombre habláis? —preguntó el arquero despacio.

—¡Dios bendito! ¿Y yo cómo voy a saberlo? —respondió O'LiamRoe—. Pero os advierto que su existencia es actualmente un secreto a voces y me atrevería a añadir que os haréis un flaco favor si lo negáis. Estoy decidido a evitar que la niña muera, pero sé que no estará segura mientras vuestro peligroso amigo siga en Francia. No os estoy pidiendo su nombre. Pero denunciadle, contad todo lo que sabéis sobre él una vez estemos en Francia, y yo respaldaré todo lo que digáis sobre Thady Boy Ballagh.

Antes de acabar su prolijo discurso, el Príncipe supo que había ganado la partida.

—Cristo —dijo Stewart—, Cristo... —repitió. Desde las profundas cuencas de sus ojos, su mirada pareció perderse, soñadora, en algún lugar más allá de los gruesos muros que le rodeaban, provocando un estremecimiento en aquel depauperado tórax e iluminando el alargado y famélico rostro—. Podría matar a los dos pájaros de un tiro. Cristo, todavía puedo conseguirlo.

Dirigiendo la mirada hacia la ventana, el arquero pareció descubrirla por primera vez, iluminada por el sol resplandeciente. La suave brisa que por ella se colaba le trajo el olor del polvo, del follaje y de los caballos que se movían afuera, inundándolo de vida. Stewart se volvió hacia el pálido y plácido rostro de O'LiamRoe con una mirada renovada.

—¡Cielo santo! —exclamó de pronto el arquero mirando al Príncipe, atónito—. ¿Qué diablos le ha ocurrido a vuestros mostachos? Pero hombre, seguro que ya le habéis partido el corazón a más de una.

De vuelta en la posada, en la que había alquilado una habitación por tiempo indefinido, O'LiamRoe escribió a Francis Crawford un breve mensaje que le haría llegar a Durham House. En él rezaba simplemente: «Viajará a Francia. Está de acuerdo en delatar al que le contrató, pero por ahora no dará ningún nombre. Pone como única condición que vos no le acompañéis en el viaje, pero que tanto vos como yo estemos presentes cuando responda a los cargos que hay contra él ante el rey de Francia. Se lo he prometido. Vos tendréis que encargáros de lo demás. Podréis encontrarme en esta dirección cuando llegue el momento de partir».

Después se limitó a esperar noticias. Llegaron por fin, al cabo de tres semanas.

Durante ese tiempo, mientras Lymond y el embajador francés aguardaban instrucciones de Francia, Robin Stewart se dedicó a recuperarse con la ayuda de sus carceleros. El siete de mayo llegó la misiva de Su Majestad el rey de Francia: tras las iniciales palabras de efusivo agradecimiento y admirado entusiasmo que despertaban en él la sólida honestidad de su homólogo inglés y su actuación ante lo sucedido, el rey Enrique ordenaba que el hombre llamado Stewart fuese conducido inmediatamente a Francia cruzando el Canal y que le acompañara una confesión escrita.

Tanto el rey de Inglaterra como el cónsul reiteraron el horror que les había producido todo aquel asunto y manifestaron su opinión a favor de castigar al arquero con la pena máxima, para hacer un escarmiento que sirviera de ejemplo. También opinaban que el embajador francés era quien debía hacerse cargo de acompañar al arquero Stewart en la travesía del Canal. Monsieur de Chémault no estaba de acuerdo. El cónsul inglés y el embajador francés discutieron. Antes de que aquello se transformara en un incidente diplomático, llegaron a un acuerdo: Stewart sería enviado a Calais escoltado por una nutrida guardia inglesa. A partir de allí, el arquero pasaría a ser responsabilidad de Francia. Inglaterra por su parte, obtendría la confesión escrita solicitada y se la facilitaría al embajador.

Pero la confesión escrita no llegó nunca a materializarse. Warwick fue contactado en dos ocasiones de parte de Chémault, y en ambas ofreció sinceras disculpas y buenas promesas. Finalmente, una mañana gris y desapacible de mediados de mayo, el embajador se desplazó personalmente a Holborn para ver a su excelencia. Aquel mismo día, horas más tarde, O'LiamRoe era convocado en Durham House.

El bastón había desaparecido llevándose con él cualquier asomo de compasión que su dueño pudiera haber despertado.

—Recibí vuestra nota —dijo Lymond, tras inclinar su rubia cabeza a modo de saludo. Después, moviéndose con suavidad, cruzó la habitación para acercarse al Príncipe, que esperaba de pie junto a la chimenea—. ¿Cómo conseguisteis persuadirle? ¿Aliándoos con él en contra mía?

—Más o menos —respondió el Príncipe con firmeza.

—Por supuesto. —La figura inquieta, dura como el acero, se dejó caer sobre una silla—. Pues os aconsejo que os lo penséis dos veces antes de montar un numerito. Nuestras naciones, la vuestra y la mía, atraviesan un momento sumamente delicado y podrían salir bastante perjudicadas; yo, sin embargo, no. Imagino que seréis consciente de que O'Connor estará allí, ¿verdad?

—Desde luego. —En el agradable rostro de O'LiamRoe no había el menor asomo de sonrisa.

—Tengo entendido que él y París han solicitado un ejército de cinco mil hombres para que Irlanda y Gales se alcen en armas contra el inglés. La Reina regente y mi

amigo el vidame piensan que posiblemente los obtendrán. El condestable no está tan seguro.

—¿La Reina regente sigue en Francia?

Lymond parecía absorto en la contemplación de sus delicados dedos.

—Parece que su marcha de Amboise se está retrasando debido al interés que el rey de Francia manifiesta por cierta persona de su séquito. Por otra parte, ya han llegado al Loira los primeros rumores sobre Stewart. La Regente se quedará hasta que se aclare todo el asunto. De hecho, tengo la impresión de que tiene otros problemas, además de ese. Vos y yo, Phelim, llegaremos a Francia con la vanguardia de una numerosa embajada de Inglaterra, encargada de investir a Su Graciosa Majestad el rey Enrique con la noble Orden de la Jarretera.

—¡Dios bendito! —exclamó O'LiamRoe, pillado por sorpresa.

—En efecto. Nuestro querido marqués de Northhampton encabeza la comitiva. También forman parte del magnífico y numeroso séquito los condes de Lennox. Tienen previsto estar en Chateaubriand el diecinueve de junio. Pero antes de finalizar su estancia en Francia, tienen la intención de solicitar para su Rey la mano de María de Escocia. —Lymond se adelantó al boquiabierto O'LiamRoe y continuó—: Pero como la reina María está prometida con el Delfín de Francia y, de momento, ninguna de las facciones francesas en contra ha conseguido romper el compromiso, al rey de Francia, lamentándolo mucho, no le quedará más remedio que rechazar tan gentil propuesta. A cambio, ofrecerá al rey de Inglaterra desposar a su hija Isabelle. Es importante —dijo Lymond— conocer este tipo de detalles. El menor indicio de que el plan para asesinar a María contaba con el apoyo de Inglaterra daría al traste con tan hermosa propuesta de amistad entre Inglaterra y Francia. Podría incluso darse el caso de que Francia encontrara motivos más que suficientes para apoyar de nuevo el levantamiento de Irlanda. Tras lo cual Cormac obtendría sin duda sus cinco mil soldados y todas las bendiciones para expulsar a los ingleses de su país.

O'LiamRoe se sentó.

—Entre tanto —continuó Lymond, ignorándolo—, Robin Stewart ha confesado a Warwick lo que sabe de la conjura y este le ha dado a Chémault los nombres de los demás implicados. Uno de ellos es Lennox, hecho que el citado conde se obstina en negar. Estamos intentando dar con el otro. Yo llevo tiempo sospechando de quien se trata, pues los hechos apuntaban claramente en su dirección, pero necesito la confirmación de Stewart. Los nombres no están aún sobre el papel, pero una vez estemos en Francia... —Lymond hizo una pausa y dirigió su mirada hacia el techo—. Soy consciente de que lo último que Stewart desea es darle a Thady Boy Ballagh, o a quien quiera que esté asociado con él, la oportunidad de salir con éxito y cubierto de gloria de todo este asunto. Estoy convencido de que Stewart planea perpetrar en Francia una venganza de funestas consecuencias, posiblemente Lennox intentará

disuadirle. Seguro —dijo Lymond con la risa asomándole a los ojos— que el muy bastardo de Stewart está haciendo apuestas sobre quién va a matar a quien. ¿Me equivoco?

O'LiamRoe se aclaró la garganta.

—Vais demasiado rápido para mí. Decís que Stewart dio dos nombres. Uno es Lennox, que lo niega. ¿Cuál es el otro?

Lymond se levantó y O'LiamRoe observó cómo se acercaba a él, moviéndose como un felino sobre aquel suelo pulido y brillante, las manos apretadas en sendos puños, la rubia cabeza ligeramente ladeada y una expresión grave en su hermoso rostro. No quedaba rastro alguno de la cojera y sus ojos, insondables, parecían contener todo un universo de malicia.

—Oh, vamos, Phelim —dijo—. Vos habéis hablado con Stewart. Si ha accedido a ir a Francia por vos, seguramente os habrá hecho depositario de alguno de sus preciados secretos.

El príncipe de Barrow se quedó en silencio. Lymond, para variar, había dado en el clavo. Sabía, en efecto, desde el día en que abandonara la Torre de Londres, que el hombre que estaba detrás de toda la conspiración no era otro que John Stewart, lord d'Aubigny, el propio capitán de Robin Stewart, el hombre con el que el arquero se había peleado y cuyos parientes ingleses, mucho más inteligentes, sutiles y acaudalados que él, habían iniciado, sin lugar a dudas, todo aquel infame asunto.

## SEGUNDA PARTE

### El préstamo y el vencimiento

Normas que rigen el préstamo entre dos hombres libres. Por préstamo con vencimiento se entiende que el bien habrá de ser devuelto al día siguiente del de vencimiento. En cambio, el préstamo sin vencimiento no tiene fecha límite: es potestad del tomador. Para todo, incluso si se trata de prestar la casa. A ojos de todos: Dios se la dio. Mientras Dios no decida a quien asiste el derecho, no se devolverá.

- I. Dieppe: ilegal después de gritar
- II. Angers: la manzana en la boca del jabalí
- III. Châteaubriant: el colchón con relleno de cuerdas de arpa
- IV. Châteaubriant. El precio de la sátira
- V. Châteaubriant: pruebas sin amor ni odio
- VI. Châteaubriant: satén y escarlata

# I

## Dieppe: Ilegal después de gritar

Es lícito para el hombre estar y yacer con la mujer que se ha citado con él, incluso después de que la mujer haya gritado. También es lícito estar con la mujer con la que no ha quedado previamente, mientras ella no grite. No habrá coyunda si ella grita.

El viernes catorce de mayo Francis Crawford y Phelim O'LiamRoe, príncipe de Barrow, embarcaron juntos por segunda vez rumbo a Dieppe, Francia. Soplaban viento del oeste. La nave cabeceaba grácilmente con el velamen henchido, la proa se hundía en las olas y el mar verde grisáceo susurraba como la seda de un vestido al tiempo que jirones de espuma volaban por encima del puente hasta la popa donde O'LiamRoe, sentado, estornudaba.

El príncipe de Barrow se hallaba sumido en su particular océano de funestos pensamientos. Por un lado estaba Oonagh, a la que no quería ver bajo ningún concepto. Luego el hipócrita aquel de d'Aubigny a quien esperaba ver escarmentado. Por último, estaba también ese cortesano soberbio y egocéntrico llamado Tady Boy o Lymond o como fuera que se llamase, a quien él mismo deseaba escarmentar. Absorto en semejantes especulaciones, desmenuzándolas y recomponiéndolas a su antojo, O'LiamRoe se esforzaba en negarse a sí mismo que, en el fondo, se encontraba viajando rumbo a Francia porque su destino, mal que le pesara, se encontraba fuertemente ligado al de aquellos personajes.

Lymond, los rubios cabellos alborotados al viento, canturreaba *Les Dames de Dieppe font Confrairies qui belles sont* y se dedicaba a explorar el barco. Aparentemente, pensaba el Príncipe de Barrow, el joven sabía perfectamente lo que le aguardaba al volver a Francia. En aquella ocasión, su vida no correría peligro. La culpabilidad de d'Aubigny le protegería. Pero nadie le iba a librar de asistir al atroz episodio del desenmascaramiento del otrora favorito de la corte, el bardo Thady Boy Ballagh, convertido ahora en el elegante heraldo Francis Crawford.

Lymond podría alegar en su defensa que todos sus esfuerzos habían tenido por objetivo atrapar a Stewart y desenmascarar a su vez a d'Aubigny. Pero aquello de poco le iba a servir. La ira de sus despechados patrones y amantes habría de alcanzarlo allá donde se refugiara, arrastrando a su paso los olopeles de aquel personaje fraudulento, pensó con deleite O'LiamRoe.

Durante toda la travesía desde Portsmouth hasta Dieppe, el Príncipe y su antiguo ollave no cruzaron prácticamente palabra. Llegados a la ciudad de las limas, el

príncipe de Barrow y Piedad Dooly se dirigirían a caballo hacia el Loira, donde podrían disfrutar de la hospitalidad conjunta de las reinas escocesas y el rey francés, en espera de que llegara Robin Stewart para ser juzgado.

Francis Crawford no viajaría con ellos. Por lo visto, Lymond tenía asuntos que atender en Dieppe. El joven se tomó la molestia de explicarles que el «asunto» tenía por nombre Martine.

—Chico listo —dijo O'LiamRoe en el tono burlón que solía emplear cuando, en otro tiempo, se dirigía al bardo—. No os paséis conspirando o acabaréis por quebrar las cuerdas de vuestro encanto.

Llegaron con puntual exactitud al muelle. Por la tarde, O'LiamRoe se puso en marcha hacia el sur.

Martine, conocida también como la Belle Veuve, puso un gesto de asombro que remarcaba los dos hoyuelos de sus mejillas e intentó cerrar la puerta al principesco caballero ataviado en seda azul marino que aguardaba en el umbral.

—Un momento, monsieur. ¿Se supone acaso que debería conoceros?

—Veamos —dijo Lymond, impidiendo que le cerrara la puerta—. Seguro que esto os refresca la memoria. —Dicho lo cual la abrazó con efusiva violencia. La mujer había olvidado lo rápido que era—. Soy el juglar errante.

Soltándose de un tirón, la mujer le miró con ojos brillantes y le guió hasta el salón.

—Bien, Dionisio. Parece que volvéis a ser vos mismo de nuevo —dijo Martine.

—Eso parece. Me siento como un buñuelo bañado en leche y recién salido de la sartén —dijo Lymond con su alegórica parquedad habitual—. No he venido en busca de vuestros gentiles favores; estoy aquí por razones estrictamente comerciales.

—Me parece estupendo —respondió plácidamente la Belle Veuve. Se trataba de una mujer madura, esbelta, de aguda inteligencia. En el pasado, en tiempos del viejo Rey, había ejercido *gouvernante des filles publiques*, asumiendo la difícil tarea de controlar al ejército de jóvenes y distinguidas prostitutas que solían acompañar a la soldadesca—. Pero tomad asiento de todas formas. Nos habían llegado noticias de que habíais muerto achicharrado.

—Es cierto que acabé ligeramente chamuscado, lo reconozco —dijo Lymond—. Pero tendríais que haber visto al druida... ¿Ha llegado ya?

—Llegó una semana antes de lo previsto.

Lymond y ella se entendían a la perfección. El galeón de pabellón flamenco que había atacado a *La Sauvée* el pasado septiembre, tras ser reparado en los astilleros de Flandes, se había hecho de nuevo a la mar y había atracado en Dieppe hacía ya una semana. Martine había estado pendiente de su llegada durante varios meses. Había sido ella, a través de un marinero del galeón, quien había averiguado toda la información de que ahora disponían. Tras escuchar a Lymond maldecir, la mujer le

preguntó:

—¿Tanto os importa?

Pasada la primera reacción de enfado, Lymond se rió mientras observaba con atención los preciosos anillos que adornaban la mano de Martine.

—¿Habéis asistido a la representación de «Las Tres Reinas y los Tres Muertos?». Pues lo haréis si mi plan no tiene éxito. Pero decidme, ¿ha venido Mathias a veros?

Mathias era el capitán del *Gouden Roos* a quien le había sido encomendada la misión, meses ha, de mandar a pique a la galera que transportaba a O'LiamRoe. La Belle Veuve observó a Lymond a través de sus largas pestañas.

—Fui yo quien acudió a verle a él. —A pesar del inmenso valor que aquello tenía para Lymond, a él no le pareció necesario mencionarlo. A continuación, la mujer añadió—: El *Roos* ha sido fletado por Antonius Beck de Ruán.

—¿Un comerciante francés a cargo de un mercante flamenco?

—Su padre era de Brujas. Se trata de un acaudalado comerciante que ha hecho fortuna con el contrabando y la piratería. Mathias se encarga de esta última. La flota española no abandona ya puerto sin tener la cubierta bien repleta de cañones. El señor Beck se aloja en Ruán, desde donde... ¿Por qué os reís? Francis —dijo Martine, a quien no le faltaba carácter, precisamente—, sois peor que Apolo salido de los mismísimos Infiernos.

—Quetzalcoatl —dijo Lymond cerrando los ojos con expresión de regocijo—. Ay querida mía, acabáis de volver a levantar las murallas de Roma. —Tras aquellas enigmáticas palabras, Lymond recuperó la compostura para complacerla, pero se negó a dar más explicaciones.

Más tarde, desde Ruán, le envió un pequeño barrilete chapado en oro con un collar de doce hermosas perlas. Provenían, como bien supuso Martine, de los almacenes de Antonius Beck.

Aquel día no había contertulios a la vista en casa de Hérisson, en Ruán, y las prensas de la imprenta clandestina estaban silenciosas. El escultor estaba en plena faena. El sonido del escoplo, como las notas de un dulcémele, llegó entremezclado con una sarta de improprios a los oídos de Lymond, que aguardaba ante la puerta del sótano.

El nombre de Crawford de Lymond no le decía nada al escultor. El rechinar metálico de la herramienta cesó por fin y el visitante, divertido, pudo escuchar con mayor claridad el intercambio de gruesas palabras entre Hérisson y el mayordomo que lo anunciaba. Un momento después, Lymond empujaba la puerta y descendía por los escalones del sótano taller de Michel Hérisson.

Una gigantesca escultura de Tityos, retorcido y con un buitre sobre el pecho, le dio la bienvenida. Lymond recordaba haberla visto a medio esculpir. Tiempo atrás, un cruel ataque de gota había obligado al escultor a dejarla inacabada. Era evidente que

la gota seguía aquejándolo. Mas, a pesar de la dolencia, el hombre continuaba trabajando, como evidenciaban los fuertes antebrazos que sobresalían de su traje de faena de basta tela blanca, la vieja cofia que cubría sus cabellos para protegerlos del polvo y los surcos cubiertos de sedimentos y pequeñas esquirlas que recorrían su ancho y congestionado rostro, bañado en sudor. Al volverse en su dirección, Lymond vio que llevaba al cuello un triste harapo en el que el joven reconoció, encogido e impregnado de sudor, un resto del otrora elegante jubón bordado de Brice Harisson.

—Tengo un mensaje para vos del príncipe de Barrow, monsieur Hérison —dijo suavemente—. No os entretendré demasiado.

Michel Hérison arqueó unas cejas hirsutas, muy semejantes a las de su difunto hermano, y estudió al joven que tenía enfrente, recorriendo con su intensa mirada desde el rubio cabello bien peinado hasta las exquisitas prendas con las que se vestía.

—¡Cielo santo, un fatimí! —exclamó sin excesivo énfasis. Con un gesto bastante explícito le indicó al mayordomo que abandonara la estancia.

Francis Crawford no había despegado los ojos de la escultura de Tityos. La boca abierta en silencioso grito, la espalda arqueada en la que resaltaban las costillas y las manos abiertas del titán, ponían de relieve el alma y la mente del artista cuyo hermano tan bien había servido a su país al delatar las pérfidas intenciones de Robin Stewart a los franceses.

—¡Maldita sea! —dijo Lymond en tono amable—. Ya sé que soy mucho menos interesante que vuestro coloso de piedra, pero haced el favor de mirarme de nuevo.

Una expresión de impaciencia asomó al ancho y sucio rostro del escultor.

—¡Cristo! —exclamó molesto buscando los ojos del otro a través de la turbia y polvorienta atmósfera del sótano. Sus miradas se encontraron y se sostuvieron—. ¡Cristo! —exclamó de nuevo en un tono totalmente distinto—. ¡Sois Thady Boy Ballagh!

Con un rugido de alegría, el escultor se abalanzó hacia el rubio joven y lo abrazó.

Hérison era un rebelde nato. Sus actividades ilegales daban buena fe de ello. No puso objeción alguna a lo que Lymond planeaba hacer en Francia, por lunático que pudiera sonarle. La farsa que Lymond tramaba arrancó a Hérison algunas atronadoras exclamaciones. Que el joven trabajara para alguien en particular no pareció importarle un ápice al escultor, o en cualquier caso no se lo preguntó. Había valido la pena correr el riesgo de ir a verle. Michel Hérison era un hombre apasionado, de firmes convicciones, de una moralidad no por incuestionable menos personal. Eran esos mismos principios los que le impelían a condenar sin asomo de duda el criminal intento de asesinar a una criatura inocente, independientemente de su regia condición. En cuanto a Robin Stewart y a su atolondrado y torpe oportunismo, el escultor no sentía más que sincero desprecio, mitigado si cabe por una cierta dosis de comprensión. El caído titán con el buitre sobre el pecho constituía probablemente

todo lo que Michel Hérisson estaba dispuesto a manifestar sobre la estocada con la que Robin Stewart había acabado con la vida de su hermano.

El rumor, conocido ya en toda Francia, de que el arquero estaba siendo llevado a la corte, también había llegado a oídos del escultor. La triste embajada procedente de Londres con los efectos personales de Brice le había puesto ya al corriente, en parte, de lo acontecido. Ahora, al enterarse por vez primera de la implicación de lord d'Aubigny, todo el dolor contenido por el triste desenlace de su hermano estalló en un ataque de furia. Lymond le consoló con delicadeza y sacó a colación el nombre de Antonius Beck.

—¡Ese viejo rabo arrugado! —exclamó iracundo Michel Hérisson en escocés—. Es el que le proporciona a d'Aubigny plata robada. Se la vende a mitad de precio de mercado. Yo también tuve tratos con él durante un tiempo, hasta que descubrí a qué se dedicaba. Por Dios que podría contaros...

—Contadme —le animó Lymond.

Tras desahogarse en una sarta de vitriólicos improperios, el escultor le contó todo lo que sabía del personaje en cuestión.

—Michel, quiero que ese hombre testifique que fue d'Aubigny quien le contrató para que organizara el hundimiento de *La Sauvée* el año pasado.

Michel Hérisson, sentado en un taburete con los hinchados pies apoyados sobre una ménsula, lanzó al joven una aguda mirada bajo sus pobladas cejas.

—¿No va a confesar Stewart todo lo que sabe sobre d'Aubigny? ¿Es que creéis que Su Excelencia puede todavía conseguir escabullirse?

—Sí —repuso Lymond tranquilamente.

El escultor siguió observándole.

—Ya veo. ¿Habéis visitado ya a Beck?

—No estaba en casa. Por más que lo he intentado, no he conseguido dar con él en los últimos tres días. Y no me puedo permitir quedarme más tiempo.

—¿No podéis recurrir a otro testigo, a otra prueba?

—A uno más. Como último recurso solamente.

—Este embrollo lamentable —dijo Michel Hérisson ásperamente— justifica el uso de cualquier último recurso. Así que si os sirve de prueba, usadlo. Yo me ocuparé de encontrar a Beck. Sé lo suficiente sobre él para que se le pongan los pelos de punta. Confesará... cuando le encuentre. Pero si yo estuviera en vuestro lugar, amigo mío, no dudaría en asegurarme de contar con ese otro testigo.

—Con la ayuda de un buen escoplo bien afilado —dijo Lymond.

Ante el tono de Lymond, el escultor se quedó mirándolo con expresión interrogante.

—¿Se trata de una mujer? No debéis tener reparos. Puede que estén hechas de otra alquimia, pero tienen unos colmillos de lo más afilados.

—Yo no las controlo —dijo Lymond en tono amable—. Al menos en lo que se refiere a la alquimia. Y en cuanto a los colmillos, he podido sentirlos en carne propia. Una víbora salió del brezal y mordió al caballero en el pie... Vos dedicaros a sacarle la verdad al bueno del señor Beck y dejadme a mí las serpientes.

Hérisson se puso en pie.

—¡Por Cristo que esto promete! Vayamos a comer. Muchacho, desde luego no os habría reconocido. Estáis...

—Engañando a mi hermano. Y espero poder engañar también a los poderosos de Francia. Mi hermano me espera en Orleáns con las nuevas de la corte. O'LiamRoe se quedó encargado de organizar el encuentro.

—¿Pero creéis que vais a poder engañarlos por segunda vez? —Michel Hérisson se apoyó, cojeando, sobre el hombro de Lymond. Le dirigió una mirada crítica—. Dios, me alegro de no estar en la piel de vuestro hermano. Como descubran que sois Thady Boy mientras d'Aubigny siga contando con el favor del Rey...

—Estaremos encantados —dijo Lymond suavemente—, de contar nosotros con la confesión del señor Beck.

Mientras tanto, en Orleáns, Richard, el señor de Culter al que Michel Hérisson decía no envidiar en absoluto, aguardaba a su hermano en una posada llamada *Le petit dieu de l'Amour*<sup>[11]</sup>. La elección del hospedaje había sido cosa de Lymond, que confiaba en que aquel nombre fuera un buen augurio. En algún lugar de la posada se apilaba también la mayor parte del equipaje del heraldo Vervassal en espera de su dueño, así como el personal a su servicio: su paje, su ayuda de cámara, su mensajero, tres soldados y un mozo de cuadra; todos ellos, proporcionados por la Reina madre, aguardando la llegada de su señor.

Richard, depositario finalmente de las confidencias de la Reina madre, había escuchado también de labios O'LiamRoe el relato de los últimos acontecimientos. Según el Príncipe, su hermano no parecía mostrar asomo de arrepentimiento o escarmiento respecto de su pasado comportamiento como Tady Boy Ballagh. Por su parte, el príncipe de Barrow no se había sentido capaz de mencionar a Oonagh O'Dwyer. No quería involucrarla.

Richard había asistido junto a la Reina a la llegada a la corte de otro irlandés a quien George Paris había acompañado a Francia. Se trataba de un hombre de enorme estatura y complexión fornida, de tez tostada y unas pobladas y oscuras cejas sobre las que caía un cabello negro como el ala del cuervo. Al poco de haber sido presentado en la corte, Cormac O'Connor había partido hacia Neuvy para alojarse en la casa de Oonagh O'Dwyer, la mujer irlandesa que Richard había conocido tiempo atrás. La partida de Cormac fue un alivio dado el carácter levantisco del hombretón y

su probada tendencia a la gresca, compartida por cierto con los escoceses del séquito de la Reina, perennemente descontentos.

A la Soberana escocesa parecía agradarle Cormac O'Connor. No así al príncipe de Barrow. Richard, esperando en la posada la llegada de su hermano, rememoraba una de las pocas ocasiones en las que ambos irlandeses se habían encontrado frente a frente. El fornido y renegrado gigante se había quedado mirando fijamente al pálido y sonrosado personaje que tenía delante y había exclamado:

—¡A fe mía que Slieve Bloom no lo ha debido de tener fácil para elegir un príncipe! ¿Qué tal lo habéis pasado en Londres? ¿Os daban bien de comer?

—Casi tan bien —había repuesto tranquilamente O'LiamRoe— como en Slieve Bloom durante los escasísimos períodos en los que no tenemos que padecer al gañán de turno haciéndose el héroe camino de sus batallitas.

—Si llenaros la barriga —había dicho el hombretón medio riéndose— os compensa de la esclavitud, allá vos. Pero me temo que no podréis contar con Cormac O'Connor para eso.

—¡No seáis estúpido, hombre! —había replicado O'LiamRoe abriendo los ojos como platos—. ¿Para qué demonios habría de querer contar yo con Cormac O'Connor, o con nada que pudiera pertenecerle? ¿Por qué habría de ambicionar yo lo mismo que Cormac O'Connor o cualquier otra cosa de las que cree poseer pero que no posee en absoluto?

Ante aquellas palabras, el gigante había hecho ademán de abofetear al otro, pero Richard se había interpuesto entre los dos y Cormac, dando media vuelta, había abandonado la estancia sin añadir nada más.

—No cabe duda de que sois un Crawford —había comentado entonces el príncipe de Barrow con una mirada extrañamente emocionada en su rubicundo rostro—. Siempre haciendo de galantes paladines. Si por casualidad le echarais la vista encima a una tal Martine, decidle que acabe pronto con lo que se trae entre manos, que por aquí la cosa se está poniendo de lo más candente.

Francis llegó puntual a la posada. Los hermanos se encontraron en la habitación que Richard había reservado para hablar en privado. Evitando hacer comentario alguno sobre las pasadas dolencias y la visible recuperación que había experimentado Francis, lord Culter se dirigió a él en tono tranquilo:

—Eres un mentiroso sin remedio. Habías prometido estar fuera del país para Cuaresma.

—Salvo en caso de fuerza mayor. Pero estamos en un caso de fuerza mayor —dijo Lymond mientras se poma un jubón limpio y suave como un guante—. Algún día te llevaré conmigo a Sevigny. Nick Appelgarth se ocupa de mantenerlo para mí. Perdió una pierna en una de nuestras frecuentes batallas. ¿Cómo se encuentra nuestro

querido y confundido Robin Stewart?

—Tengo entendido de que camino de Angers —dijo Richard—. Soltando confesiones como fuegos de artificio. Por lo que me han contado, cuando llegó a Calais se explayó de lo lindo. Han enviado una copia por escrito al Rey, creo.

La costumbre de Francis, recientemente adquirida, de mirar directamente a los ojos, le resultaba algo inquietante a su hermano.

—Entonces el testimonio de O'LiamRoe no será necesario —dijo Francis Crawford—. ¿Qué lugar ha escogido ahora el príncipe de Barrow para deleitar al personal con sus disquisiciones metafísicas?

—Pues parece que también se dirige a Angers. Ha tenido una acogida bastante informal, aunque no precisamente hostil —dijo Richard—. Dooly y él están alojados en una casa de huéspedes, pero acuden con frecuencia a la corte. —Tras aquello le relató a Lymond el episodio de la confrontación con Cormac O'Connor.

—¡Santo cielo! O'Connor es capaz de mandarlo de un tortazo a Tír-Tairngiri. ¿Y qué sabes de la pequeña Reina? No creo que d'Aubigny vaya a intentar nada en este momento. Le imagino más bien en su casa presa de un ataque de angustia preguntándose si Robin Stewart le va o no a denunciar.

—Pensaba que ya lo había hecho —dijo Richard secamente.

—Lo hizo en parte, ante Warwick. Pero no parece dispuesto a ampliar su confesión. A él le da lo mismo. Sabe que va a morir en cualquier caso. En cuanto a su querido John Stewart d'Aubigny, como puedes imaginar, el Rey no va a dar crédito a ninguna acusación si no está respaldada por pruebas. Incluso con ellas, puede que tampoco lo haga. Precisamente son pruebas lo que he venido a buscar... Por lo visto, d'Aubigny contrató a un buen número de personas —dijo Francis Crawford mirando a su hermano con sus claros y límpidos ojos—. Tengo esperanzas de encontrar a uno de ellos. Una persona en Dieppe me ha conseguido una información que relaciona a d'Aubigny con el propietario del galeón que casi nos hunde a O'LiamRoe y a mí cuando llegamos por primera vez a Francia. Se trata de un hombre llamado Antonius Beck. Ese tipo está muy involucrado con d'Aubigny, mantiene toda clase de tratos con él. Tengo un amigo en Ruán que está bastante convencido de poder dar con el tal Beck y arrancarle una confesión. Por último —dijo Lymond—, también hay una mujer que sabe al menos tanto como Robin Stewart sobre todo este asunto. Me voy a ocupar de ella personalmente.

Richard dirigió a su hermano una mirada divertida.

—Han llegado rumores procedentes de Londres sobre el nuevo heraldo. Creo que los han propagado los Chémault —dijo Richard con expresión maliciosa—. No los decepciones. Pero por lo que más quieras, no te dediques a cantarle a la corte el Coiniud<sup>[12]</sup> ni la de «La vaca con un solo cuerno<sup>[13]</sup>» si no quieres acabar hecho trizas.

Lymond sonrió.

—Tengo algo para ti. Para que te lo lleves a Escocia —dijo—. Porque ahora volverás a casa, ¿verdad?

Richard se sentía contento ante la perspectiva de su regreso. Con Francis de vuelta en Francia y en mejor estado, como evidenciaba su buen aspecto, sentía que su misión allí podía darse por concluida. Sabía además que la Reina regente lo necesitaba en Escocia. Y él estaba deseando volver.

Con la mente puesta ya en los caballos de postas y en la travesía en barco, Richard cogió la caja que Lymond le tendía. En la tapa había un nombre escrito: *Kevin*. Recordaba que Margaret Erskine le había tomado el pelo sobre aquello.

—¡Un nombre irlandés para un Crawford! ¿Qué opina Sybilla?

Precisamente Sybilla a lo que se había negado había sido a los dos primeros nombres que él había propuesto. Nada de Francis y nada de Gavin.

—El bebé tiene una piel de color ámbar oscuro —había dicho—. Ponedle un nombre de la tierra de Mariotta.

Así que su heredero se había convertido en Kevin Crawford. Richard abrió la caja.

En el interior, un hermoso rosal de plata de unos veinte centímetros desplegab su frondoso tallo, en el que destacaba un único capullo de rosa, negro como la noche, tallado en azabache. En la base había sido grabado su escudo, en plata y azul. Richard se sentó, contemplándolo embelesado.

—Espero que te guste —dijo Lymond—. Mándamelo cuando cumpla dieciocho años y necesite dinero. Yo me encargaré de enviarlo a ver a un tal Gaultier que le pagará un buen precio por la pieza.

Aquella tarde se despidieron definitivamente. Richard había decidido de pronto que no quería abandonar Francia con demasiada rapidez. Lymond se dirigía hacia la corte que él acababa de abandonar y, de camino a Châteaubriant, le haría una visita al embajador inglés. Lord Culter seguiría su camino hacia el norte.

Pasaron las pocas horas que les quedaban juntos sin hablar más de los problemas del momento. Lymond, como era de esperar, se dedicó a dejar en la posada un recuerdo indeleble de su paso por ella. En *Le petit dieu de l'Amour* no habían presenciado nunca una partida de dados en la que se jugaran la ropa; de hecho, estuvieron en un tris de avisar a la guardia. Las canciones y las rimas se extendieron por cada rincón de la posada hasta que por fin, un Lymond perfectamente sobrio y peligrosamente alegre, reunió a su sonriente séquito y se puso en camino declamando.

La voz de su hermano continuó resonando en los oídos de Richard largo tiempo después de que el irreductible grupo desapareciera de su vista. El eco de aquella voz cantarina pareció menguar hasta desaparecer. Entonces lord Culter, inundado de una repentina melancolía, se levantó y, dándole la espalda a las siluetas que se iban

difuminando entre las brumas del río, se dirigió al interior de la posada en silencio y se sentó sosteniendo el plateado rosal en la palma de su mano.

## II

### Angers: La manzana en la boca del jabalí

Tres causas existen que provocan la muerte en masa: la peste, la guerra de todos contra todos y la resolución de los contratos de palabra. El contrato de palabra queda validado cuando se pronuncia por la boca; por eso mismo Adán fue condenado por quebrantarlo. Todos murieron por una manzana.

—¡Otro escocés! *Tête Dieu*, proliferan como el mildíu —comentaba Louis de Borbón, príncipe de Condé. Haciendo una mueca en la que destacaron sus blanquísimos dientes, el Príncipe habló imitando burlescamente el acento escocés y su fama de tacaños—: Perro hombre, ¿qué vale un Karrolus? En Escocia, en estos tiempos, equivale a sólo cinco peniques, nada más. Y medio Karrolus a dos peniques y medio. ¡Un robo, hombre! ¡Purra corrupción! ¡Los escoceses somos unos pobres niños desventurados! ¡No hacemos más que padecer el robo y la corrupción!

Tanto el príncipe de Condé como su emperifollado hermano d'Enghien, celebraron la ocurrencia con grandes carcajadas. Se hallaban en la Gran'd Salle del castillo de Chinon echando una partida de backgammon para pasar el rato. De pie tras el taburete de d'Enghien, un hombretón moreno de aspecto saludable se revolvió inquieto.

—¡Ya veréis la cara que se les queda a los ingleses cuando nos vean aporreando sus puertas, vuestras mercedes y yo, con treinta mil irlandeses detrás. Y cuando la Verdadera Iglesia les dé una buena bofetada a todos esos que han estado atormentándola... Ya veréis como entonces esos llorones de escoceses bien que se arrepentirán. Nos mirarán como a héroes mientras se dedican a recomponer sus quebradas armas y mascan la vergüenza de la derrota... ¿Decíais que es un hombre de la Reina madre? Creí que esa mujer había regresado a casa hace tiempo.

Mientras movía ficha con rapidez avanzando hábilmente en el tablero, d'Enghien palmeó distraídamente la mano del gigante irlandés.

—¡Mira que sois poco previsor! ¿Necesitáis dinero? No seáis injusto con la Reina madre, mon cher. Ella apoya vuestros proyectos. Pero no partirá hasta ver colgado en Angers a ese asesino de Stewart y hasta comprobar que la embajada inglesa regresa a su país sin negociar en la trastienda pacto alguno que pueda perjudicarla a ella o a su hija. Después, podéis estar bien seguro de que volverá a Escocia a toda prisa. Un Trono se enfría con sorprendente rapidez. ¿Veinte coronas os bastan?

—¡A fe mía que no hay en toda Irlanda, ni sobre la tierra ni bajo ella, caballero

comparable a vos! —dijo el hombretón colocando su manaza sobre el hombro cubierto de exquisita seda de Jean de Borbón—. Si encontrarais treinta coronas en vuestro monedero rescataríais mi honor del vergonzante abismo de las deudas. ¿Decíais que se encuentra con el condestable?

—¿Quién? —intervino Condé, que iba perdiendo y estaba deseoso de apartar la atención de su hermano de la partida.

—El heraldo Crawford de Lymond. El escocés que mencionasteis antes.

—¡Ajá! —D'Enghien estaba rebuscando en su monedero—. Creo que ha traído con él unos despachos de Londres. Sí, eso creo.

El príncipe de Condé se apoyó sobre el respaldo de la única silla que se hallaba a la mesa y soltó una carcajada.

—Mejor pedidle cuarenta, querido. Y después decidle que os cuente lo que el secretario de Chémault garabateó al final del informe que envió el otro día referente al heraldo: *C'est une belle, mais frigide*<sup>[14]</sup>. ¡Un mariquita, ya veis!

Durante un breve instante, la mirada del irlandés se paseó por los maquillados rostros de los dos hermanos con manifiesto desprecio. Después, haciendo un esfuerzo por controlar el tono, dijo:

—Imagino que será un auténtico merengue con lazos de cabeza hueca macerado en jugo de pera y criado por algún *dominie*<sup>[15]</sup> de Edimburgo. Dicen que los escoceses de las tierras bajas tienen suero en lugar de sangre en las venas.

—Me parece que mi hermano —dijo el príncipe de Condé con intención—, ya ha tenido bastante sangre por hoy Mejor dadle cincuenta coronas, querido. —Finalmente había sido el Príncipe quien había ganado la partida.

—No discutan vucencias, os lo ruego —dijo una voz desconocida en tono de sereno reproche—. *Faut-il que Père Eternel gagne, et Haile Carolus suit Ave María quand même?*<sup>[16]</sup>

Un caballero elegantemente ataviado sonrió desde la puerta a d'Enghien y este, para regocijo de Lymond, se sonrojó. Ante ellos estaba el señor Crawford, el heraldo Vervassal.

Francis Crawford, anticipándose a su destino, se las había apañado para orquestar la reaparición de Thady Boy Ballagh en dos fases.

En primer lugar, habría de hacer entrega de los despachos de Chémault en Chinon, la fortaleza rocosa al sur del Loira en la que se hospedaban el rey Enrique y sus favoritos y desde la que se dedicaban a la caza del venado por bosques y viñedos chinoneses. Vestido con una nueva indumentaria, rubio, con un nombre distinto y acento diferente, Lymond habría de encontrarse con el Rey, con el condestable, el vidame, St. André, Condé, d'Enghien, y todo el resto.

Después acompañaría a la corte en su periplo hacia Angers siguiendo el curso del Loira en dirección oeste. En aquella ciudad aguardaba la Reina junto con el resto de

la corte francesa y con la corte escocesa. Angers constituía la última parada de aquel peregrinaje cortesano, destinado a encontrarse con la embajada inglesa cerca de Nantes un mes más tarde. También era la ciudad que albergaba la prisión en la que Robin Stewart concluiría su deplorable viaje desde Londres. Lo que significaba que O'LiamRoe también se encontraría allí.

Cuando llegó a Chinon, Lymond no pareció intimidado por el impresionante castillo construido por los Plantagenet que erguía orgulloso sus torres en el azul cielo, ni por lo que le aguardaba en su interior. El pequeño séquito que le acompañaba, ignorante de sus pasadas reencarnaciones, no esperaba menos. Tras ascender por las empinadas calles del escarpado promontorio, fue recibido cortésmente en el castillo y conducido hasta el Grand Logis, donde le esperaba el condestable. El Rey había salido de caza.

La veda del corzo estaba abierta desde Pascua, al igual que el debate sobre la pugna de poderes temporales y eclesiásticos que experimentaban en aquellos tiempos las regiones más ricas de Europa, con las consecuentes prebendas económicas que ello comportaba. Parecía el momento propicio para resucitar viejas ambiciones por parte de cierto sector del Reino que, sintiéndose suficientemente descansado, alimentado y preparado, comenzaba a mostrar un comportamiento levantisco. Los antiguos antagonismos cobraban renovados bríos y proliferaban como setas, disfrazados con nuevos oropeles para atraerse jóvenes adeptos a las distintas causas.

También parecía aproximarse el momento en el que los viejos perros de guerra de Francia e Inglaterra pudieran cesar de olisquearse mutuamente con desconfianza y tornar a acercarse, para variar. El propósito de la embajada especial que había partido de Londres iba mucho más allá de investir al rey de Francia con la altísima Orden de Caballería inglesa. Una embajada similar, comandada por el mariscal de St. André, partiría en breve del Loira en dirección a Londres portando a cambio la Orden de St. Michel. Lo que estaba en marcha era un tratado de amistad, un pacto político y militar y un acuerdo tácito sobre la neutralidad que mantendría Enrique de Francia en el caso de que lord Warwick, conde mariscal de Inglaterra, encontrara necesario actuar con firmeza contra el duque de Somerset, el Protector del Reino designado por el difunto Enrique VIII.

El peso de aquella naciente relación de amistad recaía sobre los hombros del condestable de Francia, Anne de Montmorency. Acompañado por un secretario y en presencia del señor Crawford, el condestable rompió el sello y procedió a leer la carta dirigida al Rey en la que Raoul de Chémault relataba todo lo acontecido en Londres. A continuación, recibió con mirada perspicaz y procedió a leer una segunda misiva del embajador francés. Esta última iba dirigida expresamente a él; en ella, Chémault le informaba, rogándole discreción, de que Robin Stewart había insinuado que tanto el conde de Lennox como su hermano d'Aubigny estaban involucrados en los

anteriores hechos.

Como Chémault y el propio Lymond sabían, aquella información constituía el meollo de tan espinoso asunto. El señor de Aubigny, aquel noble de alta cuna, esteta y trastornado, pertenecía al círculo de los favoritos del rey Enrique II de Francia, por lo que tocarlo pondría, sin duda, en un compromiso al que lo hiciera. El condestable terminó de leer la carta frotándose la nariz con aire pensativo. Después, dejándola sobre la mesa, la cubrió con su ancha mano de espadachín.

—Monsieur Chémault ha hecho bien. Una acusación semejante no debería llegar a oídos del Rey hasta estar sustentada por pruebas más contundentes. Desgraciadamente, las precauciones que ha tenido monsieur Chémault se han hecho del todo innecesarias. Los cargos contra d'Aubigny ya se han hecho públicos. El arquero Stewart fue sometido a interrogatorio en Calais y su confesión involucrando a d'Aubigny fue tomada por escrito y enviada a Su Majestad. El Rey está al corriente de la acusación contra Su Excelencia.

El heraldo, sentado frente al escritorio del condestable, no manifestó sorpresa alguna.

—¿Sabe vuestra merced qué ha contestado lord d'Aubigny ante la acusación?

El condestable de Francia respondió automáticamente, en tono enérgico:

—Como podréis imaginar, señor Crawford —dijo escuetamente Anne de Montmorency—, lord d'Aubigny niega rotundamente cualquier implicación en el asunto, y Su Majestad el Rey le cree, sin asomo de duda. A menos de que ese Stewart pueda aportar pruebas concretas sobre la culpabilidad de lord d'Aubigny, Su Excelencia es intocable.

—Si el señor Stewart tuviera en su poder semejantes pruebas, las habría aportado ya, creo yo —apuntó el heraldo—. En caso de que mi Señora la Reina consiguiera alguna prueba contra Su Excelencia, ya fuera a través del arquero o de algún testigo independiente, ¿podría contar con vuestro apoyo?

La respuesta del condestable fue más cordial en esta ocasión. Nada había en aquel impecable personaje que pudiera hacerle pensar en la magullada figura que otrora encontrara a orillas del río en Ruán. Lymond, por su parte, mientras charlaba con el condestable ante la puerta de la Gran'd Salle, había tomado buena nota de la interesante conversación que estaba teniendo lugar en el interior de la estancia entre el príncipe de Condé, d'Enghien y un tercer hombre. El acento irlandés del desconocido le indicó que debía tratarse de Cormac O'Connor. Tras aquella deducción animó al condestable a abrir la puerta.

Durante las presentaciones, los ojos de d'Enghien no se despegaron un instante de Lymond. Su mirada detalló lentamente aquella dorada cabeza, el rostro indolente y el cuerpo seductor. Absorto, siguió contemplando largo rato los elegantes rasgos del señor Crawford hasta que las palabras del heraldo, pronunciadas con insólita soltura,

le sacaron de su abstracción.

—¿M. O’Cluricaun, decís?

—Mr. O’Connor. —El condestable, que estaba tomándose bastante molestias a cuenta de Lymond, se preguntó por qué razón se habría ruborizado el hombretón irlandés—. Cormac O’Connor. El hijo de Offaly.

—Por supuesto. Claro que sí —se disculpó el heraldo—. Cluricaun es el marica ¿cierto? ¿No es el que suele emborracharse en las bodegas de los caballeros? ¿En jugo de pera, quizás?

Los ojos de d’Enghien brillaron con una luz que su hermano Condé conocía demasiado bien.

—*Une belle!* —exclamó Jean de Borbón con regocijo en sotto voce—. *Une belle, mais pas frigide! Pas frigide du tout*<sup>[17]</sup>!

Aquella tarde, Lymond se encontró con el Monarca y juntos comentaron la carta de Chémault. El nombre de d’Aubigny no fue mencionado y el regio rostro de oscura barba no mostró un atisbo de nada de no fuera su, por otro lado habitual, altanería. Todas y cada una de las preguntas que le fueron formuladas al heraldo fueron respondidas de manera objetiva, con elegancia y corrección. Así de impecable continuaría el comportamiento de Lymond durante su estancia en Chinon, en el palacio de Montpensier en Champigny, en Saumur y hasta la llegada a Angers, que fue anunciada a toque de trompeta.

La fortaleza feudal de diecisiete torres circulares de negra pizarra de Trélazé albergaba en su interior a la reina Catalina y a sus invitadas, las dos reinas de Escocia, entre cuyo séquito se hallaba Margaret Erskine. En una de las torres situadas al oeste, se encontraba la celda donde había sido confinado Robin Stewart. Los nobles escoceses, entre los que se encontraba sir George Douglas, se hallaban hospedados en la bulliciosa villa, entre sus casas recién pintadas construidas con sillares de piedra, madera y redondas tejas de pizarra. Al príncipe de Barrow y a su sirviente Piedad Dooly, les había sido asignado un modesto piso. También se encontraban en la ciudad la alegre señora Boyle y su bella sobrina Oonagh.

Lymond estaba al corriente de todo ello gracias a la incontenible charla del vidame y de los Borbones. Ataviado en su reluciente librea roja y azul decorada con borlas doradas, Lymond había cabalgado con su pequeño séquito, portando el estandarte de su cargo, hasta llegar a la fortaleza de Angers. Durante todo el recorrido a orillas del Maine hasta alcanzar los monolíticos bastiones del castillo con sus altas y oscuras torres, Lymond había estado en tensión, conteniendo sus emociones. A causa de esa tensión casi había cedido a una disputa con Cormac O’Connor, que llevaba provocándolo todo el camino desde la incómoda entrevista que tuvieron en Chinon.

Según se acercaba el momento de encontrarse con la corte escocesa, un sentimiento de creciente rabia y aprensión se iba apoderando de Lymond. Ya no iba disfrazado de bardo y se sentía vulnerable al presentarse ante sus amigos y conocidos transformado en un empingorotado figurín, como un pastelero que se ha vestido con desproporcionada elegancia para el baile. Imaginaba que semejante transformación le haría parecer ante sus amigos como un jovenzuelo y un apóstata, al igual que le había ocurrido a O'LiamRoe cuando había aparecido con sus trajes de seda y la cara recién afeitada.

Mientras cabalgaba sobre el puente norte adentrándose en el castillo de Angers, Lymond musitaba amargamente para su colete, pensando en sus amigos escoceses:

—No mostréis demasiada satisfacción, amigos míos. No sonriáis abiertamente ni os congratuléis en exceso, por Dios. De lo contrario, damas y caballeros, resucitaréis a Thady Boy Ballagh.

Aquel día era sábado, seis de Junio. El diecinueve llegarían los ingleses. Por la tarde Robin Stewart fue llevado a presencia del Gran Consejo del Rey en Angers. Lymond no estuvo presente, pues se hallaba reunido con la Reina madre, con la que sostuvo una breve pero trascendental conversación. Quienes sí estuvieron fueron O'LiamRoe y Su Excelencia d'Aubigny. A resultas de aquella sesión, lo único que quedó claro para el nutrido grupo de abogados y escribanos que allí se congregaron, fueron las pruebas de cargo deducidas de la confesión de Robin Stewart. La acusación del reo contra d'Aubigny, que adolecía totalmente de pruebas objetivas, fue rechazada con frialdad por Su Excelencia, cuyo rostro congestionado denotaba a las claras el enfado que sentía.

O'LiamRoe, cuyo testimonio no fue solicitado, se mantuvo en silencio durante toda la sesión. Había pasado un momento especialmente violento cuando, tras la diatriba de Stewart acusando a su antiguo capitán, la apasionada mirada del arquero, demacrado y con los ojos hundidos, se había dirigido hacia él. Había sido una mirada triunfante, no exenta de cierto temor y en parte acusatoria. Tras aquello, se había hecho un breve pero incómodo silencio. Stewart había continuado con la exposición de los hechos, cumpliendo, como habían acordado, su parte del trato. Se suponía que O'LiamRoe habría de apoyarle después, cuando el arquero le llamara para testificar contra Francis Crawford de Lymond.

Pero los hechos no sucedieron como estaba previsto. La sentencia contra Stewart, como el propio arquero sin duda había imaginado, no contemplaba la condena a una muerte rápida o limpia. Sin embargo, lo que Stewart no había esperado en absoluto era la absoluta ligereza con la que había sido desestimada su acusación contra d'Aubigny. Al darse cuenta de aquello, el arquero se había puesto a gritar y se lo habían llevado de la sala. O'LiamRoe, pálido, estaba deseando marcharse, pero había

tenido que esperar a que el Rey se pusiera en pie. La sesión había durado poco debido al hostigamiento del oso que estaba teniendo lugar en el foso del Castillo. Stewart no había tenido siquiera tiempo para mencionar a Lymond. O'LiamRoe pensó en aquel momento que Stewart en todo caso querría esperar, si le fuera posible, a hacerlo en presencia del propio Lymond y ante la mayor audiencia posible.

Fue justo entonces cuando el Príncipe oyó a d'Aubigny, entre risas, sugerirle al Monarca que, ante el mal rato que el arquero le había hecho pasar, tanto él como el resto de la corte se habían ganado una pequeña diversión, por no decir una venganza. Propuso que Robin Stewart fuera llevado al foso. La sugerencia fue aprobada entre chanzas.

La corte comenzó a abandonar la estancia. O'LiamRoe salió, con expresión sombría, y fue inmediatamente en busca de Vervassal, pero no pudo encontrarlo. Se dirigió entonces al foso con el tiempo justo para ocupar su puesto para presenciar el espectáculo del oso.

En Angers, aquel tipo de diversiones era costumbre celebrarlas en el amplio foso que circundaba el castillo, de unos treinta metros de anchura por unos doce de profundidad. Los mansos ciervos que solían pacer allí habían sido trasladados para el evento. En previsión de la visita real, Abernaci y su equipo habían restaurado el foso y los jardines del castillo, consiguiendo un atisbo de lo que fueran en tiempos del rey René de Anjou, cuando el rugido de los leones llegaba hasta orillas del río y la laguna lucía repleta de cisnes, patos y gansos salvajes y en el foso convivían avestruces y burros, dromedarios e íbices junto a las jaulas de los jabalís, los rediles de las ovejas, los ciervos y los puerco espines.

Un conjunto variado de instrumentos comenzó a desgranar sus notas y Brusquet, el bufón del rey, tras descender al foso por una escalera desplegable comenzó a escenificar el encuentro de una cabra francamente tímida con su pretendiente. Las risas del público proveniente de la villa, apostado en una de las zonas más alejadas del foso, alcanzaban niveles de histeria. Brusquet, que había empezado su actuación un poco a destiempo, siguió con sus cabriolas sonriendo ácidamente: el asiento destinado al Monarca continuaba vacío.

Las trompetas y las violas anunciaron la llegada de la reina regente de Escocia con sus damas y nobles. La Reina y su séquito abandonaron el castillo por las enormes puertas para dirigirse, cruzando el puente levadizo, hasta los asientos que les habían sido destinados. El viento jugueteaba con los flecos del toldo que había sido instalado sobre la pasarela del puente, y cubría de polvo y briznas de hierba los cojines de las doradas sillas, ordenadamente dispuestas en espera de sus nobles ocupantes. El cielo aparecía surcado de tupidas nubes que ocultaban a intervalos la luz del sol, como si un gigantesco sombrero oscureciera de vez en cuando el panorama. Margaret Erskine caminaba junto a su Reina y la pequeña María,

intentando mantener la vista apartada del nuevo rostro que se había sumado a la multitud de caras familiares.

Vervassal, reservado y correcto, había llegado aquella mañana. Había sido visto entrando en la cámara de la Reina regente y abandonándola más tarde. Desde entonces no había vuelto a buscar la compañía de sus paisanos escoceses. Ante el respingo de sir George Douglas, Margaret se dio cuenta de que el noble no estaba al corriente de la llegada de Lymond. Sir George, al no conseguir captar la atención del propio Vervassal, le dirigió a Margaret una mirada incrédula e interrogante cargada de malicia.

Ella se giró hacia la pequeña María quien, gracias a Dios, no se había dado cuenta de nada. La Regente, aunque ligeramente ruborizada, era de una casta política perfectamente ducha en el arte del disimulo. En el otro extremo, sus hermanos, que de encontrarse con el heraldo, lo habían hecho fugazmente, hacían caso omiso de él. El propio Lymond se mostraba frío como un témpano y se comportaba de manera impecable. Tampoco él había mirado en su dirección. Sin darse cuenta, Margaret se descubrió observándolo de nuevo y se apresuró a cruzar el puente levadizo y ocupar su puesto. Ni siquiera dos años atrás había tenido Lymond un aspecto tan glacial.

En aquel momento dio comienzo la fanfarria y los ocupantes de la galería situada a su derecha, frente a la fachada del castillo, acabaron de ocupar sus asientos: Enrique, Catalina, el condestable, Diana, los cortesanos, los embajadores, el alcalde y los regidores, el alcaide del castillo y sus invitados. En uno de los extremos, sentado en un lugar poco relevante, se hallaba O'LiamRoe. En el lado opuesto, ocupando un asiento bastante más principal, el irlandés O'Connor. Y junto a este, John Stewart, lord d'Aubigny.

Su Excelencia seguía siendo un hombre imponente. Iba ataviado con un soberbio jubón con cuchillas, de tejido acolchado, adornado con nudos dorados que relucían junto con las joyas de su bonete cada vez que el sol se colaba por entre el móvil toldo que el viento agitaba. El lord no parecía ni remotamente interesado en lo que ocurría en la arena. Su mirada, bajo aquellos hermosos ojos de largas pestañas, se dirigió, nada más sentarse, hacia el atestado puente levadizo. Tenía los puños fuertemente apretados.

Fue evidente para Margaret en qué momento la mirada de lord d'Aubigny encontró su ansiado objetivo. Su Excelencia exhaló un largo suspiro. Fuera lo que fuese lo que su hermano le hubiera contado, no le había preparado para aquello. El color fue retornando lentamente a su rostro mientras observaba a Lymond. Margaret percibió el abierto desafío de su expresión. D'Aubigny buscaba la mirada de Lymond. Por fin, los ojos de ambos se encontraron y midieron. En aquel preciso instante, en el foso, hicieron su aparición el primer oso y los perros.

Herencia de tiempos antiguos, aquel espectáculo casi en desuso rememoraba los

cruentos combates entre leones, elefantes, toros y jirafas celebrados en el circo romano. En la actualidad resultaba complicado encontrar variantes plausibles de aquel espectáculo que despertaran suficiente interés. En una ocasión el viejo Rey, imitando a Heliogábalo, había entretenido a la corte con la ocurrencia de meter en la jaula del león a un grupo de invitados totalmente ebrios que habían asistido a su cena. Los invitados habían despertado aterrorizados ante el rugido del león, un viejo animal al que se le habían sacado los dientes. El suceso no había vuelto a repetirse dado que el viejo león, había muerto poco después. En los tiempos que corrían, los combates solían ser más sencillos; la tendencia actual era enfrentar a oso contra oso, a jabalí contra mastines, o a toro contra león. Raramente se enfrentaba a hombre contra bestia. Los animales eran transportados hasta el foso en unos carros y aparcados junto a las puertas que se abrían a la arena. Abernaci y su equipo permanecían apostados junto a ellas en previsión de eventuales accidentes, con las armas prontas y provistos de antorchas.

En aquella ocasión sus servicios no fueron necesarios. Los primeros dos combates finalizaron sin incidentes. El oso, un animal pesado con el lomo despellejado a causa de la tiña, consiguió estrangular a uno de los mastines que le hostigaba y romperle el espinazo al otro. Fue despedido con una lluvia de flores que cayeron sobre su ensangrentado hocico.

El jabalí fue harina de otro costal. Irrumpió en la arena echando espuma por el hocico y se detuvo en seco bajo unos monigotes de paja que habían dejado suspendidos a la altura de su cabeza. Se trataba de un jabalí de unos tres años, un animal corpulento y agresivo, recién capturado, todo músculo y grasa, provisto de afilados colmillos de unos cuatro centímetros de diámetro, que asomaban amenazadores de su húmedo morro. En su poderosa testa, hundida entre los abultados hombros de su corpachón, los ojillos, inyectados en sangre, tenían una mirada penetrante y fiera.

Estaba furioso, excitado y asustado. Con un rugido se abalanzó hacia los grotescos monigotes de paja que el viento agitaba ante sus colmillos. La paja destrozada salpicó los augustos rostros de los encantados asistentes, que vitorearon la embestida del animal. En contra de las apariencias, los dos colmillos superiores resultaban inofensivos; el animal los empleaba para afilar los inferiores. Estos últimos sí constituían un arma mortífera. Con un rugido, el jabalí giró sobre sus pequeñas pezuñas y se dirigió hacia la figura siguiente.

Entre tanto, sir George Douglas había conseguido acercarse hasta la resplandeciente figura de Vervassal. Estudió durante unos segundos aquella orgullosa cabeza, su noble porte y sus ojos de largas pestañas que destacaban en aquel rostro de arlequín, concentrado en lo que ocurría en la arena. Entonces, dirigiendo la mirada hacia el jabalí, murmuró al oído de Francis Crawford:

—Una bestia orgullosa, feroz y peligrosa. Lo han visto matar a un hombre, desgarrándolo de un solo tajo de la rodilla al pecho. ¿Sabéis que van a traer a Robin Stewart a la arena?

Sus palabras consiguieron por fin captar la atención de Lymond. No obstante, la mirada del joven pareció traspasarle sin llegar a verle.

—Cielo santo, ¿es eso cierto? —repuso Lymond despacio—. Me pregunto por qué.

La respuesta era bien sencilla. Por mera diversión. Posiblemente no permitirían que el arquero saliera gravemente herido del combate. De hecho, si se mostraba hábil, podría incluso ser él quien matara a la bestia y esperar ileso la hora del juicio. Sir George era lo suficientemente listo como para no contestar a Lymond lo que era para ambos evidente. Se mantuvo en silencio, aguardando, hasta que el otro habló:

—Despertar el odio de la gente suele ser siempre de gran ayuda, ciertamente —dijo Francis Crawford reflexivamente, tras lo cual volvió a concentrarse en el foso con aire satisfecho. Tras arrancarle tan tibia respuesta, sir George Douglas se resignó a mirar él también.

Tras las puertas del foso, los cuidadores habían dado rienda suelta al *agere aprum*, gritando y tocando el cuerno con el fin de excitar a la bestia y llevarla a un estado de auténtico frenesí. Un tercer monigote salió despedido, reventado por los colmillos húmedos de babas, hacia la hierba, elevándose sobre la multitud y cubriéndolos con una reluciente alfombra voladora de paja. Tras dirigirle una mirada a d'Aubigny, el Rey se inclinó hacia delante y levantó su báculo. El jabalí, chorreando sudor, dio media vuelta y se quedó quieto. Entonces las puertas se abrieron y Robin Stewart fue empujado al interior del foso.

Los arqueros apostados entre la muchedumbre guardaron un tenso silencio. El público de la villa, por el que se habían difundido rumores de hazañas que el pobre arquero jamás habría conseguido perpetrar, prorrumpió en alaridos, silbidos y burlonas amenazas. Para aquella multitud él no era más que un cuarto monigote. Poco importaba lo que hubiera hecho mientras les proporcionara una buena fuente de cotilleos, sangre y diversión. Entre los integrantes de la corte, dependiendo del rango y la nacionalidad de cada cual, el sentimiento variaba entre la impaciencia, la rabia, el desprecio, y la simple y animada expectación. El rostro de la Regente era una máscara impenetrable. Sabía que muchos ojos la observaban. Sonó una trompeta.

Un jabalí confía sobre todo en su fuerza y en sus colmillos, pues se sabe lento y poco ágil. Para acabar con él, el hombre que se le enfrente deberá ensartarlo con una lanza sumamente afilada y de gran resistencia y hacerlo de un golpe fuerte y seco. Deberá evitar que la lanza se hunda en la carne del animal y se quede allí clavada, pues de lo contrario podría ser víctima de la última y desesperada carga del moribundo animal.

Robin Stewart estaba provisto de una lanza afilada y resistente. Y también de un sable. Además le acompañaba la experiencia cosechada a base de años de ejercer su profesión escoltando al Monarca, junto a un selecto grupo de arqueros, en la caza del jabalí. Pero por encima de todo, le embargaba una rabia tal que superaba cualquier atisbo de temor, provocada por el injusto golpe del Destino que amenazaba con arrebatarse de un plumazo la posibilidad de tener una muerte digna y la de completar su acusación.

Imaginaba que no habían planeado conducirlo deliberadamente a la muerte. Si la cosa se poma fea, alguien intervendría, si podía. Pero allí estaba él, destinado a proporcionarles diversión enfrentándose a una de las bestias más peligrosas, capaz de matar a un hombre de una sola embestida. Sabía que, en última instancia, su vida dependía únicamente de sus propios recursos. Mientras tanto, Thady Boy o Lymond, como quiera que se llamara y donde quiera que estuviera, seguía estando en total libertad para disfrutar de la vida y festejarla.

Una ráfaga de viento sopló agitando el cabello del último monigote. Al olerlo, el jabalí se volvió y se quedó quieto de nuevo. La enorme testa del animal volvió a girarse, los ojillos inyectados en sangre, su delicado olfato buscando la silueta humana que había detectado. El joven jabalí, aquella apestosa bestia nacida para desgarrar a sus presas, se movió furtivamente, se detuvo, retrocedió ligeramente y entonces, sacudiendo su peludo lomo y sus colmillos llenos de briznas de paja, cargó directamente contra el arquero.

Margaret Erskine se giró de pronto, como si Belcebú, dios de Accaron, oráculo de Ochazias, le hubiera dado un tirón de pelo, y se topó con la desconcertada mirada de George Douglas que la observaba enarcando las cejas con una expresión aún más exagerada que la de hacía un rato. El asiento junto a él estaba vacío. Intentando controlar sus emociones, Margaret miró en derredor, buscando entre la multitud con aire circunspecto hasta que se dio cuenta de que la Reina regente había solicitado los servicios de su heraldo y este se hallaba a su lado. Lymond se encontraba junto al asiento de María de Guisa disfrutando de una vista privilegiada sobre Robin Stewart, que acababa de esquivar la embestida del jabalí. Su presencia junto a la Reina había captado la atención de algunas damas, distrayéndolas del espectáculo.

En el foso, Robin Stewart había intentado ensartar al animal, pero sólo había conseguido hacerle un corte en el lomo. Jadeando, levantó la vista para descubrir, sentado en primera fila junto a la Reina, a un rubio y exquisito Heliogábalo ataviado en dorada vestimenta, mirándolo impertérrito. El arquero se volvió hacia el jabalí y este retrocedió.

Transfigurado por la furia, Robin Stewart se centró en el combate con el animal. Luchó con tal ardor que las iniciales risas e insultos del público se fueron transformando en un silencio expectante. Aunque no había conseguido alcanzarle con

un golpe directo de su lanza, a medida que el tiempo pasaba, el lomo de la bestia mostraba lo cerca que había estado de hacerlo. La imagen del arquero, con un tajo en su brazo izquierdo, el jubón ensangrentado y el sable roto caído sobre la hierba, tenía un aire soberbio y estoico que hasta entonces había pasado desapercibido hasta para el propio Stewart, dedicado como había estado toda su vida a quejarse y enredarse en asuntos de baja estofa.

A aquellas alturas era evidente que tanto el hombre como la bestia comenzaban a resentirse por el esfuerzo y la pérdida de sangre. La rabia, en aquellos momentos, sostenía más al testarudo jabalí que al arquero. El animal pateó la removida hierba y tornó a bajar la poderosa testa.

Había llegado el momento de que Enrique, si deseaba acabar con el combate, bajara su báculo y pusiera fin al espectáculo, permitiendo al arquero acabar sus días con honor tras curarse de las heridas recibidas. Pero la mano de d'Aubigny reteniendo la suya y su propia pasión por el combate, mantuvieron inmobilizado el báculo. En aquel momento Stewart, la rodilla hincada en la arena al mejor estilo romano, la espalda hacia la muralla del castillo y la lanza sujeta con fuerza en ambas manos, aguardaba la embestida frontal del jabalí. En el momento en que el pesado animal se lanzaba a la carrera hacia él, Stewart dirigió una fugaz mirada buscando un rostro entre la abarrotada multitud. Parte de la audiencia se había puesto en pie para poder ver mejor. Allí, entre ellos, estaba el heraldo Vervassal.

El rostro de Stewart se contrajo en una mueca de odio, o quizás fuera un atisbo de sonrisa. Después inspiró y su atención volvió a dirigirse hacia la bestia que se le venía encima.

En el último instante, fue la propia debilidad del animal la que le hizo vacilar ante la lanza. La punta del arma fue a clavarse sobre el hombro, cerca de su hocico, y el jabalí, revolviéndose, consiguió engancharla con su prominente canino, arrancándosela a Stewart de las sudorosas manos y quebrándola. El arquero recibió el impacto de la babeante bestia, sintió su apestoso aliento sobre el rostro y consiguió enderezarse, desarmado, mientras el animal se alejaba unos metros dando tumbos a lo largo del muro del foso. El jabalí se detuvo y se dio la vuelta encarándose con el arquero, los colmillos castañeteándole con un sonido cristalino mientras el viento hacía vibrar el metal ensartado junto a su hocico. La reina madre de Escocia dejó caer su pañuelo.

Bordado con hilos de plata, revoloteó mecido por el viento hasta posarse, arrugado y reluciente, sobre la arena, en flexible abandono.

—¿Podríais recogermelo, señor Crawford? —pidió la Reina.

Lymond permaneció inmóvil durante un segundo interminable. La escalera que Brusquet había empleado para bajar al foso estaba desplegada a sus pies. Aunque caprichosa e intolerable, aquella no dejaba de ser una orden regia. La petición ponía

en entredicho su caballeridad. Ninguno de los presentes habría osado desobedecerla en público. Tras hacerse esperar lo justo, el heraldo se volvió hacia su Reina y le hizo una reverencia. María de Guisa respondió a su gélida mirada con una sonrisa. De un ágil salto, Lymond descendió por la escalera y se irguió sobre la arena del foso. Se quedó inmóvil, con una mano sobre los peldaños, mientras Stewart, ignorante todavía de su presencia, retrocedía de espaldas hacia él. En un extremo alejado del foso, el jabalí se movió pesadamente.

El animal, a diferencia de Stewart, algo aturdido por sus heridas, había visto y oído al recién llegado. Comenzó a aproximarse al arquero con pasos cortos y rápidos, deteniéndose cada poco a causa del dolor que le provocaba la lanza clavada sobre su hombro. Stewart le esperaba con las manos extendidas, ajeno a todo lo que no fueran aquellos colmillos, los ojos inyectados en sangre del animal y el vaivén del pedazo de lanza que sobresalía de su cuerpo. El arquero sintió en sus crispados dedos toda la fuerza de su deslavazado cuerpo, la habilidad con tanto esfuerzo adquirida, y aguardó la embestida saboreando por anticipado el momento de triunfo, el reconocimiento público que por fin, él, un traidor, un conspirador, un asesino confeso, habría de conseguir. Quizás el destino le habría de permitir demostrar su talento justo antes de morir.

Emitiendo un rugido sordo, el jabalí se lanzó hacia su objetivo en desigual carrera, pisoteando la removida tierra enfurecido, escupiendo sangre y espumarajos por la boca y con la quebrada lanza agitándose en el aire. Pasó corriendo junto a Stewart, dejando atrás las desplegadas manos con las que el arquero ansiaba aferrar el pedazo de lanza, dejó también atrás la enroscada gasa bordada en plata y enfiló directo hacia la escalera. Lymond esperó hasta el último segundo para apartarse. El jabalí ensartó con sus colmillos los últimos peldaños junto a los que el heraldo había estado hasta hacía tan solo unos instantes. Lymond se echó hacia un lado dejándolo pasar y a continuación, con un rápido movimiento, agarró con ambas manos el trozo de lanza que sobresalía del animal y tiró de ella con todas sus fuerzas, arrancándosela. El tirón hizo perder el equilibrio al jabalí, que trastabilló y, con una voltereta, se desplomó hacia atrás chillando sobre la escalera hecha añicos.

Sosteniendo la ensangrentada lanza entre sus manos, el heraldo, con su hermoso tabardo salpicado de sangre, se puso en pie, ágil como un felino, y se enfrentó, concentrado y tenso, al enfurecido animal. Este cargó una última vez pues Lymond, que aguardaba su embestida, le hundió la lanza de un golpe entre los omóplatos. El jabalí gritó. Con un repentino temblor el animal, como un amorfo saco de turba, se desplomó inerte sobre un costado, los colmillos arañando la removida tierra.

Junto a la caída bestia, Robin Stewart, tambaleante y sangrando por sus numerosas heridas, se quedó cara a cara frente a su demonio particular. Las flores habían comenzado a caer sobre el empapado tabardo del heraldo. Tomando una en

sus manos, Lymond pasó por delante del animal muerto y continuó caminando lentamente. A sus pies, algo más allá, yacía el destrozado sable del arquero. Lymond lo recogió y, ensartando la flor en su quebrada hoja, se la ofreció al otro sosteniéndola sobre sus dos palmas extendidas.

Con las ropas destrozadas y pegajosas de sangre, los enredados cabellos pegados al sudoroso rostro, mordiéndose los labios y sintiendo que le estallaba la cabeza, Stewart se quedó mirándolo anonadado, enfurecido por la gentileza de aquel gesto que le arrebatava el éxito con tan espléndida parsimonia. Arrancando el sable de manos del heraldo, lo sujetó por la empuñadura apuntando hacia el rostro de Thady Boy.

Pero Lymond se encontraba descansado y además estaba prevenido. Con su generoso gesto había intentado, sin éxito, evitar que Robin Stewart hiciera precisamente lo que estaba haciendo. Con un hábil y experto movimiento, esquivó la arremetida del arquero al tiempo que le ponía la zancadilla. Stewart aterrizó sobre el suelo y allí se quedó, golpeado y cubierto de sangre.

Todo ocurrió tan rápido que sólo parte de la audiencia se dio cuenta de lo que realmente acababa de suceder. Los espectadores menos atentos seguramente habrían llegado a la conclusión de que Stewart había sufrido un colapso. Los cuidadores de la casa de fieras se apresuraban en su dirección junto con los dos o tres arqueros que estaban temporalmente a su cargo. El fragor de las aclamaciones iba remitiendo, salvo por parte del público de la villa, que seguía enardecido. Pero no estaba bien visto mostrar demasiado entusiasmo y además, la corte no veía el momento de comentar y especular sobre lo acontecido. El heraldo de la Reina madre, dirigiéndose con soltura hacia Su Majestad para devolverle su pañuelo, sabía probablemente que la corte estaba juzgando su actuación como si la de un galgo se tratara. Cualquier esperanza que Lymond pudiera haber albergado de preservar un discreto anonimato en aquella su segunda aparición en la corte de Francia había quedado definitivamente frustrada. Su segunda *entré*e había terminado siendo casi tan espectacular, a su manera, como la primera.

Cuando por fin pudo caminar, Stewart solicitó ser llevado ante el Rey. Sobre la arena ocupaban ya sus puestos dos volatineros con una cabra. Desde la tarima del Rey se divisaba perfectamente el puente levadizo donde se apiñaban un grupo de nobles. Los rayos del sol iluminaban un racimo de admirativas cabezas rodeando a otra de dorados cabellos.

El Rey le concedió su atención a Stewart: sucio como estaba, prisionero como era, lo cierto era que había luchado con valentía. La Reina, la duquesa, el vidame y toda la corte que le rodeaba, le observaba y estaba pendiente de sus palabras. Tan solo lord d'Aubigny se había marchado, abandonando el lugar hacia el final del combate.

Robin Stewart elevó la voz, dirigiéndose al Rey y a O'LiamRoe, sentado algo

más atrás:

—Quiero decir algo sobre el hombre que se hace llamar Crawford de Lymond —dijo Stewart con voz alta y clara mientras la sangre se deslizaba por su cortado rostro—. Hay algo que esta corte debe saber. El príncipe de Barrow aquí presente atestiguará mis palabras.

Por fin había conseguido captar la atención de todos. Las conversaciones se apagaron ante aquellas palabras. Se hizo un momentáneo silencio, roto abruptamente por la voz del condestable.

—¿Cómo os atrevéis? El mencionado caballero es un heraldo de Su Graciosa Majestad la reina regente de Escocia, y su persona no es asunto que os concierna a vos.

—¿Qué no me concierne, decís? ¿Qué no me concierne? Pues entonces os concierne a vos, monseigneur, y a Sus Majestades, y a todo aquel que no desee que se burle de él semejante personaje, sea un favorito de la familia de Guisa o un malabarista camuflado con una lengua peor que la de un maldito vendedor ambulante... Preguntadle a O'LiamRoe. Escuchad al príncipe de Barrow si no me queréis hacer caso a mí —dijo Robin Stewart gritando fuera de sus casillas—. ¡Escuchad lo que tiene que deciros!

Misteriosamente, como por arte de magia, la cara de O'LiamRoe apareció repentinamente a su lado. Aquel rostro ovalado y amable levantó la vista hacia el estrado del Rey antes de exclamar:

—¡Por mis muertos! ¿Qué se supone que tienen que escuchar? La única persona sobre la que yo tendría algo que decir sería sobre Thady Boy Ballagh, a quien condenaría sin duda al tajo por el asesinato masivo que perpetró, ya que el otro sospechoso de aquellos actos ha sido declarado inocente y puro como la nieve recién caída. ¿Pero sobre Crawford de Lymond? Lo conocí por primera vez en Londres. Aparte de eso, no sé nada en absoluto sobre ese hombre.

Aquella parrafada pronunciada en un inglés con fuerte acento irlandés, había borrado de un plumazo la esperanza de Stewart de ver cumplida su dulce venganza. Medio mareado, miró el firme y congestionado rostro de O'LiamRoe y, por un momento, estuvo tentado de denunciar a Lymond a pesar de todo y enfrentar el ridículo que el tajante desmentido de O'LiamRoe habría de provocarle. Se debatió ante la idea, respirando agitadamente, consciente de que estaba perdiendo la atención del público, mientras las palabras del Príncipe iban siendo traducidas, El Rey, miró a la cabra de reojo.

—¿Y bien, monsieur? —preguntó impaciente Su Majestad.

Stewart abrió la boca para hablar.

—¡Guardias, lleváoslo! —exclamó secamente el condestable—. Este hombre está medio loco. ¿Quién levantaría su espada contra aquel que le acaba de salvar la vida?

—¿Eso hizo?

Preguntó el Rey al tiempo que Stewart exclamaba:

—¡Podría haber acabado con el jabalí yo solo! ¡Que el diablo me lleve si necesitaba la ayuda de ese saltimbanqui maricón!

El Monarca enarcó sus regias cejas.

—¿Así que os robó el protagonismo, no es cierto? ¿Por eso le obsequiasteis con semejante agradecimiento? ¡Lleváoslo!

Fue sacado de allí, gritando. Las razones por las que Stewart había consentido que lo llevaran a Francia habían sido la de aclarar la implicación de d'Aubigny en la conspiración y la de demostrar que Lymond no era otro que el bardo Thady Boy. A causa del Rey, d'Aubigny seguía libre, y como consecuencia de aquello, había perdido la oportunidad de desenmascarar a Lymond.

O'LiamRoe, aunque deseaba exponer la verdadera identidad de Lymond y humillarle ante la corte, era demasiado débil de carácter para hacerle cargar con unos crímenes que no había cometido. Robin Stewart, no. Sabía que no habría de enfrentarse al suplicio de la rueda al que había sido condenado hasta pasados algunos días y se prometió a sí mismo que, antes o incluso después de morir, conseguiría que Thady Boy Ballagh sufriera por su culpa.

El rumor de lo sucedido entre el arquero y el Rey llegó a oídos de Lymond aquella misma tarde transformado en alegre cotilleo. Si alguien esperaba alguna reacción por parte del heraldo, quedó sin duda decepcionado pues este no hizo comentario alguno. Lymond sabía cuál era el veredicto que le esperaba a Robin Stewart. Sabía también que la condena del arquero implicaba que el nombre de Thady Boy Ballagh seguiría relacionado con el desastre de la Tour des Minimes y con los falsos robos de los que se acusaba al bardo. A pesar de todos sus esfuerzos, Lymond no había encontrado todavía la manera de refutar las pruebas que, aunque vagas, parecían acumularse en contra de Thady Boy Ballagh, condenándolo a los ojos de todos. Si aquello le inquietaba, no lo demostró para nada a los compañeros con los que pasó la tarde. Más bien se dedicó a derrochar su encanto con las visitas que recibió en el alojamiento que le había sido destinado y que compartía con otros dos jóvenes.

En realidad, poco más podía hacer Lymond. Al tirar su pañuelo tan despreocupadamente ante el rabioso gorrino, la Regente había puesto en peligro algo más que su vida. Tras aquello no había vuelto a requerir su presencia. Por el momento Lymond se hallaba libre y, hasta que recuperara su desastrado tabardo, vestido con ropa de calle. Pero la acción de su Soberana le había complicado las cosas de tal forma que no le quedaba más remedio que esperar hasta que anocheciera para poder visitar a Abernaci, a quien no había visto desde su regreso, o al propio O'LiamRoe, con quien tampoco había estado desde que se despidieran en Dieppe.

La negra Angers, cuna de los Plantagenet, la dinastía que reinara sobre Inglaterra, se hallaba desbordada por la corte francesa y la variopinta comitiva que solía congregarse a su alrededor. Campaban por la ciudad escoceses, irlandeses, italianos y embajadores varios; oficiales, mensajeros, cazadores, carreteros y empleados en toda clase de oficios cuya pericia se requería para las más variadas ocupaciones. Hallábanse expertos en el arte de encontrar y requisar víveres, prelados y médicos, jurisconsultos, arqueros y alabarderos, domésticos, caballeros de la Casa Real, músicos, pajes, caballerizos, barberos, alguaciles, secretarios, halconeros, saltimbanquis, prostitutas y oficiales de la academia militar. Entre aquella apabullante multitud, la población de Angers hacía acopio de vituallas en previsión de la escasez que, sin duda, provocaría el paso arrasador de la corte por aquellos lares, que esquilma los prados cual insaciable rebaño de cabras.

La noche era oscura y unas pocas y mal avenidas antorchas iluminaban a duras penas las angostas calles atiborradas de gente. Bastaba con evitar a los pocos mozos de librea que portaban las linternas para pasar desapercibido. Lymond no tuvo el menor problema para llegar hasta el discreto alojamiento en el que O'LiamRoe tenía su habitación. Encontró fácilmente la puerta de atrás y, tras abrir un postigo, solo tuvo que seguir la inconfundible verborrea del Príncipe, enfrascado en una conversación en gaélico sobre hábitos elefantinos con alguien que, casi con toda seguridad, debía ser Abernaci. Lymond abrió la puerta y entró sin llamar.

O'LiamRoe, dedicado básicamente a rellenar el tiempo de espera, cortó en seco la parrafada que estaba acometiendo y Archie Abernethy, desconocido sin su turbante y sus sedas orientales, esbozó una sonrisa que pareció cortar en dos su oscuro y marcado rostro.

—Imaginaba que vendrías —dijo Abernaci—. Tenéis mucho mejor aspecto que la última vez que os vi, hombre... Menudo porrazo le disteis al verraco del foso... ¿Estáis tratando de encontrar pruebas contra el bastardo de d'Aubigny, me equivoco?

—No os equivocáis. Me alegro de que estéis aquí Archie. Quería veros. Ahora os diré por qué. Phelim...

—¿Creéis —le interrumpió Abernaci, que quería tener las cosas claras— que volverá a intentar hacerle daño a la pequeña? Tendría que estar loco.

—Podría decirse que todos estamos un poco locos —dijo Lymond pacientemente—, pero lo cierto es que hay algunos empeñados en hacer naufragar barcos, provocar estampidas de elefantes y hacer caer a jinetes en plena carrera, que están más desequilibrados que otros. Lord d'Aubigny, por si todavía no os habéis dado cuenta, es un hombre bastante estúpido, a pesar de tener una cultura exquisita. Durante años ha vivido de la gloria cosechada por sus antepasados. Hasta hace bien poco estaba convencido de que, por ser amigo del rey de Francia, le aguardaba un ilustre destino y podría obtener un cargo de relevancia junto al Monarca, como le ocurrió a Bernard, el

mariscal de Francia o a Stewart, duque de Albany, que fue regente de Escocia. Cuando Enrique, nada más acceder al trono de Francia, le sacó de la cárcel, d'Aubigny creyó llegado su momento de gloria: ocuparía un lugar prominente en la Historia como hombre de confianza del Rey. Pero la realidad era bien distinta. Una vez fuera de prisión, d'Aubigny pasó a engrosar las filas de los amigos del Rey a quienes Enrique había rehabilitado tras caer en desgracia durante el reinado de su padre; una figura, en definitiva, del todo secundaria, representativa más bien de la vieja sociedad Valois. En la actualidad, el círculo íntimo del Rey lo componían su amante, la Reina, el condestable, los de Guisa, St. André, etc. D'Aubigny vio fracasadas sus expectativas de convertirse en el ilustre personaje que había esperado.

—Así que se lanzó en busca de otro trono al que apoyar —no pudo evitar intervenir O'LiamRoe en tono neutro.

—Exacto. Su hermano Lennox puede optar al trono de Escocia e incluso al de Inglaterra, por su matrimonio. La muerte de la pequeña reina María favorecería sin duda sus posibilidades de acceder a la corona escocesa. En caso de que fuera el rey inglés quien muriera, su hermana María Tudor introduciría de nuevo el Catolicismo en Inglaterra, si es que este no se implanta antes. Los Lennox son muy amigos de la princesa María Tudor. Es evidente que lord d'Aubigny estaba convencido de que si orquestaba la desaparición de la pequeña María de Escocia, recibiría en pago un puesto de importancia, como el de canciller, por ejemplo. Su parentesco con la familia real le brindaría la posibilidad de comenzar una nueva y próspera carrera. No me extrañaría nada que hubiera sido el propio Lennox quien le haya insinuado todo esto inicialmente. Así que d'Aubigny, al deshacerse de María de Escocia habría conseguido matar dos pájaros de un tiro: medrar él personalmente, y darle una buena lección a la corte francesa, a la que claramente desprecia, por no haberle colocado en el puesto que merece. Ha tramado las diversas tentativas de asesinato como si de una mascarada se tratara, camuflando su perversión bajo una apariencia de ingenuidad. Creo que planea acabar con la vida de María durante la recepción de la embajada inglesa, que le proporciona un marco perfecto. Estoy convencido de que pretende hacerlo ante los ojos del propio Lennox, lo que constituiría un auténtico triunfo ante su hermano. —Lymond había hablado con gran calma. Tras hacer una pausa para que sus oyentes asimilaran sus palabras, continuó en el mismo tono—: D'Aubigny quiere muerto a Robin Stewart, como hemos podido comprobar esta mañana. Para él supone una vergüenza que el arquero esté en prisión, aunque lo que le resultaría más conveniente, sería que fuera puesto en libertad. Phelim, ¿habéis visto a Stewart?

—No lo he vuelto a ver desde lo del jabalí —respondió cortésmente O'LiamRoe—. Mañana se lo llevan a Plessis-Macé, ¿lo sabíais?

—¿Habéis intentado verlo? —preguntó Lymond, directo.

O'LiamRoe se ruborizó.

—Pues sí, lo he intentado. Pero se encuentra en la torre norte, custodiado por una nutrida guardia. Nadie puede entrar a verlo. —El Príncipe hizo una pausa. Tenía los labios apretados y en su expresión no quedaba rastro de su habitual ironía. Continuó diciendo—: Quiero que sepáis una cosa. Stewart y yo...

—Ya sé lo de vuestro pacto —le interrumpió Lymond con ligero desdén—. ¡Cielo santo! ¿Creíais que no lo había imaginado? Ahora volveréis a casa, ¿no es cierto?

Al príncipe de Barrow le hubiera encantado decirle a la cara que nadie iba a agradecerle su humanitaria actuación en el foso de aquella mañana; pero en lugar de eso se limitó a contestarle:

—Volveré a casa después de la ejecución. —O'LiamRoe continuó, ignorando el respingo que sus palabras habían producido en Abernaci—: Al menos le debo eso.

No añadió que sabía que un reo podía aguantar hasta setenta horas en la rueda antes de morir.

—¿Y qué pasa con la mujer? —dijo Lymond.

O'LiamRoe esperaba la pregunta. Desde que la acusación contra d'Aubigny había sido desestimada, O'LiamRoe sabía que la despiadada atención de Lymond iba a dirigirse hacia Oonagh.

—Esa mujer no es asunto mío —dijo O'LiamRoe—. Ni vuestro, si sabéis lo que os conviene.

—Querido amigo, si vos no vais a visitarla —dijo Lymond ignorando la amenaza—, podéis estar bien seguro de que yo lo haré. ¿Habéis visto a Cormac O'Connor?

—He hecho más que eso —dijo Phelim O'LiamRoe cambiando radicalmente de tono—. He visto a Oonagh O'Dwyer y le he escrito una carta pidiéndole que no cuente nada sobre la implicación de d'Aubigny ni sobre la suya.

—Qué generoso de vuestra parte —dijo Lymond—. Entonces Su Excelencia puede actuar ahora como guste, ¿no es eso?

—Estoy seguro —dijo O'LiamRoe tras soltar un largo suspiro—, que vos o alguno de vuestros estupendos amigos, encontraréis la forma de detenerle. A lo mejor si vais a ver a Su Excelencia y le enseñáis vuestros afilados colmillos, hasta acaba por confesar.

—Oonagh O'Dwyer sabía lo que iba a ocurrir en la Tour des Minimes —dijo Lymond—. Bastaría con que nos proporcionara un solo nombre que pudiéramos relacionar con d'Aubigny. ¿O es que tenéis a O'Connor en tan alta estima que estáis dispuesto a concederle a la dama además del gobierno de vuestro país? ¿O quizás teméis que, una vez la tengáis para vos, no consigáis retenerla y preferís resignaros de antemano? Aunque puede ser que no estéis interesado en la fulana de otro, claro.

O'LiamRoe se puso en pie. Sus pálidos ojos brillaban iracundos.

—Tenéis una bonita forma de aludir a una dama, vos, que habéis sido contratado para husmear y lamer el suelo en busca de huellas.

—Suenan crudos —dijo Lymond con dureza—, pero es la pura verdad. ¿Qué concepto tenéis del amor, o de la nobleza? ¿Os parece que ese gamberro intrigante se la merece? Me recomendáis que me mantenga al margen, pero vos, ¿qué vais a hacer? ¿Esperar a la ejecución y volver a casa? «Al menos le debo eso» —se burló Lymond cruelmente—. ¿Y a Irlanda, no le debéis nada? ¿Y a vos mismo? ¿Y a Oonagh O'Dwyer?

El príncipe de Barrow levantó la barbilla con firmeza.

—Ella se merece que la deje en paz, mi querido apóstol obnubilado y metomentado. En paz con la vida que ha elegido, con su cara magullada y los brazos llenos de verdugones.

Sus últimas palabras tuvieron sobre Lymond el efecto de un golpe. O'LiamRoe lo percibió con regocijo. Fue un bálsamo para su maltrecho orgullo. El silencio entre ambos se alargó.

—Id a verla —dijo O'LiamRoe—. Viven por aquí cerca. Después de todo no se puede hacer un pan sin...

—¿La habéis dejado con ese energúmeno? —preguntó Lymond.

—Es lo que ella desea —dijo O'LiamRoe sencillamente—. Todo lo que él dispone, ella lo acepta sin rechistar.

—Al igual que vos. —Lymond se quedó mirándolo fijamente durante un momento. Después, se puso en pie y apoyó ambos puños sobre la repisa de la chimenea, exasperado—. Phelim, Phelim, un hombre normal estaría haciendo mangos de cuchillos con sus huesos.

—Y la habría convertido a ella en una vampiresa que lloraría al pie de la tumba de un mártir —dijo O'LiamRoe pálido—, o en la fulana de otro. —Cerró los ojos un segundo y los volvió a abrir para fijarlos en la familiar espalda que se erguía ante él—. Tengo asuntos que atender. Quedaos y hablad de lo que tengáis que hablar con Abernaci, si queréis. Os dejo. Preparad a gusto vuestro arsenal y meditad sobre vuestros desatinados planes. —Se quedó mirando a ambos hombres durante un largo instante y después, con Dooly siguiéndole como una sombra, salió de su habitación.

Lymond continuó observando el fuego, la cabeza entre los brazos.

—Este insípido muchacho está perdidamente enamorado de esa mujer —dijo Abernaci en un tono que dejaba traslucir una cierta compasión—. Y no me extrañaría que vos también os hubierais contagiado un poco.

—Quizás. —No era el tono de un hombre enamorado.

—Estaba con su padre antes de estar con él. Por eso no lo abandona.

—Lo sé. Pero si renunciamos a ella —dijo Lymond, irguiendo la cabeza y mostrando una expresión burlona en su pálido rostro—, también renunciamos al Imperio, como Faustina. —Hizo una pausa, y sonriendo de manera encantadora miró hacia donde Abernaci estaba sentado—. ¿Qué daríais a cambio de estar en mi lugar?

—Una noche en la jaula de mi leona —dijo Abernaci con calma—. ¿Le salváis el pellejo a Robin Stewart y vais a dejar sufrir a la mujer?

—Todavía guardo un as bajo la manga —dijo Francis Crawford—. Por si acaso. De todas formas, si comparáis a esos dos, lo cierto es que no creo haberle hecho precisamente un favor a Stewart con mi actuación de esta mañana, como probablemente tampoco se lo vaya a hacer a Oonagh O'Dwyer esta noche. Pero como veis, intento repartir mis favores de la manera más equitativa posible.

Poco después Lymond se marchó. Tras esperar un tiempo prudencial, Abernaci le siguió.

O'LiamRoe regresó a su habitación mucho más tarde. Estaba bastante borracho.

Al día siguiente, cuando llegó al castillo en estado resacoso, encontró a la corte preparándose para otro majestuoso evento. Robin Stewart se hallaba, bajo estrecha vigilancia, camino de Plessis-Macé, donde el Rey también era esperado aquel día.

Fue un arquero quien le dio la noticia. El Príncipe había hecho una pausa a la entrada del castillo, junto al puesto de guardia. Se hallaba indeciso, observando la ciudad de oscuros tejados desplegada a sus pies, con el Maine discurriendo plácidamente a su izquierda y la aguja de la catedral algo más adelante, cuando le sorprendió la llegada de un jinete a galope tendido. O'LiamRoe permaneció inmóvil, aguardando con una extraña intuición sobre el patio adoquinado a que el jinete desmontara. Era un arquero y portaba un mensaje urgente: Robin Stewart había escapado.

El príncipe de Barrow no había sentido nunca verdadera simpatía ni aprecio por el complicado arquero fugitivo. Pero sí sentía hacia él una cierta empatía, pues le sabía marcado por la desconsiderada mano de Crawford de Lymond. Su primera reacción ante la noticia fue de alivio, e incluso de lástima ante la vida que le aguardaría de ahora en adelante a Robin Stewart, destinado a ser un fracasado y un proscrito. Luego, con un escalofrío, se dio cuenta de que, como consecuencia de aquella fuga, los asesinos potenciales de la pequeña María iban a recibir carta blanca para finalizar lo que habían empezado.

### III

#### **Châteaubriant: El colchón relleno de cuerdas de arpa**

A la mujer que se da a cambio de algo difícil, de una dote fuera de lo común y aberrante, como, por ejemplo: un colchón relleno de cuerdas de arpa o un puñado de pulgas o un cabrito muy negro con la testuz blanca y un ronزال de oro colorado o nueve juncos moteados de verde o una arroba de uñas cortadas o un nido de grajo lleno de huevos de troglodita, a esa mujer, no es delito violarla.

La embajada especial inglesa, constituida por trescientas personas, había arrastrado su doliente diplomacia con sus quejumbrosas digestiones, su camarilla, sus amateurs y sus profesionales, entre los que se contaban los condes de Lennox, hasta la ciudad de Orleáns, a unos trescientos kilómetros de allí.

Todos ellos, salvo los Lennox, eran hombres de Warwick. En su mayoría ya conocían Francia dado que, desde el soldado raso hasta el hombre de Estado, todos los que servían en las cortes de Enrique y de Eduardo habían tomado parte en el sitio de alguna plaza francesa o se habían sentado en alguna mesa de negociaciones celebradas en aquel país. Por la misma regla de tres, también la mayoría de aquellos hombres había luchado en Escocia.

Pero aquello no suponía problema alguno para la ilustre embajada ni para su distinguido representante y presidente, el gran lord chambelán de Inglaterra y marqués de Northampton, William Parr de Kendall, hermano de la última esposa del difunto Enrique VIII. El marqués era un gran caballero, aunque escasamente dotado, que no había podido aún superar sus errores militares durante la reciente revuelta escocesa.

Hasta aquel momento todo parecía haberse desarrollado estupendamente. Una semana atrás habíase encontrado en Boulogne con un encantador a la par que eficiente caballero de la Cámara Real que los había escoltado, junto con su séquito de caballos y mulas, sus carros de bueyes, sus perros guardianes y su interminable impedimenta, primero hasta París y luego más al sur.

Habían sido agasajados con fiestas y entretenimientos. En cada villa que cruzaban, los alcaldes y concejales les daban la bienvenida, con su correspondiente discurso e intercambio de regalos. Los integrantes de la embajada inglesa guardaban para sí sus opiniones políticas, haciendo honor a su condición de diplomáticos. Cualquier posible discusión, incluso aquellas sostenidas en griego o que versaran sobre dicha cultura, había de ser discreta.

Lord Northampton confiaba en la Divina Providencia para que las cosas se mantuvieran de esta guisa. Llegaban antes de lo previsto. En un día estarían en Châteaubriant, donde les aguardaba otro día de travesía, río abajo, por el Loira.

En Châteaubriant les esperaba el ceremonial de investidura de la Orden, así como otros asuntos de gran trascendencia: firmarían un tratado de alianza y mutua defensa entre Inglaterra y Francia, pedirían la mano de la reina de Escocia para el rey de Inglaterra y, en el caso de no serles concedida, pedirían la de Isabelle, la hija del rey de Francia. También designarían un comisionado con el objeto de visitar Escocia para establecer un acuerdo sobre los puntos de controversia que presentaba el tratado que tenían actualmente con ese país. Por último, presentarían al que sería el nuevo embajador inglés en Francia, sir William Pickering.

Pero habían llegado demasiado pronto. El embajador en funciones, sir James Mason, les había enviado una angustiada carta desde Angers rogándoles que esperaran. El mariscal de St. André no había siquiera salido hacia Inglaterra con la embajada paralela y los festejos que habrían de tener lugar en Châteaubriant tampoco estaban listos.

El marqués de Northampton leyó el despacho entre airadas exclamaciones y con el caballeroso rostro arrebolado. El arquero escocés acusado de intentar asesinar a la joven Reina estaba en Angers y había sido condenado. Sabía lo suficiente del asunto como para sentirse aliviado de que la cosa finalizara sin salpicar al conde de Warwick. En caso de haber sido otro el resultado, el marqués tenía instrucciones específicas respecto de los condes de Lennox, por los que no sentía una especial simpatía. En caso de que Stewart o cualquier otro acusara a Inglaterra de ayudar o tolerar los intentos de asesinato del arquero, Northampton tenía orden de echarles la culpa a los Lennox. Probablemente el propio Lennox estaba al corriente de sus órdenes, pero no estaba en situación de protestar.

El marqués de Northampton sabía perfectamente que no les sería concedida la mano de la pequeña Reina para Eduardo. O que, en caso de serlo, las condiciones a cambio exigidas serían tan gravosas para Inglaterra que se vería obligado a rechazarlas. Pero aún así, la reina regente de Escocia no debía ver con buenos ojos la alianza entre su enemigo y Francia, aunque de momento se tratara sólo de una frágil alianza sobre el papel. La Casa de los de Guisa, a la que ella pertenecía, era una de las más poderosas de Francia. Podrían esgrimir fácilmente que un candidato cismático y excomulgado, como lo era Eduardo, no era ciertamente lo más recomendable como prometido para Isabelle o para María. El menor paso en falso por parte de Warwick, podría constituir a su vez excusa suficiente para persuadir al rey de Francia de abandonar aquel incipiente tratado de amistad.

Por otra parte, el marqués sabía a través del siempre fiel Mason que Escocia comenzaba a resentirse del yugo francés; que observaba con creciente desconfianza la

reconstrucción de sus fuertes, que habían de servir para su defensa pero también podrían emplearse para someterlos. Los de Guisa contaban además con bastantes enemigos en el país galo. El condestable no ocultaba su deseo de anular el prometido enlace entre la pequeña María y el Delfín, e incluso el Rey parecía resistirse a entregar a la regente de Escocia la dotación de cincuenta mil francos en oro que le asignaba cada año. El mes pasado, Northampton había oído decir que el tesorero general francés se quejaba de que el Monarca se había gastado en la Regente la friolera de dos millones de francos, cantidad que le parecía a todas luces excesiva. Northampton se sentía además irritado ante aquella espera forzosa que sabía habría de acarrearle más de un problema.

Sir Gilbert Dethick Knight, oficial de armas de la Orden de la Jarretera designado por el Rey en misión especial, tenía la mente ocupada en otros asuntos; por la módica paga de veinte chelines diarios, había recibido el encargo de hacer entrega a Su Majestad el rey de Francia de dos baúles repletos con los ropajes de la noble Orden de la Jarretera, bien envueltos en sendas sábanas de hilo holandés y conteniendo cada uno en su interior un bolsito lleno de fragante lavanda primorosamente bordado. Había conseguido cruzar el Canal sin contratiempos con su preciada carga, pero la perspectiva de velar por ella durante dos largas semanas en el Loira le ponía los pelos de punta.

Las cortes francesas y escocesas, diseminadas entre Angers y Châteaubriant, donde la construcción de tribunas, espectáculos y nuevos alojamientos duraba ya seis semanas, se habían tomado aquel viaje con calma y se dedicaban a disfrutar alegremente del ocio a expensas de los ingleses.

Los miembros de la comitiva de la Reina regente, a excepción de la propia María de Guisa y su hija, pernoctaron dos días a las afueras de Candé y lo pasaron en grande. Aprovechando la ausencia de la mitad del Consejo real, que había regresado a casa, pasearon por los hermosos jardines franceses bajo el benigno cielo de junio, dedicados a dormir, comer, leer, charlar y volar halcones. También se dedicaron a criticar con denuedo a sus anfitriones y a los ingleses. Al aire libre, las discusiones parecían disiparse.

Aquella situación resultó de lo más propicia para Robin Stewart. Tras dos días escondiéndose, de refugio en refugio, el arquero encontró con facilidad la carpa en forma de concha en la que Lymond se alojaba. Oculto en su interior, Stewart pudo corroborar a gusto la penosa impresión que el heraldo le había causado durante su intervención en el foso, impresión que ya había anticipado cuando le vio desde su prisión en la Torre de Londres. El hermoso galán que tenía delante poco tenía que ver

con aquel estridente sujeto llamado Thady Boy con el que había compartido la cacería y la desafortunada carrera por los tejados de Blois. Le resultaría más fácil liquidar a ese rutilante joven que al irlandés que en su día le hiciera partícipe de una gloria efímera.

Thady Boy se encontraba rodeado de un grupo de compatriotas escoceses. Stewart advirtió que trataban a Lymond con una familiaridad no exenta del debido respeto hacia su alcurnia. La nueva condición de servidor de la Reina que había asumido Lymond despertaba entre aquellas gentes la mayor de las expectativas, y su temporal metamorfosis estaba en boca de toda la corte escocesa, desde Chinon hasta Candé.

Para muchos de ellos, era la primera oportunidad de conocer en persona a Francis Crawford de Lymond. Stewart supo, por su semblante solemne, que Lymond estaba jugando con ellos. Vio como George Douglas, que destilaba una afabilidad irónica hacia el heraldo, abandonaba su chulesca actitud engullido por el maremoto intelectual del otro e intentaba salir del atolladero lo mejor posible. Era obvio que Lymond carecía de paciencia aquella noche.

El día había sido caluroso. Tumbado en la hierba tibia, refrenando el hambre a medida que el atardecer desplegaba sus últimos rayos, Stewart escrutaba los conos de las marquesinas entoldadas con seda amarilla e iluminadas por las teas y, más allá, las ventanas del pueblo y del castillo de Candé que refulgían en las luces del ocaso. Proveniente de los prados, llegaba a sus oídos un rumor decreciente que conformaba un sonoro tapiz de voces y risas, de entrechocares de cubos, de ladridos y relinchos. La brisa del atardecer agitaba los pendones de dos colas y los pájaros nocturnos empezaban a manifestarse quedamente con sus quehaceres discretos. Cantó un mirlo.

Se hizo de noche y las fogatas se reflejaban en las miradas cual joyas engarzadas en un icono. Stewart se echó a los hombros la capa robada y se dirigió hacia el campamento al cubierto de la arboleda.

Alguien se estaba despidiendo. Restalló la lona de una tienda. Anfitriones y huéspedes salieron, agachados, nimbados por la luz titilante de las fogatas, hablando y riendo desafortunadamente. Sonó una voz cristalina y agradable, perfectamente reconocible a pesar de su falta de acento, haciendo un comentario ligeramente burlón:

—*Le monde est ennuyé de moy. Et moy pareillement de lui*<sup>[18]</sup>. Me gustaría, con la venia de vuestras mercedes, pasear a solas mi mal humor.

Tras lo cual, con su cabello ribeteado de plata y con un semblante no exento de ironía, Lymond, cual maestro escaqueándose de una clase tediosa, salió con paso decidido del campamento hasta la linde del prado. Permaneció inmóvil y erguido un largo tiempo, presentándole la espalda a Stewart mientras contemplaba las hileras de tiendas que se confundían en la luz vacilante de las antorchas. Stewart aguardaba nervioso, al acecho, con un nudo en la garganta, impaciente ya por consumir lo que

sería una victoria sin parangón.

Agarró el arco y le pareció frío y pesado. Colocó la flecha, confeccionada en madera de álamo y de punta afilada como una navaja, en el arco. Tensó la cuerda sigilosamente, notando en su oreja la suave caricia de las plumas de ganso, manejando gentilmente aquel instrumento de precisión, repartiendo equitativamente el esfuerzo en cada dedo con el que tensaba la cuerda al tiempo que cada músculo de su cuerpo obedecía instintivamente a una tarea para la que había sido largo tiempo entrenado. Apuntó y soltó la cuerda.

El silbido de la flecha hendiendo el aire de la noche duró lo que un suspiro y terminó en un vibrato de arpa, hincándose en el suelo, a un metro escaso de donde se hallaba Lymond, a su derecha. Este se dio la vuelta, agazapándose, recobrando en un instante sus reflejos felinos.

En el relente oscuro de la pradera no distinguió a nadie. Las tiendas estaban sumidas en el silencio. Una segunda flecha aterrizó a su izquierda levantando un remolino de polvo.

En una situación como aquella, gritar, correr o sacar la espada habría resultado igualmente inútil. Defenderse de un arquero en campo abierto es tarea poco menos que imposible. Pero Lymond, el rostro vuelto hacia la pequeña arboleda de donde había salido la segunda flecha, no hizo sonido alguno. La luz de la luna teñía su cara de una palidez espectral. Tampoco hizo ademán de desenvainar su espada. En silencio, comenzó a correr hacia el lugar de donde había partido la flecha.

Robin Stewart, con la boca seca y los nervios de punta, sintió que comenzaba a temblar. Levantó por tercera vez el arco, colocó en su sitio la flecha agitando suavemente sus cuatro plumas y apuntó la afilada cabeza de metal hacia el pecho de Lymond. Permaneció un segundo inmóvil conteniendo el aliento que pugnaba por escapar de su huesudo tórax y tiró.

La flecha alcanzó de lleno a Lymond en el pecho y después cayó a tierra. El corredor se detuvo momentáneamente, con la mano en la empuñadura de la espada enfundada. Después apartando el dardo de su camino de una furiosa patada, continuó decidido su carrera. No había ninguna duda: Desgraciadamente, Lymond llevaba puesta una cota de malla. Stewart, paralizado por el asombro, no tuvo tiempo de sacar otra flecha pues Lymond se le echaba encima. Stewart tiró al suelo el inútil arco y desenvainó su espada, presto a herir el vulnerable y pálido rostro y las desnudas manos que pudo entrever en la espesura.

Lymond no esgrimía espada alguna. Los dos hombres quedaron frente a frente durante un segundo; el arma del arquero cayó con violencia arrancando chispas azuladas de la malla metálica que protegía el hombro de Lymond, que consiguió esquivarle con una rápida finta. Después, el rubio joven retrocedió hacia las sombras, y se internó en el bosque a toda carrera alejándose de Robin Stewart.

No tenía escapatoria. El arquero salió tras él corriendo a grandes zancadas, perdiendo a veces terreno bajo el enmarañado sotobosque, pero guiado en todo momento por el rumor de las pisadas que imprimía veloz en su carrera Lymond, aplastando ramas y hojas secas a su paso. En un claro del bosque alejado del campamento, lo suficientemente apartado para que nadie pudiera oírlos, el arquero le dio alcance y Lymond, acorralado por fin, se volvió hacia él espada en mano. La luna teñía la hierba de escarcha. El acero destelló un segundo en la oscuridad, como fuego verde en el extraño ambiente opalino. Robin Stewart levantó entonces su propia espada y atacó.

Respiraban entrecortadamente mientras el sudor corría por el rostro del arquero, tan frío y seco momentos antes. Hasta entonces no habían pronunciado palabra alguna. No era necesario. Lymond le había estado esperando. Stewart se daba cuenta ahora. También suponía que Lymond era consciente de que aquello era el final. La muerte de un heraldo poco habría de cambiar la suerte de quien ya no tenía nada que perder. La cota de malla no le protegía las piernas. Ni las manos, ni la cabeza, ni los ojos. Ni tampoco el cuello. Aprovechando las crecientes sombras que proyectaba la plomiza luz de la luna a través del ramaje de las hayas, Robin Stewart, demacrado e invencible, pudo enfrentarse, por fin, con su bestia negra particular.

A pesar de no ser un hombre brillante, el arquero poseía el entrenamiento que proporciona la dura escuela de la servidumbre. Sintió un cosquilleo de placer al primer contacto con la espada de su contendiente, midiendo automáticamente el calibre de su enemigo. Las chispas centellearon, rojas, en la oscuridad, festejando el rumor de la primera embestida, que fue larga y salvaje. Tras una pausa volvieron a enfrentarse, esta vez más brevemente. Stewart retrocedió, la saliva seca alrededor de la sardónica mueca de su boca. Estaban empatados. Pero él, que ya no podía perder nada más en este mundo, era quien estaba más decidido de los dos. De lo más profundo de su garganta surgió un involuntario rugido de placer, tragó saliva y, agarrando la empuñadura de su espada con renovado brío, se concentró en su objetivo: el pálido rostro de su oponente.

Pero aquello, evidentemente, no iba a ser del gusto del otro. Con una prodigiosa parada, Lymond rechazó el mandoble destinado a segar sus espesas pestañas y cortarle la recta nariz. A continuación su brazo salió disparado hacia abajo para proteger sus piernas. Robin Stewart, batiéndose mudo y desesperado, cayó de pronto en la cuenta de que la dorada e incomparable voz seguía silenciosa.

Lo que el arquero ignoraba es que la razón de aquel silencio provenía de que en aquel momento tan peliagudo, Francis Crawford, además de contra él, luchaba contra unas irrefrenables ganas de reír.

Batirse con la espada en un claro del bosque a la luz de la luna conlleva una serie de riesgos: además de vigilar al oponente, uno debe mirar hacia arriba, de lo contrario

la espada puede acabar hundida en una de las ramas que penden sobre la cabeza. El suelo que se pisa puede estar cubierto de enredaderas, así como de madrigueras de conejo, y el sorprendido graznido de un ave puede hacerle a uno meter la pata y ponerle los pelos de punta.

Hundidos en la vegetación hasta las rodillas, prosiguieron el combate brincando como si fueran dos juguetones duendecillos. En el silencioso bosque resonaban como un serrucho las respiraciones mientras los dos hombres, con los labios apretados, intentaban ahogar los jadeos. El arma de Stewart había herido levemente a Lymond en una ocasión, al comienzo del combate, y bajo el rubio cabello podía distinguirse un hilillo oscuro que brotaba de un rasguño. Stewart seguía ileso. Los helechos y las nudosas raíces bajo sus pies hacían cansada la lucha. Ninguno de los dos hombres estaba en su mejor forma; Stewart lucía aún sobre su cuerpo las recientes heridas del jabalí y Lymond estaba todavía convaleciente de sus pasadas dolencias. En aquellas condiciones, el oído se transformaba en un sentido tan precioso como la vista: aunque la mirada del oponente no delatara sus intenciones, el ligero sonido producido por el cambio de peso de una pierna a otra, podía constituir un inapreciable aviso del inminente movimiento. Stewart sentía el cuerpo resbaladizo de sudor dentro del jubón. Tenía la impresión de que su oponente comenzaba a mostrar una agilidad exagerada, pero aquello no le producía la menor inclinación a la risa. Los mandobles redoblaban arriba, abajo, a derecha e izquierda, retorciendo incesantemente su brazo. El arquero dirigía sus golpes con sombría exaltación con la intención de herir y mutilar a Lymond, haciéndole brincar para esquivarlo. Un violento mandoble arrancó una profusión de chispas a su cota de malla muy cerca del cuello. Lymond resopló y libró el hierro. Stewart saltó hacia atrás con una expresión de enardecido regocijo. De pronto una voz femenina, aguda y temblorosa dijo desde la espesura en francés:

—*Georges! Qu'est-ce-que c'est? Ah, non, ne me laisse pas*<sup>[19]</sup>!

Tras una angustiosa pausa, los arbustos se abrieron para dar paso a un joven medio desnudo y bastante ebrio en actitud beligerante, en quien el arquero reconoció al primer vistazo a uno de los que compartía la tienda con Lymond. Stewart le lanzó una mirada cargada de odio.

—¡En nombre de Dios! ¿Qué está ocurriendo aquí...? —exclamó George—. ¡Crawford! —dijo reconociéndolo.

Lymond esquivó la inmóvil espada de Stewart y en tres zancadas se plantó en el claro haciéndose bien visible a la luz de la luna.

—¡George, gracias a Dios! ¿Le habéis visto? Ha huido por allí —dijo jadeante, señalando con la espada hacia el bosque en la dirección opuesta en la que Robin Stewart se encontraba oculto entre las sombras.

Stewart, que se aprestaba a acabar con dos hombres en lugar de uno, se frenó en el último instante, el corazón desbocado.

—¿A quién? —preguntó el joven irritado.

—Era uno de los mercenarios. Un ladrón, supongo. En cuanto os oyó, salió huyendo.

—*Aïe! Bertrand!* —La voz de la joven resonó en el silencio—. *Ç'aurait dû être Bertrand!*<sup>[20]</sup>

Había aparecido en un extremo del claro, con el cabello revuelto. Una lugareña, sin duda, pensó Stewart. La joven llevaba un largo y rústico sayón de holgada factura que contrastaba con los ceñidos y asfixiantes corsés de moda que llevaban las damas, revelando su humilde cuna. Ni ella ni su acompañante parecían haberse fijado en los tupidos árboles que se apretaban al borde del claro, detrás de Lymond. Tras un momento de duda, el arquero retrocedió ocultándose entre ellos.

—¿Era un hombre robusto? —El impulsivo amante parecía repentinamente interesado—. ¿Con la barba negra y un chaleco apestoso de cuero mal curtido?

—¡Por Cristo! Así es —dijo Lymond tras una mínima pausa. Después continuó en tono pensativo—: Ciertamente soltaba un cierto tufillo... ¿Su hermano?

—Mi marido —dijo la chica y gimió—: Seguro que os seguirá, Georges. No parará hasta mataros. ¡Rápido! —insistió tirándole del brazo—. Tenéis que huir.

—Marchaos en aquella dirección —dijo señalando el lugar por donde habían venido—. Es el camino más corto para volver al campamento. —Hizo una pausa—. ¡Pero hombre! ¿Seréis estúpido? ¿Es que no lleváis espada?

George, balanceándose ligeramente, estalló:

—¡Lo mataré con mis propias ma...

—No tendréis la menor oportunidad. Aquí, tomad la mía.

El joven extendió su mano hacia el arma pero la retiró inmediatamente.

—¿Pero y vos...?

—A mí no volverá a molestarme. Le hecho probar mi acero. Además, a estas alturas ya sabrá que se ha equivocado de hombre. Apresuraos, imbécil. Y buena suerte.

Empujado por su amada, George no lo dudó un segundo más. Con la joven de una mano y la espada en la otra, desapareció raudamente en la espesura. Lymond, solo a la luz de la luna, se dejó caer entre jadeos sobre la alfombra de helechos, sin fuerzas ya para contener la risa.

—Esto se parece cada vez más a un concurso de disparates —dijo Francis Crawford sentándose cuando se le hubo pasado el ataque—. Antes de rebanarme el cuello, querido Robin, ¿podríamos hablar?

Mucho más tarde, Stewart constataría que el destino había intervenido para ayudarlo. Pero en aquel preciso momento, mientras se esforzaba por aplacar la ciega furia que lo embargaba, lo único que sabía a ciencia cierta era que Lymond no había aprovechado la oportunidad que le había caído del cielo para delatarle o para escapar,

sino que en lugar de eso, había realizado un inconfundible e incontestable gesto de neutralidad: había entregado a otro su espada, quedándose desarmado.

Estaban solos en el bosque. La soledad se hizo palpable en cuanto se apagó el rumor de las apresuradas pisadas. Las voces y el entrechocar de las armas habían alejado cualquier atisbo de vida salvaje de los alrededores, dejándolos únicamente en el claro a él y a Lymond. Stewart, tembloroso e invadido del sudor frío y la náusea que se produce tras los momentos de extrema tensión, se acercó espada en mano hacia su enemigo, que seguía sentado en el suelo en medio del claro del bosque.

Se quedó mirando un largo momento el largo cuello del joven, expuesto y vulnerable.

—¿Puede saberse para qué habéis hecho eso? —preguntó furioso el arquero—. Queréis algo de mí, ¿no es cierto? Algo que necesitáis para vuestra propia supervivencia ¿verdad? Al menos eso espero. De todas formas tened por seguro que no pienso atender vuestro deseo y que no saldré de este bosque sin haberos antes arrebatado la vida.

—Condenado y muerto por su propia soberbia. Sí, sí, ya sé. ¿Cómo logró lord d'Aubigny que os escaparaís?

—¡Lord d'Aubigny! —La sorpresa hizo enmudecer al arquero durante unos instantes. Después exclamó—: He escapado sin la ayuda de nadie, gracias. ¿Acaso estáis loco? Su Excelencia, como bien sabéis, tiene más razones que nadie para desear que me ejecuten.

—¿Ah, sí? La última vez que le disparasteis no le hicisteis sangre precisamente, querido mío. Vuestra libertad sólo podría beneficiarle.

—¿Cómo? —Su voz sonó llena de desprecio.

—Pues matándome a mí, evidentemente —dijo Lymond con calma—. Y después, cuando acabara con la pequeña Reina, cargándoos a vos con el crimen. Sólo después encontrarán vuestro cadáver. —Hizo una pausa—. Uno de vuestros guardianes se compadeció de vos, ¿verdad? Y se aseguró de que supierais dónde encontrarle cuando estuvierais libre, ¿no es cierto? Alguien bastante listo, desde luego, porque consiguió despistar a uno de mis hombres que estaba encargado de seguiros.

Nadie le había ayudado a escapar, insistió tozudamente entre maldiciones, con la dirección de André Spens quemándole en el bolsillo y su arco algo más allá, tirado en el bosque. Era cierto que ese hombre se había mostrado amable con él, pero de ahí a ayudarle a escapar...

Su expresión debió delatar sus pensamientos, porque Lymond se dirigió a él de nuevo:

—Pensé que querríais saber la verdad —dijo con suavidad—. La muerte de la pequeña María convertiría a d'Aubigny en un hombre muy poderoso. ¿Queréis que ese hombre la asesine?

Lo último que el arquero deseaba era contribuir a la gloria de aquel odioso caballero. Pero ¿cómo podría evitarlo?

—Claro, qué cabeza la mía, se me olvidaba —dijo ásperamente Robin Stewart—. Vos, que sois experto en aquelarres, no tenéis más que hacer un conjuro y echar unos polvillos en una marmita y ¡puf!, lord d'Aubigny desaparece del mapa. Siempre y cuando yo os perdone la vida, por supuesto.

—Os equivocáis. Yo no soy imprescindible —dijo Lymond, para sorpresa del arquero—. Si os empeñáis en matarme, difícilmente podré impedirlos. No se trata de mí. Pero os aseguro que la única forma de incriminar a d'Aubigny es que os entreguéis.

El rugido de incredulidad de Stewart acabó transformándose en una risotada, a lo que Lymond añadió con frialdad:

—¿Por qué no? ¿Para qué diablos os habéis escapado si no? ¿No decís que ya no deseáis vivir?

El arquero discurría a toda velocidad.

—¿Y vos por qué no le habéis pedido a ese estúpido muchacho de antes que os ayudara a apresarme? ¡Ah, claro! Os convenía más tenerme de testigo contra Su Excelencia. Pensasteis que os ayudaría en vuestro plan, entregándome por gratitud hacia vos.

—Quizás —dijo Francis Crawford. Había permanecido sentado durante toda la conversación, el cuerpo apoyado sobre sus manos extendidas tras la espalda. La oscuridad velaba la expresión de su rostro como un paño de gasa—. Todo parece indicar que el hombre que os ayudó a escapar puede ser el encargado de matar a la pequeña Reina; quizás sea, incluso, uno de los que lo hayan intentado anteriormente. Podríais ayudarme a perjudicar a d'Aubigny si me decís su nombre. Para hacernos daño a ambos, lo único que podéis hacer es matarme a mí aquí y ahora y a continuación entregaros al condestable contándole lo de vuestra huida amañada como atenuante. D'Aubigny no se atreverá a intentar matar a la Reina mientras vos estáis en prisión. Y entretanto, puede que encuentren pruebas contra él a través del hombre que os ha ayudado a escapar.

Una vez expuesto lo anterior, Lymond sacó de su bolsillo un pañuelo de seda, lo desdobló y procedió a limpiarse cuidadosamente la sangre que manchaba su rostro.

Observándolo a la tamizada luz de la luna, rodeado del silencioso bosque de hojas inmóviles y mullidos helechos, Robin Stewart meditaba sobre aquella disquisición, a cuya lógica aplastante hubiera sin duda prestado oídos sordos media hora antes, cegado por la ira y sediento de sangre. Tuvo que reconocer, aunque de mala gana, que Lymond había expuesto la situación con extraordinaria pericia.

—Si me hubierais apresado hace un rato, posiblemente también hubiera perjudicado a d'Aubigny al confesar los detalles de mi, según vos, amañada huida. —

Aquello necesitaba una aclaración—. Entonces, ¿por qué habéis actuado como lo habéis hecho?

—Creo que os debo un voto de confianza —dijo Lymond secamente—. Sé que no estáis en esta situación por propia voluntad, así que me parece justo que tengáis la oportunidad de decidir por vos mismo el camino a seguir.

Stewart avanzó hacia Lymond. No conseguía ver su rostro. De pie, con la espada proyectando su afilada sombra sobre aquel pálido cuello, el arquero dijo:

—Quitaos entonces esa cota de malla que lleváis.

El silencio pareció alargarse de manera interminable. Lymond, sin pronunciar palabra, desató y se quitó el jubón y después la cota de malla. El metal tintineó levemente, como el rumor de una pandereta agitada en la lejanía, como la cadena del ancla que asciende suavemente a la cubierta de una nave alejada de puerto: ¿Estaría partiendo quizás la última nave...?

—Ya está —dijo Lymond—. ¿Estáis satisfecho?

Palabras demasiado banales para lo que podía consumarse. Stewart, tenso hasta lo indecible, había conseguido por fin distinguir el rostro de su enemigo. No había rastro de temor en la expresión de Lymond. Aquellas nobles y delicadas facciones tan sólo mostraban unos ojos pensativos algo ensombrecidos. Era fácil deducir que Francis Crawford no sabía lo que él, Stewart, habría de hacer. Aguardaba con encomiable paciencia su decisión.

El peso de la espada devolvió al arquero a la realidad. Aferró con fuerza la empuñadura y la levantó de nuevo. La tenue luz serpenteó con acentos argénteos por su filo.

—¿Estáis satisfecho? —La voz de Lymond sonó de nuevo, desprovista de emoción.

Aquellas palabras parecieron abrirse paso por entre la triste maraña de sentimientos del arquero hasta alcanzar el palpitante núcleo que contenía la marea de emociones que, desbordándose, treparon por su flaca garganta haciendo que la prominente nuez del hombre se agitara cómicamente. Stewart cayó de rodillas soltando la espada, que aterrizó con un ruido sordo sobre la oscura hierba y, cubriéndose el rostro con las huesudas manos, estalló en sollozos.

Francis Crawford, cuyo pundonor jamás le hubiera permitido semejante desahogo, se mantuvo totalmente inmóvil. «*Je t'en ferai si grande vengeance Qu'on le saura par toute France*», como alguien escribiera antaño. «Tan grande será mi venganza que toda Francia lo sabrá». Noble era la lid.

Empero, nada había de noble en aquella piltrafa plañidera y desmelenada que se había hincado de hinojos a sus pies. Después de exteriorizar sus sentimientos, Stewart se sintió aliviado y, enjugándose las lágrimas que le resbalaban por el rostro, recobró el aliento, abrió los ojos y se quedó mirando el suelo.

Las palabras que se disponía a proferir iban a sonar sentimentales, la contracción de sus labios no dejaba lugar a dudas a este respecto. ¡Necio de él! Aún no se había dado cuenta de que alguien con la experiencia y el temple de Lymond podría haberle sojuzgado, arrebatado la espada y llevado de vuelta al campamento descamisado y desarmado, sin tener que recurrir para ello a la ayuda de jóvenes pisaverdes semidesnudos ni de sus amantes...

El arquero alzó la mirada con el ceño fruncido. Antes siquiera de que pudiera pronunciar palabra alguna Lymond le espetó:

—Pero vamos a ver, la bastardía no es motivo suficiente para todo esto y si no, recordad a Bayard. ¿Quién es vuestro padre? ¿El último Señor de Aubigny? ¿Roberto el Viejo?

El rostro de Stewart se demudó, con la boca semiabierta. No es que guardara un gran parecido con d'Aubigny, pero no podía descartarse el parentesco. Su tío abuelo había conservado, en su ancianidad, un gran vigor. Stewart tragó saliva. Por fin acertó a decir, no sin cierto temblor en la voz:

—No puedo probarlo. En todo caso, ella estaba fuera de la tahona. No se casaron. Si lo hubieran hecho...

—Hoy se os daría a vos el trato de lord d'Aubigny. A cualquiera en vuestra situación se le nublaría el juicio fácilmente. Habrías sido un buen amo, ¿o no?

Stewart se arrastró a gatas hasta un tocón cercano en el que se encaramó, sentado.

—Tan bueno como él —masculló con violencia.

—¿De veras lo pensáis? Imagino que podríais haber hostigado a vuestros protestantes, pero ¿acaso habrías valorado adecuadamente vuestros bonitos edificios adornándolos con obras de arte? ¿Habrías gastado sus buenos dineros en joyas y ropajes finos, en músicos y tapices? Ni él ni vos tenéis dotes de mando. Ninguno de los dos se ha cubierto de honores en los campos de lid. Si en las armas no destacáis, habéis de perfeccionar los placenteros artes del ocio.

—¿Con qué recursos?

Preso de una ira incipiente, Stewart se ofuscó y, revolviéndose cual jabalí, exclamó:

—John Stewart de Aubigny vive y vivirá entre sedas y vino gracias a su apellido. Al igual que lo hacéis vos. Os tomáis la vida, todos los de vuestra casta, como si el mundo fuera un mullido lecho. ¡Los placenteros artes del ocio! ¡Válgame Dios! Cuando uno nace con derecho a una mala cuchara y a un raído vestido, cuando lo único que se puede llevar a la boca y lo único que lleva auestas y lo único que le guarece es el condenado sudor de su propio cuerpo, ¡malditas las ganas que le quedan de meterse en los placenteros jaleos del ocio!

—En otras palabras —repuso Lymond desde la oscuridad, con un tono absolutamente indiferente—, vuestro impuesto oficio se limitaba a ser práctico.

Cuando corrimos juntos la carrera de obstáculos, llevabais las calzas agujereadas, la bolsa vacía y vuestro cabello necesitaba un buen corte. Vuestros modales, tanto en vuestras relaciones sociales como en las personales, corresponden a los del hijo de una panadera. Vuestro alojamiento, cada vez que he podido verlo, no brillaba precisamente por su orden ni por su limpieza. En la esgrima, acabo de constatar que tenéis una marcada tendencia a lanzar estocadas a la izquierda, defecto sobre el que sin duda habéis debido ser prevenido en repetidas ocasiones. Y desde luego, no sois capaz de esquivar un *coup de Jarnac*<sup>[21]</sup>; he ensayado esta noche tres veces esa finta con vos... Todo lo que acabo de mencionar tiene que ver con vuestro oficio, Robin. El éxito que tanto anheláis sólo se consigue con tesón, esmerándose en el trabajo. Debéis refinaros. Todo lo que hagáis debéis realizarlo de forma concienzuda y esmerada. No debéis pasaros la vida suspirando por los señoríos que no poseéis ni envidiando las cualidades de los demás. No hace falta ser un genio para poder llegar lejos en la vida —afirmó Lymond—. Pero jamás conseguiréis nada si vuestra energía la dedicáis al resentimiento y a soñar con lo que no poseéis. Nunca os dedicasteis con verdadero ahínco a ser un excelente arquero; nunca pusisteis el alma en ello. Al final, habéis conseguido no ser ni gran señor ni buen soldado, sino un saco de rencores mal avenidos.

Lymond hizo una pausa y recorrió con su mirada la tensa y andrajosa figura sobre el tocón.

—Desearía —continuó Lymond incisivo, sin la menor indulgencia—, que nos hubiéramos encontrado hace cinco años. Me habríais odiado, como ahora lo hacéis, pero los Stewart contarían en estos momentos con un hombre.

—¡Creado por vos! —Stewart se había puesto en pie de un salto. Su cabeza bloqueó el resplandor de la luna.

Lymond respondió en tono sardónico:

—No es necesario destacar en nada para poder enseñar.

—Excepto en hipocresía —dijo Robin Stewart—. Vos me enseñasteis a respetaros y mientras, estabais trabajando como espía. ¿Y a O'LiamRoe? ¿Qué le enseñasteis a él? —Soltó una risotada que sonó forzada—. Ya he visto que ahora va afeitado. Rompió el juramento que me había hecho sin pestañear siquiera, después de que volvierais a hablar con él. ¿Tampoco él es ni un gran señor ni un hombre práctico, verdad?

—Al contrario —dijo Lymond—. Está bastante cerca de ser ambas cosas.

—Para cuando Francis Crawford haya acabado con él, no será ninguna de las dos —replicó Stewart, los brazos colgándole flácidos a ambos lados del cuerpo, como dos ásperas y abandonadas maromas—. Caerá llorando de rodillas a vuestros pies. —La ronca voz del arquero se interrumpió, asfixiada por la repugnancia que sentía de sí mismo. Cogió aire y prosiguió—: No sois demasiado comprensivo con los bastardos,

¿verdad? No os hace mucha gracia que ensuciemos con nuestras patazas vuestra pulcra alfombra hasta que aprendamos buenos modales, ¿cierto? ¿Qué opina de eso Richard Culter?

Se hizo un silencio.

—¿De que? —preguntó Lymond con voz tranquila.

—De las costumbres de vuestro famoso abuelo. Un reconocido hombre de familia. Pero algo descuidado con el lecho en el que se acostaba. ¿Qué opina Su Excelencia sobre los rumores que corren?

Lymond se levantó. A pesar de no ser tan alto como el arquero, su voz poseía una cualidad tal que pareció cortar en tiras el espacio que los separaba.

—¿De qué rumores habláis, Stewart?

El arquero se apartó unos pasos. No contestó directamente.

—Al actual heredero al título le han puesto Kevin, ¿no es cierto? Se lo oí comentar a la mujer de Erskine en una ocasión. Vuestra madre no quería que le pusieran Francis, ni tampoco el nombre de vuestro padre. Creo que podéis imaginaros la razón.

El arquero no alcanzó a ver el brazo de Lymond, solo sintió el brutal puñetazo sobre su tenso y huesudo rostro. La luna pareció fraccionarse en minúsculos planetas que se disolvieron sobre sus mejillas mientras caía.

Cuando despertó se encontraba solo, tendido entre la espesura del bosque, su arco y su espada junto a él. No debía haber sido fácil para Lymond encontrar su arco.

Robin Stewart se incorporó y, llevándose a la cara las manos, apretadas en sendos puños, maldijo a Francis Crawford con una voz cargada de odio y añoranza.

Hacía calor. En Châteaubriant las guirnaldas se marchitaban y la pintura, aún fresca, que lucían el nuevo palacio y la vieja fortaleza feudal, se ampollaba en trémulos cabujones. El calor agostaba los jardines y parques de la que fuera la antigua residencia de la amante del viejo Rey hasta que su marido se abriera las venas. Los poemas que los amantes se escribieron impregnaban aún el ambiente. La corte y los miembros más importantes de la embajada inglesa se alojarían juntos en uno de los espléndidos castillos que el condestable poseía en la ciudad. Las celebraciones en honor a la inminente embajada tendrían lugar en la entrada, en la cámara de audiencias y su galería y en el exterior, en el nuevo lago y sobre el recién estrenado campo de justas. Las fiestas habían sido planeadas en tono austero, acorde con la severa etiqueta que imperaba en la corte en los últimos tiempos. Los espectáculos previstos para amenizar la estancia de los invitados estarían también sometidos a la estricta etiqueta.

El mariscal de St. André, que se dirigía a Londres, había pasado antes por el castillo del condestable, donde había sido despedido con sus correspondientes

festejos. Después había seguido su camino tranquilamente hacia la capital inglesa para otorgar a Su Majestad el rey de Inglaterra la Orden de St. Michel y hacerle una serie de interesantes propuestas. El mariscal viajaba con un séquito de setecientas personas, varios cargamentos de trigo, la mejor banda de músicos del Rey, un personal de cocina de vastas proporciones y Boisdaulphin, el nuevo embajador francés, que llevaba, además, cien barricas de vino para su propio consumo.

El mariscal, que dejaba en casa a un hijo recién nacido, no había dado muestras de lamentar el presente viaje. Por su parte, el condestable no había entrado en detalles acerca de la destitución del embajador francés, Chémault. El mariscal de St. André se había puesto en camino con su nutrido séquito, deteniéndose al pasar por Saumur, donde estaba la embajada inglesa. Paralelamente, sir James Mason, que veía aproximarse encantado el final de su labor como embajador en Francia y esperaba impaciente el momento de pasarle a su afortunado sucesor las dos mil setecientas onzas de plata y valores que tenía en su poder, partió también para reunirse con sus paisanos en su lento viaje hacia Nantes.

En Châteaubriant todo estaba a punto para la llegada de los ingleses. Francia era verdaderamente experta en esta suerte de preparativos. Los invitados que llegaban a suelo francés, tanto los que lo hacían de buena gana como los que no, acababan por caer admirados ante el inagotable fasto que se ponía en movimiento para recibirlos. O'LiamRoe seguía todavía por allí, aquejado de una suerte de incómoda admiración por los inminentes eventos.

En realidad se había quedado a causa de la pequeña Reina. Stewart seguía en paradero desconocido. Desde la cacería con el guepardo, O'LiamRoe era bienvenido en la reducida corte de la Regente, pero él mantenía las distancias para no comprometer a Lymond.

A pesar de que sus sentimientos hacia Francis Crawford seguían siendo más bien amargos, no se sentía capaz de acusarle de algo que sabía no había cometido. Además, no le quedaba más remedio que reconocer que, por muy irreverente, despótico, rebelde y anárquico que aquel joven fuera, su presencia constituía la principal esperanza de salvación de la pequeña reina María. Por si fuera poco, a medida que los días pasaban, se le hacía más evidente, con gran dolor de su corazón, que aquella esperanza se sustentaba, como Lymond le había dejado claro, en la intervención de Oonagh O'Dwyer.

O'Connor no estaba alojado en el castillo por una cuestión obviamente diplomática que al príncipe de Barrow, con su manifiesta y probada neutralidad, no le afectaba. La señora Boyle y su sobrina, igualmente neutrales e inofensivas, estaban invitadas a asistir a los eventos que se celebrarían en el castillo. Durante la estancia de la embajada inglesa, las dos damas residirían en la ciudad, en la que habían alquilado un alojamiento que, sin duda, compartirían con el mencionado O'Connor

hasta que la embajada inglesa prosiguiera su camino.

Los ingleses no habían llegado todavía. Quien sí lo había hecho era la Reina regente con su séquito. O'LiamRoe acudió a visitar a la pequeña María tras solicitar el permiso de madame Françoise d'Estamville, dame de Paroy, la poco atractiva y rigurosa institutriz que había sustituido a Jenny Fleming y que cobraba cinco veces el salario (el remunerado en metálico, se entiende) de su antecesora. Una voz agradable y familiar proveniente de la estancia le hizo detenerse ante la puerta:

—Rey y Reina de Cantelon, ¿cuántas millas hay hasta Babilón?

A aquello siguió una risa infantil.

—Venga, seguid —dijo Lymond, a lo que la voz infantil, de marcado acento francés, continuó—:

—Ocho y ocho y otras ocho. No —le previno la voz infantil—, pedidme que las sume.

—No es necesario. —Lymond sonaba ofendido—. Puedo hacerlo yo solo.

Se hizo una larga pausa.

—Estáis tardando mucho —dijo María.

—No me metáis prisa.

—Yo puedo hacerlo mucho más rápido —dijo la niña—. Son veinticuatro.

—¡Es injusto! ¡Es injusto! Me falta educación —dijo aquella voz hermosa y cantarina—. Puedo contar con los dedos de las manos y los pies, pero a partir de ahí, debo confiar en mi buena y noble princesa María. ¿Lo repetimos?

—Vale.

—Rey y Reina de Cantelon, ¿cuántas millas hay hasta Babilón?

—Ocho y ocho y otras ocho.

—¿Llegaré allí aún de día?

—Si tenéis buen caballo y un buen guía.

—¿De cuántos hombres disponéis?

—De más de los que vos nunca tendréis. —Los dos se rieron a la vez.

Un paje abrió la puerta.

Mientras salía, Lymond se dirigió al Príncipe, que aguardaba en el umbral:

—¡Hola, Minerva recubierto de sudor! Como podéis ver, de momento no ha habido ningún intento. Sonreíd, Phelim. Fui a ver a vuestra dama pero no la encontré en casa.

O'LiamRoe soltó un largo y penoso suspiro.

—¿No hay nada que pueda hacer para impedirlo?

El rostro de Lymond se endureció.

—Entrad ahí —dijo sosteniendo la puerta abierta—. Y después volved a hacerme la pregunta, si podéis.

O'LiamRoe le sostuvo la mirada.

—¿Y Robin Stewart? —dijo sin retirar sus pálidos ojos del rostro de Lymond—. ¿Hay alguna novedad?

—Eso depende —dijo Lymond en tono neutro— de lo que vos llaméis novedad. Ayer estuve con él... tuvimos una conversación interesante, aunque algo ambigua.

—¡Virgen santa! —dijo O'LiamRoe desconcertado—. ¿De veras habló con vos? —Y añadió rápidamente—: ¿Cómo terminasteis? ¿Dónde está ahora? ¿Volvió a escaparse?

Lymond tardó en responder.

—Terminamos —dijo Lymond observando detenidamente el agitado rostro del Príncipe—, él inconsciente de un puñetazo en la cara y yo marchándome. Por lo que yo sé, sigue libre.

—Pero... —empezó O'LiamRoe levantando el tono, para bajarlo rápidamente a continuación— pero eso deja a la niña a merced de lord d'Aubigny... A menos de que hayáis encontrado pruebas contra él. ¿Lo habéis hecho?

Lymond negó con su rubia cabeza.

—Ya os lo he dicho. Nuestra común amiga no es fácil de encontrar. Imagino que es cosa de la señora Boyle. Pero tendrá que hacer acto de presencia en la corte para asistir a las grandes Lupercalias en honor a los ingleses.

Durante la breve visita que O'LiamRoe había hecho a la irlandesa, Oonagh, su blanco rostro marcado con un feo moratón, se le había quedado mirando con expresión arrogante y le había preguntado:

—¿Pero se puede saber qué le debéis vos a Ballagh, Phelim O'LiamRoe? ¿Es que estáis mal de la cabeza? —Luego, con expresión grave, continuó—: Está bien, sabed que por mi parte no tiene nada que temer. Si le acusara de ser Thady Boy Ballagh, seguramente yo misma tendría que responder a unas cuantas preguntas. Pero os lo advierto, más le vale dejarme tranquila, de lo contrario me las arreglaré para que le expulsen de Francia con mofa y escarnio.

Ahora Lymond le estaba diciendo que le había perdonado la vida al arquero a cambio de la de Oonagh.

—¿Y esta súbita ternura por el infortunado Robin? —añadió O'LiamRoe—. Por lo visto parece que ahora preferís sacrificar a Oonagh.

—Espero —repuso Lymond secamente— no tener que sacrificar a nadie. En cuanto a Stewart, me pareció justo no entregar el árbol caído al hacha del leñador, nada más.

—¿Y qué pasará con Oonagh?

—Mi querido Phelim —dijo Lymond separándose de él—, dejad de preocuparos. Ya me conocéis. Todo es cuestión de discurrir. Todo está en nuestra cabeza. El intelecto es nuestro verdadero maestro.

—Pues intentad —dijo el príncipe de Barrow con expresión grave—, decirle eso a

La corte estaba expectante. Durante todo aquel tiempo, aparentemente, la actitud generalizada hacia lord d'Aubigny no había experimentado ningún cambio. La acusación contra él parecía haber quedado agazapada en el inconsciente colectivo, a la espera de un posible paso en falso de d'Aubigny, que se daba perfecta cuenta de todo aquello. Pese a las atenciones, la cortesía y el cariñoso trato que Enrique le prodigaba, podría decirse que hasta en mayor medida que antes, d'Aubigny se sentía poseído por una franca desazón. Presa de una especie de furor infantil, viajó desde Angers hasta Châteaubriant y de allí, aprovechando el primer día que tuvo libre, hasta Nantes, de donde se trajo unas piezas de cristalería ahumada y una estatua de marfil y pan de oro atribuida a Fidias que debía medir aproximadamente medio metro de altura.

La belleza de la escultura despertó cortesés cumplidos entre sus amistades, pero d'Aubigny necesitaba algo más que aquellas parcas alabanzas para aplacar su estado de ánimo. Fue precisamente Francis Crawford, el heraldo Vervassal, quien inclinado sobre la hermosa pieza pronunció las palabras que Su Excelencia necesitaba oír:

—Hay una parecida en Roma. Nunca he visto nada tan exquisito. —Y prosiguió comparándola con otras obras de arte, con un discurso erudito que ponía de relieve su extraordinaria sensibilidad. Aquellas palabras, a pesar de estar lampando por los elogios, le supieron a d'Aubigny como un caramelo envenenado.

Sin embargo, desde fuera, nadie hubiera podido adivinar que el heraldo y d'Aubigny fueran enemigos. Desde hacía ya una semana, Francis Crawford no se despegaba de John Stewart de Aubigny, interpretando a la perfección su papel de ferviente admirador y colega escocés. Tan solo cuando Su Excelencia realizaba las tareas propias de su cargo o bien cuando se retiraba a dormir, perdía de vista a Lymond. Durante el resto del tiempo, era rara la ocasión en que John Stewart, al levantar la vista de la joya que en ese momento estuviera admirando, o del manuscrito que estuviera leyendo, no se encontrara con la presencia de aquel elegante heraldo de la Reina madre vigilándolo de cerca. La situación rondaba ya lo ridículo hasta para alguien como lord d'Aubigny, cuya perspicacia no podía calificarse precisamente de aguda, a pesar de lo cual se esforzaba en mantenerse lo más tranquilo e indiferente posible. Después de todo, se decía, aquello no podría durar mucho tiempo.

En los ratos que Lymond tenía libre, Margaret Erskine solía acudir a visitarle. Richard, antes de partir, la había informado brevemente respecto del nuevo papel de su hermano. Poco después del episodio del jabalí, cuando ella y Francis se habían encontrado por fin, el joven, parco en palabras sobre su propia situación y planes como era característico en él, sí se había extendido sin embargo sobre la breve

experiencia sajona de O'LiamRoe, describiéndosela con tal gracia que la había hecho llorar de risa. Había de nuevo brillo en su clara mirada y sus movimientos habían recuperado esa cualidad felina y elástica tan peculiar suya. Parecía totalmente repuesto en cuerpo y espíritu, aunque Francis, en ningún momento aludió al pasado.

El viernes de la llegada de Northampton, Lymond, paseándose despreocupadamente por los vacíos aposentos de la Reina madre, comentaba con Margaret:

—Querida mía, ¿habéis visto las calles? Están tan repletas de banderines como un tendedero y parece que están escribiendo sonetos en las propias estatuas. ¿Creéis que conseguirán encandilar a esos norteños de sangre fría?

—Según O'LiamRoe —dijo plácidamente Margaret—, en Westminter todas las estatuas tienen las peanas recubiertas de versos.

—Pero aquí en Francia, querida, las firman además —dijo Lymond, que acababa de llegar de la tienda de un perfumero y despedía una fragancia de rosas. Lucía también joyas de exquisita factura. Era evidente que tenía intención de acudir al baile. Sir George Douglas, que pasaba por allí magníficamente ataviado, se lo quedó mirando y sonrió.

—¡Qué donaire el de Vuestra Merced! Vais a deslumbrar a Lady Lennox —dijo.

Fue sin embargo al marido de Lady Lennox, Mathew Stewart, a quien Lymond vio primero. Estaba junto a Northampton en el momento en el que este presentaba sus respetos a las dos reinas escocesas. Lymond observó con expresión grave cómo el marqués le hacía una triple reverencia a María de Guisa, enojada cual cetáceo recubierto de moluscos y, acto seguido, besaba la delicada mano de la pequeña Reina, que había cubierto sus rizos pelirrojos con un precioso bonete de Moncel cuajado de perlas. La pequeña Soberana entonó con la gravedad requerida por el protocolo una frase en latín. Sin embargo, no podía ocultar, por el color encendido de su rostro, la incomodidad que sentía su cuerpo enderezado por el apretado corpiño y enmallado con mangas y medias adornadas con profusión de bordados, que si bien eran de seda no por ello facilitaban la respiración de la pequeña María.

Tampoco los hombres muy principales que se habían congregado alrededor de las regias anfitrionas, vestidos con blusas, jubones, camisas y con calzones holgados y ceñidos al talle parecían estar demasiado cómodos. El duque de Guisa, instalado en una calma jupiteriana, había dejado unas huellas oscuras en la vaina de su espada, y la barba de George Douglas, otrora hermosamente puntiaguda, pendía fláccidamente bajo su barbilla. Más tarde, cuando las Reinas procedían a recibir al escogido grupo que se había acercado hasta el estrado, el conde de Lennox se acercó hasta el tío de su esposa.

Tanto sir George Douglas como el conde de Lennox, Matthew Stewart, se sentían en Francia a sus anchas. Durante once años, Matthew había vivido y luchado en ese

país. Hacía tan solo ocho que el conde lo había abandonado en busca de pastos más verdes donde medrar. Su desertión en favor de Inglaterra había provocado el anatema del viejo rey de Francia y perjudicado a su hermano John Stewart de Aubigny, que había sido enviado a prisión en represalia. Pero había llovido mucho desde entonces. Inglaterra y Francia estaban a punto de convertirse en aliados y d'Aubigny era en la actualidad uno de los amigos íntimos del Rey. Aunque Warwick, que se había convertido recientemente a la religión reformada, no estuviera actualmente en los mejores términos con Lennox, todo saldría bien si Margaret conseguía mantener a raya a ese incómodo caballero llamado Francis Crawford de Lymond y si no le ocurría ningún percance a la joven reina de Escocia; al menos ninguno que pudiera hacer recaer sospechas sobre su implicación. Desde aquella conversación que mantuviera con su hermano John tiempo atrás sobre cierto delicado y escabroso asunto, le había horrorizado constatar que las actividades de d'Aubigny en Francia no hacían más que salpicar a los Lennox en Londres. Ocurriese lo que ocurriese, él no quería tener nada que ver. Margaret y él ya tenían la vida suficientemente complicada por su condición de católicos en un país de religión reformada.

Para exorcizar sus preocupaciones, Matthew Stewart llevaba encima toda su colección de joyas y se había vestido con gran esmero. Sir George, a quien tanto oropel no impresionaba lo más mínimo, le vio acercarse divertido.

—Qué encuentros más sorprendentes tiene uno que padecer —dijo cuando el otro estuvo lo suficientemente cerca para oírlo—. ¿Os parece conveniente esta visita, Matthew? Tenía entendido que no erais demasiado bienvenido en Francia.

La mirada apática de aquellos ojos desteñidos pareció cobrar vida. Matthew le miró con expresión airada.

—Siempre he respetado vuestra opinión sobre lo que puede o no considerarse como conveniente, querido George, pero ¿no creéis que nuestra presencia rebaja en cierto modo la rigidez dogmática de esta embajada? Imagino que ya habréis oído los rumores sobre lo sucedido en Saumur, donde ninguno de mis colegas reformados se inclinó ante el cáliz. En Orleáns no se les ocurrió otra cosa que repartir pan consagrado entre el populacho y en Angers, la delegación entera habría sido masacrada de no ser por la intervención del marqués.

—No lo sabía —dijo Douglas, francamente interesado—. ¿Qué hicieron?

—Sacaron una de las imágenes sagradas de la iglesia —dijo lord Lennox secamente—, y la pasearon por las calles tocada con un sombrero.

Sir George se rió.

—Pues allí no despertó precisamente el júbilo de la población —repuso Lennox—. En Nantes tuvieron que sacar las estatuas de los jardines y meterlas en casa para protegerlas de los ingleses que, por supuesto, llevan todo el viaje comiendo carne regularmente sin observar el precepto católico. Desde luego que este no es —dijo

lord Lennox, las ajadas mejillas cubiertas de rubor— el mejor momento para poner a prueba la paciencia de los franceses. Los chistes que circulan sobre el Santo Padre no caen demasiado bien en general.

—Pues entonces vos tendréis que hacer chistes sobre Warwick. Es una suerte al menos —dijo sir George, que no parecía en absoluto desanimado—, que Robin Stewart ya no esté con nosotros. Vuestro hermano lleva buscándoos desde que llegasteis. ¿Le habéis visto ya?

—No —respondió Matthew Stewart con sequedad—. Las aficiones de John me resultan un tanto fastidiosas.

—¿De veras? —preguntó sir George abriendo mucho los ojos con expresión de divertida sorpresa—. Así que no compartís las pasiones de nuestro querido d'Aubigny... Por cierto, ¿qué tal con la Reina madre? Su Majestad no es una mujer rencorosa. Después de todo rechazó la oferta de matrimonio de Bothwell al igual que lo hizo con la vuestra. ¿Habéis conocido ya a su nuevo heraldo? Tengo entendido que es un oficial encantador.

Sir George estaba convencido de que el conde de Lennox ya había detectado la presencia del heraldo Vervassal, cuyo tabardo bordado en azul, rojo y oro, reparado de los daños que le inflingiera el jabalí, resplandecía en medio de la elegante corte de María de Escocia.

—Si os referís a Lymond —dijo Matthew fríamente—, tuve ocasión de verle en Londres. No entiendo que pueda fiarse de alguien como él. Un caballero superficial capaz de venderle sus servicios al mejor postor.

—Según mi experiencia, si la Regente le concede poder, él no dudará en emplearlo para intimidarla a ella. Decís que es superficial, pero ¿no lo somos todos un poco? —dijo sir George—. En el fondo, aquí no hacemos otra cosa que mendigar, aunque llevemos una copa de oro en las manos. Estoy de acuerdo con vos en que nuestro amigo se muestra excesivamente orgulloso y va por ahí presumiendo de su apostura. Estaría encantado de verle cometer algún desliz. Al igual que lo estaría Margaret, sin duda. Ella estaría incluso dispuesta a darle un empujoncito para animarlo, ¿no creéis? —La mirada del marido de Margaret, perdida entre la multitud de cortesanos, se volvió con brusquedad hacia el afable rostro de sir George—. En cuyo caso —prosiguió, ensanchando su sonrisa—, yo seré el primero en aplaudirla.

Sir George pronunció aquellas últimas palabras con especial retintín, aludiendo al desliz de Margaret en el pasado. El cerúleo rostro del conde de Lennox palideció aún más, preocupado porque pudieran escucharlos. Cerca de ellos, unos cuantos caballeros, al tanto sobre los rumores que relacionaban a la condesa con Lymond, al ver la expresión de odio de su rostro demudado, hicieron una mueca.

Sir George, que se sentía bastante invulnerable desde que su hijo se había desposado con la heredera de Morton, no pareció afectado en lo más mínimo.

Tras la recepción tuvo lugar el banquete, y tras el banquete la mascarada. Después dio comienzo el baile en el gran patio, donde las nuevas fuentes habían sido llenadas de vino tinto sobre el que flotaban a aquellas horas multitud de insectos. Los enrejados que separaban a los danzantes de la cúpula estrellada del firmamento aparecían cuajados de racimos de uva moscatel.

El espacio se llenó con las primeras notas del branle, al que siguieron gallarda, chacona, alemanda, pavana y minueto español. La música inundó el patio y flotó entre los frutales, sofocando el torpe francés proveniente de gargantas inglesas mezclado con el otro, más hermoso, que pronunciaban los cortesanos más cultos y refinados del mundo.

Desde la majestuosa arcada colindante con el Château Neuf, la reina Catalina observaba la danza rodeada de sus damas, entre las que se encontraba Margaret Lennox.

En el gran patio, las parejas progresaban al son de la música en una profusión de satenes y terciopelos, de sedas bordadas con rutilantes gemas y brocados de oro y plata, las plumas de avestruz de los bonetes y tocados rozando los racimos de uvas de las pérgolas. Gallardos caballeros de esbeltas piernas y anchos hombros sonreían, y sostenían en sus enguantadas manos a las damas, espléndidas con sus escotes cuajados de joyas, sus cejas cuidadosamente depiladas, las amplias mangas flotando como trémulas mariposas sobre las delicadas manos que, levantando el borde de los vestidos, dejaban al descubierto porciones de medias y bailarinas venecianas. Lo más granado de aquellas tres naciones inclinaba su altiva cabeza, se detenía, se dispersaba y volvía a reunirse dibujando arabescos sobre la pista de baile.

Más tarde los danzantes fueron sustituidos por cupidos que, provistos de humeantes antorchas, bailaron una moresca en el amplio patio. Damiselas tapadas con velos y caballeros enmascarados cantaron y recitaron versos. En aquella velada no hubo tartas de proporciones gigantescas, ni leones, ni estatuas vivientes... La fantasía quedó relegada para ocasiones venideras. En cambio, los pajes repartieron guirnalda de flores, vino y cestos de mimbrés con hermosas máscaras de gato.

Oonagh O'Dwyer, con su oscuro cabello recogido y enjoyado, su estilizada silueta oculta bajo el rígido damasco de su vestido, escogió la de un gato persa, sus verdes ojos centelleando como esmeraldas bajo la piel gris ceniza de la máscara. La radiante sonrisa que dibujaban sus labios perfectos había captado la atención del atezado Tom Butler, décimo conde de Ormond, uno de los zalameros jóvenes irlandeses que O'LiamRoe había conocido en Londres y que había llegado con la embajada inglesa. Ormond se había criado con Eduardo de Inglaterra, y consideraba aquel país como el suyo propio.

Oonagh, consciente del escrutinio al que el joven la estaba sometiendo, se concentró en seguir el astuto y malicioso plan en el que se había embarcado. El joven

parecía presa fácil de sus encantos, como su tía Theresa le había vaticinado. También Cormac, la mirada encendida por la emoción de un nuevo plan, había dicho:

—Claro que ella puede cautivarle, ¿pero cuánto tiempo creéis que podrá mantenerlo en esa situación? Porque de eso se trata, mi adorada, oscura y fría sirena. Ahí está el reto, mi morena sirena, necesitaréis de todo vuestro encanto y persuasión para atraeros a ese cachorro suave y perfumado y sacarlo de su nido inglés. No será fácil —dijo mientras acariciaba con mano perezosa la tensa mandíbula de la mujer y observaba la fina red que la falta de sueño había tejido bajo aquellos insondables ojos—. No, no será fácil —repitió—, pero lo haréis, corazón mío. Por el amor que me profesáis, lo haréis.

Así pues Oonagh, ocultando bajo la máscara el crudo testimonio del pasado enfado de su amante, había aceptado aquel baile con el décimo conde de Ormond, pensando con desmayo que en algún lugar, bajo aquellas pérgolas, en la cálida y perfumada noche, se encontraba el joven que había llegado a Francia con el único y decidido propósito de desafiarla. Mientras bailaba en brazos del conde había olvidado por un instante que él también podría estar allí, entre los danzantes, o bien al resguardo de la oscuridad de los jardines, o bajo la tibia luz del castillo y de la arcada. No llegó a verlo siquiera cuando, de la mano de su pareja, avanzando al compás de la música, una voz cálida y dulce como la miel le llegó a los oídos. La voz se desvaneció poco después, llevada por el vaivén preestablecido de la danza palaciega, para volver otra vez, desde otro ángulo, audible lo justo entre los compases de la música y el rumor de las conversaciones.

Sin poder evitarlo, giró en redondo y lo vio.

Ante ella, sin antifaz, se hallaba el joven cuya imagen pervivía en sus recuerdos desde que, vendado y sedado, yaciera postrado y prisionero en su habitación de Blois. También él, acostumbrado a ser el blanco de tantas miradas durante aquel viaje a Angers, reconoció en los ojos de Oonagh la expresión imperturbable que tan bien recordaba. La música cesó, la danza amainó. La pareja de Oonagh se dio entonces la vuelta para encararse con Francis Crawford, que seguía dirigiéndose a ella con total naturalidad, en sus ojos una mirada maliciosa que nada bueno dejaba presagiar.

—*C'est Belaud, mon petit chat gris, C'est Belaud, la mort aux rats... Petit museau, petites dents*<sup>[22]</sup>.

Buder, que no entendía el francés, contestó en un inglés ceceante, frío y atiplado:

—Dispensadme, ¿sois acaso el heraldo?

—De su Alteza Nobilísima y Excelentísima la reina madre de Escocia. Me llamo Crawford y solicito de Vuestra Merced que me conceda el llevar a esta dama a presencia de mi Reina.

Después de un breve silencio, Buder contestó en tono de fastidio:

—¿Desea la Reina madre hablar con la señora O'Dwyer?

—Con la venia de Vuestra Merced, y la de esta dama.

—¿Ha de ser ahora?

—A la mayor brevedad posible.

—No encuentro que este sea el momento más indicado, pero claro... —replicó en tono ligeramente desabrido el irlandés que había pasado gran parte de su existencia en calidad de paje en Londres.

—Lo entiendo —repuso tranquilamente Lymond. Acto seguido, ofreció su brazo a Oonagh.

Ella aceptó la invitación de Lymond, no porque pensara, ni por asomo, que la Reina madre quisiera realmente hablar con ella sino porque no se le ocurría nada que pudiera hacer para evitarlo. Lymond, con aquella hermosa mujer caminando a su lado, se apartó del conde de Ormond, dejándolo confundido en medio de la pista de baile. La señora Boyle, presa de un arrebatado de furor, observó la escena desde una lejana arcada mientras una lívida Margaret Lennox se dejaba caer en su asiento, anonadada. La música volvió a sonar con fuerza y los dedos de cincuenta parejas de bailarines se entrelazaron gentilmente para emprender lentamente una pavana cerrándole inadvertidamente el paso a la enfurecida tía Theresa, que se había lanzado en pos de los dos jóvenes.

Para cuando por fin consiguió alcanzar el mullido césped de los jardines, Lymond había desaparecido junto con su sobrina.

Merced a un generoso soborno, no había ningún guarda ante la estancia oscura hasta la que Lymond había conducido a Oonagh. Nadie, aparte de ellos, ocupaba la habitación, a pesar de que sus ventanas con celosía dieran al salón de baile. Se trataba de un dormitorio pequeño y ordenado en el que flotaba un olor penetrante, difícil de identificar.

Al día siguiente, Oonagh tendría el brazo dolorido por la presión con la que Lymond la había sujetado cuando, sonriendo, le habló y la sacó de la muchedumbre festiva. Lymond sabía muy bien que Oonagh no estaba en condiciones de montar un escándalo. La tenía bien atrapada. Lymond supo, por los ojos dilatados y enfurecidos que brillaban tras la máscara, por la respiración jadeante y entrecortada que le agitaba el pecho, que aquella fiera estaba dispuesta resueltamente al combate. En la estancia mal iluminada de Château Neuf, Oonagh, silenciosa, con la mirada puesta en Lymond, sólo tenía en mente lo que se había propuesto tiempo atrás. Como el de ella, también el rostro de Lymond estaba en la penumbra, su piel y sus ropajes centelleantes húmedos y salpicados del tinto líquido de las fuentes. El joven la había soltado tan pronto hubieron entrado en el dormitorio. Seguía allí, inmóvil.

Oonagh se acercó a la ventana. Atisbo entre los espectadores que charlaban cortésmente y pudo distinguir la cabellera gris de la frustrada señora Boyle, que se

dirigía hacia el castillo. No la dejarían entrar y aunque lo consiguiera no podría dar con ellos, tal era el número de estancias. Lymond, en todo caso, había corrido el cerrojo de la puerta.

La bella irlandesa miró hacia la pista de baile. El Conde de Ormond se había buscado otra pareja a quien dedicar sus amables y delicadas sonrisas inglesas. Tendría que posponer la tarea que Cormac le había encomendado. No le preocupaba; a Cormac sí que podía manipularlo. Sabía que cuando Cormac, en última instancia, recurría a los puños, era porque se había dado intelectualmente por vencido. Pero Oonagh llevaba tiempo preparándose para este encuentro, como un atleta entrenándose para enfrentarse en la palestra. Su mente estaba en tensión, fuerte, firme. Se giró a medias y su silueta se recortó en la tenue luz proveniente de la ventana. Apartó la careta y descubrió su rostro magullado.

Semioculto entre las sombras proyectadas por los encajes de la celosía, Lymond no aparentaba ni inquietud ni sorpresa.

—El precio a pagar por ser la *Petite Pucelle d'Irlande*<sup>[23]</sup> es muy alto, querida. Peores cosas hay, que ir de mano sudorosa en mano sudorosa, por mucho que la perspectiva os llene de espanto.

No contestó como habría hecho cualquier otra mujer: «¿Quién os lo dijo... Martine de Dieppe?». En lugar de eso, dijo:

—Antes de que os empeñéis en romper mis cadenas, haríais bien en averiguar si son tales. Nunca he hecho nada motivada por el miedo... Ni siquiera por temor a convertirme en una furcia cualquiera, Francis Crawford. O'LiamRoe es un sentimental, como sin duda vos sabéis. Si lo que os ha dicho es que estoy comprometida con Cormac por miedo al futuro, se equivoca.

—¿Ah sí? ¿Y que Cormac es un corazón joven y noble dispuesto a encenderse por Geraldine Ireland? ¡Hermoso debió de ser en verdad!

—El corazón noble sigue allí —contestó Oonagh—. ¿Qué diríais vos de él? ¿Qué se trata de un espectador o de un espía?

—Yo diría que es un hombre —repuso en tono jovial Lymond—, que no necesita que le mande ninguna mujer.

Oonagh se había llevado inconscientemente la mano a la cara. Se dio cuenta de ello cuando empezó a pellizcarse nerviosamente la mejilla. Apartó la mano. Inquirió no sin cierta amargura:

—¿Creéis que ansío el poder?

—Creo que habéis apostado vuestra vida en Cormac O'Connor y que habéis conservado vivo su primerizo amor en el níveo santuario de vuestro recuerdo sin reparar en que el deshielo tuvo lugar hace bastante tiempo. Las ambiciones de Cormac O'Connor no son hacia Irlanda sino hacia sí mismo. Puede que tenga todavía en alta estima vuestro cuerpo, pero más le interesa vuestra mente.

A Oonagh se le hizo un nudo en la garganta. Consiguió domeñar el arrebatado de ira que amenazaba con ofuscarla.

—Y vos, ¿para qué me queréis? —masculló—. Los cementerios y las cárceles de Europa están repletas de almas fallidas a causa de Francis Crawford, la soledad y Dios.

—Yo no os propongo, linda amiga —repuso Lymond secamente—, estar a vuestro lado para el resto de mis días, ni siquiera aspiro a seduciros y cobrarme así el pago de vuestra deuda. Lo que os ofrezco es la oportunidad de revisar vuestros ideales y sacar de paso algo en claro. ¿O es que os parece acaso imposible que coincidan con los míos?

—Por atractiva que pudiera parecerme vuestra oferta, adolece sin embargo de poca claridad. Si, llevada por mi ardiente patriotismo, traicionara los oscuros designios de otros, vos habríais de refrenar vuestros instintos más carnales. Retornaríais a Escocia triunfante y ungido por la Fortuna, Cormac se pudriría en una cárcel francesa acusado de haber intentado arrebatarse la vida a un rival irlandés y yo, apartando la mirada de ese Mesías alevoso, me resignaría a vivir en un ambiente aburrido y mucho más sano.

—No dejaría de ser una mejora respecto de lo que sucedió en la Tour des Minimes. ¿Cuál de las plácidas y patrióticas cualidades de Cormac os impulsó a perpetrar tamaño experimento? ¿Había averiguado, quizás, lord d'Aubigny que Francis Crawford no era O'LiamRoe y sospechaba que habíais contribuido, en vuestro propio provecho, al asesinato del hombre equivocado? —Oonagh se removió, incómoda, pero Lymond no tenía intención de soltar su presa—. Bien sabemos que lord d'Aubigny es el villano en todo este asunto. No hace falta insistir en ello. Luego, cuando Stewart le contó quién se ocultaba tras la identidad de Thady Boy, Su Señoría se dio cabal cuenta de que vos le habíais engañado.

—Reconocedme el no haber obrado con ligereza —contestó Oonagh escuetamente—. Sabía desde hacía tiempo que Phelim O'LiamRoe no era un rival tan serio como para inquietar a Cormac. —Ante el silencio de Lymond, añadió—: Arriesgué mi vida por sacaros aquella noche de la Torre. ¿Qué más queríais que hiciera? Era o Cormac o todos vosotros.

—O Cormac o todos nosotros —repitió como para sus adentros Lymond, oculto en las sombras de la habitación—. Las ambiciones de Cormac, el porvenir de Irlanda, subastados al precio de nuestras vidas y también al precio de la reina María... ¿Acaso no sabéis que lord d'Aubigny intentó asesinarla? Pero ¡claro que lo sabéis! Sospecho que lleváis mucho tiempo compartiendo los secretos de d'Aubigny y de vuestra tía. Su Excelencia ha intentado quitarme de en medio porque sabía que me habían enviado a Francia para proteger a la pequeña Reina... La pregunta es ¿cómo se enteró de mi misión? Pues por alguien que estaba en Escocia, alguien que rondaba

asiduamente el trono de la Reina madre con la esperanza de obtener de ella beneficios. ¡Vana esperanza, empero! Este alguien se interesaba en demasía por los Culter, tenía parientes en Londres y en Francia... Alguien muy allegado a d'Aubigny. Quién sabe, ¿Sir George Douglas, quizás?

Oonagh permaneció inmóvil ante las palabras de Lymond. Más tarde, se preguntaría si había sido precisamente su petrificada quietud lo que la había traicionado a los ojos de Lymond pues este, tras echarse a reír, continuó diciendo:

—Vos, por supuesto, sabíais a través de George Paris que la Reina regente acababa de proponer al por entonces desconocido O'LiamRoe, que visitara Francia. No había tiempo para atacarle en Irlanda, pero parecía sencillo hacerle perecer en un accidente durante su travesía. Después, Robin Stewart aportó su granito de arena animando a Destaiz a perpetrar el incendio de la posada «El Puercoespín», pero aquel torpe y fallido intento difícilmente podía pasar por un accidente fortuito, lo cual hizo que el arquero se ganase una buena reprimenda por parte de lord d'Aubigny. El siguiente intento de librarse de O'LiamRoe os correspondió a vos, querida Oonagh, cuando orquestasteis en Ruán el encuentro de O'LiamRoe con el Rey en la cancha de juego, haciéndole quedar como un idiota y consiguiendo que lo expulsaran del país. Pero por aquel entonces vos, por supuesto, ya habíais adivinado la verdad... ¿Qué fue lo que delató a vuestros ojos la verdadera identidad de Thady Boy? ¿Una mala actuación, un error gramatical, o quizás una especie de aura indefinible mezcla de las dos cosas?

—Vos aprendisteis gaélico de alguien de Appin hace mucho tiempo y recientemente habéis mejorado vuestro acento con alguien de Leinster, pero con frecuencia ponéis más énfasis en la segunda sílaba en lugar de en la primera, como se debe hacer. Es un error típico de un escocés —dijo Oonagh.

—Así que Stewart y Su Excelencia continuaron creyendo que O'LiamRoe era su apetecida víctima, y vos no les sacasteis de su error... D'Aubigny se llevó a la pobre Jenny Fleming a la Croix d'Or y la confrontó con el Príncipe. Debió pensar que ambos eran unos actores consumados. Y después debió de sentirse de lo más estúpido cuando se enteró de que en realidad no se conocían de antemano. Y a buen seguro se sentirá furioso, querida mía, si descubre que vos lo habéis sabido todo este tiempo.

—Eso es asunto mío —dijo Oonagh. Su voz sonó poco convincente hasta para ella misma—. Vos me pedisteis hace tiempo que os dejara lidiar con ese hombre. ¿Por qué no lo hacéis de una vez?

—Ya sabéis lo que quiero —dijo Lymond en tono tranquilo—. Necesito pruebas contra d'Aubigny. Destaiz murió. Alguien, además de Stewart, debió ayudarle en algún momento. D'Aubigny no puso la cuerda en Amboise con sus propias manos. Dadme un nombre. Eso será suficiente.

La tenue luz proveniente de la fiesta iluminaba a medias el magullado rostro de

Oonagh, cuyas manos, aferradas al alféizar de la ventana, mostraban los nudillos blancos de la tensión. Estaba pensando. Pensaba en el episodio del órgano en Neuvy y el recuerdo agitó su respiración, lanzó al galope su corazón y aumentó sus temores. También recordó la humillante serenata en el Hôtel Moûtier, que tuvo lugar en el momento preciso en el que ella esperaba poder entrevistarse con d'Aubigny para comentarle la llegada de Cormac a Francia y recordarle su promesa de hablar con el Rey en favor del irlandés. Lymond, ahora se daba cuenta, debía de haberla tenido vigilada, pues se había quedado por allí para estar cerca de ella con el fin de comprobar si su repentina marcha de Neuvy tenía algo que ver con Cormac y, de ser así, descubrir con quién había quedado ella en Blois aquella noche. Debía saber que aquella era la única que pasaría allí, dado que al día siguiente tendría que volver a Neuvy puesto que los Moûtier se iban de la casa.

Pero Lymond no se había contentado con rondar por allí y esperar los acontecimientos, maldito fuera. Se había hecho acompañar por media corte y los había plantado bajo su ventana. Ella, de pie en el balcón, transida de ira y de vergüenza, se había visto obligada a recurrir a la ayuda de O'LiamRoe, que había accedido a enviar a Piedad Dooly al castillo de Blois con un mensaje suyo. Piedad había salido a hurtadillas del Hôtel Moûtier y, en respuesta a su mensaje, Robin Stewart había acudido a verla para recibir las noticias sobre la llegada de Cormac y hacérselas llegar a lord d'Aubigny. Pero también Lymond había conseguido frustrar aquello. Se había llevado con él a Robin Stewart en su carrera sobre los tejados y casi había logrado atraérselo a su causa. Por un momento, Oonagh se preguntó si O'LiamRoe le habría contado a Lymond que aquella noche había permitido que Piedad hiciera aquel recado para ella. Rápidamente, se deshizo de tal pensamiento. Había llegado la hora de demostrar su fuerza y su valor. No era momento de flaquezas ni de simpatizar con O'LiamRoe.

—No puedo ayudaros —dijo.

Se encontraban cada uno a un extremo de la vacía habitación. El silencio se cernió sobre ellos.

—Apelaremos entonces a vuestros sentimientos. —La voz de Lymond sonó tranquila—. La reina María no tiene más que ocho años.

—Ocho años, comida a manos llenas y un lecho perfumado donde dormir. Una niñera para vestirla y más joyas de las que le caben sobre el pecho. El mayor lujo al que aspira un niño irlandés es a un plato de comida.

—¿Y creéis que la rebelión que pretende Cormac les aportará mucha?

—Les traerá la libertad. Lo demás llegará después.

—Habláis como si María tuviera elección —dijo Lymond—. Su muerte provocará una guerra fratricida en Escocia, al igual que ha ocurrido en vuestra patria. ¿Es que no sois capaz de ver más allá de un solo hombre, de un solo país?

—Vos no me conocéis —dijo Oonagh.

—Conozco vuestro orgullo. Habéis intentado compensar la menguante catadura moral de vuestro amante agrandando su causa. Una mujer más humilde le hubiera apuñalado, simplemente.

Oonagh se quedó mirándolo; el contorno de su rostro se le aparecía borroso en la titilante penumbra mientras sentía cómo la rabia se apoderaba de ella.

—Entonces ya somos dos —dijo con dureza—. Un hombre menos vanidoso que vos le hubiera matado antes de que ella tuviera necesidad de hacerlo.

—Parecís pensar que la muerte es el único camino. Nunca —dijo Lymond— se me ocurriría ofenderos con insulto semejante. En todo caso, sois una mujer comprometida con vuestra causa, ¿no es cierto? Lo que necesitáis en un nuevo Mesías. El príncipe de Barrow podría serlo.

—Quizás. —Oonagh sentía el sudor frío bajo el grueso tejido de damasco. Los ojos, cansados de mirar en aquella perfumada oscuridad, le escocían y sentía pesados los párpados.

Era consciente de que aquella era una batalla que difícilmente podría ganar. No se hacía ilusiones al respecto. Lymond haría todo lo necesario para conseguir la información que deseaba. El comportamiento hasta ahora moderado de Lymond obedecía al respeto que el joven sentía hacia su condición de mujer, no hacia su persona en concreto. Pero aquello no iba a durar mucho. Estaba entre la espada y la pared, enfrentada a sus propias convicciones. Sabía que tenía que recurrir a todo su ingenio.

—Pero vos le convenceríais de lo fútil de su empeño —dijo Oonagh escogiendo cuidadosamente sus palabras—. No importa. Príncipes ambiciosos en Irlanda hay tantos como gotas de agua en el océano. Alguno servirá.

Llevaba tanto tiempo preparándose para aquella inevitable contienda verbal que, siempre supo, habría de tener lugar entre ellos... Con la sangre palpitando en sus venas, esperó la réplica del joven. El silencio se alargó ahogando los leves murmullos de las charlas y las risas, engullendo el lejano rumor de la música y la danza.

Lymond dijo por fin:

—Así que nunca habéis amado.

—¿Lo habéis hecho vos? —replicó ella.

Lymond no contestó. En lugar de hacerlo, en un tono profundo que hizo que Oonagh cerrara repentinamente las manos en sendos puños, dijo:

—El hombre que hay en O'LiamRoe empieza a despertarse. No me interpondré. ¿Cómo podría?

—Así que debería —dijo ella en un tono rebosante de desprecio— abandonar a su suerte a una nación moribunda y enterrar su depauperado cadáver entre las malas hierbas de la hermosa campiña francesa. ¡Mostradme al hombre, medio despierto o

despierto del todo, capaz de convencerme para hacer tal cosa!

Sus palabras sonaron poco convincentes hasta para ella misma. Palabras pronunciadas para persuadir, para clavarse tan profundamente en el otro como la espada se hinca en la tierra. De pie en aquella oscura habitación, haciendo frente a aquella voz aterciopelada e incorpórea contra la que oponía toda su energía, física y mental, Oonagh, a pesar de la fortaleza adquirida con los años, se sentía temblar. Tenía que evitar que Lymond le arrancara su secreto, que conociera su verdadera identidad. Mantendría su orgullo intacto a toda costa y conseguiría proteger a Cormac. ¡Por Dios!... pensó temblando, invadida de un sentimiento de furia. ¿Sería tan difícil de conquistar aquel joven como parecía? ¡Virgen santa! ¿Acaso iba a tener que hacerle la corte?

A pesar de la penumbra en la que ambos se hallaban sumidos, Oonagh estaba pendiente de cada uno de los movimientos de Lymond, pues su cuerpo respondía al del joven como si de una especie de caja de resonancia se tratara. A fuerza de escrutar en la oscuridad se hallaba como hipnotizada por el tenue resplandor que desprendían las joyas de su atuendo. Pero la tensión que la embargaba le impidió anticipar el silencioso acercamiento de Lymond hasta que fue demasiado tarde. Repentinamente se vio envuelta en su perfume y sintió unas manos posarse delicadamente sobre sus hombros.

—Hace un rato os prometí que sería capaz de contenerme... —susurró una voz junto a su oído—. Pero ¿no estaréis, mi sirena de verdosos cabellos, intentando seducirme vos, verdad?

La sombra de Lymond se superponía a la suya, proyectando una alargada silueta sobre las desnudas baldosas. Percibió su tibio aliento sobre la nuca, sus labios sonriendo contra su pelo. Oonagh levantó la barbilla y por un instante se quedó inmóvil, las dilatadas pupilas absortas en el vacío que poblaba aquella semipenumbra.

—¿Acaso tenéis miedo? —dijo al tiempo que apartaba las manos de él y se daba la vuelta para encararlo.

Recordaba bien sus facciones, pues había estudiado largamente aquel rostro mientras el malherido joven dormía postrado en la cama del Hôtel Moûtier, tiempo atrás. Pero nunca se había encontrado a solas con él, en un lugar cerrado y con Lymond en plena posesión de sus facultades. Estaba tan cerca de ella que podía sentir el calor que desprendía su piel. Las lámparas del jardín le permitieron distinguir unas pupilas de un azul profundo bajo las largas y rubias pestañas. La tenue luz nimbaba los cortos cabellos del joven de un halo plateado. Habló de nuevo en tono templado, pero Oonagh se dio cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo por controlar la respiración:

—La estrella de Gormluba era hermosa. Blancas eran las perlas que dejaban entrever sus labios y blanca, como la nieve recién caída que corona las montañas, la

piel que ocultaba su vestido. Su níveo cuello era esbelto y delicado. Su mullido pecho se alzaba en dos orgullosas cumbres y el rojo de sus labios hacía palidecer a la rosa más hermosa. La espuma de las olas parecía turbia al lado de la blancura inmaculada de sus manos. Sus ojos brillaban como los rayos del sol. Era tan bella la doncella de Gormluba que los poetas no encontraban palabras para describirla...

Aquellas palabras pronunciadas en gaélico le hicieron recordar el talento musical de Lymond, la destreza con la que acariciaba las cuerdas del laúd, la maestría de su canto. Ella le contestó en la misma lengua, su cuerpo respondiendo instintivamente al homenaje que le rendían sus palabras. Le miró a los ojos y sintió que se perdía en aquellas insondables pupilas color aciano.

Sin despegar de ella la mirada, Lymond cerró la gran contraventana interior sumiéndolos a ambos en la oscuridad. Oonagh todavía pudo captar un atisbo de su intensa expresión antes de que el pequeño rectángulo de baldosas que las luces del exterior había iluminado se desvaneciera por completo. Envueltos en aquella tibia oscuridad, la mujer sintió cómo Lymond, entrelazando con suavidad sus manos, la atraía hacia él para besarla.

Su cuerpo respondió al abrazo con inusitada violencia, derribando de un plumazo los muros de contención que su férrea voluntad había levantado. La embargó un sentimiento de triunfo indescriptible y, de haber sido capaz, le hubiera detenido, pero el torbellino de sus sentimientos arrasó todo vestigio de cordura haciéndola arder como una hoguera cuando él, con suma dulzura, encontró por fin su boca.

Cuando por fin Lymond separó los labios de los suyos y habló, no fue capaz de entender sus palabras. Consumida por el fuego que ella misma había contribuido a encender, su boca sedienta anegada por el cálido sabor de las lágrimas y nublado el entendimiento, consiguió a duras penas volver en sí. Lymond estaba arrodillado y la sostenía entre sus brazos.

—Lloráis, querida —dijo él—. Sois bienvenida, noble dama. Bienvenida con clarines y trompetas al mundo de los que sufren. Al mundo de los que somos vulnerables.

Ella había jugado y apostado sobre el hecho de que Francis Crawford habría de sucumbir a sus encantos. Se había creído su igual en aquella batalla en la que ambos, sin buscarlo, se hallaban enfrentados. Oonagh había llegado casi a amar a O'LiamRoe por su inocencia. Pero aquella noche había venido, convencida de que Lymond intentaría dominar su mente conquistando primero su cuerpo, dispuesta a mostrarle a aquel frívolo petimetre, por lo menos diez años más joven que ella, un atisbo de la pasión que era capaz de concitar; le vería de rodillas, prisionero de un sentimiento superior a todo lo que él se hubiera atrevido jamás a soñar. Había llegado preparada para disimular su furia y su desprecio, someterlo con sus artes y después, enmudecido y derrotado, darle la espalda para siempre. Quizás entonces los dejaría a

Cormac y a ella en paz de una vez.

Su plan había acabado hecho cenizas.

Había sido ella quien, a la postre, había sucumbido a la tórrida y caprichosa pasión, mientras que Lymond (*a mhuire*, ¿cómo puede ser que no lo hubiera imaginado?), había mantenido en todo momento la mente clara y el ánimo templado, demostrando un control sobre sus emociones muy superior al suyo. Lo había sabido en el instante en que sus manos la acariciaron, mucho antes de que sus labios la apresaran en aquel terrible y cegador beso, esas manos sutiles y expertas, capaces de arrancar de ella los mismos registros que de los instrumentos que tan bien tocaba, esas manos que se movieron sobre su piel con la misma controlada maestría como si de un laúd se tratara. En verdad era poco lo que de él sabía y parecía, después de todo, que era todavía menos lo que sabía de sí misma.

—Siento el corazón escaldado —dijo mientras las lágrimas le caían lentamente por las mejillas.

Lymond se había quedado muy quieto. El calor que su piel desprendía poseía la atracción del hogar al regreso de una larga jornada a la intemperie en un campo cubierto de escarcha.

—No tenéis necesidad de ser vos quien controle la situación —dijo Lymond—. Estamos juntos en esto. Relajaos.

Oonagh apoyó entonces el rostro sobre su hombro, sintiendo la suave textura de la seda contra sus ojos cerrados. Él comenzó a acariciarla. Fue soltando, uno tras otro, broches y lazos hasta que su cuerpo, liberado por fin, quedó a merced de sus manos. Lymond siguió hablándole suavemente hasta que, envuelta en la cadencia de la música incomparable de su voz, la mujer perdió la noción de sí misma y se dejó llevar.

Las manos del joven la encontraron y aquellos dedos hábiles de músico tocaron, una a una, las cuerdas de su pasión despertándola de nuevo, robándole el aliento, desgranando acordes tempestuosos que retumbaron en la oscuridad y estallaron como un volcán, la lava recorriendo los ardientes senderos de su piel. Con inconcebible maestría, el joven la hizo rendirse, anegando con la embravecida melodía las desiertas playas de tantos años de noches insomnes. Sintiéndola a su completa merced, Lymond la levantó con suavidad y, balanceándose con su preciada carga entre los brazos, la depositó sobre el oscuro lecho sobre el que ella, desde el principio, había planeado entregarse.

Afuera el baile ya había terminado. Durante un rato todavía, las voces y las risas, ebrias de vino y música, parecieron prolongarse hasta desvanecerse en la brisa nocturna. Luego quedó solamente el rumor apagado y cansino de los sirvientes, el tintineo de las copas sobre las bandejas, las notas furtivas de los laúdes al retirarlos y el rasposo barrer de las escobas limpiando el amplio patio. Finalmente el oscuro

Château Neuf y el Château Vieux quedaron sumidos en un silencio tan solo interrumpido por el sonido cristalino de las fuentes.

Detrás de más de una de aquellas ventanas, cortinas de satén protegían a los amantes de la luz de la luna, ocultando discretamente los juegos amorosos que tenían lugar en las oscuras estancias. Pero aquella noche la música continuó sonando para una mujer en particular hora tras hora, sin perder un ápice de su magnífica cadencia, recibiendo en ocasiones incluso más de lo que había solicitado, de lo que había soñado con solicitar. Había perdido la noción de dónde estaba, de quien era su compañero. Lymond la había hecho receptora del máspreciado de sus dones. Por una noche, el joven había conseguido liberar el alma de Oonagh O'Dwyer y despojarla de todo pensamiento, de todo cálculo. Por una noche sola, ella era libre.

Ambos sabían que aquella primera vez sería también la última. Al comienzo no se conocían y cuando terminó tampoco, porque lo que ambos abrazaban era una ilusión y no un cuerpo. Lymond levantó la mirada, perdido en sus ensoñaciones, mientras ella, ajena al dulce calor de la tierra y la cosecha, tanto tiempo olvidadas, robaba aquellas horas a su destino.

Oonagh despertó poco después del amanecer cuando los mirlos, posados sobre los naranjos de los jardines, rompieron el silencio de la alborada. Volvió el rostro adormecida aún, sin recordar nada, las negras guedejas esparcidas sobre la almohada, pero no encontró la cabeza de Cormac durmiendo apaciblemente a su lado. En su lugar, con la barbilla apoyada sobre sus doblados brazos, Francis Crawford la observaba intensamente. La sábana había caído hacia un lado dejándole al descubierto los hombros. Parecía llevar largo tiempo despierto, pensando en silencio. Al ver que se despertaba, una sonrisa brillante iluminó su rostro. Fue una sonrisa fugaz, traviesa y amistosa a la vez.

—Sois una mujer soberbia, mi señora —le dijo en gaélico—. A fe mía que hemos pasado una noche galante, vos y yo. Si tuviera que pedirle a Dios que me favoreciera con alguno de sus dones, sería sin duda fuerzas lo que le pediría.

Oonagh se quedó mirando la mano de cuidadas uñas que sostenía la barbilla, el cabello pálido y revuelto enmarcando aquel delicado rostro de austera nobleza y la hermosa boca que pronunciaba aquellas palabras que, ella bien sabía, no eran ciertas. Poco a poco, a medida que la luz del amanecer le devolvía la memoria, las imágenes de la pasada noche, como gemas cayendo de un árbol fantástico, le recordaron por qué yacía en aquel lecho.

Había querido demostrar a Lymond que no tenía nada con qué negociar. Pero él le había entregado a cambio veinte veces el precio de su secreto, devolviéndole su orgullo. Ahora, desafiando las leyes más elementales, en contra de la más mínima hospitalidad, la más mínima humanidad, contra la esencia de su propio ser y de la de su pueblo, ella debía rechazarle.

Él le devolvió la mirada durante un largo instante antes de desviarla. Entonces Lymond, enterrando los codos entre las sábanas y acariciándose las cejas con las manos cubiertas de encaje, cerró los ojos y preguntó:

—¿Y bien Oonagh?

Ella se incorporó despacio, llena de amargura, la pesada seda de sus cabellos cayendo hacia sobre sus lacios brazos.

—Hubo una vez un rey llamado Cormac —dijo con voz neutra— que conocía bien a las mujeres. Decía de ellas que eran olvidadizas en el amor. Que no se les podía confiar secreto alguno. Que siempre tenían a mano algún pretexto para escabullirse del trabajo. Débiles en la batalla las llamaba, arpías en los conflictos domésticos. Sordas a toda directriz, vanas en la sociedad, inútiles en cualquier asunto práctico, elocuentes en lo insignificante. Debía temérselas como a las fieras, decía. Mejor azotarlas que consentirlas, someterlas que acariciarlas. —Hizo una pausa, para seguir a continuación—:

Hay gran verdad en esas palabras y prefiero ser yo quien las pronuncie, y no vos. Así que no, nada está bien ni llegará a estarlo hasta que Temair vuelva a convertirse en la morada de los héroes.

Él no movió la cabeza pero sus ojos, cerrados como estaban, parecieron contraerse, dejando traslucir lo trastornado que se sentía. Había esperado aquella respuesta. Las palabras no por floridas resultaban más dulces. Ella, que nunca hablaba con ternura, las había pronunciado con fiereza, dejando tras ellas el eco de un implícito desafío.

Sin condenar sus actos ni sus palabras Lymond dijo, simplemente:

—He fracasado, entonces. Es lo que pensaba. —Su voz sonó fría.

—Ambos, vos y yo negociamos con nieve que se derrite en nuestra manos —dijo Oonagh en voz baja, abrazándose las rodillas—. Es nuestro sino Francis. —Su madre le había dicho una vez aquellas mismas palabras, pero ella no se lo confesó a Lymond. Tampoco le contó la otra cosa que él no sabía.

Lymond se recostó sobre la espalda bruscamente. Tenía una expresión pensativa. Sobre su piel tostada destacaban claramente las recientes cicatrices de la Tour des Minimes.

—No me siento como un Diógenes.

—Ni yo como... —Le falló la voz y se interrumpió. Un instante después, furiosa consigo misma, reprochándose su debilidad, se dirigió a él de nuevo en un tono desprovisto de emoción y le dijo sin rodeos—: Os vendo la información que deseáis a cambio de cinco mil de los soldados franceses que residen en Escocia.

Tardó tanto en responder que Oonagh llegó a pensar que no lo haría.

—¿Y qué pasa si os desacredito a vos y a Cormac acusando a d'Aubigny? ¿Quién quedará entonces al frente de vuestro magnífico ejército?

—Tranquilizaos. No tengo intención de pedirle a O'LiamRoe que se arroje sobre las desnudas rocas de mi escaso aprecio. Buscaría a otro. —Se dio la vuelta para mirarlo—. ¿No creéis que la Regente estaría dispuesta a poner algo de su parte para salvar a su propia hija? Además, toda Escocia y media Francia están deseando poner fin a la ocupación francesa. ¿O es que teméis perder la posibilidad de convertirlos en uno de los cachorros mantenidos de la Regente?

—Callaos —dijo. La tomó por los brazos y la obligó a recostarse sobre la almohada, pálida y ojerosa, respirando entrecortadamente—. No me obliga lealtad alguna a la Reina. Ni me mueve ninguna ambición. Pero lo que pedís es imposible. La situación del trono es actualmente demasiado insegura. Si la Reina madre perdiera su buen nombre aquí o en Escocia, sería derrocada y la niña podría morir igualmente.

Oonagh se volvió hacia él bruscamente. Lymond no intentó ocultar la divertida ironía que mostraba su expresión.

—Callaos —repitió—. Dejad de atormentar tan hermosa mañana. Yaced conmigo y no habléis. —Contra lo que podáis pensar, no me dedico a hacer negocios en la cama. Deseaba ofreceros una pequeña dosis de auto conocimiento. Eso es todo. Si no os parece suficiente motivo para decirme lo que deseo saber, bien está. No tengo nada más que vender.

Curiosamente fue entonces, frente a aquella tranquila y nada dramática exposición de los hechos, cuando Oonagh O'Dwyer se vino abajo. Agotada, enterró su oscura cabeza entre los brazos de Lymond y cerrando aquellos ojos verdes de sirena sollozó amargamente. Con ternura, el joven consoló a aquella mujer que, como Luadhas, había acabado atrapada en una lucha demasiado fiera para las de una raza como la suya.

Pero Lymond sabía que debía poner ante ella un último obstáculo. Durante el camino de regreso, tras recorrer pasillos vacíos y escaleras traseras con una habilidad que en otro momento le habrían arrancado a Oonagh una de sus irónicas sonrisas, el joven se detuvo ante una puerta de sólida factura.

—No es mi intención afligiros —dijo—. Pero creo que le debéis a vuestra causa el contemplar los cimientos sobre los cuales se alza. ¿Me acompañáis?

En aquel instante adivinó que la llevaba a ver a María. La indefensa Reina niña iba a ser después de todo el último dardo en el arco de Lymond. Sorprendida por lo poco original de aquel postrer intento de convencerla, Oonagh se quedó mirándolo. Decididamente no entendía a aquel hombre. Había estado tan segura de que él podía leer en ella como en un libro abierto y sin embargo...

Tuvieron que atravesar otras tres puertas ante las que se hallaban apostados sendos guardas discretamente armados, el último de los cuales era el propio joven Fleming, acompañado del paje Melville. En el interior, Margaret Erskine los hizo pasar, recibéndolos con su acostumbrada calma. La luz de la clara mañana iluminó el

rostro de Lymond, y Margaret intuitiva como era creyó adivinar un atisbo prometedor en su semblante. Tanto el tono de su voz como sus ademanes mostraban una excepcional claridad. Recordaba perfectamente a la irlandesa que lo acompañaba. La había visto por primera vez en la cacería con el guepardo, sujetando a la adorable perra de O'LiamRoe. También ella, ahora que lo pensaba, tenía un aspecto distinto esa mañana. Distinguió bajo su larga capa el vestido de damasco que luciera la pasada noche. Al entrar, la mujer se había echado para atrás la capucha en actitud desafiante, dejando al descubierto su larga melena suelta, desprovista de aderezos. En sus ojos había una expresión un tanto aturdida. Margaret bajó los suyos para ocultar su exasperación mientras Lymond hablaba.

—¡Necias! —pensó—. ¿Por qué se lo consentís? Otra lección más a la que tendremos que asistir. Un nuevo experimento. Otra vasija defectuosa que acabará rota.

—Por la noche está segura —estaba diciendo Lymond—, y también durante parte del día. Pero no podemos protegerla totalmente cuando está en público. Hoy no va a salir hasta la tarde, por ejemplo, lo que significa que estará segura hasta entonces. Por la tarde saldrá con su madre, acompañada de su séquito, para asistir a los deportes bretones y a los torneos que tendrán lugar en el campo de justas. Estará rodeada de toda nuestra gente de confianza, pero al estar en público siempre existe un riesgo. Por la noche diremos que se encuentra indispuesta para evitar que tenga que participar en la montería a la luz de las antorchas y la cena al aire libre que seguirá después. Mañana...

—Mañana tendrá que pasarse el día bien a la vista a causa de los ingleses. El Rey lo ha ordenado así. No hay forma de evitarlo —dijo Margaret disgustada— sin llamar la atención. ¿Queréis pasar a verla ahora?

—Si Janet da su permiso —dijo Lymond.

Tras él, Oonagh pensaba: Ya estamos. Ahora veremos su carita de rosa, su tierna manita, su cabello dorado rojizo extendido sobre la almohada... Una imagen adorable para enternecerme...

—Un momento —dijo Lymond en tono desconfiado—. ¿No estará dormida, verdad? —Y como Margaret asintiera, exclamó—: ¡Por el amor de Dios! Esta niña es un auténtico lirón. No hemos venido para ver su preciosa cara adormilada ni para asistir a su *levée*.

Lymond había hablado en serio. Cuando pasaron a ver a la pequeña María ya estaba prácticamente vestida y protestando como una brujita mientras le desenredaban sus rizos pelirrojos. Janet Sinclair, la fiel niñera que había sustituido a Jenny Fleming, molesta por la interrupción, hizo una ligera reverencia a modo de saludo y se separó unos pasos de la niña. Las dos damas de honor que la acompañaban, una de las cuales era la propia hermana de Margaret, y el paje

abandonaron la habitación y se quedaron esperando fuera.

—Vuestra Graciosa Majestad —dijo Lymond—, esta es la señora Oonagh O'Dwyer, de Irlanda, a quien puede que ya hayáis conocido. Vuestra Señora madre la conoce bastante bien.

Los ojos color avellana de la pequeña se iluminaron bajo el fruncido ceño. Entre la pequeña Reina y el heraldo parecía existir una relación amistosa con un cierto aire paternal. Oonagh escuchó incrédula las palabras que Lymond dirigió a su joven Reina a continuación:

—La dama desea echar de Irlanda a los ingleses y sugiere que Vuestra Noble Gracia la asista cediéndole a los soldados franceses residentes en Escocia, que pasarían a engrosar las filas del ejército rebelde irlandés. ¿Vuestra Gracia está de acuerdo?

Oonagh pensó, impaciente: Dios bendito, esta niña tiene sólo ocho años. Además él ya me ha dicho que la Regente nunca lo aprobaría, cosa que yo ya sabía, desde luego. La irlandesa vio ruborizarse intensamente a la pequeña Reina, que irguiendo orgullosamente la cabeza se dirigió a ella mirándola a los ojos:

—Mis soldados franceses protegen mis dominios del inglés.

—No veo la necesidad de semejante protección —replicó Oonagh. Aquella conversación se le antojaba del todo superflua—, cuando estáis en paz con los ingleses. El tratado está a punto para ser firmado desde la semana pasada. Inglaterra es la parte más débil en estos momentos. No existe amenaza alguna bajo el gobierno de lord Warwick.

—Pero vuestro país también está en paz con Inglaterra, ¿no es cierto? Mis soldados franceses mantienen la paz entre los lores, porque muchos nobles celosos acaban por debilitar una nación.

—Nosotros —dijo Oonagh sintiendo disminuir la sensación de absurdo que la embargaba— deseamos expulsar del país a los usurpadores. También vos deberíais desear que los extranjeros abandonaran vuestra tierra.

—Los franceses son el pueblo de mi madre. Y el mío —dijo la niña.

—Bien cierto —confirmó Lymond interviniendo por primera vez—. Vuestros señores normandos acabaron por sentirse tan irlandeses, Oonagh, que fueron los que más problemas causaron a los ingleses. Ya veremos si pasa lo mismo con nuestros normando-escoceses.

Mirándole por encima de la cabeza de María, los ojos gris verdosos de Oonagh se encontraron con los de Lymond.

—Nuestros niños mueren. La libertad brilla por su ausencia y mientras tanto esta niña, que vive en tierra extranjera, se aferra a sus riquezas y al lujo como un cuervo al pellejo de una oveja.

—Es una insolente —dijo María dándose la vuelta y presentándole la espalda

bien tiesa—. Decidle, señor Crawford, que estoy aquí para protegerme de los ingleses.

—¡Pero qué decís, niña! —exclamó Oonagh olvidando por un momento su rango—. ¡Los ingleses han acudido en solemne embajada y están aquí, en este preciso instante, para pedir vuestra mano para su Rey!

María se dio media vuelta y la miró. Tenía las mejillas teñidas de rubor y sus ojos mostraban el enfado que sentía.

—¡Porque no pueden raptarme y obligarme a casarme por la fuerza como han intentado tantas veces! Ahora somos demasiado fuertes. Nosotros y nuestros franceses.

—Y nosotros en cambio somos débiles —dijo Oonagh y se quedó en silencio preguntándose cómo había pasado en pocos minutos de estar furiosa a tener que dar explicaciones.

María la observaba, concentrada en sus pensamientos. Tenía el rostro serio.

—Sé que mi madre desea que obtengáis ayuda. Constantemente solicita de mi padre, el Rey, que os la preste. Pero no dándoos soldados de Escocia. Eso sería...

—Sería como desmantelar un rompeolas para construir con sus piedras un establo —dijo secamente Francis Crawford—. No convenceréis a la dama, Majestad. Para ella ni siquiera vuestra vida vale un ápice.

María escuchó las palabras de Lymond sin despegar la vista de Oonagh. En aquel momento, ataviada con su rojo vestido, el brillante cabello revuelto, parecía una niña dócil y vulnerable. Una sonrisa resplandeciente iluminó su rubicundo rostro.

—¿Os lo ha confesado ella misma?

—Sí.

La sonrisa de la pequeña se ensanchó hasta lo indecible.

—¿Creéis que ha traído una daga? ¿La llevará encima? Preguntadle señor Francis. Porque yo —dijo la noble y poderosa princesa María Estuardo, reina de Escocia, mientras rebuscaba furiosamente bajo todo aquel rígido terciopelo rojo hasta dejar al descubierto combinación, calzas, ligas, zapatos, rodillas y el extremo de un lazo que acababa probablemente de soltarse de alguna de aquellas prendas—, porque yo —repitió por fin con aire triunfal alzando el pequeño puño apretado alrededor de un objeto puntiagudo y reluciente—, sí que tengo una.

La Reina niña irguió la cabeza desafiante, respirando agitadamente, sujetando en el puño la daga con aire amenazador.

—¡Intentad apuñalarme si os atrevéis! —increduló a su visitante.

Durante el extraño silencio que siguió, los ojos de Oonagh O'Dwyer se encontraron con los de su amante de una sola noche y allí se quedaron, atrapados en las azules profundidades de aquella mirada. La niña, tras unos instantes de espera, volvió a repetir el desafío en tono de decidida alegría:

—¡Vamos, intentad apuñalarme! ¡Os aseguro que os mataré yo a vos!

—Reservad vuestro acero para aquellos en los que confiáis —dijo Oonagh, que sentía un nudo en la garganta—. Son ellos los que en verdad suponen una amenaza para vos. Los que no son capaces de odiar, tampoco pueden amar. Deshaceos de los que os sirven con frialdad.

Una expresión de sorpresa se apoderó del rostro de la pequeña, que entreabrió los labios, olvidando la daga que aún esgrimía en la mano.

—Lo haría —dijo María—, pero es que no conozco a ninguno así. —Acto seguido, como para reafirmar su aseveración, cogió de la mano a Lymond.

Oonagh emitió un sonido involuntario, un pequeño grito, un lamento, una carcajada, ninguno de los presentes habría podido decirlo con exactitud. Se contuvo llevándose una mano a los labios. Un instante después, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta andando con rapidez. La puerta se abrió para cerrarse a continuación. Oonagh se había marchado.

—*Quoi?* —dijo María con el ceño fruncido, levantando la vista de sus manos entrelazadas para mirar el impasible rostro de Lymond.

—Excelente —dijo aquel apuesto joven con suavidad—. La dama se enfada con facilidad. ¿Pero creéis que era necesario, mi Reina, probar mi lealtad con sangre?

Le había hecho un pequeño corte sin darse cuenta al agarrarle de la mano, pues sostenía aún en ella la daga. La niña, contrita y preocupada, corrió en busca de vendas para curarle. Margaret Erskine había entrado en silencio y sostenía la puerta abierta mirando la escena. Lymond se volvió hacia ella enarcando las cejas.

—Tened paciencia, querida. Me tienen que curar las heridas.

—Salid de aquí; por mí podéis desangraros —dijo cortante la mujer que un día le ayudara a salvar la vida—. En lo tocante al sexo femenino todas vuestras heridas me parecen pocas.

La sonrisa abandonó los ojos de Francis Crawford.

—Era necesario —dijo.

—Pero fracasasteis, ¿verdad? A veces pienso que si fuerais estúpido, deformado o incluso un redomado vicioso, serviríais mejor a la Reina. Idos... Marchaos. No os quiero aquí.

Cuando Lymond salió en pos de la irlandesa, Margaret Erskine, mujer paciente y mesurada donde las hubiera, cogió una vasija de Palissy y, tras mirarla fijamente, la estampó contra el suelo.

## IV

### Châteaubriant: El precio de la sátira

¿Acaso manda la Ley pagar la alabanza o la sátira? La Ley Divina lo único que manda es alabar a Dios y esa alabanza se paga con el Paraíso.

A partir de aquel día, como Lymond observara cáusticamente, O'LiamRoe desarrolló una marcada tendencia a la borrachera.

Moralmente incapaz de denunciar a Lymond y hacerle pagar injustamente por los actos de lord d'Aubigny, el Príncipe sentía que estaba en Francia sin propósito alguno, atrapado en la misma ciudad que Cormac y Oonagh, a la que se había prohibido a sí mismo visitar, y con su compañero de infortunio, el arquero Stewart, en paradero desconocido.

Fue su paje Piedar Dooly, que no se caracterizaba precisamente por su delicadeza respecto de las cuestiones amorosas, quien le contó a O'LiamRoe que Oonagh O'Dwyer había pasado la noche en el château y que su tía se encontraba a punto de padecer un síncope a causa del ataque de rabia. Châteaubriant era una ciudad pequeña. Las noticias volaban. El Príncipe, despechado, fue en busca de Lymond y se lo encontró cuando volvía de escoltar a su casa a su acompañante nocturna.

La visión del hermoso rostro del rubio heraldo y la pequeña fortuna en joyas que lucía sobre sus ropas fueron más de lo que O'LiamRoe se sentía capaz de soportar. El Príncipe, haciendo caso omiso de lo poco prudente de hacer una escena en público, se dirigió a Lymond en tono colérico:

—¿Os ha satisfecho la dama o se ha ganado la paliza que va a recibir esta mañana de su otro amante?

O'LiamRoe hizo la pregunta en tono ofensivo, esperando un puñetazo por respuesta. Necesitaba desesperadamente provocar una pelea.

—No me ha contado nada —dijo Lymond tras unos instantes de vacilación—. Una lástima. Yo de vos iría a emborracharme, Phelim —dijo.

El Príncipe siguió su consejo.

En la «Chère Sainte» se encontró con bastantes huéspedes que estaban allí con la misma alcohólica intención, refugiados en la taberna y contentos de escapar, aunque fuera por unas horas, de la rígida etiqueta cortesana impuesta por la llegada de la embajada. Los numerosos arqueros que no estaban de servicio se hallaban allí reunidos, obligados a compartir el espacio con la guardia suiza, lo que había provocado algunos roces y una tremenda algarabía.

El teniente André Spens, que no era precisamente uno de los más tranquilos de la concurrencia, acababa de llegar de Nantes. Al principio no reparó en el pilluelo con aspecto de mendigo que se sentaba a su lado en la barra de la taberna, pero cuando las palabras del mocoso consiguieron superar el estruendo reinante y se abrieron paso por fin hasta sus oídos, el hombre se puso en pie con un respingo. Improvisando una excusa cualquiera, Spens salió de la posada en pos del chiquillo.

Media hora más tarde, en una choza medio derruida a las afueras de la ciudad, el teniente Spens se encontraba con cierto arquero sobre el que había recibido órdenes expresas de entablar amistad, mantener el contacto y, llegado el caso, liquidar. La alegría que transformó el bien afeitado rostro del teniente Spens al encontrarse cara a cara con Robin Stewart fue sólo equiparable a la del propio Robin Stewart, que le había convocado allí con la intención de adelantársele en sus planes.

Dos horas más tarde el mismo pilluelo deshacía el camino hacia la taberna «Chère Sainte» con un recado para el príncipe de Barrow. Pero el funesto y absurdo sino que marcaba toda intervención de Robin Stewart en el mundo de las intrigas cortesanas hizo que, al llegar el chiquillo a la taberna, se encontrara con O'LiamRoe inconsciente por efecto de la bebida y tuviera que convencer en su lugar a su paje Piedad Dooly de que lo acompañara.

Robin Stewart llevaba los últimos diez días escondido en un refugio de turba y piedra que había encontrado en un claro del bosque cerca de Beré, justo a las afueras de Châteaubriant. La posibilidad de ser visitado por los espíritus del bosque o por el ánima del último ermitaño de aquella foresta no le había afectado lo más mínimo.

La caminata hasta allí a través de la tupida y fragante arboleda no le agradó, sin embargo, al silencioso y sombrío Piedad Dooly, cuya impresionable alma irlandesa puso alas a sus pies animándole a recorrer aquella distancia en el menor tiempo posible para regresar junto a su señor, que yacía dentro de un armario sobre una de las mesas de la taberna en estado comatoso. En la «Chère Sainte» era práctica habitual aquello de quitar de en medio a los bebedores con poco aguante para dejar espacio a los que seguían consumiendo.

Con mirada escéptica detalló el terreno baldío, la valla y la derruida choza desde la que se veía un trozo de cielo, construida seguramente por algún eremita o pastor para recogerse en el tiempo de las bellotas. No observó nada extraño en Stewart cuando este, tras despedir al chiquillo con unas monedas, le hizo pasar al interior de la única estancia de la cabaña.

—No tenéis mala pinta para estar muerto. Parecéis un cadáver de lo más saludable —dijo Dooly sardónico—. Mi jefe no ha podido venir. Está ocupado.

Stewart asentó su alargada osamenta sobre el alféizar de la ventana.

—El muchacho dice que lo que está es como una cuba —dijo el arquero sin rencor pero con un tono ligeramente despreciativo—. No es de extrañar. No importa.

Vos serviréis. No consigo dar con el señor Crawford... el que era Thady Boy, ya sabéis. No está en el castillo. Tengo que darle un mensaje sobre la pequeña Reina.

El pequeño irlandés, escuchando apenas, hizo ademán de marcharse.

—¿Qué se supone que soy, un recadero? Ese hombre puede enterarse por otros medios, o no enterarse. A mí me da igual.

—¿Queréis regresar a casa o no? —preguntó Stewart con rapidez, lo que hizo detenerse al hombrecillo y prestar atención—. El Príncipe sigue por aquí por culpa de la mocosa, ¿no es cierto? Pues entonces os aseguro que le interesará saber lo que va a ocurrir. Tendrá lugar mañana. Van a matarla en el lago, por la mañana, mientras todos esos empingorotados nobles hacen entrega a los ingleses de la Orden de la Jarretera.

—¿Cómo pretenden hacer tal cosa? —preguntó Dooly, mirándole intensamente con sus ojos negros como el carbón—. Y vos, ¿os habéis enterado de eso en esta vida o en la anterior?

—Lo he sabido gracias a un arquero, un tipo que me ayudó a escapar. Parece ser —dijo Stewart— que es un hombre de d'Aubigny. O era, más bien.

—Que Dios nos asista —se mofó Dooly—. ¿Qué le ocurrió al pobre hombre? ¿Le dio un patatús después de contároslo? —A pesar de ser poco más de mediodía, en el rostro de Dooly asomaba ya la oscura sombra de una barba incipiente. Al igual que su señor, el pequeño irlandés había llevado aquella parte de su anatomía cubierta de una poblada y negrísima barba. Pero en mayo, a imagen y semejanza de su amo, se había afeitado.

—Desgraciadamente así fue. Provocado por un puñal en plena espalda, creo —dijo Stewart en tono complaciente—. Sí, murió con un cuchillo clavado en su bonita espalda, bien lejos de aquí. La niña será asesinada por el mismo que preparó el accidente en la Tour des Minimes. D'Aubigny no se va a librar de esta. Podrán pillar al hombre in fraganti. La ceremonia tendrá lugar a las diez. Justo después van a llevar a la pequeña al lago. El propio d'Aubigny se encargará de que a la niña se le ocurra la idea y, como estar en barca rodeada de sus amigos y protectores parecerá una opción de lo más segura, nadie se opondrá a su capricho. Es más, probablemente a todos les parecerá que dar un paseo en barca como el que hiciera por el lago de Menteith<sup>[24]</sup>, será una buena forma de mantener a la pequeña alejada de los fastos oficiales lo que, por ende, redundará en su seguridad.

—No decís más que disparates —le espetó Piedad Dooly—. Si tan seguro es, ¿cómo pretenden matarla? Además, en el lago no hay más que barquitas cargadas con fuegos de artificio para la fiesta prevista para la noche.

—Exacto —dijo Stewart animado—. Las barcas estarán cargadas desde el día anterior con petardos, cohetes y demás material pirotécnico mezclado con pólvora. Un auténtico arsenal flotante. Quieren hacerla saltar por los aires girando como una noria. Nadie sabrá que los fuegos artificiales estaban impregnados de pólvora. Saldrá

un poco caro pero será bastante espectacular. Ya conocéis a Su Excelencia: todo lo que le gusta tiene que tener un bonito acabado para que pueda soltar alguno de sus latinajos y sentirse importante.

Piedar Dooly escuchó al arquero mirándole con aquel rostro suyo de tez oscura y correosa como el cuero mal curtido, los ojos hundidos y la boca fruncida en una tensa mueca. Una y otra vez repitió el recado que debía transmitir a Lymond hasta que Robin Stewart se dio por fin por satisfecho. Mientras le escuchaba, el arquero visualizaba la expresión de sorpresa de Thady Boy-Lymond al recibir el recado, el gesto de reconocimiento y la aprobación que sentiría hacia el arquero ante aquella información vital. Dudaba de que Dooly pudiera leer inglés pero, en cualquier caso, le entregó también un mensaje escrito con todos los datos, la hora, el lugar, el nombre, etc. Sólo cuando estuvo convencido de que el irlandés había memorizado toda la información, Robin Stewart se decidió a hablarle de lo más importante:

—También debéis de comunicarle —dijo Stewart pronunciando cuidadosamente cada palabra— que confío en que al proporcionarle esta información, el señor Ballagh, es decir, el señor Crawford, se cuidará de que no se me culpe a mí de nada. Necesito entregarme antes de que la explosión tenga lugar. El señor Crawford deberá venir aquí acompañado de la escolta oficial adecuada y yo me pondré en sus manos. De lo contrario, ambos sabemos que no duraré mucho en este mundo... Le esperaré mañana aquí mismo, a las nueve de la mañana. Decidle que le espero para compartir con él mi desayuno. Le agasajaré con las mejores viandas que pueda encontrar. —También aquello lo había escrito, a modo de posdata, al final de la carta, añadiendo a continuación: «Ahora me doy cuenta de lo injusto que he sido con vos. De caballero a caballero, os ofrezco mis disculpas acompañadas de mi desayuno».

La mirada de Dooly no expresaba comprensión, sino desprecio.

—Se lo diré —dijo—, si es que se ha levantado ya de su lecho de amor.

Stewart se quedó en silencio un instante.

—¿Con la O'Dwyer? ¿Qué le ha contado esa?

El pequeño irlandés soltó una risita que restalló como un graznido un tanto espeluznante.

—Esa mujer es un diablo. Parece que se limitó a aceptar sus favores sin darle nada a cambio. No dijo una palabra.

El rostro de Stewart se arrugó en una sonrisa de alivio.

—Mujeres... acabarán haciéndolo picadillo. Dadle el mensaje.

—Quedaos tranquilo. No podréis encontrar en todo el país mensajero más eficiente —dijo Piedar Dooly. Y partió.

Cuando su paje regresó a la «Chère Sainte», se encontró a O'LiamRoe despierto y quejumbroso. En la taberna acogieron agradecidos la llegada de Dooly; la mesa sobre la que yacía O'LiamRoe recuperaría por fin su razón de ser. El Príncipe,

apoyándose en su sirviente, se alejó dando tumbos rumbo a su posada. Allí se dedicó a intentar espabilarse con pocos resultados. Una vez bañado, el Príncipe, con la cabeza entre las manos, preguntó por la hora y, al enterarse de que eran ya las tres, se puso en pie de un salto balbuceando maldiciones. A diferencia de Cormac, él sí había sido invitado a presenciar la justa que tendría lugar aquella tarde.

—Me he quedado dormido en esa maldita taberna varias horas. ¡Virgen santa! ¡Mi cabeza! ¿Y decís que habéis estado todo ese tiempo sin moveros de mi lado? ¡Al menos se os podía haber ocurrido ponerme sobre un colchón, hombre! Tengo grabado en las ancas cada nudo de esa maldita tabla de madera.

—Ha sido una espera larga y sedienta, os lo aseguro —repuso Piedad Dooly mirándole sin parpadear mientras el otro se masajeaba la rubia testa—. El cielo recompensará mi abnegación, ya que en este mundo nadie parece agradecerme... No podéis ir a la corte en este estado. Quedaos y dormid la mona. Dudo de que os echen de menos.

—¡No! —Necesitaba ir. Necesitaba estar allí a pesar de que sabía que iba a sentirse espeso y apolillado como una lechuza disecada bajo la mirada cáustica y azul de Lymond. A su embotada mente acudió la letra de una antigua maldición irlandesa: «Que las bestias del infierno os devoren con su apestoso aliento. Que la hiel de los dragones sea vuestra bebida y el veneno de sus colmillos vuestro alimento»—. No —repitió—. Ya hemos desperdiciado la mañana. Quizás el demonio nos sea propicio esta tarde.

Dooly no se molestó en intentar convencerlo. Igual daba. La mañana siguiente la reina escocesa estaría muerta y O'LiamRoe de camino hacia su patria, de cuyos amorosos brezales nunca debió haber salido. Allí en Slieve Bloom, sin que nadie lo importunara, podría volver de nuevo a su pasatiempo favorito: almacenar conocimientos como bellotas una ardilla.

Piedad Dooly no pensó más en Lymond ni en Robin Stewart. Ninguno de los dos le gustaba lo más mínimo. Con gran placer rompió en pedazos el largo mensaje del arquero y lo escondió en su equipaje. Después se dedicó a preparar a O'LiamRoe para su visita a la corte.

El Príncipe no dejó de notar una leve mejora en el acostumbrado mal talante de su paje, pero lo achacó a un posible revolcón con alguna buscona de la «Chère Sainte», lo que le provocó de paso una amarga envidia.

Entre tanto, como era habitual, en la corte de Francia se rivalizaba en cortesía y etiqueta, en lujo e inteligencia, en talento y audacia caballeresca, en deportes y competiciones de músculo e ingenio. El Rey disfrutaba despreocupadamente de toda aquella algarabía diplomática internacional rodeado de sus allegados habituales e incondicionales: el condestable, los de Guisa, su distinguida amante, su Reina embarazada y su apreciada hermana la reina madre de Escocia<sup>[25]</sup>, cuya visita estaba

ya tocando a su fin.

En ocasiones, aquel pequeño círculo le producía una cierta impaciencia, pero él era un hombre de sólidos afectos. Sabía también que ninguno de sus íntimos habría visto con buenos ojos que prosperara la acusación contra d'Aubigny o contra cualquier otro de sus amigos de confianza. Tomar aquello en serio habría supuesto un suicidio social, financiero y a la postre literal del implicado.

Sir George Douglas, que compartía alojamiento con los Lennox, era perfectamente consciente de lo delicado de la situación y disfrutaba de lo lindo a cuenta del tema. En el círculo de la Reina madre ocurría lo contrario.

Por lo que Margaret Erskine sabía, María de Guisa llevaba varios días sin despachar con Lymond. Lo cierto es que Margaret ignoraba qué pasaba por la mente de la Reina. Echaba de menos, ahora más que nunca, los sabios consejos de Tom, quien se hallaba de camino hacia la frontera inglesa con la misión de formalizar el complicado tratado de paz entre Escocia e Inglaterra.

Al día siguiente tendría lugar la audiencia sobre el matrimonio de la pequeña María, tema de vital importancia y principal motivo de la estancia de la Regente en el país galo. También se trataría el espinoso asunto del dinero prometido por el Tesoro de Francia para salvaguardar la seguridad de Escocia, que seguía siendo materia de regateo permanente.

Tan sólo en una ocasión la Reina regente había mencionado a Lymond.

—¿Por qué cree ese hombre que el ataque tendrá lugar tan pronto? —había preguntado a su dama de compañía mientras jugueteaba con los anillos que cuajaban sus hinchados dedos—. Hemos previsto una vigilancia poco menos que insuperable para este domingo. —Después, sin escuchar la respuesta de Margaret, había añadido—: Si la niña muere, mi estancia en suelo francés habrá sido una auténtica locura, y todas las negociaciones un desperdicio de tiempo.

Aquellas palabras pronunciadas con fuerte acento francés, estaban cargadas de un hastío y una suerte de temerosa premonición evidentes. Aunque se sentía orgullosa de ser la madre de María, futura reina de Francia y Escocia, a la Regente se le daban mejor las relaciones entre personas adultas. Su hija había dejado hacía tiempo de ser la dulce ricura que un día fuera por lo que la Regente ya no sentía tan hondamente el cariño que antaño le profesara, un cariño que en asuntos de Estado podría nublarle el entendimiento, lo cual era un inconveniente. Además, la pequeña estaba muy consentida en Francia, donde se la colmaba constantemente de regalos, por lo que ella no sentía necesidad alguna de sumarse a los que le hacían la corte.

—Una locura —repitió con el ceño fruncido, pellizcándose la nariz, tras lo cual, cambió radicalmente de tema.

Los ingleses, por otro lado, estaban disfrutando en Francia bastante más de lo que habían previsto. Sabían que lo mejor que podían hacer era comportarse como lo

hacían en su país, donde el Rey era más joven: había que mostrar respeto por los caprichos y los favoritos del Monarca. Además, la comida, había que reconocerlo, era excelente.

Aquella tarde de sábado, cuando O'LiamRoe llegó a la corte con la nariz enrojecida y los ojos hinchados, el torneo, con su habitual despliegue de fuerza, habilidad y destreza, había dado ya comienzo. Guiado por el rumor del gentío como un indígena por el tam tam de los tambores, O'LiamRoe, seguido de un silencioso Piedad Dooly, se dirigió hacia el campo de justas que se extendía en uno de los numerosos prados a orillas del gran lago de Châteaubriant. Con andar desmañado, se abrió paso entre las filas de los participantes y llegó hasta el pabellón escocés.

Pasó ante George Douglas para acceder al puesto que tenía reservado.

—Sonreíd, Príncipe. —La voz jocosa de Douglas sonó a sus espaldas—. *Samson en perdit ses lunettes. Bien heureux est qui riens n'y a!*<sup>[26]</sup>

Una mujer rió tras él. No le hizo falta volverse para saber a quién se refería el chiste en francés. Reconoció la risa de Margaret Douglas, lady Lennox. El Príncipe, con expresión inmutable, le hizo una reverencia al pasar. ¡Por Cristo crucificado! ¿Cómo era posible que las noticias volaran a semejante velocidad? La dama lucía espléndida, vestida con una túnica blanca ligera y vaporosa.

—Ahí abajo tenéis a Sansón —dijo en tono alegre lady Lennox—, por si os interesa. Según dicen, hoy muestra una actitud más humilde de lo habitual. —Margaret, tras lo ocurrido la pasada noche, había decidido cambiar de actitud hacia Francis Crawford y hacia O'LiamRoe.

El irlandés se dio la vuelta finalmente.

—Hay un momento para cada cosa. Un momento para reír, otro para hacer discursos. En este momento yo me limito a respirar. —Margaret se rió de nuevo, pero en sus ojos no había jovialidad alguna.

Cuando por fin tomó asiento, O'LiamRoe vio a la Reina regente, que ocupaba su puesto unas seis filas más abajo, sentada junto a su hija y Margaret Erskine. También distinguió, un par de filas abajo y a la derecha, una inconfundible y rubia cabeza cuya visión le provocó una ola de emponzoñado desagrado.

Era culpa de Francis Crawford que se hallara allí, con el rabo entre las piernas, la nariz como un tomate y sus intimidaciones en boca de media corte. Sólo le faltaba que un juglar pusiera letra a sus desgracias. Con la mirada perdida en los monstruos cubiertos de acero, plumas y guanteletes que se embestían sobre enjaezados caballos protegidos por corazas, O'LiamRoe se preguntaba en qué estaría pensando Lymond. Las plumas del pequeño bonete de María se mecían a la izquierda de la Regente. A su lado, las cabezas de los Fleming formaban un tupido matorral y junto a las damas y

algo más allá, el séquito de la Reina regente se apiñaba en un cerco protector. La pequeña Reina estaba bien custodiada.

No obstante, le había parecido adivinar algo más que burla en el tono de George Douglas; también había percibido cierta tensión en las palabras de Margaret. El ambiente estaba cargado de temor. Pero no se trataba sólo de un miedo concreto por el posible asesinato de la niña, sino una especie de regodeo temeroso ante el posible e inminente descalabro de los tratados que estaban aquellos días en plena negociación y que concernían al futuro de las relaciones entre Alemania e Italia, entre Inglaterra, Escocia, Irlanda y la propia y dividida Francia. Tratados que podían muy bien venirse abajo de un plumazo.

La resaca y el resentimiento que O'LiamRoe sentía hacia Lymond no le impedían entender la situación: sabía que el rubio personaje que se sentaba algunas filas más abajo sostenía sobre sus hombros una pesada carga. Lymond, con un brazo apoyado relajadamente sobre una barandilla lateral, escuchaba los comentarios del heraldo Chester<sup>[27]</sup>, un inglés llamado Flower. Desde donde estaba, Phelim podía oír el acento de Yorkshire de Flower, que en aquel momento se reía ante algo que Lymond había dicho. Sobre el campo de justas se celebraba la victoria de un participante inglés. Sir John Perrott, el pendenciero bastardo del difunto Rey Enrique VIII, tras alzar la visera de su casco, había puesto el pie sobre el caído adversario parodiando a los antiguos héroes vencedores. Su gesto recibió tibios aplausos por parte de la concurrencia francesa. Un paje acudió solícito a quitarle el pesado casco, liberando sus cabellos castaños, que flotaron revueltos al viento mientras el triunfante Perrott aullaba a voz en grito:

—¡Nuestro querido rey Enrique era capaz de reventar por lo menos diez caballos al día!

Un caballero de la Casa Real, tras sortear a los apiñados espectadores, se había acercado y se dirigía a la Reina regente. El Rey deseaba invitar a sus caballeros escoceses a tomar parte en el torneo contra los participantes ingleses.

—Su Majestad tiene entendido —dijo afablemente el caballero francés— que vuestro heraldo, el señor Crawford, es un notable hombre de armas, por lo que solicita vuestra venia para que dicho caballero baje al campo y tome parte en el estafermo.

La risa de Flower sonó de nuevo en el banco, junto a Lymond. Margaret Erskine se había quedado muy quieta de pronto, la rolliza espalda recta como un huso. A O'LiamRoe, que había escuchado las palabras del francés, le vino a la mente cierto episodio ocurrido en St. Germain protagonizado por una figura rechoncha vestida de negro enarbolando una lanza y volando, cual bruja sobre su escoba, hacia un barril lleno de agua caliente.

En aquella ocasión, Thady Boy había dejado bien clara su destreza. Y también

muchas otras veces después de aquello.

—Servíos decir a Su Gracia —dijo María de Guisa—, que nuestro heraldo destaca en muchos campos, pero no especialmente en el de las justas. Con su permiso, buscaremos un caballero más adecuado.

El emisario disimuló su sorpresa con encomiable arte.

—¿Es quizás más diestro en algún deporte escocés? Al Rey le agradaría verle participar en el levantamiento de piedras o con la barra de hierro...

Una mano elegante y fuerte se posó sobre el caballero del rey francés.

—Mi Señora la Reina siente quizás que el heraldo ya ha probado con creces su valor en el foso de Angers al enfrentarse con aquel jabalí. Permitidme a mí ocupar su lugar. —Tras decir aquello, sir George Douglas se inclinó ante Reina y caballero y partió hacia el campo de justas seguido de un séquito de sirvientes.

El heraldo Chester volvió a reírse, palmeó a su compadre Vervassal sobre el hombro y, dando por terminada la conversación, se giró hacia otro de los asistentes. Tras recostarse en su asiento, Lymond cruzó una mirada de entendimiento con sir George y le dedicó una inclinación de cabeza en un gesto perfectamente natural. El apuesto y corpulento Douglas, notable guerrero en sus días de juventud, le devolvió el saludo con burlona sonrisa y se encaminó a cumplir el compromiso que, de motu propio, había contraído con su Soberana.

Se le unieron otros caballeros. O'LiamRoe presenció las competiciones que siguieron a continuación entre las grandes Casas de Escocia y los caballeros ingleses. Entre estos últimos estaban Dethik, que había marchado junto a Somerset en la sangrienta y maldita batalla de Pinkie, y Throckmorton, nombrado caballero tras comunicarle la victoria a su Rey. También estaban Rutland, el que había demolido las murallas de Haddington, y sir Thomas Smith, que había contribuido con su verbo erudito a justificar la reclamación de la soberanía feudal que Inglaterra afirmaba poseer sobre Escocia; y Essex, que había perdido a su hijo en las guerras escocesas.

Los caballeros se embestían con fiereza haciendo entrechocar lanzas y corazas, espadas despuntadas y cotas de malla, pero nada, salvo las risas que celebraban los encuentros, parecía realmente reseñable.

Lymond, entre tanto, charlaba distendido con sus vecinos de banco sin dedicar apenas atención al torneo.

Ya casi habían terminado las justas cuando sir John Perrott se acercó al palco donde se hallaba la Reina madre y, dirigiendo una mirada fría e inquietante hacia Crawford de Lymond, le espetó:

—Me dicen que Vuestra Merced domina el combate cuerpo a cuerpo. Tengo todavía energía más que de sobra y no soy del todo malo en esas lides. Con la venia de vuestra Señora, ¿aceptaríais enfrentaros a mí?

El heraldo, con tranquilo ademán, se puso en pie bajo el entoldado pabellón. El

dominio de las artes guerreras se suponía que formaba parte de su profesión, por muy circunstancial que esta fuera. Ni su Señora ni él podían ignorar por dos veces una invitación a demostrarlo. O'LiamRoe vio cómo la rubia cabeza echaba un rápido vistazo hacia donde Enrique, el rey de Francia, aguardaba su respuesta junto a su Reina, su amante, sus caballeros, sus cortesanos y sus amigos más íntimos. Sentado a su lado, apuesto, recatado y con expresión indiferente, se hallaba lord d'Aubigny.

—Será un placer. Si mi Reina concede su permiso —respondió Lymond.

La Reina regente, con la mirada perdida en un punto más allá de Lymond, hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza. De haber continuado negándose para protegerlo, habría levantado la sospecha de ser su cómplice. Él también había aceptado para evitar eso precisamente. Porque estaba claro, tan claro como el reflejo del pálido sol sobre las aguas púrpuras del lago, como la verde hierba y el rojizo polvo y los brillantes colores de escudos y estandartes, como las banderas, pendones y pabellones, como las ricas vestimentas de los apiñados y expectantes cortesanos, estaba claro para todos los asistentes que aquel día, aquel preciso momento, había sido el que lord d'Aubigny había elegido para declararle la guerra y demostrar que Francis Crawford y Thady Boy Ballagh eran la misma persona.

La esbelta figura del heraldo de la Reina, sin jubón y a pleno sol, no evocaba precisamente aquella otra más entrada en carnes del bardo. La precisión y templanza de sus ademanes distaba mucho de la arbitraria exuberancia de Thady Boy. Pero O'LiamRoe, hundido en su cojín de terciopelo y con el corazón en un puño, sabía que aquello no podía terminar bien de ninguna manera: si Lymond luchaba bien, sus movimientos recordarían claramente los que realizara Thady Boy en aquella otra lucha cuerpo a cuerpo que todos habían presenciado. Si luchaba mal, pondría a su Reina en ridículo, levantaría suspicacias y correría el riesgo de ser herido. En aquellos momentos no se podían permitir que Lymond quedara fuera de combate, pues representaba la mayor esperanza de supervivencia de la pequeña Reina.

Lymond se había desvestido con rapidez. Las trompetas sonaron mientras aguardaban la llegada de Perrott. La concurrencia charlaba y reía. Aquel sería el último encuentro en el campo de justas por hoy. Por la noche estaban programadas varias actividades de lo más atractivas: la cacería del ciervo a la luz de las antorchas, la cena a medianoche.

Junto a uno de los pabellones, una dama de honor se inclinó hacia el paje de sir John Perrott y le dijo unas palabras. El paje trotó en busca de su señor. Momentos más tarde, el propio Perrott reapareció, provocando el júbilo de los asistentes ingleses.

—Feliz mortal —observó un sudoroso sir George Douglas mirando a Lymond mientras ocupaba un asiento vacante junto a O'LiamRoe. Había hecho un uso más que digno de su lanza, igualando como mínimo la destreza de cualquier hijo bastardo

del difunto rey Enrique—. Feliz mortal, desde luego que sí, autorizado invariablemente a la lujuria, obligado por su trabajo al pecado y a la indulgencia... Incluso aquí, todo lo que tiene que hacer es dejarse ganar.

—¿Después de lo que hizo con el jabalí? —preguntó sardónico O'LiamRoe.

No obtuvo respuesta. Los dos contendientes estaban ya enzarzados en el campo y sir George Douglas, aferrando inconscientemente los brazos de su silla, no dijo palabra hasta que momentos más tarde, tras soltar el aire que había contenido involuntariamente, comentó:

—Pues bien, irlandés, si ese joven tiene dos dedos de frente lo que tiene que hacer es dejarse caer al suelo, y rápido. Parece que a nuestro amigo Perrott le han dado unos cuantos consejos. Se mueve exactamente y hace las mismas llaves que el hombre de Cornualles.

Puede que aquella misma idea hubiera cruzado la mente de Vervassal, pero era evidente que salvo humillarse dejándose caer de espaldas poco más parecía poder hacer. Sir John Perrott había heredado la constitución robusta de su corpulento padre, pero además estaba bien entrenado y tenía coraje. Se le veía furioso, con intención de hacer daño, y era evidente que no deseaba tirar al suelo a su oponente demasiado pronto.

Aquello dejaba a Lymond pocas opciones. El joven se estaba limitando a improvisar una defensa poco espectacular para esquivarlo, intentando no repetir los movimientos que hiciera con el de Cornualles y así evitar ser reconocido.

Pero lo cierto es que no hay tantas formas de zafarse de una llave en una pelea cuerpo a cuerpo. Y menos cuando el ataque se produce siguiendo una secuencia previamente ensayada. El inglés, la mirada fija en su rostro de quijada cuadrada y dura como el pedernal, abrazado a su presa, le zarandeaba, empujaba, lanzaba patadas y rodillazos que eran devueltos con tibio entusiasmo. Tras un buen rato así enzarzados, sin haber conseguido otra cosa que mutuas contusiones, sir John Perrott soltó por fin al heraldo de la Reina madre y le dijo con voz áspera:

—Aquí tenéis un bastardo, señor mío, dispuesto a ensuciarse las manos con vos.

Las palabras de Perrott cogieron desprevenido a Lymond. Fuera a causa de la admiración hacia la retorcida inventiva de lord d'Aubigny, fuera por la íntima rebeldía ante la insoluble situación en la que se veía comprometido, un tipo de situación, pensó O'LiamRoe, en la que Lymond era especialista en verse envuelto, el caso es que Francis Crawford, conteniendo un inoportuno ataque de risa histérica, bajó la guardia en un momento crucial.

Los espectadores, saturados de luchas bretonas, justas y torneos, se removían impacientes en sus asientos y charlaban con sus vecinos haciendo apenas caso de la lucha que tenía lugar en el campo. Sólo los que se sentaban en los bancos más próximos a los contendientes prestaban atención. Aunque de facto nadie podía

abandonar su asiento hasta que el Rey lo hiciera, la mayoría de los asistentes hacía ya rato que tenían la mente puesta en otras cosas, como por ejemplo en el atuendo que habrían de lucir en la siguiente celebración.

Así que probablemente los únicos que captaron aquel instante de sorpresa que propició la caída de Lymond fueron los que, oyendo las palabras de Perrott, las asociaron al supuesto prejuicio que lord d'Aubigny le atribuía a Vervassal sobre la bastardía, o quizás también los que, imitando la diplomática actitud de su Rey hacia el combate, se habían visto forzados a seguirlo de cerca, o bien aquellos que, en definitiva, conocían la verdadera identidad de Thady Boy.

Lymond, que había caído finalmente de espaldas, tenía encima a su contendiente, que le presionaba con rodillas y caderas intentando aplastarle. En aquella situación, la única salida posible pasaba por repetir la llave que había permitido a Thady Boy romperle el cuello al púgil de Cornualles. El juramento de George Douglas volvió a la realidad al angustiado O'LiamRoe, absorto en las dos figuras que se medían, inmóviles, en el suelo.

—Puede escoger —explicó con sorna George Douglas—, entre dejar que le rompa la pierna o delatarse actuando como lo hizo cuando luchaba bajo la identidad de Thady Boy. Interesante, ¿no os parece?

En las filas donde se sentaban la Reina madre y su hija, se había instalado un tenso silencio. Frente a ellas, en el pabellón del rey francés, los rostros de los asistentes, inmóviles como perlas bordadas sobre un tapiz, estaban vueltos hacia los luchadores, las miradas fijas en la espalda del inglés, cuya piel arrebolada por el esfuerzo se transparentaba bajo el fino tejido de su camisa de lino, en la maciza cabeza orlada de pelo rojizo del hombretón y en las gruesas caderas que aprisionaban el esbelto cuerpo que se veía debajo perteneciente al heraldo de la Reina madre. Lymond, decidido a no delatarse, no hacía movimiento alguno.

En un extremo del campo de justas apareció un hombre vestido con los colores de la Casa de Guisa y se acercó a hablar con el Rey. Poco después, el sonido de una trompeta silenció las conversaciones. El Rey levantó su báculo y lo bajó. Después se puso en pie. El combate había terminado.

Sir John Perrott no se había dado por enterado. Se removió ligeramente dejando a la vista su rostro, crispado en una tensa mueca. Las manos de Lymond tenían los nudillos blancos del esfuerzo que el joven estaba haciendo por contener a su adversario.

—¡Madre de Dios, su pierna! —exclamó O'LiamRoe, y se quedó en silencio.

En una fila próxima, el heraldo inglés, Flower, se volvió hacia O'LiamRoe.

—Es un buen muchacho ese Vervassal. Su propia gente ha solicitado que detengan el combate y, desde luego, por mi parte yo no lo lamento. Parece ser que todavía no está curado de ciertas heridas de guerra, por lo que no está en plena forma.

Os aseguro que para enfrentarse a Perrott hace falta estar en plena forma, como mínimo. El muchacho ha hecho un combate de lo más digno, en mi opinión.

No debería sentirse avergonzado por la intervención de sus paisanos, desde luego que no.

Siguió un silencio que fue interrumpido por las palabras de sir George Douglas:

—No será una vergüenza para él, pero desde luego es una verdadera lástima. Ya que estaba —dijo escuetamente George Douglas—, podría haberle roto el cuello a sir John Perrott.

No le faltaba razón. Mientras observaba cómo los hombres del condestable separaban a los dos contendientes, O'LiamRoe no pudo dejar de pensar que el triunfador del combate había sido sin duda d'Aubigny. A pesar de los esfuerzos de Francis Crawford, parecía inevitable que las heridas recientes del heraldo esgrimidas para detener el combate, sirvieran para asociarle con el desaparecido bardo. La Reina regente, al intervenir, había acabado por levantar suspicacias.

En los pabellones todo el mundo se había levantado ya: las damas se estiraban las faldas, se reunían en grupitos, se abrazaban. Perrott había abandonado el campo de justas sin saludar a nadie. Vervassal, tras esperar unos instantes, se había puesto en pie tranquilamente y permanecía inmóvil mirando en dirección al sitio del Rey.

Entre los vacíos asientos del pabellón de Su Majestad, un furtivo rayo de sol se había colado por una rendija del entoldado e iluminaba una figura solitaria vestida con los colores azules de la Casa Real. Lymond levantó el brazo izquierdo y dirigió un saludo formal a sir John, señor de Aubigny. Después, moviéndose despacio, salió del campo.

María seguía viva.

De vuelta en el castillo María, en efecto, seguía viva. Asomada a la ventana, la pequeña vio partir al anochecer la larga cabalgata de jinetes, sus verdes vestimentas fundiéndose con los tonos parduscos con que la luz del ocaso pintaba cielos y campos. La partida, salpicada de rojizas antorchas, se dirigía hacia el bosque dispuesta a dar caza al venado.

Contra su deseo de pasar desapercibido, la corte de Francia estuvo pendiente durante toda la cacería de la figura de Lymond. Cuando finalmente el joven consiguió quedarse rezagado, dispuesto a regresar al castillo a la menor oportunidad, los arqueros de d'Aubigny le salieron al paso con una petición incontestable: el Rey deseaba su presencia en la cena aquella medianoche, junto a la Reina regente.

Douglas, que no se había alejado en ningún momento de su lado, le puso la mano sobre el hombro en un gesto de solidaridad.

—¡Marchaos, por Dios, muchacho! Alegad que estáis enfermo. No se os ocurra acudir a esa cena. Os harán picadillo y luego esparcirán vuestros restos por el campo.

La voz de Quetzalcoatl respondió a sir George:

—Tranquilo, hombre —dijo Francis Crawford con voz calmada—. Para disipar las dudas y enmendar errores es necesario recurrir a la sabiduría suprema. Si Su Excelencia está realmente decidido a revelar esta noche la identidad de Thady Boy Ballagh, nada que yo haga podrá impedirselo.

—Podéis escapar —dijo Douglas.

—¿Para qué? —se rió Lymond mientras la luz de las antorchas prendidas en la oscura verdura del bosque arrancaba destellos a sus pendientes—. María está protegida tan sólo con el cariño y la fidelidad de unos pocos. La información que necesita para salvarse es la misma que necesito yo, y hay tres personas que pueden proporcionárnosla: Oonagh O'Dwyer, Robin Stewart o Michel Hérisson de Ruán. Quizás cuando esté encerrado en prisión se animen a hacer por mí lo que no hicieron mientras...

—Sois un demonio, Francis Crawford, sois travieso y desalmado, peor que Jeroboam, hijo de Nebat, que llevó a Israel a la perdición —le interrumpió George Douglas sin alterarse—. Sabéis perfectamente que si os identifican como Ballagh y os acusan de lo de la Tour des Minimes y los demás cargos, os tostarán en una parrilla ensartado en un tridente. —Se quedó mirando la expresión serena de Lymond—. ¿A qué aspiráis que no poseáis ya? ¿Qué puede proporcionar esa niña a alguien como vos?

Se hizo un pequeño silencio.

—Una oyente atenta a la que cautivan mis adivinanzas, creo —dijo Lymond tras pensarlo un rato—. Pero ciertamente formuláis una pregunta poco galante. ¿Nos reunimos con Su Gracia?

Dicho esto, Lymond guió a su montura por entre las piezas de venado que se amontonaban, aún calientes, en el bosque, hasta el claro donde se había dispuesto la cena con Su Majestad el rey de Francia. Hogueras y antorchas iluminaban las joyas y satenes que adornaban manteles y comensales. Las notas del laúd y la vihuela llenaban el ambiente mientras Lymond, caminando bajo la arboleda hacia el claro, esquivaba o dejaba caer con torpeza de sus manos las perfumadas naranjas que le lanzaban chiquillos dorados, ataviados como el travieso Pan, que bailaban al son de la melodía. Sentía en sus largos dedos el tentador cosquilleo de devolver la fruta con un malabarismo, pero no cometió el error de demostrar su destreza. A pesar de todo, desde que la primera naranja cayó en sus manos, los ojos del vidame, tumbado relajadamente sobre la hierba, siguieron todos y cada uno de sus movimientos. La duquesa de Valentinois, sentada junto al Rey, se interrumpió en un par de ocasiones para observarlo y el príncipe de Condé y su hermano intercambiaron miradas.

Finalmente fue la princesa de la Roche-sur-Yon, que no simpatizaba precisamente con el condestable desde que este le había birlado su castillo de Châteaubriant, quien,

poniéndole un laúd en el regazo, le dijo:

—Señor Crawford, no podéis negar que sabéis tocarlo. Hacednos el honor.

No se habían escatimado lujos para adornar el claro donde había sido dispuesta la cena aquella medianoche. Los árboles tenían el tronco decorado con arras que colgaban de la corteza; el suelo había sido cubierto con paños de terciopelo, ocultando a la vista las raíces secas y las huellas de castores y demás animales del bosque. Los integrantes de la embajada inglesa, sentados cómodamente sobre ricos almohadones, parecieron removerse ligeramente, como anticipando un cambio en el ambiente, una cierta tensión quizás.

Observándolo, O'LiamRoe se preguntó si Lymond, ya que parecía inevitable que su verdadera identidad fuera expuesta allí aquella noche, no hubiera preferido revelarse como el erudito que era mediante una culta conversación con alguno de los presentes, en lugar de identificarse con el malabarista, el payaso y el músico que también era.

Lymond cogió el laúd con expresión pensativa, sin pronunciar palabra. O'LiamRoe se percató de que muchos de los presentes le observaban: Catalina, la Regente y sus hermanos, el duque de Guisa y el cardenal, el propio condestable. A aquellas alturas, seguramente todos ellos ya sabían la verdad, o la sospechaban. Negarse a tocar habría significado en aquel momento admitir su identidad.

Dos antorchas fueron colocadas rápidamente a su lado e iluminaron su esbelta figura, rodilla en tierra, inclinada sobre el instrumentó. Lymond pulsó una cuerda. El sonido atrajo las miradas de unos cuantos y se produjo un repentino silencio. Las primeras notas de la canción desvelaron al artista, trayendo a la memoria de los oyentes los rasgos del moreno bardo, identificándole con aquella voz inconfundible.

*Despierta, laúd mío y acompáñame  
en esta mi última canción,  
ayúdame a concluir lo que ahora empiezo,  
que cuando esta canción llegue a su fin, laúd mío,  
habrás de callar y yo también.*

Las notas del laúd acompañaron la canción, interpretada con maestría en un tono irónico.

Relajados tras la emoción de la cacería, sentados bajo los tibios árboles, estimulados por el fasto y lo pintoresco de la velada, la embajada inglesa escuchaba arrobada y sonriente a aquel joven que, aunque había dado una pobre réplica en el combate a sir John Perrott, había sido evidentemente escogido por su Reina por unos talentos bien diferentes.

Lord Lennox, la mejilla descansando sobre la mano, escuchó aquella primera

estrofa y descubrió que tenía asuntos que discutir con el comensal más próximo, con quien se puso a charlar en voz baja. Su esposa, desviando la vista del intérprete, la paseó por los grupitos diseminados por el tapizado suelo y observó cómo los rostros, como hojas impulsadas por una suave brisa, se volvían hacia el músico. Sintiendo una mirada fija en ella, lady Lennox se volvió para enfrentarse al mudo reto de los ojos de Margaret Erskine.

*¡Silencio ahora, laúd mío!  
Aquí acaba nuestra última canción,  
Concluye aquí lo que inicié.  
Cantada y terminada está, laúd mío.  
Silencio ahora, hete aquí el final.*

No esperó a los aplausos. Con el eco de las últimas notas de la canción, Lymond pulsó las cuerdas una y otra vez desgranando con furia la melodía de una balada irlandesa de tintes épicos que ya interpretara para ellos en su papel de bardo extravagante. O'LiamRoe recordaba haberla escuchado estando borracho, con un Thady Boy al laúd también borracho. Recordaba haber derramado lágrimas de emoción ante la letra, identificándose con la tristeza, el valor y la desolación que describía. En aquella ocasión había llorado por sí mismo. Esta vez, aunque tuviera los ojos secos, las manos apretadas en sendos puños y presionadas sobre su crispada boca, sentía un lacerante dolor que le atenazaba la garganta, pues nunca hasta ese momento había oído a Lymond interpretar aquella balada en estado de absoluta sobriedad. Sintió, más que vio, cómo los oyentes en derredor suyo se estremecían y tensaban como instrumentos afinados en un tono único. En cada oyente, intelecto y sentimiento parecían pulsados al máximo, alcanzando registros quizás desconocidos hasta entonces por ellos mismos, transformando hasta lo más nimio en algo grandioso. Cuando terminó, la Reina regente apartó la mirada. George Douglas, enarcando las cejas, parecía concentrado en estudiar sus propias rodillas y Margaret Lennox, los ojos fijos en el intérprete, se mordía los labios.

Lymond brindó la canción, a modo de desafío, a John Stewart d'Aubigny, que aguardaba de pie y en silencio junto al Rey, tieso y ornamental como una columna jónica, perfecto el fuste y el capitel.

El eco de la melodía se fue desvaneciendo hasta que sólo se oyó el susurro de las hojas mecidas por la nocturna brisa. El emocionado silencio reverencial que siguió a la actuación de Lymond fue quebrado paulatinamente por el sonido de esporádicos aplausos que fueron incrementándose a medida que la audiencia despertaba del estupor en que la música la había sumido y terminó en una marea de ovaciones. D'Aubigny abandonó su puesto tras el Monarca y, situándose a su lado sonriente,

hincó rodilla a tierra. Ninguno de los integrantes de la corte escocesa alcanzó a oír las palabras, que en todo caso fueron cortadas por el gesto del Rey requiriendo al intérprete.

Tan sólo Margaret Erskine, próxima a Lymond, se dio cuenta de que el joven estaba temblando. Aguardó unos segundos hasta apaciguar el torbellino de emociones en que su propia interpretación le había sumido y después, dejando el laúd cuidadosamente sobre el suelo, avanzó sobre las mullidas alfombras hacia el Soberano. Caminó flanqueado por las antorchas que portaban sendos pajes, el elegante tabardo brillando en la oscura noche, y se arrodilló ante el Rey.

A los ojos de los ingleses del círculo de Northampton, la escena obedecía simplemente al requerimiento del Rey que felicita al virtuoso. Enrique, hablando en tono mesurado, no les sacó de su error:

—¿Cuál es vuestro nombre, señor Vervassal?

—Mi nombre es Francis Crawford de Lymond, Alteza —replicó Lymond en el mismo tono—. Me someto a vuestra magnanimidad.

—Francis Crawford de Lymond, decís. ¿No se os conoce también como Thady Boy Ballagh?

—Así es —dijo Lymond. Junto al Rey, d'Enghien levantó bruscamente la vista y la volvió a bajar. La de la Reina regente no se había despegado del heraldo en ningún momento. D'Aubigny sonrió.

El Rey observó al joven postrado ante él, su apuesto y tenso rostro contraído en una expresión solemne y tensa, poco proclive a la benevolencia.

—Serán los jueces quienes decidan —dijo—. Mis arqueros os traerán a mi presencia más tarde.

Stewart d'Aubigny, inclinándose sobre el que fuera Thady Boy Ballagh, lo puso en pie sujetándolo con fuerza del brazo y, rodeándolo por los hombros para impedirle cualquier movimiento, lo condujo por entre los arqueros sacándolo de allí. Lymond, con la mirada brillante, se dejó hacer mientras el público prorrumpía de nuevo en aplausos y alguien, recuperando el laúd del heraldo, lo levantaba en su dirección invitándolo a tocar de nuevo. Pero Enrique, con una media sonrisa asomando a sus labios, hizo un gesto negativo y dio por terminada la actuación. Había llegado el momento de prepararse para volver al castillo.

Francis Crawford levantó la rubia cabeza hacia lord d'Aubigny con una expresión de pura ironía pintada en su rostro.

—Un toro para las vacas en tiempo de torear. Un semental para las yeguas en época de apareamiento. Un verraco para las cerdas en la época de celo. Ojo por ojo. Diente por diente. Una vida por otra vida —dijo Francis Crawford—. Son palabras del Senchus Mor<sup>[28]</sup>, querido mío. Y Robin Stewart sigue libre y clama venganza.

Piedar Dooly oyó aquello y escupió al suelo cuando Lymond, rodeado de

arqueros, fue aupado a su montura. Seguramente, al otro lado del bosque, en la zona que daba hacia el Béré, Robin Stewart aguardaría pacientemente la mañana siguiente a que apareciera su estimado compinche. También O'LiamRoe había escuchado las palabras de Lymond, pero su mente discurría por otros derroteros. Como antiguo señor de Thady Boy Ballagh, seguramente se vería obligado a dar algunas explicaciones. Pero Lymond lo tenía ciertamente mucho más difícil. Aquella procesión de nobles y caballeros con su Rey a la cabeza, no pararían mientes, a buen seguro, hasta sacarse de una vez por todas aquella espina que era el bardo clavada en sus reales y encumbradas posaderas.

La vista tendría lugar en la sala del Consejo del Rey en Châteaubriant, aquella misma noche.

Cuando fue introducido en los reales aposentos, profusamente iluminados y repletos de rostros serios y cariacontecidos, O'LiamRoe estaba decidido a soltar unas cuantas verdades. Si se había quedado en Francia era para esto mismo. Por supuesto que sabía que Thady Boy no era en realidad un bardo, diría. Si Thady Boy existía, era únicamente por deseo expreso de la Reina regente. Lymond había arriesgado su propia seguridad en aras de proteger a la niña y evitar que las relaciones francas escocesas se vieran afectadas negativamente. Que Francis Crawford había fracasado era evidente, puesto que finalmente había sido descubierta su falsa identidad. Pero, aunque no estuviera en condiciones de aportar pruebas contundentes sobre los verdaderos culpables, sí poseía pruebas indirectas de su inocencia, como lo demostraban sus actuaciones en Ruán, con los elefantes, en Londres, al intentar conseguir la confesión del arquero, en las heridas que había recibido en el episodio de la Tour des Minimes en Amboise. El hijo de Jenny Fleming podría testificar sobre el asunto del arsénico... aunque quizás fuera mejor no mencionar al hijo de Jenny. Por otro lado, pronunciar el nombre de Abernaci podría costarle a este su trabajo. Tampoco sería muy prudente involucrar a Tosh, pues equivaldría a ciencia cierta a poner en peligro su vida. Y en cuanto a Oonagh...

Estaba claro, se dijo, que la culpa había que echársela al hatajo de viejas conspiradoras que eran la Reina y sus damas. Cuando todo acabara, Lymond y él, libres de toda imputación y culpabilidad, se reirían juntos de todas sus peripecias.

Pero cuando Phelim O'LiamRoe, príncipe de Barrow, tras ser conducido al interior de la pequeña sala del Consejo, se encontró con un Lymond sin tabardo, maniatado y con el rubio cabello revuelto, se dio cuenta de que su provocativo y ensayado discurso habría de chocar contra un muro que adivinaba inexpugnable.

—Entonces —estaba diciendo el Rey en un tono que denotaba su profundo disgusto—, ¿vais a decirme a quién servís?

Francis Crawford movió la cabeza con evidente exasperación. En su pálido rostro,

sus ojos azules, brillantes como ascuas, pasaron sobre O'LiamRoe ignorándolo, y se detuvieron durante una fracción de segundo sobre la Reina madre, para volver a dirigirse a su interlocutor. El significado de aquella mirada era un enigma para O'LiamRoe.

—Me dedico a vender experiencia... y a comprarla. Y pago un precio evidente por la mercancía, como Su Alteza puede ver. Soy mi propio dueño y esclavo de mis caprichos, eso es todo.

—Estáis aquí —siguió el Monarca en tono contenido—, en calidad de heraldo, con la credenciales de mi querida hermana la reina regente de Escocia y todo parece indicar que el príncipe de Barrow es vuestro cómplice.

Se hizo un silencio sepulcral. Las agotadoras semanas que la Regente había pasado en Francia, el oro casi comprometido, el contrato de matrimonio a punto de firmarse, la regencia prácticamente asegurada, todo aquello pareció llenar el ambiente. Agazapada en las palabras no pronunciadas podía también sentirse la ausencia de Cormac O'Connor, la amenaza de las guerras en Italia, la amable presencia de la embajada inglesa, un bálsamo en comparación con las complicaciones que representaban en aquellos momentos los escoceses.

Lord d'Aubigny era un hombre poco paciente. De un tirón, arrebató el látigo de las manos del sargento que tenía a su lado y comenzó a fustigar, una y otra vez, cual enardecido domador de leones, la tiesa espalda del acusado.

Con una rapidez que casi le hizo recibir el último latigazo en pleno rostro, Lymond se giró hacia él, cogiéndolo por sorpresa. D'Aubigny retrocedió instintivamente unos pasos.

—Si tenéis de qué acusarme, hacedlo. Si tenéis algo que preguntarme, preguntad. Sé que resultaría interesante de presenciar, pero os aseguro que someterme a latigazos os llevaría más tiempo del que deseáis pasar conmigo —dijo Lymond.

El látigo, corto y afilado como una navaja volvió a restallar, esta vez sobre las piernas de Lymond. Un enano de la reina Catalina retrocedió de un salto soltando una risita.

—Hablad con la cortesía que merece esta audiencia —dijo Catalina de Médicis en tono sereno, dirigiéndose al acusado con el acento franco-italiano que había adquirido tras su matrimonio y la paciencia que se había visto obligada a practicar desde entonces—. No podéis engañarnos. Vuestra Señora la Reina está aquí presente.

María de Guisa, concentrada en sus manos, compuso con cuidado las largas mangas de su vestido, y levantando la mirada la dirigió hacia Catalina y luego hacia el Rey, enarcando ostentadamente las cejas.

Un pensamiento reciente acudió presto a la mente de O'LiamRoe, *la culpa la tienen esas viejas damas*, y después la frase de Thady Boy rebatiéndole en el pasado: *Tendríais que jugar con ellas al juego de pelota en Tir-nan-óg antes de tacharlas de*

*viejas a los treinta y cinco años.* Era evidente que la Reina madre no iba a mover un dedo para defenderle... De pronto, la idea de intervenir en aquel embrollo había dejado de parecerle tan buena.

El látigo volvió a restallar.

—Yo aprecio a los hombres valientes —dijo la reina regente de Escocia—, y los Crawford son hombres valerosos que me han servido bien en el pasado. Un gordo y taimado fanfarrón, sin embargo, nunca podría ser santo de mi devoción. De haber sabido que uno de mis súbditos escoceses estaba involucrado en semejante mascarada, yo misma os hubiera ofrecido su lengua y manos como presente. Tal y como se ha desarrollado todo, sólo puedo deciros que le hagáis pagar su afrenta como mejor os parezca. No puedo creer que sea culpable de robo ni de asesinato, pero sí encuentro que se ha burlado de mí y de vos, mi querido hermano, engañándonos descaradamente a ambos no una, sino varias veces. Disponed de él como gustéis.

La Reina le repudiaba. A los labios de O'LiamRoe acudieron las palabras que no se había atrevido a pronunciar. Cerrando la boca con fuerza, las masticó despacio y en silencio. La reacción de Lymond lo dejó perplejo. Su semblante no denotaba sorpresa ni enfado. A pesar de estar sucio y despeinado, el heraldo demostraba una singular dignidad y sangre fría. Dirigió a María de Guisa una mirada desganada y dijo:

—Majestad, ¿a qué Rey podría haberle cantado yo en Escocia? En Escocia no hay rey.

La Reina lo repudiaba y él lo aceptaba abiertamente. Una mano presionó el brazo del Príncipe de Barrow a modo de advertencia. Margaret Erskine se había acercado a su lado. La respuesta de la Reina no se hizo esperar:

—Si hubierais acudido a mí como Francis Crawford —dijo María de Guisa en tono glacial—, puede que hubierais honrado con vuestros actos a vuestro país. En lugar de ello nos habéis insultado a todos, y a Irlanda también.

—Pero —dijo Lymond con sencillez— Francis Crawford no había sido invitado.

—Y todos sabemos quién es Francis Crawford —intervino d'Aubigny, que a aquellas alturas parecía ligeramente congestionado, el rubor tiñendo de forma irregular su rostro—. No olvidemos las joyas que estaba dispuesto a robar, la cuerda asesina que fue encontrada en su habitación, la relación de amistad que mantenía con Stewart, el infausto arquero que estuvo a mi servicio: muchos de los aquí presentes fuimos testigos de que Robin Stewart le salvó la vida al señor Crawford en aquella carrera por los tejados. Los dos actuaron en connivencia en la cacería del guepardo, no lo olvidemos.

Y en la Tour des Minimes, si se encontraba entre los jinetes que bajaron a la cabeza por aquella rampa infernal, fue porque d'Enghien llevaba las riendas de su montura, de lo contrario estoy seguro de que habría cabalgado con los que lo hicieron

en retaguardia manteniéndose a salvo. Además, según tengo entendido Francis Crawford y su amigo O'LiamRoe convencieron a Stewart, que se hallaba a las puertas de la muerte en la Torre de Londres, de que acabara con su huelga de hambre y viniera a Francia, y nada más llegar al Loira, el arquero desapareció misteriosamente. Si su cobertura irlandesa no hubiera sido más que una mascarada estúpida e irreverente —dijo lord d'Aubigny levantando la voz—, ¿por qué no atajó sus excesos lord Culter, el hermano mayor y miembro de esa valerosa y patriótica familia? ¿Por qué no informó al menos a la Reina, su Señora, del verdadero nombre del señor Ballagh?

La reina Catalina dirigió una significativa mirada a la Regente, las oscuras y pobladas cejas fruncidas en su pálido rostro insomne.

—¿Por qué, hermana mía? —Catalina se dirigió a María de Guisa—. Mirad a vuestros nobles, mi Señora. Parece que a la postre los Crawford no están resultando ser tan de fiar como parecían.

¡Menudas arpías! Por segunda vez, O'LiamRoe abrió la boca para decir algo. Piedad Dooly, con una expresión crispada en su moreno rostro, se removió a su izquierda inquieto. A su derecha, Margaret Erskine también se movió, bloqueándole la vista del Rey, y le miró a los ojos.

—No lo hagáis —dijo en un susurro—. Él no lo desea. ¿Cómo vais a poder ayudarle si os detienen también a vos?

La risa de Lymond resonó en la sala de audiencias. Era una risa inapropiada que sonó a cristales rotos.

—El honorable príncipe de Barrow abandonó Francia el día en que descubrió mi verdadera identidad y desde entonces no ha hecho más que intentar hacerse perdonar su relación conmigo. De haber sido mi cómplice, ¿creéis que se habría arriesgado a ser exiliado de Francia nada más llegar al país? Como han podido constatar Vucencias, el príncipe O'LiamRoe desprecia la diplomacia, se burla de la jerarquía, ridiculiza las riquezas y cualquier asomo de ostentación. El Príncipe es una auténtica joya en su rareza. Es un hombre cuyo principal afán es hacer gala de sus excentricidades y de su ingenio. *Bienvenido sea Phelim*, deberíais cantar —y procedió a recitar en tono irónico—:

*Bienvenido sea Phelim*

*Phelim hijo de Liam*

*Campeón donde los haya*

*Corazón de hielo*

*Cola de cisne*

*Aguerrido guerrero en la batalla*

*Combativo como el océano*

*Toro adorable y entusiasta*

*Phelim hijo de Liam...*

—*Toro adorable y entusiasta* —repitió Lymond, esta vez en gaélico, a lo que O'LiamRoe, ofuscado ante las cuestionables lisonjas con que Lymond le había obsequiado, respondió:

—Menudo hatajo de disparates. Y de vos, ¿qué me decís? Vos poseéis el don de la música, eso no podéis negarlo. Un ángel tocando un arpa sonaría como una vieja arañando con sus largas y retorcidas uñas un cristal a vuestro lado... ¿Qué os impulsó a haceros pasar por irlandés para, acto seguido, aprovechar la primera oportunidad para dejar que la bebida y la decadencia emponzoñaran vuestro arte?

Lymond dirigió al Príncipe una mirada inocente y seductora.

—La licencia forma parte de lo artístico.

Se hizo un breve silencio. O'LiamRoe se dio cuenta de que, de pronto, aquel bárbaro espectáculo acusatorio parecía haberse transformado en uno de otro tipo: en la clase de espectáculo que la corte estaba deseosa de presenciar. Todavía aguardó unos instantes antes de dejarse llevar por última vez por sus trasnochadas teorías.

—Sí, mi querido *gean-canach*<sup>[29]</sup>, pero ¿cuánta licencia? El arte de un hombre no es más importante que su hígado. ¿Cuál de los dos decide dónde está el límite?

—¿El artista? —contestó Lymond en un tono grave que desmentía su burlona mirada.

—El artista posee la inspiración necesaria al inicio, pero después le cuesta poner coto a sus pequeños caprichos. Vos lo sabéis, ¡por mis muertos! Y después, el arte decae y los modales empeoran hasta parecerse a los de cualquier pintor de brocha gorda o a cualquier borracho que compone una sátira en una taberna.

—¿Y eso os molesta? —preguntó Lymond—. En todo caso, no afecta a la posteridad. *Nous devons à la Mort et nous et nos ouvrages*, ya sabéis. La Muerte nos juzgará, a nosotros y a nuestras obras. Si hemos de estar sobrios y recogidos, si nos quitáis a nuestras Bellas Simonettas y a nuestras Vittorias Colonnas, ¿dónde podremos encontrar inspiración los artistas? ¿Qué obras seríamos capaces de crear?

—No todos los artistas necesitan una ingesta de drogas y alcohol, o una vida disipada.

—¿Y qué pasa entonces con los artistas disipados y borrachos? ¿Acaso la posteridad debe pagar las consecuencias de un presente corrupto?

O'LiamRoe se quedó en silencio. Aquello era el meollo del asunto. Los cargos de robo y traición que le imputaba d'Aubigny no tenían fundamento en realidad. Pero la corte los había aceptado sin rechistar para salvaguardar su maltrecho orgullo. La condena de Lymond obedecería a otras causas.

Le iban a condenar por haberlos engañado, por la fascinación que había ejercido

sobre ellos y por las atenciones que había conseguido que le dedicaran. Ya que Lymond estaba decidido a no recurrir ni a la Reina ni al Príncipe, lo único que el joven podía hacer para salvar el pellejo era intentar resarcir a la corte de Francia haciéndole ver su participación en la mascarada perpetrada por Thady Boy bajo una luz diferente: en lugar de camaradas o víctimas de aquella farsa premeditada en la que se habían visto envueltos, habrían sido en realidad los mecenas, los promotores de su arte. O'LiamRoe escuchó el tipo de argumentos que él mismo solía emplear de labios de Lymond, pero le parecieron pobres...

—El talento —estaba diciendo Lymond para rematar su discurso sobre las bondades y cualidades inspirativas de la bebida, el libertinaje y la ausencia de ortodoxia en general—, necesita desligarse del pensamiento racional para poder resurgir con renovados bríos.

—Sí, señor Crawford. —Esta vez habló Catalina mirándolo sosegadamente, sus enjovadas manos reposando en su regazo—. Pero el mal ejemplo conduce a la muerte, y el ejemplo del genio es el más peligroso de todos.

—Y se lleva también por delante al artista —añadió O'LiamRoe—. El holocausto del que os salvasteis milagrosamente en la Tour des Minimes supuso vuestra redención, a pesar de los huesos rotos. Bien que lo sabéis. La vida disoluta había menguado patéticamente vuestro arte.

—Vine a Francia en busca de libertad —dijo Lymond. Los arqueros en derredor suyo habían retrocedido dejándolo solo, con los brazos atados a la espalda. Aquello parecía ir para rato. A la tenue luz de la sala, el joven tenía un aspecto vivaz y alerta.

—Parece que os habéis ganado la prisión —dijo el Rey. Durante un momento sus ojos se posaron sobre su viejo amigo el condestable, silencioso a su lado. Después suspiró audiblemente—. ¿Y no será acaso cierto que un talento semejante, que sólo florece en libertad, lo hará también encerrado? La disciplina indispensable para la perfecta creación, ¿no se desarrolla en mayor medida en la adversidad y en la pobreza, en la enfermedad y en la prisión?... Pero lo cierto es —siguió diciendo el Rey en tono pensativo—, que vos no parecéis un hombre carente de auto control. Parecéis más bien un observador de la conducta humana, alguien capaz de hacer aflorar extraños caprichos del alma y ponerlos en conflicto; un guardián de fieras...

—El Rey hizo una pausa—. Si habéis actuado con intención de robar o de algo peor, vuestro castigo es la muerte. Si lo habéis hecho con la intención de causar daño de forma gratuita, inspirado por el diablo, seréis igualmente condenado. Puede que os agrade saber que, de no haber sucumbido vos mismo a vuestras malas artes, habríais conseguido influir negativamente en nuestra nación, habríais vuelto en contra nuestra la esencia de nuestra propia grandeza. Lo lamento —dijo Enrique de Francia volviendo la mirada de sus oscuros ojos hacia la Regente, sentada muy erguida en su asiento, hacia su esposa, hacia el condestable y hacia los silenciosos rostros de sus

cortesanos y al pálido y sombrío rostro de O'LiamRoe. Por último, se volvió hacia el joven que había sido su amado Thady Boy Ballagh y repitió—: Lo lamento. Pero el arte practicado sin conciencia es como un guepardo salvaje, imposible de domesticar. Seréis ejecutado. Y vuestra música morirá con vos.

¡Con la intención de causar daño de forma gratuita!

—¡Madre de Dios! —exclamó furioso O'LiamRoe, dando tres zancadas hacia la Reina regente. El rostro de la Reina se mantuvo inexpresivo, sin molestarse en mirarlo siquiera.

—Mi querido Phelim —Lymond se había acercado a él y hablaba en tono prosaico con una expresión levemente irritada y de algo más que el Príncipe no acertó a adivinar—, mi suerte está decidida. Pero vos no estáis involucrado. Ya que no parece que podáis mejorar las cosas, dejadme al menos recoger lo que he sembrado con dignidad. Partid y emborrachaos.

Había hablado en tono bastante amable. Phelim O'LiamRoe y su ollave se miraron a los ojos durante un largo momento. El príncipe de Barrow dio media vuelta y, sin preocuparse de a quién empujaba, salió a grandes zancadas de la estancia.

La rápida marcha del Príncipe cogió por sorpresa a Piedad Dooly quien saltó de su asiento y corrió en pos de su señor silbando entre dientes.

—El cielo nos proteja —masculló el pequeño irlandés—, por suerte aún quedan personas cabales en este país. ¿Y ahora qué hacemos, príncipe de Barrow? —preguntó.

El Príncipe volvió hacia él un rostro difícilmente reconocible, transido de ira e impregnado de una súbita y rotunda determinación.

—Vos, hombre afortunado —O'LiamRoe—, os vais a casa.

Dooly se paró en seco, sorprendido. Luego reaccionó y alcanzó rápidamente a su señor.

—¿Y vos, Príncipe? ¿Vos a dónde iréis?

—Pues a la casa de Cormac O'Connor. ¿A dónde si no? —respondió Phelim O'LiamRoe, conocido artista de la buena vida, ejemplo indiscutible de imparcialidad e indiferencia.

Las primeras luces de aquel domingo veinte de Junio comenzaban a iluminar los árboles del parque de Châteaubriant, dibujando a su vez el contorno del lago de oscuras y mansas aguas que se extendía a sus orillas.

## V

### Châteaubriant: Prueba sin amor ni odio

No es fácil dirimir sin pruebas. Al hombre libre se le puede exigir que aporte pruebas, siempre y cuando sean necesarias. No es marca de odio, ni tampoco de amor.

¿Por qué los esclavos extranjeros gozan de más derechos que los esclavos irlandeses? ¿Será que el esclavo irlandés tiene más esperanzas de que le liberen algún día, aun cuando goza de menos derechos que el esclavo de origen extranjero?

No iba a ser fácil: ¿quién iba a abrir la puerta a las tres y media de la madrugada a un estúpido irlandés, a un compatriota lunático? El mayordomo de la señora Boyle, medio dormido, le cerró la puerta de la verja en las narices, por lo que O'LiamRoe se vio obligado a trepar un par de muros y forzar un postigo hasta conseguir aterrizar en la sala donde Cormac O'Connor, dormido en el suelo entre cenizas y desperdicios, se había desplomado borracho la pasada noche.

O'LiamRoe lo estudió con interés. Después, sorteando sus tendidas posaderas, se dirigió a una puerta situada al fondo de la habitación y la abrió de par en par. La rosada luz del amanecer iluminó un dormitorio desprovisto de toda decoración en el que se distinguían, revueltos en un rincón, unos vestidos de mujer. El cuarto olía a jabón, ningún perfume femenino flotaba en el aire. Phelim se dirigió decidido hacia el catre improvisado donde la mujer dormida, acurrucada entre las finas sábanas, yacía con el rostro velado por las oscuras guedejas de sus cabellos.

Una vela encendida titilaba aún en la sala contigua. O'LiamRoe la usó para encender los candiles y antorchas repartidos en ambas estancias hasta que la claridad se adueñó del espacio y el acre olor de las velas hirió su olfato.

—¿Está muerto? —Oonagh O'Dwyer se había incorporado bruscamente y le miraba desde un rostro lívido en el que sus ojos resaltaban como extrañas flores bajo las negras cejas, los oscuros cabellos contra los blancos almohadones, el cuerpo tenso.

—*Tres vidit et unum adoravit*<sup>[30]</sup>. Está delante de la chimenea, querida, como un chorizo a la brasa... si es a él a quien os referís —dijo mirándola con ojos inocentes, desafiándola a negarlo.

Ella ignoró la ironía de su pregunta.

—Sabéis de sobra a quién me refiero —contestó, sin pensárselo dos veces, en tono arisco, apretando con fuerza las blancas sábanas—. ¿Por qué estáis aquí? ¿Es

que ha muerto la Reina? ¿Por qué os ha enviado a verme?

—Dejad de decir tonterías, querida —la reconvinó O'LiamRoe en tono cariñoso—. Nadie me envía, y la Reina está viva todavía. Pero Thady Boy Ballagh, ¡ochone<sup>[31]</sup>!, ha sido condenado a muerte por el Rey. Lo van a utilizar de cabeza de turco para salvaguardar el buen nombre del intachable lord d'Aubigny, así que sólo quedamos vos y yo, amor mío, y vos y yo somos los únicos que podemos salvar ahora a la pequeña Reina.

En el rostro de Oonagh había desaparecido todo asomo de somnolencia. Los hermosos rasgos de su cara habían recuperado el aire de determinación que le caracterizaban, la sangre volvía a teñir de rojo aquellos labios austeros. O'LiamRoe recordó su cálido sabor mientras veía a Oonagh cubrirse con una bata los desnudos hombros.

—¡Virgen santa! —exclamó lanzando una despavorida mirada tras él—. ¡Apagad esas velas! Esa niña no significa nada para mí, y no lloraré el día que la manden a la tumba.

—Las he encendido —dijo O'LiamRoe en tono amable—, porque quiero que O'Connor ponga su ingeniosa mente a nuestro servicio y nos ayude a discurrir cómo convencer al Rey de que su excelente amigo John Stewart d'Aubigny es un asesino en potencia y además está medio loco.

—¿D'Aubigny ha acusado a Lymond de ser Thady Boy Ballagh? —preguntó Oonagh pronunciando cuidadosamente cada palabra.

—Sí.

—Entonces no le salvará que acusemos a d'Aubigny. Su comportamiento como Thady Boy ha sido lo suficientemente ofensivo como para condenarle. Lo sabéis tan bien como yo.

—No, si puede probar que toda su mascarada tenía el único propósito de salvar a la pequeña Reina —dijo O'LiamRoe.

—Pues dirigíos entonces a la Regente —dijo Oonagh O'Dwyer—. ¿O es que ha renegado de él? —El silencio de O'LiamRoe fue lo suficientemente explícito. Oonagh le observó con una mirada indescifrable y sonrió—: Igual que yo, entonces. Mala suerte. Pobre de nuestro chapucero, nuestro dulce y querido ollave. ¡Qué le vamos a hacer!

—Yo no diría tanto —dijo O'LiamRoe en un tono que la hizo ruborizarse—. Lymond no acudirá a la Regente para que admita que fue ella quien le encargó que viniera a Francia para proteger a su hija. Tampoco me pedirá a mí que confiese que conocía su verdadera identidad y que sabía que la Reina había solicitado sus servicios. Eso sólo serviría para enfrentarme a ellos, mi palabra contra la suya. Ni puede decir que vino a Francia por su cuenta para proteger a la pequeña sin acusar después a d'Aubigny, pero las pruebas que Lymond tiene contra Su Excelencia no

son mucho mejores que las que ellos tienen contra él. Así que lo que vos y vuestro amigo aquí vais a contarme ahora servirá para condenar al maldito John Stewart, salvar a la niña y liberar a nuestro querido y dulce ollave, como vos le llamáis, todo de una vez. Un plan perfecto, ¿no creéis?

—¿Desde cuándo —dijo la mujer sentada sobre la cama—, os habéis convertido en el alma gemela de Francis Crawford?

—Yo mismo no hago más que preguntármelo —dijo O'LiamRoe en el mismo tono irónico que había empleado ella—. Puede que fuera al caer en la cuenta de que el moreno y excéntrico bardo irlandés era sólo una parte de ese extraño ser que es Francis Crawford, cuya calidad humana me había negado a aceptar.

—¿Eso pensáis? —Por un momento, aquellos ojos verdes le miraron con una expresión curiosa y divertida.

—Creo que la cuerda en la Tour des Minimes y vuestra actuación le salvaron. Vos nos habéis protegido a ambos, a pesar de que nos odiéis. Pero todavía queda algo que debéis hacer.

—No os odio. Pero tampoco me engaño pensando que puedo entender a un hombre como él, humano como decís o de otra naturaleza... Marchaos —dijo Oonagh O'Dwyer en voz baja con una furia repentina teñida de desesperación—. Marchaos, ¡volved a casa! Pensad de mí lo que queráis, pero no conseguiréis hacerme cambiar de opinión. No dejéis que Lymond manipule vuestra conciencia. En todo caso, os lo advierto: ¡no podrá involucrarme!

—Él no quiere involucraros —dijo exasperado O'LiamRoe, levantando la voz.

—Ya me está involucrando, estúpido. ¿Por qué creéis que seguís libre? ¿Así que tiene una parte humana, decís? ¡*A mhuire!* <sup>[32]</sup> —dijo la morena irlandesa mirándole con los ojos muy abiertos y una expresión amarga—. Regresad a Irlanda. Sois un hombre decente. Lymond os está utilizando. Ese dulce bardo rompecorazones... Las mujeres somos sus víctimas, somos unas idiotas, empeñadas en hacer planes, en mendigar favores, sacando fuerzas de la flaqueza... Es nuestro sino darle el pecho a los cobardes, agotar nuestra existencia persiguiendo lo que ansiamos sin perder la fe ni el entusiasmo... y mientras, vos os dedicáis a proteger a una mocosa extranjera y a recitar frasecitas en latín.

Oonagh hizo una pausa y O'LiamRoe se quedó mirándola en silencio.

—Un momento —dijo el Príncipe en tono neutro—. Dejad que os aclare un pequeño detalle: una cosa es contemplaros y escuchar de vuestros hermosos labios los planes que albergáis, pero otra muy distinta es aceptarlos. Porque lo cierto es que a mí no me haría ninguna gracia tener como rey a Cormac O'Connor.

Ella le miró con atención.

—Vuestro soberano sería el rey de Francia —dijo Oonagh.

—Estáis muy equivocada —dijo O'LiamRoe enardecido—. Lo primero que

Cormac O'Connor hará en cuanto eche a los ingleses de Irlanda, es deshacerse de los franceses que le han ayudado. Por Dios, si Inglaterra consigue mantenerse a duras penas, ¿creéis que Francia tendrá la menor oportunidad, teniendo que vigilar a Escocia, al Papa y a los Habsburgo acechando sus fronteras?

—¿Preferís acaso estar bajo el yugo de Inglaterra? —preguntó con desprecio Oonagh—. ¿O es que queréis el puesto para vos?

—¡Por la cruz de Cristo! —atronó una voz enronquecida por la bebida. O'LiamRoe se dio la vuelta para encararse con el durmiente, que acababa de resucitar por fin. En el dintel, balanceándose ligeramente, su musculoso torso perfilándose bajo la empapada y sucia camisa, estaba O'Connor mirándole con los ojos entrecerrados—. La cruz de Cristo nos ampare... ¿Tenemos visita y no me avisáis, mujer? ¿Habéis complacido a mi fulana, Phelim O'LiamRoe? No es fácil dejarla satisfecha, pero por dentro es dulce... como muchos saben ya... ¡Ah! —exclamó Cormac avanzando hacia la mujer que, tiesa como un huso sobre el lecho, le miraba con expresión impertérrita—. ¡Lleváis puesto vuestro camisón viejo, mujer! ¿Por qué no nos alegráis la vista con esas preciosas dulcijas níveas que esconde vuestra ropa de cama?

Dicho esto, se inclinó sobre ella, y de un tirón le rasgó el camisón.

Sobre su delicado pecho, la blanca piel de aquella sirena de ojos verdes, como Lymond la había llamado, mostraba los dolorosos recuerdos de golpes recientes que el tiempo había tornado de un color amarillento.

—¡Mirad que sois encantadora! —dijo Cormac alegremente volviéndose hacia su compatriota irlandés—. ¡A *mhuire!* ¡Mirad que cara! Parece que me he despertado demasiado pronto. ¿No habéis podido ni probarlas, Príncipe?... Parece que os ha entrado hambre súbitamente —dijo paseando la mirada del anonadado rostro del hombre al petrificado de Oonagh. Después estalló en carcajadas.

Oonagh no se movió. Siguió inmóvil mientras Cormac la cubría juntando los bordes rasgados de su camisón y se tumbaba sobre los muslos de la mujer, la morena barba apuntando al techo.

—¿Esperáis acaso que aparezca un unicornio? —siguió diciendo Cormac en tono socarrón, y mirando a Oonagh le guiñó el ojo antes de volverse hacia O'LiamRoe—. ¿Sabéis lo que me dijo, querido Príncipe? —dijo el hombretón, colocando el brazo inerte de la mujer sobre su hombro y mesándose su húmeda barba—. Me dijo: «Cormac, amor mío, la vida es una ilusión, el gran Señor de Slieve Bloom es una tímida doncella de carácter dócil. No es rival para vos».

—A fe mía que sois un hombre modesto —dijo Phelim con calma. Acto seguido tiró su deformado sombrero sobre el mueble más cercano y se cruzó de brazos apoyándose tranquilamente contra la pared—. ¿De veras pensáis que es más efectivo predicar vuestras opiniones a puñetazo limpio que mediante un discurso hábil?

Seamos sensatos, Cormac; si consideráis que os asiste la razón, exponedme vuestros motivos, que seré todo oídos. —Seguía manteniendo una pose relajada. Por suerte para él, la gola del jubón ocultaba el movimiento irreprimible y agitado de su nuez que desmentía la tranquilidad que se esforzaba en aparentar ante Cormac—. Audaz ha de ser el hombre que reclama para sí la Corona de Irlanda.

Cormac O'Connor estalló en una enorme carcajada y le lanzó una mirada taimada.

—Hace diez años, Enrique VIII se proclamó rey de Irlanda y nos anexionó a su imperio inglés como quien se pone un guante. «De ahora en adelante, los irlandeses ya no son mis enemigos, sino mis súbditos», dijo. —Añadió Cormac imitando el acento inglés con tono engolado. Después soltó un juramento, pero su ira fue breve. Miró de nuevo a O'LiamRoe, y prosiguió en tono socarrón—: Resulta repugnante escuchar las órdenes que dicta el lord gobernador inglés en Kilmainham y ver cómo los condes comprados por Inglaterra acuden como gatitos capados a las salas del castillo de Dublin. La sangre se me espesa y me duelen las muelas sólo de recordarlo.

—Llevamos tres siglos sometidos al yugo inglés, y eso son muchos años —repuso O'LiamRoe—. Lo de la ayuda francesa con un contingente de soldados es una vieja cantinela. Hace treinta años, Desmond ya intentó implicar a los franceses en su pugna contra los ingleses. ¡Pobre e ingenua Irlanda! El mismísimo Kildare alardeó de que contaba con doce mil españoles prestos a seguirle en la guerra. Pues bien, el gran conde de Kildare está muerto, su familia ha sido desposeída de sus bienes por su infidelidad al rey inglés y su heredero habla con acento italiano pues lleva diez años exiliado en Florencia. Y vos, por ser vuestra madre hermana del conde de Kildare, os habéis quedado sin tierras, vuestro padre está encerrado en la torre de Londres y vuestros diez hermanos y hermanas se hallan desamparados en Irlanda o viviendo en tierras extranjeras. Han transcurrido quince años desde que los ingleses derrotaran a Tomas, el hijo de Kildare, en el castillo de Maynooth y faltaran a la palabra dada<sup>[33]</sup> y hace trescientos cincuenta años que un O'Connor no ha vuelto a ceñir la corona de Irlanda<sup>[34]</sup>.

Cormac, cuyo rostro se había congestionado, lanzó una dura mirada a O'LiamRoe.

—¡Mirad quien habla! ¡Ese cuya estirpe arraigó en las ciénagas! ¡Sí, quince años han transcurrido desde que mi tío materno Tomas an TSioda<sup>[35]</sup> y cinco tíos suyos del clan Gerald fueran ejecutados en Tyburn, a pesar de que se habían rendido con la promesa de que su vida sería respetada! ¡Cómo también es cierto que el heredero del trono irlandés tuvo que salir huyendo del país! Pero aquí estamos, esta dama y yo, para reponerlo en el trono.

—¿Habla inglés? —preguntó O'LiamRoe.

Connor acertó a mascullar unas palabras. Se le estaba agotando la paciencia.

Oonagh intervino por primera vez desde que su amante entrara en la habitación.

—Hablará inglés en la misma medida en la que lo hable la pequeña reina María —dijo en tono gélido Oonagh O'Dwyer.

—Y reinará en la misma medida en que reine ella —dijo O'LiamRoe—. Ya lo voy entendiendo. Estamos llamados a convertirnos en una nación de tíos. Europa es como una habitación llena de cunas mecidas por capitanes de guerra en las que duermen los soberanos en pañales. Los Warwick y los Somerset en Inglaterra, los Arran y los Guisa en Escocia y el último vástago de los Gerald en Irlanda. Quiero recordaros que dos condes de la casa Kildare fueron nombrados gobernadores de Irlanda por el rey inglés y, ¡a fe mía, que fueron nefastos en el desempeño de su cargo, tanto para los irlandeses como para el amo inglés! «Irlanda entera no podrá con este conde» dijeron al Consejo y este contestó aquello de que «Entonces es menester que este conde gobierne toda Irlanda». El joven Gerald no aguantaría ni quince días en el trono: cualquier matón como Vuestra Merced lo quitaría de en medio para proclamarse rey y, qué duda cabe, Irlanda se sumiría otra vez en la anarquía. El último Ard Ri murió hace ya demasiado tiempo. Ya no corre sangre divina por nuestras venas, no quedan herederos de sangre real en nuestro solar patrio, sino semillas arrastradas por el viento. ¿Es que no podéis renunciar a vuestros designios —añadió Phelim O'LiamRoe con el rostro encendido y sudoroso— y dejar que prenda y crezca la simiente?

A sus espaldas, una voz dura y afilada chirrió como el mandoble de una espada asestada contra un cristal:

—Este adora a esos hijos de Satanás.

Theresa Boyle, con aspecto de bruja, embutida en un abultado y arrugado camisón y con el cabello recogido en sendas trenzas, lanzó a O'LiamRoe una furibunda mirada cargada de odio.

—Este no dudaría en arrastrarse ante los ingleses a cambio de una lisonja o para que le rían sus gracias. Acepta encantado sus regalos y se deja impresionar, como si fuera uno de esos salvajes que se obnubilan con los abalorios, las copas de falsa plata y las telas escarlata que les llevaban los conquistadores. Acata dócilmente las ideas anticatólicas de esos hijos del Anticristo. Reniega de las leyes de su país, que tienen seiscientos años de antigüedad, de las costumbres de su pueblo, que se remontan a más de mil cien años... —continuó Theresa Boyle.

—Si yo tuviera mil cien años —repuso O'LiamRoe—, hoy en día seguiría al hombre que engordara mi ganado y aumentara mis cosechas, que cuidara y modernizara mi tierra, mejorara los caminos y los puertos, arara los páramos, sembrara las ciénagas y explotara los bosques. Seguiría al hombre que trajera nuevas simientes, usara sus propios tintes y su propia plata, permitiera a sus compatriotas llegar a viejos y decretara leyes justas, desarrollara la medicina y promoviera la

poesía en latín. Que consiguiera que los ancianos vivieran en casas dignas y en armonía con sus vecinos, ya fueran celtas, medio normandos o medio ingleses, ya vivieran en suelo irlandés o en zona de influencia inglesa. No somos más que un millón de almas que viven y mueren, anclados en nuestros viejos usos y costumbres. Tras nosotros no quedará más que la espuma... Levantad el hacha de guerra y alzad a todos los MacSheehys —dijo con dureza O'LiamRoe, príncipe de Barrow, con las manos apretadas en sendos puños—. Levantad familia contra familia, soldado extranjero contra soldado extranjero, anclaos en el pasado y resucitadlo, aniquilad el futuro y yo os prometo que, cuando hayáis satisfecho por fin vuestro maldito orgullo y vuestras lunáticas aspiraciones, de Irlanda sólo quedará un erial para disfrute del primero que llegue, Francia, Inglaterra o el propio Carlos en su bonito traje de sarga florentina.

—¡Qué glorioso discurso! —dijo la señora Boyle—. Y vos, querido Príncipe, ¿habéis cortado vuestros estupendos mostachos para hacer con ellos cuerdas para los arcos? ¿Vais a oponeros a nosotros, pordiosero irlandés?

—Es un desertor. Abandona nuestra causa. ¡Qué gran pérdida! —dijo Oonagh con sorna—. Se ha convertido en el nuevo amante de Francis Crawford.

O'LiamRoe no se molestó en mirarla.

—Me opongo a vos —dijo el Príncipe contestando directamente a la señora Boyle en tono sobrio.

—¿Y cómo lo haréis, en nombre de Dios? —ladró Cormac O'Connor.

—Por la fuerza —dijo O'LiamRoe sin perder la calma—. Hoy mismo he mandado recado a Slieve Bloom. En cuanto pongáis el pie en Irlanda, con o sin vuestros franceses, tendréis un recibimiento que no os permitirá volver a levantar cabeza.

Nadie se rió. El suspiro de la señora Boyle fue claramente audible en aquella estancia impregnada de olor a antiséptico. La sonrisa de Cormac se desvaneció mientras los nudillos de sus enormes puños se ponían blancos sobre la colcha. Tras él, Oonagh O'Dwyer, incorporándose y poniéndose de rodillas sobre la cama, le miró atónita.

—¡Phelim! —le llamó. De un salto bajó del lecho sujetándose con mano trémula el camisón hecho pedazos y se puso a su lado, tocándole el hombro.

O'LiamRoe se dio la vuelta y se quedó prendido de la mirada de aquellos ojos verdes que parecían escrutar su alma.

—¿Vais a unir vuestra voz a la de todos esos intelectuales y eruditos tan preparados, dedicados a discurrir y a planificar? —dijo Oonagh, citando las palabras que el Príncipe dijera tiempo atrás—. ¿Esto es cosa de Francis, verdad?

—Me opongo igualmente a que María de Guisa, regente de Escocia —dijo O'LiamRoe tranquilamente—, ejerza su influencia en Irlanda. Aunque estoy decidido

a ayudarla a enterarse de lo que Francis Crawford ha hecho por su hija, a pesar de que me hayan recusado en ese juicio. Por fin he entendido que las palabras, en las que tanto he confiado siempre, se las lleva el viento si no van acompañadas de acción; así que voy a tomar partido. Eso es lo que he decidido.

Oonagh había dejado caer la mano de su hombro.

—Habrás muertes —dijo mirándole fijamente a los ojos.

O'LiamRoe sonrió.

—La muerte no ha dejado de rondarme desde que *La Sauvée* zarpó —dijo O'LiamRoe—. Vuestros temores se han hecho realidad. Eso es todo.

—Pues claro que habrá muertes. La vuestra, sin ir más lejos —dijo ásperamente la señora Boyle y, dirigiéndose a Cormac—: Cumplid con vuestro deber.

—Será un placer acabar con este niño filósofo —dijo Cormac O'Connor poniéndose en pie.

—Retraeos, Phelim, y marchaos —dijo Oonagh.

O'LiamRoe no se movió.

—Está decidido. Mi primo es mi heredero. Acatará mis órdenes y actuará como lo habría hecho yo —dijo O'LiamRoe—. Podéis comunicarle al rey de Francia que se olvide de Irlanda.

Oonagh se había vuelto hacia Cormac, que avanzaba lentamente hacia ellos. Su tía permanecía junto a la puerta, algo alejada de los tres.

—Escapad mientras podáis. Os va a matar —dijo volviéndose hacia Phelim.

—Quizás —respondió O'LiamRoe.

Oonagh se encaró al Príncipe y le espetó en tono seco:

—Francis Crawford depende de vos.

—No es mi intención ofenderos ni llevaros la contraria —dijo O'LiamRoe—, pero no es de mí de quien depende, sino de vos. Yo no puedo hacer nada más. ¿Le vais a ayudar?

Cormac avanzó otro paso en su dirección, sonriendo.

—Eso es, mi querida ramera —dijo Cormac—. Dios os bendiga, mi valerosa zorra. Siempre dispuesta a saciar la sed del peregrino con ese hermoso cuerpo vuestro. Apartaos, mi dulce puta, y dejadme matarlo.

El gigante irlandés había desenfundado su acero, pero O'LiamRoe no hizo ademán alguno de empuñar la espada. Era bien consciente de su torpeza en el manejo de las armas, por lo que nunca se molestaba en recurrir a ellas.

—No lo hagáis —dijo Oonagh. Su tono frío y claro contrastaba con la palidez de su rostro, que había adquirido un tono gris verdoso, semejante al color de sus bellos ojos—. No arreglaréis nada y el Rey se os echará encima.

Cormac se detuvo a un palmo de distancia, sonriendo. Tenía el rostro congestionado y la espada en la mano. La levantó y se quedó quieto, aguardando.

—Matadlo —dijo la señora Boyle desde la puerta mientras sus hirsutas trenzas se agitaban como las cuerdas de una campana meciéndose al eco de sus palabras—. Y a ella también. El rey francés se imaginará que habéis tenido una buena razón para acabar con la pareja.

Oonagh estaba tan próxima a O'LiamRoe que sus negros cabellos tocaban su camisa y su larga bata de seda le rozaba los zapatos. Ante las palabras de su tía, la irlandesa se separó del Príncipe, y haciendo acopio de valor avanzó un paso en dirección a la oscura y enorme figura que constituía su orgullo, su rey, su amante.

—No compliquéis más las cosas, Cormac. Dejadle que se vaya —dijo Oonagh en tono mesurado y sensato.

En aquel mismo instante, Cormac levantó su espada y lanzó una estocada que pretendía alcanzar a O'LiamRoe a través del cuerpo de Oonagh.

A pesar de todas las carencias del príncipe de Barrow, a pesar de su cuerpo rígido y torpe y demás imperfecciones, no le faltaba cerebro. O'LiamRoe lo vio venir. En el momento en que Cormac levantó la espada, empujó con fuerza a Oonagh, que cayó al suelo rodando, y se lanzó detrás, apartándose de la trayectoria del arma que, al no encontrar el blanco apetecido, hizo trastabillar al fornido espadachín, que acabó junto a la puerta en la que se apoyaba Theresa Boyle. Mientras O'LiamRoe se recobraba, Cormac se abalanzó de nuevo hacia él.

O'LiamRoe huyó con la torpeza que le era característica, brincando sobre la cama y tirando a su paso sillas y objetos varios que, por suerte para él, estorbaban al gigante irlandés en su persecución: una colcha se unió a las arrancadas cortinas para enredarse entre sus pies, unos cojines salieron volando y le impactaron en el rostro congestionado y enfurecido; la funda de la espada de O'LiamRoe estuvo a punto de hacerle caer al engancharse con sus ropas... Oonagh se había refugiado en un rincón; la señora Boyle, con los ojos desorbitados por la ira, se había retirado hasta la sala contigua y observaba la escena desde allí. Ninguno intentó pedir ayuda. Si querían hacer pasar aquello por un crimen pasional, cuantos menos testigos hubiera, mejor. Por otro lado, conociendo a Theresa Boyle y a Cormac, ningún sirviente se atrevería a acudir sin haber sido antes solicitados sus servicios.

Lo reducido de la habitación, sobrecargada de muebles y objetos, dificultaba el libre movimiento de la espada, que se iba chocando contra los paneles de la pared y acababa ensartando los más diversos objetos a cada mandoble de O'Connor. O'LiamRoe consiguió esquivar una estocada subiéndose sobre una preciosa mesa de marquetería, que acabó sirviéndole de improvisado escudo cuando, tras ser desalojado de su tablero de una patada propinada por el rabioso Cormac, el hombretón lanzó su acero con sangrientas intenciones y se hundió en la elaborada madera.

Cormac renunció a su espada, que se quedó clavada en la mesa, y se abalanzó

hacia su adversario, saltando sobre su blando cuerpo. O'LiamRoe sintió un fuerte impacto y no pudo evitar soltar la mesa con la que se protegía. Su brazo extendido encontró, junto a la casi extinguida chimenea, un atizador, con el que golpeó y asaeteó el lomo de aquel jabalí irlandés. Con un alarido, Cormac O'Connor se liberó de la improvisada banderilla maldiciendo a voz en cuello.

O'LiamRoe consiguió ponerse en pie y desenvainó por fin la espada. Cormac, vuelto hacia él, abría y cerraba los puños con mirada asesina. Desde la sala contigua llegó un sonido de cristales rotos. O'Connor desvió la mirada de su adversario lo suficiente para atrapar el afilado trozo de vasija que la señora Boyle lanzaba en su dirección. Esgrimiéndolo en una mano, como si de un ramo de novia se tratara, fintó hacia O'LiamRoe intentando herirle en la cara.

El Príncipe no estaba mirando en su dirección. Se había girado hacia Theresa Boyle con una expresión de asombro y desagrado pintada en el rostro. Abrió la boca y se dejó caer hasta quedarse sentado en el suelo, con un movimiento natural por su simplicidad, al tiempo que el estoque improvisado pasaba por encima de su cabeza, desperdigando su cabello. Oonagh soltó una risilla nerviosa.

O'LiamRoe había perdido su espada. Se puso a gatear, intentando recuperarla, pero en eso entró en la habitación la señora Boyle, se agachó en un frufú de faldas y se le adelantó.

—¡Eso sí que no! —exclamó Oonagh—. ¡Vieja jaca resabiada, no haré caso de vos esta noche! —agarró a la mujer por las dos trenzas canosas y la arrastró sin contemplaciones hasta dejarla de rodillas en el suelo.

Mientras tanto, Cormac había lanzado una segunda estocada con su daga de cristal hacia O'LiamRoe. Cual tijera de Átropos<sup>[36]</sup>, el afilado cristal erró su objetivo, seccionó el par de canosas trenzas, se llevó parte del cuero cabelludo que las sostenían y nutrían y acabó clavándose, llevado inexorablemente por el colérico impulso de Cormac, en el cuello de la señora Boyle.

El alarido de la mujer retumbó con increíble fuerza en la habitación. El repolludo camisón de la mujer se tiñó de rojo. Cormac, estupefacto, tardó varios segundos en reaccionar. Se inclinó sobre la señora Boyle aferrando todavía la improvisada daga de cristal. O'LiamRoe decidió que era mejor salir corriendo de allí.

Casi había alcanzado la puerta del salón cuando Cormac salió de su horrorizado asombro. No soltó ningún juramento ni profirió amenaza alguna. Sobraban. Como un hombre hipnotizado ante la visión de una Misa Negra, se dirigió hacia la mesa en la que estaba hincada su pesada espada, la sacó sin esfuerzo aparente, y blandiéndola corrió hacia el inerme Príncipe.

Oonagh, abandonando a su suerte a la señora Boyle, consiguió interceptar el brazo de Cormac, asiéndoselo con las dos manos. Lanzando un juramento, el gigante irlandés la empujó violentamente a un lado. Oonagh salió despedida contra la pared y

Cormac prosiguió su alocada carrera hacia su enemigo.

O'LiamRoe vio lo que se avecinaba. Hurgó en sus bolsillos. Sacó una honda y una china metálica y redondeada. La china era pequeña, pero el de los honderos era un arte antiguo, ciertamente caído en desuso, pero un arte al fin y al cabo, muy propio de alguien tan extravagante como el Príncipe, quien se había ejercitado en él con asiduidad. Hizo girar la honda sobre su cabeza y soltó uno de los cabos, haciendo volar la china hacia su objetivo.

El proyectil impactó en la boca de O'Connor, abriéndole el labio y mellándole un diente, deteniendo por un instante su acometida. El Príncipe se sacó rápidamente otra china del bolsillo y disparó de nuevo. El segundo proyectil alcanzó a Cormac en plena frente. Este se desplomó, lenta y torpemente, como un pesado árbol derrumbado por los hachazos del leñador. Oonagh, todavía aturdida y apoyada contra la pared, presenció atónita la caída.

La señora Boyle seguía lamentándose, espantada por su propia sangre. O'LiamRoe intentó recuperar el resuello. Se acercó a Cormac y lo examinó. Luego miró a Oonagh. —No temáis, saldrá de esta—. Dicho esto, se pasó una mano sucia y ensangrentada por el cabello.

Oonagh, pálida, le lanzó una sombría mirada.

—¿Y si no fuera así? ¿Y si llegara a morir?

O'LiamRoe prefirió abordar otro tema.

—La vieja jaca resabiada necesita ayuda.

—Ya es un poco tarde para ayudarla —contestó Oonagh sin moverse.

—Había que hacerlo... Aunque no estoy muy seguro del resultado —replicó el Príncipe.

—Hecho está —repuso Oonagh.

La señora Boyle había dejado de gemir.

—He dedicado veinte años de mi vida a maldecir a ese hombre y a los que son como él —dijo O'LiamRoe—. Pero al final ha conseguido salir victorioso, a su manera. Representa el triunfo de la violencia sobre la cultura, de la fuerza sobre el intelecto... He llegado a la encrucijada que tanto temáis y la he cruzado. Puede que el camino sea el acertado o puede que se trate de la primera etapa de una vida azarosa y abocada al fracaso.

—Puede —dijo Oonagh—. De mi vida y de la de vos nada seguro sabremos hasta el día del Juicio.

Oonagh se alejó del Príncipe, ensimismada, pálida la blanca tez y con la abundante cabellera negra desparramándose por la espalda. Parecía un espectro, con su vestido ensangrentado arrastrando por el suelo y ocultándole los pies. Llegó hasta la puerta y se giró hacia O'LiamRoe.

—La puerta trasera no hace ruido al abrirse —dijo—. Nadie la vigila. ¡Marchaos!

¡Deprisa! Pronto se hará de noche.

O'LiamRoe se acercó a Oonagh, sin atreverse a tocarla.

—No os dejaré en manos de esta gente.

Oonagh consideró el rígido corpachón de Cormac y a la señora Boyle, cuyas manos seguían posadas sobre la garganta herida.

—Es hora de que os marchéis. He de proseguir mi camino. A partir de ahora, nada sabréis de mí y no intentaréis averiguar mi paradero. Esa es mi condición.

—Pero ¿por qué, *mo chiall, a chiall mo cridhe*? —consiguió por fin articular O'LiamRoe.

Pero ella le prometía a cambio la información que el Príncipe solicitaba: el nombre, la identidad del individuo contratado por lord d'Aubigny, el dato de vital importancia que habría de comunicar a Lymond y a la Reina.

Oonagh le miró con increíble dulzura y puso sus manos en las suyas.

—Dejadme, os lo ruego con toda mi alma. Mi cuerpo no os extrañará, pero os llevaré en el pensamiento. Largo y duro es el camino que os aguarda. Habéis allanado una morada, pero de ello no os avergoncéis. Sólo recurriendo a la violencia podíais haberme separado de este hombre y esa violencia que me apartó de él y que brotó de vuestro espíritu lo hizo con fuerza renovada. Habéis de aprovechar este ímpetu para acometer tareas más nobles que las que temáis previstas esta noche. Vuestra patria os necesita.

O'LiamRoe sintió las frías manos de Oonagh. Las apretó con fuerza.

—¿Volveremos a encontrarnos?

—Cuando anochezca, allí donde muere el viento del Norte... Llevadme siempre en vuestro corazón.

—Todos y cada uno de los días que me quedan por vivir. —La voz quebrada de Phelim O'LiamRoe, príncipe de Barrow, prosiguió en un triste y dulce gaélico—: Querida extraña, querida amiga del alma, todos y cada uno de los días que me quedan por vivir os llevaré en mi corazón.

El Príncipe dejó que Oonagh retirara las manos de entre las suyas y emprendió la partida lentamente, como un ciego.

—Artus Cholet es el nombre del otro secuaz de d'Aubigny —le había dicho Oonagh O'Dwyer—. Es un maestro artillero de por aquí. En su día luchaba a las órdenes de cualquiera que pagara bien. No se dejará ver por Châteaubriant, pero si le han encargado un trabajo no andará lejos. Tomad el camino de Angers y cuando lleguéis a la posada de los *Trois Mariés* buscad a Georges Gaultier y preguntadle a él lo que queréis saber.

Châteaubriant permanecía aún silenciosa en aquella oscura y brumosa mañana de junio. El sonido amortiguado de unos cascos de caballo se coló por las coloridas

contraventanas que daban a la calle y luego se desvaneció.

Nadie vio partir a O'LiamRoe. El Príncipe no se molestó en buscar a Dooly, que yacía arrebujaado sobre la paja en su jergón mirando cómo el cielo clareaba. En otra calle, en el interior de un magnífico edificio, lord d'Aubigny dormía plácidamente, disfrutando del tranquilo sueño del que habría de despertar, descansado y tranquilo, para enfrentarse al último y definitivo episodio de aquella trama. La embajada inglesa, cortesanos y sirvientes, dormían aún, exhaustos, en los diversos alojamientos que se habían dispuesto para ellos en casas de huéspedes, hospicios y graneros diversos por toda la ciudad. Northampton dormía en una mullida cama en el Château Neuf, en el que ondeaban las tres banderas de Escocia, Inglaterra y Francia. La corte de Francia, el Rey y la Reina, el condestable, Diana y los de Guisa, descansaban también en sus aposentos durante aquellas horas, conocedores como eran de la importancia del merecido asueto en momentos como aquellos.

La pequeña reina de Escocia dormía en un lecho de sábanas inmaculadas, sus rojizos cabellos desparramados sobre la almohada.

Pero en la habitación de su madre, las velas seguían encendidas. La Regente no había pegado ojo en toda la noche. Cerca del regio dormitorio, Margaret Erskine yacía en silencio, despierta también.

En el Vieux Château, los dos guardias encargados de la vigilancia de Lymond por orden del condestable habían pasado una noche de lo más entretenida. El guardia más alto de los dos, que agitaba un cubilete de dados, parecía además bastante impresionado.

—Es una buena canción —dijo.

—Pues esta es todavía mejor —dijo Lymond, y procedió a cantarla deleitando a los dos hombres con la letra subida de tono. Cuando terminó, se recostó en su jergón y dijo en tono distraído—: Antón, decidme, ¿por qué habría un hombre de abandonar a su querida?

—Porque quiere a otra —respondió presto el guardia alto. Dicho lo cual lanzó los dados sobre el tablero.

El guardia más bajo intervino:

—O es ella quien quiere a otro. O porque la amante se pone gorda y fea, o porque empieza a perseguirlo para que la despose.

—O porque la querida tiene demasiados hijos —apuntó el guardia alto en tono sombrío.

Lymond mantuvo una expresión seria.

—¿Y por qué, según vos, habría una querida de abandonar a su amante? —preguntó Lymond.

—¿Es vuestro caso? —preguntó el alto Antón dejando quietos los dados.

Lymond negó con la cabeza.

—No.

—Le abandona por un amante mejor —dijo el guardia más bajo en tono agresivo.

—No —contestó Lymond, serio—. Eso ya lo tuvo.

—¿Por dinero, entonces? —Antón le miró con curiosidad—. ¿Por matrimonio?  
¿Posición?

—Todo eso ya se lo han ofrecido —dijo Lymond.

—Esa no es una querida. Es una sanguijuela —dijo el guardia bajito recogiendo los dados.

—Tiene debilidad por los hombres infantiles —dijo Lymond—. Creo que piensa que por ser altos como colosos son capaces de ver más allá de las nubes... Pero con el tiempo...

—Ha llegado a la conclusión de que lo que está es ciego —dijo el bajito y tiró los dados.

—Quizás siente que ha sido invisible para su amante durante tanto tiempo, que él se ha olvidado de ella y ya no encuentra tan irresistible ese cielo por encima de las nubes que él vislumbra —dijo Lymond—. Puede que lo que ahora busque sea un hombre comprometido, pero con un tipo de compromiso diferente, capaz de convencerla de sus ideales... o de cambiarlos por ella.

—Y entonces abandonará al primer amante. Lo veo poco probable —dijo el carcelero alto.

—Yo tampoco lo veo demasiado claro —dijo Lymond tras pensarlo un rato—. ¿Qué os parece si canto otra canción?

Más tarde, cuando el guardia más bajito ya se había dormido y Lymond yacía en su cama, absorto en sus pensamientos, Antón preguntó de improviso:

—Pero ella, ¿sería feliz con él?

El joven rubio se volvió hacia él, sobresaltado.

—¿Qué? ¿Quién sería feliz con quién? —preguntó Lymond, aturdido.

—Con el otro. Con el que estaría dispuesto a cambiar sus ideales por ella. ¿Se quedaría entonces con él la mujer?

—¡Cristo! —dijo Lymond—. ¿Con el dulce y elocuente Balder...?<sup>[37]</sup> No. La mujer no se quedará con él, esa posibilidad ni se le pasará por la cabeza. La misión de él consiste únicamente en separarla del otro. Ni él ni nadie podría hacer más.

—Pero entonces, ¿qué ganaría ese hombre con ello? —preguntó el guardia alto y comenzó a mecerse rítmicamente en su silla.

—Cero. Un cero tan redondo como la «o» de Giotto —dijo Francis Crawford—. Su recompensa es nula, nada, la negación, la ausencia, nada de nada. Su dorada recompensa, al igual que la barba que se afeitó, tiene por objeto que la dama no le acepte.

—¿Es muy fea la tal dama?

—Es tan hermosa como el profundo océano —dijo el joven con voz dulce—. Cálida, suave e insondable como la marea estival. E igual de misteriosa.

—Todas lo son, las muy brujas —dijo el hombre alto y siguió meciéndose en silencio.

A veinte kilómetros de Châteaubriant, en la posada de los *Trois Mariés* situada a las afueras de St. Julien-de-Vouvantes, se alojaba el señor Gaultier, el prestamista en cuya casa de Blois llamada *Doubtance* se había refugiado Lymond tras escapar del incendiado Hôtel Moûtier, donde le tenía prisionero Oonagh tras rescatarlo de la Tour des Minimes. La relación que Gaultier había mantenido hasta entonces con sus clientes de la corte se había estrechado en los últimos tiempos con la llegada a Francia de la embajada inglesa, que había suscitado entre la nobleza cortesana la necesidad de pecunio para poder participar en los fastos que se celebraban. El señor Gaultier estaba tranquilo. Sabía por experiencia que los caballeros en apuros eran capaces de reconocer de lejos a un prestamista, pues tenían un olfato tan bien adiestrado como el que se le atribuía a los perros de Rodas, capaces de distinguir a un turco de un cristiano sólo con husmearlo.

Siguiendo las indicaciones que le diera Oonagh, O'LiamRoe llegó a la posada con las primeras luces del alba y fue recibido en los aposentos del prestamista a pesar de lo temprano de la hora. La larga perorata del Príncipe fue atendida con una expresión ausente por parte de Georges Gaultier. Cuando O'LiamRoe hubo terminado, el anciano murmuró un oscuro comentario, enarcó las cejas un par de veces y desapareció sin dar explicaciones.

Diez minutos más tarde O'LiamRoe se encontró saludando a una estrambótica dama de aspecto ligeramente amenazador y elevada estatura. Tenía un rostro que recordaba vagamente a un aguilucho y unos dedos extremadamente finos, de uñas afiladas como garras, que se paseaban por una espineta desgranando las notas de una canción increíblemente procaz. O'LiamRoe escuchó atónito la melodía y deseó para sí que aquella extravagante y vetusta señora no conociera la letra de la canción que estaba interpretando. Evidentemente, Gaultier la había puesto al corriente de la conversación que acababan de mantener. Mientras el Príncipe le hacía una reverencia, la mujer tensó la boca en una mueca:

—Esa mujer es una estúpida —dijo la dama Doubtance.

O'LiamRoe, que estaba cubierto de polvo de pies a cabeza y tenía alborotado el rubio cabello, la contradijo con énfasis:

—¡No habréis de hallar una más valiente!

—Y vos sois otro estúpido —dijo la dama ásperamente—. Esa morena conoce su propio valor, pero en vez de emplearlo bien se ofrece a sí misma como carnaza para alimentar su orgullo.

—Le ha abandonado —dijo O'LiamRoe, consiguiendo contener su enfado a pesar

del cansancio y la falta de sueño.

—¿Qué le ha dejado? Mirad que sois ingenuo, ignorante, inconsistente como un pan sin cocer... ¿Es que pensáis acaso que me refiero a Cormac O'Connor?

La dama se puso en pie y lo miró desde su elevada estatura, las rubias trenzas postizas que sobresalían de su arcaico tocado colgando incongruentes sobre su pecho.

—En verdad que sois un hombre agradable —dijo la dama Doubtance—. De los que ayudáis al hambriento a pesar de estar vos mismo muerto de hambre, y encima no perdéis la sonrisa. Parecéis tan agradable como un puñado de hojas hundidas en el fondo cenagoso de un estanque.

El enfado que el Príncipe sintiera momentos antes se había desvanecido.

—Lymond ya me advirtió de que nunca tendría su amor —dijo O'LiamRoe.

—Y es consciente de que él tampoco lo tendrá. Eso es todo lo que importa —dijo la dama Doubtance, y cambió de tema—: Artus Cholet vive en St. Julien con una mujer llamada Berthe. En una casita con techo de paja con una imagen de San José en la puerta. —La dama volvió a sentarse mientras hablaba, y tras recolocarse las faldas volvió a darle a la espineta.

O'LiamRoe la observó muy tieso.

—Si es humanamente posible, los salvaré a ambos.

—Apresuraos entonces —dijo la mujer con voz animosa—. Y no ahorréis esfuerzos. Podría haber revelado su nombre antes... Lo habría hecho pero, aunque es un estúpido, resulta que Artus Cholet es el hijo de mi hermana. Podéis matarlo. Le ha llegado su hora.

El Príncipe salió a toda prisa. Cuando cerraba la puerta la oyó recitar:

—Dormid, *mes enfants*, ¿por qué no podéis dormir? Dormid para despertar frescos como un capullo de rosa. Mano derecha, aquí tenéis a la izquierda para enfrentarla en el torneo.

O'LiamRoe abandonó la posada, cabalgó por el transitado camino que llevaba a St. Julien y abrió la cancela de la casa con techo de paja y con la imagen de San José en la puerta de la entrada.

La gorda Berthe escuchó sus preguntas con recelo y afirmó haber dormido sola. Pero la almohada de su lecho mostraba la marca de una cabeza que no era la suya y en el jardín había evidencias de un caballo al que se había alimentado y dado de beber no hacía mucho. El Príncipe la amenazó en un tono que la ronquera y la fatiga hicieron convincente y consiguió que hablara.

Artus había salido temprano hacia Châteaubriant. A qué lugar y con qué propósito, no lo sabía. No podía proporcionarle más información que su descripción, cosa que, aunque reticente, acabó haciendo.

O'LiamRoe encontró otra yegua en el sucio establo de la casa. Tras poner su silla en la nueva montura, se dirigió hacia Châteaubriant. Sentía haber tenido que pegar a

Berthe al final, pero necesitaba estar seguro de que la mujer le había dicho todo lo que sabía. Después de todos sus esfuerzos, de haber dejado a la señora Boyle agonizando, de su loca cabalgada hasta la posada y luego hasta St. Julien, resultaba que el hombre que perseguía había desaparecido rumbo a Châteaubriant. Si esperaba su retorno a casa de Berthe, a buen seguro sería demasiado tarde para algunos.

Mientras cabalgaba a galope tendido deshaciendo el camino que había tomado pocas horas antes, O'LiamRoe decidió que la tarea que se había impuesto no iba a ser posible llevarla a cabo mediante un hombre solo. Debía olvidarse de lord d'Aubigny, de la embajada inglesa y del precario equilibrio por cuya salvaguarda la Reina regente había optado por sacrificar a Lymond. Llegados a aquel punto, su misión en aquel aciago día habría de consistir en hacer repicar los tambores: como el tam tam en la jungla, debía hacer llegar el mensaje por igual a amigos y enemigos para que convocados en campo abierto se enfrentaran de una vez por todas.

Fustigando furiosamente a su montura bajo el sol, con los miembros doloridos y exhaustos, O'LiamRoe volaba hacia su objetivo sin mirar hacia atrás e ignorando los insultos proferidos por los carreteros con los que se cruzaba.

En el lago, las barcas recién pintadas se mecían suavemente sobre las satinadas aguas, semejando un espejismo poblado de bandejitas de caramelo. La pequeña María, con las mejillas arreboladas por el calor, estaba siendo vestida por un enjambre de niñeras, gobernantas, damas de honor, doncellas, valets, pajes, mozos y un tamborilero del que se había enamorado la tarde anterior y cuya presencia había reclamado a gritos la pasada madrugada. Margaret Erskine, con su acostumbrada delicadeza, había conseguido librarse del jovenzuelo justo antes de que traspasara el último umbral de los aposentos de la caprichosa Reina. Aquel día sólo serían admitidas en aquellas estancias caras conocidas y de absoluta confianza. Bebidas y alimentos habrían de ser probados antes de llegar a los labios de la niña, y sólo los amigos y sirvientes de total confianza la rodearían cuando saliera.

La Reina regente entró seguida por el cardenal, que lucía una expresión seria en su rubicundo rostro. La Reina besó a su hija y volvió a salir. Aquella mañana su papel se reducía a esperar los acontecimientos.

En la oscuridad del Vieux Château también Lymond esperaba, cansado e impaciente. Por fin, el agotamiento había podido con él y milagrosamente el sueño había acudido a su encuentro.

Yacía acurrucado en su lecho, cubierto con una burda camisa de lana que le habían proporcionado los guardianes, cuando la condesa de Lennox entró en su celda. Había llegado dispuesta a sobornar con sus favores al carcelero de turno a cambio de

diez minutos con el preso pero el hombre de elevada estatura que se había encontrado haciendo guardia, había resultado sorprendentemente modesto en sus exigencias. La sonrisa que el carcelero le había dirigido le había parecido también bastante desconcertante.

La puerta de la celda se cerró a sus espaldas y a lady Lennox le resultó imposible saber con certeza en qué momento el joven se había despertado. A los pocos instantes de su llegada, Lymond, levantando la cabeza con ademán perezoso se dirigió a ella:

—Bienvenida condesa —dijo. Y añadió inmediatamente mientras se ponía de pie con gracioso ademán—: Esto es de lo más indiscreto señora mía. El gárrulo ojo de Warwick acecha por doquier, ya lo sabéis.

—Se están reuniendo para la ceremonia. —No parecía furioso ni angustiado, el maldito de él—. Temía no poder veros antes de que sufrierais por fin el justo castigo por vuestros crímenes. —Margaret Lennox se sentó sobre el lecho que Lymond acababa de abandonar y compuso su falda—. Ya veis lo que ocurre cuando pierde uno la cabeza.

—Me advertisteis —dijo inclinándose ante ella en un gesto de reconocimiento. Aquella basta camisa de lana colgando amorfa sobre sus pantalones hacía inevitable la comparación con el tabardo de exquisito tejido dorado que otrora llevara en Hackney—. No pongáis esa cara de asombro —dijo Lymond secamente—. *Coronez est à tort*<sup>[38]</sup>, tal parece. Pero no es la primera vez, ni será la última. A estas alturas no vamos a entonar un canto fúnebre de tres al cuarto. —Cogió una silla y se sentó abrazándose las rodillas con aire resignado—. Bien. ¿Qué parte de nuestros respectivos errores vamos a reprocharnos mutuamente? No tengo mucho más que decir. Me parece que hemos agotado el tema en anteriores ocasiones.

—Pero esta magnanimidad tan divina de que hacéis gala es nueva. —Margaret Lennox se pasó la mano por su abultada y rubia cabellera. Lanzó una mirada recelosa—. Mostráis una resignación encomiable para ser alguien a quien ha traicionado su propia Reina.

—Especificad de qué reina estáis hablando —replicó Lymond—. Parecéis olvidar que tenemos unas cuantas. Últimamente abundan más que las margaritas en el campo. Si os referíais a la Regente...

—Por supuesto que me refiero a la Regente —le cortó Margaret.

—Es una dama difícil de cortejar. Matthew os lo puede confirmar, y el padraastro de Jenny Fleming también. El rey Enrique de Inglaterra...

—No tenía ni idea —dijo Margaret Lennox en tono sarcástico— de que le hubierais pedido la mano. Vuestros hábitos suelen ser más bien de otro tipo.

Lymond se puso de pie abruptamente.

—¡Oh, no! Eso no, por favor. Otra vez no. Si tenéis que discutir, hacedlo sobre asuntos reales, candentes: Roma y María Tudor, Escocia y el luteranismo, España y

los príncipes germanos, Francia y el nuevo imperio de Solimán, las riquezas del Nuevo Mundo y la famélica Irlanda, la guerra del acero generalizada... Esos son las razones que os mueven a Matthew y a vos. No quiero oír hablar de los motivos mezquinos.

Margaret también se levantó.

—Pues deberíais conocerlos. Porque son ellos los que os han traído hasta aquí, querido. Porque aunque no queráis oírlos, esos mezquinos motivos se reducen a uno solo y único que pueden resumirse en la palabra «yo».

Quedaron en silencio, sumidos en aquella luz tenue, mirándose de hito a hito.

—Que Dios nos asista, a mí y a vos —musitó Lymond en tono grave y con la mirada serena—. Si sobrevivo a esta, y si vos sobrevivís a esta, yo mismo me encargaré, en nombre del pueblo de Escocia, de demostraros lo equivocado de vuestras aspiraciones.

Lymond recobró rápidamente el buen humor. En efecto, cuando Lady Lennox ya había salido de la celda, oyó desde el otro lado de la puerta cómo Lymond entonaba el villancico *Ninguna cierre las puertas*<sup>[39]</sup>.

Las campanas llamaron lastimosamente al oficio de Tercia. Robin Stewart oyó el tañido, amortiguado por el canto de los pájaros, en la puerta de la choza. El reflejo de las hojas moteaba de verde su acicalado pelo y la inmaculada y pulcra camisa que llevaba puesta, llevaba unas botas color avellana de impecable factura que contrastaban con la hierba del feraz prado.

En el interior de la choza, se observaba el mismo cambio. Había conseguido transformar con tesón aquella casucha en una estancia castrense, limpia, ordenada y reluciente. Había reparado la única silla y hecho la cama, adornado la mesa con los mejores manjares que había comprado o robado: un pedazo de mantequilla, una jarra rebosante de leche, un queso, un cuenco con empanadas y una jofaina de vino. En la esquina estaba su mochila de lona, meticulosamente preparada, y apoyadas contra el muro la espada y las espuelas, que de bruñidas que estaban más parecían de plata que de hierro. Robin, flaco pero libre ya de cadenas y grilletes, aguardaba tendido en el catre, confiado y orgulloso. La mirada era fiera pero serena.

La Reina moriría en la ceremonia de Investidura, que estaba prevista comenzar a las diez. Una hora antes, vendrían a por él Lymond y la gente del Rey para llevarle preso. Sería su oportunidad para demostrarles a todos que ese crimen no se le podría imputar. Gradas a los datos que suministraría, Artus Cholet sería apresado en el acto, d'Aubigny formalmente acusado y la sombra de la culpabilidad de Thady Boy definitivamente alejada de Lymond.

Lymond vendría con una docena de arqueros, o tal vez unos pocos hombres

despachados expresamente por el condestable, junto con un agente judicial. La presencia del agente judicial era indispensable para la validez del testimonio. Los oíría llegar, delatados por el piar de alarma de los pájaros y el sonido en lontananza del galopar de los caballos. Vería los árboles estremecerse, su follaje soliviantado por el roce del duro acero de los cascos de los soldados, y volver a aquietarse. Francis Crawford y el agente judicial se llegarían hasta él y se bajarían de sus cabalgaduras. Entonces, les ofrecería algo de comer.

Francis no contestaría pero no dejaría de notar los cambios: la camisa limpia, la estancia ordenada. Cuando se marcharan, irían hombro a hombro, confiando el uno en el otro, como cuando trepaban por el campanario de la iglesia de Saint Lomer.

Las campanas que llamaban a Tercia dejaron de tañer. Robin Stewart se incorporó y miró por la ventana.

Sir Gilbert Dethick, gran Maestre de la Orden de La Jarretera, estaba perdiendo los nervios. Al oír sus alaridos, proferidos con marcado acento franco holandés, provenientes de la Cámara Privada, el condestable, enfundado en su solemne toga azul, se abrió paso a codazos entre los tamborileros y los dulzaineros, entre los nobles vestidos de plata y armados con hachas ceremoniales, entre los corregidores y demás magistrados de la Audiencia que vestían toga negra. Hendiendo la fila de heraldos armados que conseguían a duras penas mantener la compostura, agobiados por la rigidez de sus aparatosas vestimentas de seda adornadas con la flor de lis, los arqueros con sus gruesas casacas plateadas y la marejada de pajes que se afanaban sin ton ni son, el condestable consiguió alcanzar por fin la Cámara Privada del Rey.

El Monarca no había llegado aún. Dethick, con la corona emblemática de su Orden echada para atrás, la barba tan lacia como los pelos de la pata delantera de un perrito faldero, reclamaba con impaciencia un tapicero. Los heraldos franceses pululaban incómodos mientras Chester, avergonzado ante las protestas de su compatriota, se apresuraba a buscar ayuda: había visto que sólo había dos mesas en vez de las tres previstas, y que la alfombra no se había dispuesto todavía. El condestable paró en seco al Maestre de la Jarretera antes de que este le aturdiere con sus quejas y mandó que instalaran una tercera mesa.

Faltaba media hora para que empezara la ceremonia de Investidura. El condestable Montmorency abrió la puerta que daba al vestidor de los franceses. Descubrió unos vestidos deslumbrantes de los que emanaban intensos perfumes. Tres caballeros de la Orden de Saint Michel se estaban ciñendo sendas armaduras, coronadas por un blanco yelmo. No dio con el birrete escarlata del Canciller y salió de allí malhumorado. El bamboleo del penacho de plumas de avestruz que adornaba su bonete y el tintinear de los eslabones del pesado collar, ¡treinta onzas de oro de ley!, que llevaba al cuello, delataban su rápido caminar y por ende sus nervios.

Enfundados también en suntuarios atuendos, los integrantes de la embajada inglesa esperaban en silencio en una habitación contigua. Anne, duque de Montmorency y condestable de Francia, envió un paje para que diera la orden a los tamborileros de abrir la ceremonia con sus redobles y de traerle a Longueville, el hijo francés de María de Guisa. Tenían unas noticias increíbles que comunicar a su señora madre.

Con seco ademán, Montmorency acalló el coro de quejas en derredor suyo, se recogió las amplias vestimentas color azul cielo y se marchó prestamente.

Diez minutos más tarde, de nuevo a punto de marcharse, estaba diciendo:

—El testimonio vertido contra lord d'Aubigny es tajante. —Estaba de pie, con su azur vestimenta debajo del brazo—. Y ese tal Cholet, en cuanto demos con él, no tardará en confesarlo todo. Pero tened presente que hasta que no le arranquemos esa confesión, no podremos airear que d'Aubigny fue el causante de la masacre de la Tour des Minimes. Mientras no obtenga esa confesión, me será imposible exonerar a Crawford de los cargos que se le imputan. En todo caso, el asunto d'Aubigny requiere de las máximas precauciones... Majestad, con vuestra venia, he de irme.

No es que sintiera mucho aprecio por la Reina madre, pero no podía menos que admirar su talento como negociadora. Nunca la había visto perder el temple. Guiado por el chico, la había encontrado en compañía de una de sus damas de séquito y de aquel irlandés chiflado, O'LiamRoe, que había tenido la osadía de insultar al Rey. Estaba también un hombre corpulento de quien recordaba vagamente que era escultor o algo así.

Tras escuchar el relato de los acontecimientos, se había dado cabal cuenta de que el drama estaba por llegar. El escultor, Hérison, tenía en su custodia a un mercader flamenco de nombre Beck que estaba dispuesto a testificar contra d'Aubigny. Además, O'LiamRoe afirmaba que se hallaba presente en el castillo de Châteaubriant un hombre con una misión: la de asesinar a la pequeña Reina.

Si llegaban a capturarlo, significaría que el chivo expiatorio que se hallaba encerrado en una celda del Vieux Château sería liberado y que habría que persuadir al Rey de retirarle su favor a d'Aubigny. Las cosas se presentaban difíciles, pero más aún el buen hacer diplomático que le quedaba por delante. Mirando a María de Guisa había dicho:

—Nada podremos hacer en tanto la embajada inglesa esté aquí... ¡Voto a Dios! ¡Imaginaos a los comisionados enviados para pedir la mano de vuestra hija mirando como peinamos el lugar registrándolo todo so pretexto de que hay un asesino francés suelto que ha recibido el encargo de matar a nuestra princesa... y que además la conjura está inspirada por ciertos personajes ingleses claramente implicados! ¿Existe algún indicio sólido que nos lleve a pensar que ese miserable intentará llevar a cabo

su fechoría hoy precisamente?

O'LiamRoe había contestado:

—Sólo sabemos que ya no está en su morada y que anda por aquí. Y también sabemos que es muy probable que intente ejecutar sus siniestros planes aprovechando la ausencia de Robin Stewart y el hecho de que lord d'Aubigny estará a la vista de todos, acometiendo sus tareas. Hemos de buscar al sujeto casa por casa, *Monseigneur...*

—Eso no puede ser —aseveró el Condestable—. De ninguna manera. He de irme. Y también vos, duque de Longueville. Quiero daros las gracias Maese Hérisson, y a vos también, señor de Slieve Bloom. Mis oficiales vendrán a buscaros después de la ceremonia de investidura y el señor Beck quedará confinado e incomunicado. Entretanto, reforzaremos la protección de la pequeña Reina. Daré las oportunas instrucciones a mi teniente mayor. Requeridle todos los hombres que estiméis necesarios. Empero, no conviene asustar a la pequeña: irán con el arma oculta en sus ropajes. También le daréis indicaciones sobre Cholet. No puedo dar la orden a mis hombres de emprender su búsqueda, pero sí de que estén atentos y vigilantes. En el receso que mediará entre el banquete y la conferencia intentaré reunirme de nuevo con Vuestras Mercedes. Alteza, usías...

Dicho esto, el condestable, famoso por su mal genio, se marchó.

Phelim O'LiamRoe, con marcadas ojeras fruto de una noche sin dormir, golpeó el puño derecho en su mano izquierda y soltó un juramento. La Reina madre ni siquiera reparó en semejante descortesía. Muy erguida, se dirigió hacia la ventana seguida de la mirada de Margaret Erskine. Sin embargo, Michel Hérisson, el hombre que le había pisado los talones al príncipe irlandés de forma tan sorpresiva, se pasó las manos, deformadas por la gota, por su canosa y desaliñada pelambreira y soltó entre dientes:

—¡*Liam aboo*, hijo, *Liam aboo!* Mi gaélico es paupérrimo, pero si estáis diciendo lo que imagino que estáis diciendo: ¡*Liam aboo*, hijo, *Liam aboo!*

La bruma matinal se había levantado del lago. Las pequeñas barcas se hallaban en el centro y, navegando entre ellas, un grupo de músicos sobre una balsa engalanada con flores ensayaba las piezas con las que iban a amenizar la fiesta. El sonido de rabeles, laúdes y violas rebotaba sobre la superficie del agua, y llegaba cual ingrátida libélula a las orillas del lago por las que iban y venían en su incesante quehacer los sirvientes encargados de preparar la fiesta.

Iba a ser magnífica pero no del todo original. La temática y los disfraces elegidos para la ocasión ya se habían utilizado con anterioridad. Bueno, con eso ya era rendirles a los comisionados ingleses suficientes honores. Las casetas diseñadas por

Francis que Scibec de Carpi<sup>[40]</sup> y edificadas en los empinados prados circundantes habían sido adornadas con pámpanos, bustos, tarjetas y genios alados que portaban las banderas de Inglaterra, Francia y Escocia. Después de la ceremonia de investidura, del banquete y de la subsiguiente conferencia, se celebrarían unas justas por la noche.

Y después, un espectáculo acuático. Se habían dispuesto amables jardines alrededor del lago, un par de fuentes, una en cada extremo del estanque, y edificado un pabellón en un pequeño altozano que dominaba el lago, arropándolo con deslumbrantes tisúes de oro e iluminándolo con profusión de lámparas y antorchas. Allí se sentaría la Corte después del convite para deleitarse con el espectáculo de *Ida, la bergère phrygienne*. La hermosa pastora frigia daría la vuelta al lago en su carro tirado por ocas, rodeada de alegres y saltarinas ninfas, sátiros y centauros. Varios personajes del elenco ya se hallaban presentes para disfrutar del soleado día, ligeros de ropa y aprovechando la laxitud que imperaba en tan señalada fecha, tumbados en el praderío agostado. Una Victoria alada se había acomodado debajo de un peral tocando la flauta, mientras dos sacerdotisas tocadas con serpientes se mofaban de un Baco sentado con su toga escarlata a la orilla del lago que, indiferente a las chanzas de esas víboras, se remojaba los pies con una expresión de vibrante felicidad.

Detrás de los jardines estaban los atrezos: la cubeta forrada con piel de leopardo con la que el héroe esparciría vino barato en su derredor, los carros tirados por elefantes, avestruces y ciervos, la diosa Fortuna montada en su carroza y traída expresamente desde Angers, con la manzana en la mano. Había más carrozas aparcadas, atestadas de estatuas de dioses y reyes. Un grupo de ninfas del bosque se había acercado hasta allí para admirar tan egregias figuras. Entre ellas se hallaba la mismísima Diana Cazadora, madame de Valentinois, que llevaba un quitón negro bordado con estrellas de plata e hilo de oro. La túnica era atrevidamente corta pero no tanto como las que vestían los cuerpos de las ninfas y que apenas cubrían el nacimiento de sus muslos. Apilados en el suelo estaban sus arcos y flechas, de madera ricamente repujada y dorada, junto con las coronas, las antorchas y jaulas con palomas. Todas esas gentiles doncellas del bosque parecían colmadas de felicidad y bastante acaloradas: los operarios no escatimaban en piropos.

—Ahí va la vieja zorra —dijo el jefe de la casa de fieras mirando hacia una zona algo alejada en uno de los extremos del lago. Iba tocado con su turbante habitual y llevaba una máscara que cubría su atezado rostro. El elefante al que llamaba Hughie, enjaezado con un valioso arnés dorado, eructó sonoramente a su lado. Piedad Dooly, renegando internamente de estar allí y enfundado en unas calzas negras que enfatizaban sus patillas de alambre, le espetó displicente:

—Es la amante del Rey. ¿Necesitáis tres ojos para verlo? ¿Dónde se habrá metido el Príncipe? No lo veo por ningún sitio.

El hombre, vestido de brocado y sentado a lo moro ante el pabellón principal, continuó observando a los cuidadores y mozos deambular por entre las jaulas y las tiendas, atento a los sonidos provenientes de los animales y a los familiares olores que su gran nariz reconocía como el símbolo inequívoco de una casa de fieras organizada y cuidada.

—Si no lo sabéis, es que no debéis saberlo —dijo Abernaci sin volverse. El camello, que supuestamente debía portar el incienso, había sufrido un síncope la pasada noche. Tendrían que llevarlo las mulas. No estaba dispuesto a correr ningún riesgo empleando a los felinos. Un rumor de pisadas sobre la mullida hierba anunció al recién llegado, que se puso de cuclillas a su lado.

—Si estáis hablando del príncipe de Barrow, está en el castillo —dijo Tosh—. ¡Cristo! ¿A qué os recuerda todo esto?

—A París, Lyon, Ruán, Dieppe, Amboise, Angers... —dijo Abernaci—. En todos sitios hacemos lo mismo, la verdad. Sólo que esta vez parece que el rey de Francia financia la fiesta de su propio bolsillo, ¿no habéis notado acaso que hay escasez de heno? ¿Os acordáis de cuando Hughie empezó a molestar a...? Ah, no. No estabais en Ruán.

—Juegan a ser dioses —dijo Piedad Dooly, y escupió al suelo—. Todos ellos, ingleses y franceses por igual. Dioses provenientes del Infierno, diría yo. Torturan los verdes campos para convertirlos en sus malditas canchas de juego de pelota y adornan a sus perros falderos con joyas que podrían servir para alimentar a media Irlanda durante un año entero. Los héroes de Tara habrían hecho piedras de molino con sus estúpidas caras.

Tosh se tumbó sobre la agostada hierba y puso los brazos bajo la cabeza.

—No debéis hablar mal de los franceses —dijo—. Bien que supieron echar a los ingleses de su país.

Dooly se acercó en dos zancadas al funambulista y se puso a su altura.

—¡Con la ayuda de ocho mil irlandeses! —exclamó—. ¡Vais a ver lo que tarda Irlanda en darle a esos ingleses una buena patada en sus gordas posaderas y expulsarlos de sus costas... y a los escoceses de paso, también! A estas alturas a nadie se le escapa que la gran nación escocesa se ha vuelto tan blandengue que necesita que Francia le saque las castañas del fuego y luce en su nombre. Un país de damiselas gobernado por damiselas... ¿y quién preside los desfiles militares, quien es la jefa suprema, la señora de la guerra de ese país? ¡Una niñata vestida con enaguas que no hace ni dos días todavía seguía aferrada a los pechos de su ama de cría!

Tosh, hombre de temperamento tranquilo, intercambió una mirada con Abernaci y después se giró hacia Dooly.

—Cierto, cierto —dijo—. Verdad es que hay poderosos bueyes en Irlanda, pero dicen que no los pueden embarcar ni mover del país por los cuernos tan grandes que

tienen...

Abernaci se había puesto de cuclillas de un salto, y llevándose la mano a modo de visera sobre el rostro moreno surcado de cicatrices observaba cómo la pequeña Reina se acercaba al borde del lago.

—¡Cristo! —exclamó—. Ahí va la gobernanta. Y la mujer de Erskine. Y el chico de los Fleming. Dos niños y seis hombres de armas. Están revisando la embarcación como si estuviera contaminada por la lepra... Ahora se suben a la barca.

—Si la barca está en buenas condiciones estarán tan seguros en el agua como en tierra firme —dijo Tosh—. ¿Y el resto de la flotilla? ¿Qué pinta ahí? —En medio del lago, atadas entre sí y a una boya, góndolas, bergantines y galeras en miniatura componían la mencionada flotilla de doce embarcaciones que se mecían con suavidad en las apacibles aguas.

—Son inofensivas —dijo Abernaci—. Los bergantines y las galeras simularán un fuego cruzado; van todas cargadas con cohetes, molinillos y demás fuegos artificiales. Aunque estallaran todos al tiempo no llegarían siquiera a ser peligrosos. En todo caso, difícilmente podrían prenderse, juntos o por separado. Se ha prohibido que haya ni una sola antorcha encendida en las proximidades del lago, lo sabéis, ¿no? Pero hombre —dijo de pronto volviéndose hacia Piedad Dooly, que miraba concentrado en dirección de la flotilla—, ¿no vais a buscar a O'LiamRoe, ahora que ya sabéis dónde está?

—¡Bah! No os preocupéis —dijo desdeñosamente el irlandés y le dio la espalda a las barcas del lago—. Estuve presente cuando esos idiotas mandaron al bardo a la cárcel, que fue lo mejor que podían haber hecho. No me va a contar nada que no sepa ya.

Las miradas de Tosh y Abernaci volvieron a encontrarse por segunda vez.

—Tampoco a mí —dijo Tosh escuetamente. Y añadió—: He oído que Cormac O'Connor está indispuesto.

Piedad Dooly se dejó caer sobre la hierba.

—Sabéis —dijo—, si por O'LiamRoe fuera, no volveríamos a pisar Slieve Bloom nunca más. Pero gracias a mis oportunas intervenciones —dijo abrazándose las rodillas con expresión complaciente—, la cosa está a punto de cambiar.

Abernaci, que sabía interpretar acertadamente las alusiones veladas, sintió que se le encendían todas las alarmas. Silencioso y rápido como una serpiente, el cuidador jefe de la casa de fieras se abalanzó sobre Dooly y le agarró con fuerza de un hombro. Tosh, con expresión interrogante en su ancha cara, hizo lo propio y sujetó al irlandés del otro brazo.

—¿Diríais que espera que suceda algo? —preguntó Abernaci dirigiéndose a Tosh—. ¿Qué opináis?

Piedad Dooly era demasiado inteligente para gritar pidiendo auxilio, pero

demasiado estúpido para mantener la boca cerrada del todo.

—*Stad thusa ort!* —dijo—. Ya es demasiado tarde en todo caso —repitió en inglés, y escupió.

El cuidador jefe de la casa de fieras del Rey miró por encima de la cabeza de Dooly a Thomas Ouschart y le dirigió unas palabras rápidamente en urdu. Entre los dos, cogieron al pequeño irlandés y sin decir palabra se lo llevaron al pabellón.

A las diez menos cinco el Rey entraba en la Cámara Privada. Iba con la cabeza descubierta y totalmente vestido de blanco. La música se interrumpió. Los arqueros de la Guardia Real, los caballeros y príncipes que aguardaban ordenadamente en la estancia se descubrieron e inclinaron.

Afuera, los integrantes de la Orden de la Jarretera, que llevaba formada diez minutos, hablaban en murmullos y sudaban bajo sus galas de terciopelo. El condestable, el único rostro francés entre aquel enjambre de ingleses, había llegado algo tarde y ocupado su lugar junto a Mason. El obispo, sir Thomas Smith, y Black Rod se encontraban algo más delante. Northampton, situado hacia la mitad del grupo, conversaba con Dethick en cristiana armonía. Delante de las puertas, la hilera de sirvientes guardaba respetuoso silencio mostrando sus cuellos impolutos a todos los que esperaban detrás.

Sonaron las trompetas.

La comitiva comenzó a moverse en perfecta formación. El embajador, rodeado de sus oficiales, entró en la Cámara del Rey. Los caballeros extranjeros, vestidos con sus mejores galas y cubiertos de joyas, ocuparon sus puestos ordenadamente junto a las mesas para dejar sitio a la retaguardia de la comitiva. Una vez todos estuvieron dentro, se cerró la puerta. Tras las reverencias de rigor, las trompetas volvieron a sonar y los oficiales y caballeros dejaron paso al heraldo y al gran Maestre. El heraldo Chester, ataviado con su brillante jubón, caminaba junto al gran Maestre, orgullosamente envuelto en su capa y luciendo el hermoso tabardo con el escudo de la Orden: un león y una flor de lis bordados en oro sobre cuarteles azules y rojos. Se había peinado la barba y ceñía la corona ceremonial. Portaba un cojín de terciopelo púrpura y borlas doradas sobre el que relucían la jarretera, el collar, el libro de los estatutos forrado con brocado de oro y terciopelo y el manuscrito con el mensaje del rey de Inglaterra. Tras hacer una exquisita reverencia ante el Soberano, Dethik depositó el cojín con las insignias sobre la gran mesa de ceremonias junto con las prendas del ceremonial, la capa, el jubón y el bonete de gala, y se colocó al lado de Northampton. El secretario del rey Enrique de Francia dio solemne lectura del manuscrito real: «Nos, Eduardo VI, rey de Inglaterra y señor de Irlanda por la gracia de Dios, Protector de la fe y Soberano de la Nobilísima Orden de la Jarretera, encomendamos a nuestro muy leal y fiel primo, marqués de Northampton... la misión

de aceptaros en la susodicha Orden y en conferiros el honor...».

El boato y esplendor de los ingleses era en verdad impresionante. El marqués, cuyas dotes marciales dejaban mucho que desear, parecía un auténtico rey. D'Aubigny tampoco se quedaba corto. Enrique parecía nervioso. El diablo se lleve a los de Guisa, pensó el condestable. Le gustaría ver la cara que pondría la Regente si el rey Eduardo aceptara finalmente devolver Calais a cambio de desposar a su hija...

El condestable ahogó un suspiro. Pero aquello no habría de ocurrir. Todo se reducía a un gambito interesante, nada más. De hecho, haber llegado hasta el momento presente ya constituía un verdadero triunfo. Rogaba a Dios que St. André se comportara. Todavía recordaba la última embajada con fines matrimoniales que Francia había enviado en tiempos del viejo Enrique de Inglaterra... Los supuestos embajadores se habían dedicado a vender en el país anfitrión el contenido de sus equipajes a buen precio, convirtiendo Tailor's Hall en una caótica plaza de mercado y poniendo, con razón, a los gremios en pie de guerra. Pero St. André era un hombre de fiar. No como los de Guisa. ¡Cielo santo! ¿Por qué no estaba allí el duque de Guisa...? Ah, sí, sí que estaba, habría llegado tarde... Dios, que calor hacía.

Fue el guardia bajito el que llegó corriendo, y tras descorrer el cerrojo le abrió la puerta. Tras él venían soldados con la enseña de los de Guisa precedidos por un pálido y trémulo O'LiamRoe. Lymond estuvo a su lado en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Os lo dijo ella? —preguntó.

—Robin Stewart os mandó un mensaje, pero Dooly no lo hizo llegar. Nos acabamos de enterar hace escasos minutos. El atentado va a tener lugar ahora, en el lago.

Ambos salieron a la carrera seguidos por los soldados y acompañados por el golpeteo de sus armas. O'LiamRoe consiguió decir:

—Debemos actuar con cuidado. Vuestra puesta en libertad es ilegal. Todavía no tenemos pruebas contundentes contra d'Aubigny y el Rey nunca habría accedido... Tosh me trajo a Piedad. Abernaci ha vuelto al lago. La Reina ya está allí pero, aunque los barcos están cargados de explosivos, Cholet no tiene manera de hacerlos explotar —dijo el príncipe de Barrow, intentando mantenerse a la altura de Lymond—. Ah, se me olvidaba, Stewart quería que acudierais a verle. Esperaba que os encontrarais con él esta mañana a las nueve, para demostrar que no tenía arte ni parte en el atentado. Os escribió un mensaje.

—Este Stewart —dijo Lymond—, seguro que aparece de la forma y en el momento equivocado cuando todo haya acabado. ¡Al lago! ¡Al lago! ¡Tenemos que llegar a tiempo!

Cruzaron a toda velocidad el campo de justas, sudando a mares...

—Vino Michel Hérisson —dijo O'LiamRoe—. Tienen a Beck... Conocemos la descripción de Cholet: ronda los cuarenta años, es bajito, recio, moreno y tiene la

barba pelirroja.

—¡Dios! —exclamó Lymond, riendo entrecortadamente. A O'LiamRoe le parecía rebosante de vida. Corría con la agilidad de un bailarín, esquivando a los que se encontraban a su paso. Los soldados, enfundados en sus calzas de cuero, le iban pisando los talones. Frenó en seco al llegar al lago—. ¡Dios mío! ¿Qué hacen? La niña sigue allí. ¡Mirad!

Todos se detuvieron. Era cierto. La gabarra de la Reina, pintada en alegres colores y repleta de niños y soldados, se hallaba en el centro del lago amarrada a las otras doce pequeñas embarcaciones.

—No quedan barcas —dijo O'LiamRoe segundos más tarde—. Se llevaron la última para la Reina. Y la música impedirá que nos oigan.

—Quizás haya encendido una mecha de combustión lenta... —dijo Lymond.

—No puede ser —dijo O'LiamRoe—. Abernaci asegura que nadie se ha acercado a las barcas desde anoche. No existe maestro artificiero capaz de mantener encendida una mecha durante tanto tiempo.

—Entonces usará una flecha de fuego —repuso Lymond, convencido—. ¿Hay algún extranjero en la casa de fieras?

—Por ese lado podemos estar tranquilos —afirmó O'LiamRoe.

—Entonces el ataque tiene que venir del pabellón o de la zona del lago donde están aparcadas las carrozas. Aquí parece que no hay nadie. Coged tres hombres y revisad carros y carrozas. Yo me encargaré de...

—Thady, he visto por allí los arcos y flechas de Diana y también pedernal... —Michel Hérisson, que llegaba en aquel momento, interrumpió a Lymond sin saludarlo siquiera.

—Id a las fuentes y ponerlas en marcha —dijo Lymond—. ¿Sabéis nadar? ¿No? ¿Y vos, Phelim? Dios, mirad. Allí va Abernaci.

Una fila de hombres se desplegaba corriendo hacia los senderos que llevaban a las casetas. Lymond y Hérisson se dirigieron juntos hacia el pabellón levantado junto al lago, que resplandecía adornado con tisú dorado. Sobre el tejado, unos cuantos trabajadores parecían estar descansando. Cuando se aproximaban, uno de ellos salió corriendo.

Lymond emitió un agudo silbido. O'LiamRoe, a medio camino de las carrozas, se detuvo en seco. También los soldados de los de Guisa se pararon y miraron hacia Lymond. En la gabarra de la Reina, los hombres armados encargados de proteger a la pequeña, apercebidos de que algo estaba ocurriendo en tierra, habían levantado sus escudos improvisando una especie de barricada alrededor de la niña, ocultándola a la vista. Pensando que aquella era la mejor forma de protegerla, parecieron tranquilizarse y se mantuvieron en aquella posición. No tenían intención alguna de remar hacia el peligro que parecía amenazarla en tierra firme.

El hombre que poco antes había estado subido al tejado del pabellón había desaparecido; se trataba de un hombre pequeño y recio con una barba castaño rojiza: Cholet, sin duda. Lymond comenzó a trepar por una de las sólidas pilastras romanas del pabellón con la agilidad de una cabra montesa. Por un instante a O'LiamRoe le vino a la mente una imagen del pasado: un gordo y moreno ollave con la negra casaca al viento trepando por la verga de *La Sauvée* con un cuchillo entre los dientes. En esta ocasión, no llevaba cuchillo ni casaca. Se había despojado incluso de la burda camisa de hilo para tener más libertad de movimiento. Su rubio cabello, en contraste con la morena espalda surcada de cicatrices, parecía de plata.

Cholet apareció de pronto sobre la sólida cornisa del pabellón con un arco en las manos. Un delgado hilillo de humo se elevó en el aire proveniente de la pálida llama que brillaba, transparente casi a la luz del sol, en la punta de la flecha.

Una tras otra, el arquero lanzó tres flechas encendidas hacia su objetivo. La primera cayó al agua. La segunda y la tercera hicieron blanco sobre la novena embarcación, clavándose con firmeza en la pequeña galera situada junto a la gabarra del Rey, que estaba separada por cinco barcas de la de la Reina. Artus Cholet tiró el arco y las flechas sobre el techo del pabellón. La madera barnizada y el dorado tisú ardieron como la yesca, levantando una cortina de fuego que se extendió con rapidez separando al arquero de Francis Crawford, que corría en su dirección.

La lectura en latín había terminado, gracias a Dios. Lo peor había pasado. El obispo de Ely pronunció una oración interminable y fue respondido por su homólogo de Guisa, vestido en elegante terciopelo rojo. A pesar de ser francés parecía un inglés auténtico. En aquel momento el rey Enrique de Francia, ataviado en blanco con águilas bordadas en plata, su negro cabello resplandeciente, tomó el Libro en sus manos, besó la Cruz y se dispuso a prestar juramento. Todo parecía estar saliendo bien. El gran Maestre cogió la Jarretera de seda azul bordada con letras de oro del cojín, la besó y se la pasó a Northampton. El marqués se arrodilló y la colocó sobre la musculosa pierna izquierda del Monarca con una reverencial destreza que delataba lo practicado del gesto.

D'Aubigny observaba la ceremonia con gesto de hastío. ¿Por qué habría llegado tarde el duque de Guisa? Estaba completamente seguro de que el tal Crawford se había hecho pasar por un bardo irlandés a petición de la hermana del duque, la regente de Escocia. La Regente le había introducido en la corte para espiar, estaba claro. La orden de luchar en el foso contra el jabalí, la había dado a Lymond para manifestar públicamente su falta de interés por él y, dado el caso, poder ser indulgente y protegerlo. Luego, al final, resultó que cuando más la necesitaba había acabado dándole la espalda. Era increíble que Crawford se lo hubiera permitido. Aunque a la Regente no le había quedado más remedio, eso había que admitirlo. Por

otro lado, no era difícil de imaginar lo que pretendía: una de Guisa regente de Escocia, un de Guisa papa de Roma, otro de Guisa virtualmente rey de Francia... Bueno, eso estaba por ver todavía. Pero ella había colocado a Crawford en la sombra por algo... En fin, eso también parecía a punto de concluir. Aunque el Rey le había tomado cariño... Ya le daría él a los Médicis algo en que pensar.

*Capito vestem hanc purpuream...* ¡Dios, qué calor hacía!

La novena galera estaba en llamas. En la gabarra de María ya se habían dado cuenta. Se veía una persona asomada sobre la borda intentando cortar las amarras que la unían al resto de la flotilla. El grupo de barcas cabeceó y las pequeñas naves comenzaron a avanzar lentamente. Con las prisas, el hombre, en su intento por separar a la gabarra del peligro, había cortado las amarras que unían al conjunto de naves a la boya que las anclaba y ahora las trece barcas, todavía amarradas entre sí, avanzaban en bloque a la deriva. Cholet comenzó a bajar del tejado del pabellón. O'LiamRoe corría en su dirección seguido de los tres soldados. Lymond le llamó y después se deslizó hasta el suelo y salió a toda velocidad hacia el lago donde las dos fuentes, una en cada extremo, se habían puesto en funcionamiento al unísono creando dos delicadas cascadas de agua luminosa.

La duquesa de Valentinois se había marchado hacía rato. También las ninfas, acompañadas de Baco, habían puesto pies en polvorosa a la primera señal de complicación. Los soldados de la gabarra de María estaban intentando alejar con los largos remos a las embarcaciones vecinas, convencidos obviamente de que lo que veían eran unos fuegos de artificio prematuramente explosionados; nada demasiado peligroso, aparentemente. Los bergantines y las galeras recién pintadas, con sus mascarones de proa en forma de dragón, cabeceaban en el agua. Del costado de la novena barca salía un chorro de fuego. Era francamente bonito. Los músicos del escenario flotante sobre el lago, boquiabiertos, habían dejado de tocar. Lymond ya estaba en el agua. Poniendo las manos a modo de bocina gritó:

—¡Alejaos! ¡Hay pólvora en las barcas! —Alguien le tendió un cuchillo al pasar.

Abernaci, en la zona del lago donde se hallaban las jaulas de los animales, también se había metido en el agua. Pero las barcas a la deriva se encontraban en aquel momento más cerca de Lymond que de él.

Lymond volvió a gritar. Abernaci tardó unos instantes en caer en la cuenta de que lo había hecho en gaélico. Le estaba indicando que pusiera el arnés al elefante.

Aunque la orden iba dirigida a Abernaci, fue O'LiamRoe quien la oyó primero y procedió a ejecutarla. Tras intercambiar unas palabras con el mozo del paquidermo, el Príncipe enganchó una cuerda al arnés de Hughie y se la tiró a Abernaci, que la recogió en sus húmedas manos mientras Francis Crawford nadaba por las aguas verdosas del lago en dirección a las barcas. La gabarra de la Reina, amarrada a la

flotilla y a la barca incendiada, avanzaba por su parte hacia Lymond a golpe de remo.

Despojado ya del jubón blanco, el Rey se había puesto la nueva sobreveste carmesí y ceñido la espada sin contratiempos. El gran Maestre besaba en aquel momento la capa y el bonete de gala. *Accipe Clamidem hanc caelici coloris...* Aceptad esta capa de color celestial bordada con el escudo de la Cruz de Cristo, cuya fuerza y virtud habrán siempre de acompañaros...

Las borlas recién cosidas pendían silenciosas, las jarreteras relucían espléndidas, azul sobre plata. Enrique estaba empezando a aburrirse.

Sólo faltaba el collar. Después seguiría la habitual homilía, que tendría lugar en la capilla, y finalmente se celebraría el banquete. La consecuencia de todo aquello no se le escapaba a nadie: ahora que la amenaza inglesa había perdido importancia, las relaciones con Escocia ya no resultaban tan valiosas para Francia. Si la niña moría, el Delfín podría establecer nuevos lazos matrimoniales a conveniencia, como por ejemplo... ¡Dios santo! Verdaderamente hacía un calor atroz. Y toda aquella ropa tan gruesa... Era para desmayarse.

El mozo de Hughie había decidido quedarse en tierra en el último momento, así que el enorme elefante macho, mientras se movía perezosamente lago adentro levantando nubes de agua con las orejas, llevaba sobre su lomo sólo a O'LiamRoe, que no sabía nadar, aferrado a la empapada cabezota del animal. El Príncipe no despegaba los ojos de Abernaci, quien algo más delante los remolcaba hacia la barca en llamas.

Lymond llegó primero. Margaret Erskine lo vio acercarse desde detrás de la barrera protectora de escudos. Había pasado el brazo alrededor de la pequeña María y parecía enfrascada en una conversación trivial con James y los niños mientras intentaba mantener el equilibrio a medida que la gabarra, impulsada por cuatro fornidos hombres, avanzaba a golpe de remo. El humo impregnaba el ambiente de un olor acre.

—Que lástima —dijo Margaret con aire desenfadado—. Todos esos preciosos fuegos de artificio que se están desperdiciando. Mucho me temo, chérie, que vais a presenciar el mayor despliegue de pirotecnia que jamás se ha visto a la luz del día.

—Seguro que el señor Crawford consigue detenerlo —dijo la pequeña rescatando de entre los brazos de Margaret su espesa mata de rizados cabellos pelirrojos. Estaba asustada. Margaret lo notaba. Sin embargo, la niña intentaba no demostrarlo y le seguía la corriente con naturalidad—. Sería una pena que se perdieran todos esos cohetes y tracas tan bonitas...

La rubia cabeza que sobresalía del agua estaba ya casi a su altura. Seguramente Lymond debía haberse dado cuenta de que el fuego estaba demasiado avanzado como

para poder extinguirlo. El joven sacaba la cabeza del agua cada pocas brazadas para observar el avance de O'LiamRoe y Abernaci desde el extremo opuesto del lago. En una ocasión, quizás al oír su nombre, se había vuelto en dirección a la pequeña Reina y le había hecho un breve saludo con el brazo, levantando una fina lluvia de gotitas doradas. Poco después llegó a la altura de la última barca de la flotilla y se izó ágilmente hasta la cubierta. En ella, preparados para la ceremonia nocturna, se habían dispuesto ruedas de fuego y demás material pirotécnico.

Aunque había trepado con destreza, el movimiento hizo chocar levemente el casco de la pequeña nave con la que tenía amarrada a proa, propagando el cabeceo al resto de las embarcaciones. Los músicos del escenario flotante instalado en el lago parecieron enmudecer por un instante. Una nube de chispas salió proyectada desde la galera incendiada provocando una nube de humo negro que se cernió sobre los barcos, inundándolo todo del olor a pintura quemada. La gabarra de la Reina, en un extremo, intentaba separarse de la flotilla mientras en el opuesto, Abernaci hacía gestos con sus morenos brazos al gigantesco elefante macho, que se había detenido. O'LiamRoe, de pie sobre su lomo, intentaba hacerle continuar desgañitándose en gaélico.

En la orilla se estaba congregando una creciente multitud de soldados y obreros a los que se iban sumando, provenientes del castillo, hombres y mujeres atraídos por la nube de humo y chispas que salían de las barcas. La borda de madera tallada de la galera estaba ahora totalmente envuelta en llamas y lenguas de fuego dorado lamían la carbonizada pintura de la cubierta, avanzando hacia los mástiles adornados con gallardetes. El cielo se había llenado de pavesas.

Con un estallido, la rueda de fuego de la barca en la que estaba Lymond se prendió y salió proyectada. El fuego de colores iluminó por un instante la dorada cabeza del heraldo Vervassal, que corría por la cubierta envuelta en humo. La enorme rueda pirotécnica comenzó a girar sobre sí misma a velocidad creciente a medida que sus cohetes iban haciendo explosión. Las policromas chispas hacían relucir el rostro de Lymond quien, situado peligrosamente cerca del artefacto, intentaba esquivarlas.

Otras dos ruedas de fuego prendieron también en la misma nave, una en la proa y la otra en la verga. En la galera incendiada las llamas habían alcanzado ya la cubierta y comenzaban a pasarse al pequeño bergantín situado a proa.

Como si tuviera alas en los pies, Lymond saltó de su nave a la que estaba más próxima, y de ahí a la siguiente. Moviéndose con increíble ligereza evitó las ruedas de fuego, que todavía no habían alcanzado su velocidad máxima, y llegó frente a la galera incendiada.

Iba revisando cada una de las barcas antes de saltar a la siguiente. Margaret Erskine, que se había dado cuenta, lo vio detenerse en la octava embarcación: la gabarra del Rey. El fuego había prendido ya el tisú dorado que adornaba el castillo de

la plataforma defensiva, en lo alto del mástil. De un tirón, Lymond lo arrancó y lo lanzó al agua, donde se apagó con un siseo. Las ventanas policromadas del castillo de proa reflejaban los fuegos artificiales de la popa. Saltó sobre el puente, donde la pintura comenzaba a ampollarse y, con la proa y las barandillas de babor en llamas a su espalda, cortó las amarras para separar los barcos que acababa de atravesar del resto de las naves. Fue una maniobra arriesgada, pero al final lo consiguió. Se detuvo un instante para echar un vistazo al interior de la bodega y después reapareció. A toda prisa, saltando como una pulga de barco en barco, deshizo el camino y se dirigió hacia Abernaci, que le esperaba en el agua tocado con el inevitable turbante y provisto de una cuerda. El mahout se irguió en toda su estatura y, con el rostro arrebolado por el esfuerzo, la lanzó hacia Lymond, que la amarró cuidadosamente a la proa del barco contiguo. A una señal del joven, Abernaci y O'LiamRoe, a voces y saltos respectivamente, convencieron al elefante de que había llegado el momento de moverse: el paquidermo comenzó a tirar de la pequeña escuadra de cuatro naves para llevarse lejos el peligro. Lymond, dando media vuelta, volvió a dirigirse hacia el fuego.

O'LiamRoe miró hacia atrás. Bajo sus piernas, el poderoso animal caminaba pesadamente obedeciendo la extraña jerga de su mahout, que llegaba a sus oídos como proveniente de un lugar lejano. El Príncipe, empapado y con las ropas arrugadas como una pasa, seguía aferrado a la testa de aquel bicho monstruoso que parecía moverse en el agua con pasmosa facilidad.

La orilla quedaba lejos y el camino parecía libre de obstáculos; no había a la vista construcción, persona o animal alguno a quienes la reducida flotilla pudiera perjudicar en caso de saltar por los aires. El escenario flotante de los músicos se había alejado también a una distancia considerable. La distancia entre los cuatro barcos de los que Hughie tiraba y el resto iba aumentando lentamente. Por fin, alguien había conseguido cortar la amarra del barco de la Reina. Los cascos de los remeros relucían al sol mientras bogaban separando, al fin, la gabarra de la Reina de las demás embarcaciones. A lo lejos, los trajes azules y rojos de los niños destacaban en la cubierta de la nave real junto a una figura pelirroja que brincaba junto a una mujer de curvas generosas. ¿Cuánta pólvora quedaría todavía? ¡Cristo!... bueno, incluso aunque los cuatro barcos estuvieran repletos de explosivos, en pocos minutos los niños se encontrarían fuera de peligro.

Abernaci había visto a Lymond revisar el barco que iba en cabeza de los cuatro. El joven había lanzado algo al agua desde el segundo: pólvora, sin duda. Ahora se encontraba sobre la galera incendiada. Abernaci pudo verle bajo el velamen en llamas, cuchillo en mano, sorteando el fuego que el aire aumentaba a cada segundo. El mahout se dio cuenta de que las naves estaban cobrando velocidad y comenzaban a navegar libremente, impulsadas por el viento. La cuerda que las ataba al elefante ya

no tiraba de ellas: en pocos segundos, las cuatro embarcaciones habrían sobrepasado al animal.

O'LiamRoe también se dio cuenta. Dos paquetes salieron volando de la galera en llamas seguidos por Lymond que, gritando algo inaudible, saltó de barco en barco con el puñal en alto, el sol reflejándose en el filo del arma. Con un movimiento certero, Francis Crawford lanzó el cuchillo a Abernaci, que lo recibió con practicada habilidad sobre su mano extendida. Acto seguido, el mahout cortó la cuerda que unía a Hughie con las cuatro naves.

—¡Sujetaos con fuerza! —La orden en gaélico de Abernaci fue seguida de unas palabras ininteligibles en urdu.

El elefante, obediente, empezó a nadar.

El agua verdosa inundó la boca de O'LiamRoe. Con los dedos agarrotados, el Príncipe, cegado y aturdido, se aferró al arnés del animal, sintiendo que se ahogaba. Cuando consiguió erguirse y coger aire, pudo ver a Lymond, que había llegado hasta el barco en cabeza de la peligrosa flotilla. El joven se zambulló en el agua de un salto. También distinguió a Abernaci, que se alejaba nadando con el cabo cortado apretado en el puño para separar a las cuatro naves de su animal. El mahout siguió alejándose hasta sobrepasar a los barcos y hacerlos virar, a buena distancia de O'LiamRoe, de Hughie y del propio Lymond, que en aquel momento asomaba la cabeza. Entonces Abernaci dio un grito y se sumergió.

O'LiamRoe oyó el grito, pero fue Hughie quien lo entendió. Reconociendo un juego divertido y a menudo practicado, el elefante, siguiendo la orden en urdu, imitó a su cuidador y se sumergió también en las turbias aguas hundiendo con él al Príncipe. Justo en aquel momento, los cuatro barcos con sus cohetes, tracas, buscapies y cargamento de pólvora, saltaron por los aires.

—Recibid y poneos este collar con la imagen del glorioso martirio de San Jorge, patrón de nuestra Orden, que os acompañará en la bonanza y en la adversidad...

El collar relucía alrededor del cuello de Enrique de Francia: veintiséis jarreteras con sus rosas blancas y rojas rematadas con la imagen del gran Jorge. Northampton, impecable hasta el último momento, había felicitado al soberano francés en nombre del rey Eduardo y de todos sus caballeros, y le había hecho entrega del lujoso bonete de terciopelo negro engarzado con brillantes y tocado con una pluma de avestruz, y del libro forrado de rojo terciopelo de los estatutos...

—... *non temporariae modo militae gloriam, sed et perennis victoriae palmamdenique recipere valeas.* Amén.

Amén. Las trompetas tronaron, todo el mundo hizo una reverencia y los presentes, sedientos, acalorados y entumecidos, se dispusieron a asistir a la solemne Misa que tendrían que soportar antes de poder ir a cenar.

Un silencio prudente se instaló en la estancia. Enrique, sonriendo, llamó a su lado a Northampton y al gran Maestre y les dirigió corteses palabras. Mason y Pickering se reunieron con ellos. Alguien había abierto las puertas al fondo de la sala. Hubo algunos susurros y crujidos provenientes de la zona donde se hallaban los arqueros, los sirvientes y los caballeros que cargaban con sus hachas ceremoniales. El condestable, tras dirigir un rápido vistazo al exterior, calculó por la posición del sol que estaban en hora. Su mirada se cruzó por un instante con la de Stewart d'Aubigny y fue acometido por una sensación de malestar mezclada con una desafiante despreocupación. Que los dioses, papistas, clásicos o reformados, se hicieran cargo de él. Warwick, que no tenía un pelo de tonto, había incluido en su embajada a Lennox y a su real esposa para cubrirse las espaldas, dispuesto si la situación lo demandaba a repudiarlos como la Regente lo había hecho con su heraldo.

Francia, según su opinión, tendría que hacer lo mismo. Irlanda carecía de valor real para el país galo. Que Inglaterra se ocupara, si quería, de poner su dinero en ese pozo sin fondo. Que Inglaterra creyera a Francia su aliada... ¿Qué podría hacer el Emperador contra los dos países juntos?

El Rey se lo estaba tomando con demasiada calma. Por Dios, mira que tenía mala cara d'Aubigny. Algo estaba a punto de ocurrir, estaba claro. Con los ojos entrecerrados, Montmorency observó con cautela al duque de Guisa y le sostuvo la mirada durante un largo instante.

Una detonación proveniente del exterior abrió de golpe las ventanas de la sala y fue seguida por una cadena de estallidos atronadores. Una ráfaga de aire se coló por las abiertas ventanas inundando la atestada estancia.

Como si de un conjunto de marionetas se tratara, todas las cabezas tocadas con sus emplumados bonetes se volvieron al unísono en dirección al estruendo. De entre los desconcertados y alarmados semblantes de la concurrida sala, tan sólo uno permaneció impassible: el del apuesto John Stewart d'Aubigny.

El condestable Montmorency, evaluando el significado de la expresión de Su Excelencia, tomó buena nota y soltó un resignado suspiro. Estalló un clamor entre los asistentes, semejante a una bandada de gansos. En el centro de aquel sonoro tumulto se oyó la voz del Monarca.

Anne de Montmorency, no sin cierto placer, exhaló otro suspiro.

La agonía había terminado. La reina María de Escocia había muerto, probablemente. La esposa de Montmorency le había cosido vestiditos a sus muñecas. Una niña preciosa, la última de su estirpe, nacida en los últimos días de la vida de su regio padre. Al condestable le encantaban los niños. Tenía siete hijas aunque, claro, todas ya crecidas.

Concentrado en sus pensamientos, se acercó al Rey y le tomó del brazo.

—Debe tratarse de algún accidente, Majestad. Pero no deberíamos permitir que

afectara a nuestros invitados. Con vuestra venia, mandaré a alguien para que se entere de lo ocurrido mientras proseguimos con la misa, como está previsto.

—Que vaya John Stewart —dijo el Rey.

El condestable dudó un instante. El duque de Guisa le miró con expresión intensa. —Como desee Vuestra Majestad —dijo, por fin.

La onda expansiva de la explosión salvó la vida a O'LiamRoe. Cuando el enorme elefante macho se sumergió en el lago, el agua arremolinada levantó al Príncipe haciéndole saltar por los aires como si fuera un delfín. Fuera del acuático elemento, el panorama no era precisamente menos peligroso: el aire estaba plagado de ascuas, maderas y pedazos de vela ardiendo, mezcladas con toda la batería pirotécnica de alegres colores y los destrozados restos de lo que pocos momentos antes habían sido cuatro hermosos barcos, que ahora caían sobre las negras y encrespadas aguas del otrora plácido lago.

En lontananza, una nave alcanzaba la orilla, intacta, con una regia cabecita, también intacta, en la proa. Algo más cerca, un escenario flotante cabeceaba agitado por las turbulentas aguas sembrado de músicos yacentes con los ojos fuertemente cerrados y las cabezas cubiertas con laúdes y violas a modo de cascos.

Más cerca todavía, apenas visibles entre las olas, Lymond y Archie Abernethy nadaban a toda velocidad hacia él, uno junto al otro. Dos manos le agarraron de los brazos y un hombro desnudo le empujó a la superficie. Al tiempo que vomitaba litros de agua, O'LiamRoe pudo distinguir a Abernaci, que acudía presto y sonriente a la rabiosa llamada de Hughie, mientras Francis Crawford sujetándole con firmeza bajo las axilas nadaba con él hacia la orilla. Tuvieron que esquivar innumerables cascotes que atestaban las bullentes aguas en medio de la nube de humo negro que mezclada con los fuegos de artificio rojos, azules y dorados, ocultaban el sol.

Por suerte, el Príncipe no tuvo necesidad de ser transportado hasta la orilla pues, saliendo de su estupor, se encontró siendo alzado a una pequeña galera que Lymond había liberado, y que aguardaba su carga meciéndose en el lago con dos pares de largos remos dispuestos en su interior. En pocos segundos se encontró aferrando en sus suaves palmas un par de remos e intentando seguir el ritmo que de manera automática y profesional imprimía a la nave Francis Crawford. La galera progresó sobre las decrecientes olas en dirección a la zona donde estaban desplegadas las carpas y jaulas de los animales. Abernaci y el elefante ya se hallaban a medio camino. Lymond iba cantando:

*En un mirto a orillas del Loira  
Haré una dedicatoria*

*Y en su corteza escribiré*

*Estos cuatro versos en tu gloria* <sup>[41]</sup> ...

Por primera vez en lo que le parecían horas, O'LiamRoe intentó articular un sonido humano. Emitió un graznido y a continuación escupió, le dio un ataque de hipo y su tez verdosa comenzó a recuperar un tono rosáceo más saludable y acorde con su aspecto habitual.

—Esta C entrometida <sup>[42]</sup> ... —dijo Lymond en tono cantarín tras él—. ¿Verdad que añoráis los mullidos cojines de piel de vuestro Slieve Bloom en momentos como este?

—Anoche sí que los echaba de menos —repuso el Príncipe en tono ahogado.

—He tenido un sueño —dijo Lymond cambiando de tono mientras bogaba con denuedo—. Soñé que Cormac O'Connor se había quedado solo.

—Y así es —dijo O'LiamRoe, la vista perdida en el festival luminoso que los rodeaba—. Y ella también. Oonagh O'Dwyer también se ha quedado sola.

La galera se sumió en un silencio momentáneo.

—Somos unos soberbios, Phelim, por intentar poner la luna a salvo de los lobos. Aunque supongo que es mejor elección que tomar partido por la luna, o por los propios lobos.

Por fin salieron de la humareda. Sintieron la dulce caricia del sol y se dejaron acunar por el calor y el silencio, que obraron como un bálsamo para sus sentidos. Sobre ellos, azul sobre azul, se extendía el cielo inconmensurable.

—¿Y ahora, qué? —dijo repentinamente O'LiamRoe, contagiándose del luminoso ambiente y del buen humor del joven que bogaba tras él—. ¿Vamos a dónde las fieras?

—Ciertamente —corroboró Lymond—. ¿A dónde sino? Nos dirigimos hacia las carpas de los animales, que es donde Artus Cholet lleva intentando escapar de las garras de cierto escultor corpulento de Ruán desde que vos empezasteis a tragaros el agua del nuevo lago del rey de Francia.

## VI

### Châteaubriant: Satén y escarlata

Al perro encadenado sobre quien pesa un embargo, póngasele un palo en su perrera y no désele comida. El que le dé de comer habrá quebrantado el embargo.

Si el embargo pesa sobre un poeta, quítese el látigo de azucar caballos y dígasele que sólo podrá volver a utilizarlo cuando haya cumplido con sus obligaciones.

El satén y la escarlata están reservados para el hijo del Rey de Irlanda. De plata será la funda de su espada y en sus palos de hurling llevará anillos de latón. El hijo del jefe llevará siempre ropa de colores y de dos colores cada día, cada color más fino que el otro.

Escándalo, ultraje y alboroto sedicioso eran situaciones en las que Michel Hérisson se sentía a sus anchas por muy aquejado de gota que estuviera.

Cuando las tres flechas cayeron, después de describir una centellante parábola, en el centro del estanque, las tranquilas aguas comenzaron a agitarse por la presencia de un sinnúmero de elementos nadadores que semejaban cangrejos de río. Los soldados, los operarios y demás espectadores boquiabiertos, se quedaron de brazos caídos mirando la gallarda cabeza de Lymond mientras otros se afanaban en intentar apagar con la poca agua que cabía en sus cascos el pabellón en llamas. Por su parte, Michel Hérisson se incorporó de un salto y salió, renqueante pero al fin y al cabo corriendo, en pos de la huidiza silueta de Artus Cholet.

En un primer momento Cholet no reparó en él. Saltó cual lagartija de un extremo del escenario y se escabulló, sorteando diversos obstáculos en su carrera, en dirección a la zona de la orilla del lago donde se amontonaban, dispuestos para la función prevista, disfraces y demás artilugios que ofrecían un inesperado refugio. Detrás de las carrozas y los dioses de yeso, se abría un camino que llevaba a la zona de las fieras. Detrás de las fieras, se encontraba el lindero del bosque y por ende la libertad.

Artus Cholet corrió, agachándose, por entre las ruedas engalanadas, las lámparas doradas de los sátiros y la selva de torsos, brazos y piernas de las deidades de escayola. Un Júpiter se balanceó y Hérisson, izando su corpachón con gran esfuerzo sobre la carroza donde había detectado el movimiento, gritó:

—¡Ah, sí! ¡Temblad, pedazo de yeso amorfo, que vuestro Hacedor os ha puesto unas tibias que parecen alambres! —Y como el Soberano de los Cielos cayera con gran estruendo, revelando en su desplome una negra cabeza y un rostro de ojos

saltones enmarcado en una barba color jengibre, Hérisson, al tiempo que saltaba de la carroza, lanzó un bramido que puso en alerta a todos los cuidadores—: ¡A mí, a mí! —exclamó.

Una jaula en la que estaban encerradas varias palomas se estampó contra el suelo y uno de los volátiles, aterrorizado, se enganchó a su pecho con un aleteo. El escultor agarró al pichón y empezó a gritar:

—¡Es una señal! ¡Noé, estamos salvados! ¡A mí, a mí!

Un león le contestó a lo lejos.

—¡Dioses! —exclamó Michel Hérisson corriendo como una liebre guiado por el tremendo ruido que provocaba Cholet en su desbocada carrera. Oyó las llamadas que le dirigían Tosh, Pellaquin y los mozos de Abernaci para localizarlo.

—¡Vamos, cantad pajarito! ¡Cantad como esas aves que elevaban sus loas al Héroe! Tengo aquí a un hombre malvado, listo para que lo ensarten. —Hérisson soltó una carcajada, como si se mofara de sus propias ocurrencias, antes de lanzarse otra vez en pos de Artus Cholet.

La ancha espalda de Hérisson fue lo primero que vio O'LiamRoe cuando, junto con Francis Crawford, alcanzó la orilla, medio secos ya por el sol y el esfuerzo de remar. También fue lo primero en lo que reparó Abernaci, quien instalado cómodamente a lomos de Hughie, intentaba que el elefante saciara su sed y bendecía la oportuna intervención de Michel.

El fragor había ido en aumento. La explosión y la huida despavorida de una parte del público habían sembrado el desconcierto y el alboroto entre los animales. La camella de Abernaci, de salud delicada y humor irritable, había salido de su cerca y ya había pegado un buen bocado, con sus grandes dientes amarillentos, a unos incautos que no habían reparado a tiempo en su gibosa presencia. El burrito se había quedado ronco a fuerza de rebuznar y los cachorros de león, tan mimados por Abernaci, habían conseguido entrar en las cocinas, correteando torpemente entre los cacharros destrozados, y se estaban dando un festín, lamiendo la leche que manaba de los jarrones quebrados.

Cholet intentaba encontrar una salida en medio de aquel desastre. Ya no parecía el maestro de armas corpulento, el hombre que había pasado la noche roncando plácidamente en la cálida cama de Berthe. Corría, desorientado, por aquel laberinto de tiendas, jaulas y pabellones, intentando sortear las viandas y cachivaches que obstaculizaban el paso, el trasiego de cuidadores con librea armados con bielgos y trallas. Cholet intentaba evitar los zarpazos que, desde sus jaulas, daban los osos que los cuidadores habían emborrachado para que se lucieran en la palestra, los leopardos que brincaban furiosos, trabados por la cadena, y cuyas fauces chasqueaban peligrosamente cerca de su rostro, mientras se cuidaba de esquivar las piedras que los monos enjaulados lanzaban con peligrosa puntería. Mugían con furia los toros,

piafaban y bramaban los elefantes, exasperados por el sonido de las tracas, cohetes y petardos que estallaban en un rosario de fuego y humo sobre el lago.

Aturdido por tantos imprevistos, Artus Cholet casi se dio de bruces con otro imprevisto bastante más enojoso si cabe: le cerraba el paso una leona.

Era un animal enorme, de color pardo claro, con una hermosa cabeza y una larga cola. De hecho, sacudía con fiereza la noble testa, recortada al estilo cortesano como la de un cardenal o la de un canciller, frunciendo el hocico y mirándole con dos ojos áureos. La fiera abrió las fauces y Cholet pudo detallar con nitidez los afilados dientes amarillentos y el delicado color rosa de su paladar. El rugido de la bestia le hizo salir por fin de su estupor.

Cholet consideró las pocas posibilidades que se le ofrecían de librarse de los colmillos del animal. Asíó los barrotes de la jaula más cercana e inició una ascensión sudorosa y poco elegante, con la esperanza de encaramarse en lo alto. Mientras bregaba por subir, vio que los pasillos que separaban las hediondas jaulas más cercanas habían quedado desiertos. A medida que iba trepando, descubrió el motivo de aquello: la zona de las fieras estaba rodeada. Alguien había puesto orden en aquel lío de voluntades y colocado a los allí presentes, cuidadores, domadores y mozos, todos armados, para que formaran un círculo alrededor de la maraña de jaulas y animales, un círculo que se iba estrechando. En avanzadilla divisó al hombre corpulento y canoso que le había estado persiguiendo y, no muy lejos, distinguió también el turbante de Abernaci, que llegaba acompañado de dos hombres rubios.

Michel Hérisson, excitado por la caza al hombre que había protagonizado e intentando recuperar el resuello, se giró hacia Lymond.

—¡Vaya! Ya veo que nadáis como una culebra de agua. ¿Dónde habéis dejado a Robin Stewart?

Lymond, con el pelo aún húmedo y asiendo firmemente una espada corta que le había dejado uno de los cuidadores, apenas prestó atención a la pulla lanzada por Hérisson.

—¡Por Dios, Michel! Olvidaos de ese hombre por un momento... No puede decirse que me haya sobrado mucho tiempo precisamente en esta última media hora. ¡Qué más da dónde esté Stewart! Cholet ha sido sorprendido prácticamente con las manos en la masa. D'Aubigny ya no podrá endilgarle la culpa al arquero, ni tampoco podrá refutar el testimonio de Beck ni del propio Cholet. Tampoco le servirá de nada negar la confesión de Piedad Dooly en la que se recoge lo que Stewart dijo sobre él. La culpa de Lord d'Aubigny quedará probada, sin lugar a dudas.

Michel Hérisson, que sostenía una lanza en su callosa mano, se paró en seco.

—Sin embargo Stewart no sabe todo lo que me estáis diciendo. Os emplazó para que fuerais a verlo y no aparecisteis. Según su lógica, es como si le hubierais clavado un puñal por la espalda. Si os desagrada la idea de reproducir el drama de las Tres

Reinas condoliéndose por la muerte de su querido muchacho, seguid mi consejo: id y encontradlo, y cuanto antes mejor.

O'LiamRoe consideró brevemente lo que acababa de decir Hérison.

—No anda del todo equivocado nuestro amigo, Francis. Stewart es un hombre imprevisible y violento, y además agraviado. Sería una pena que la pequeña Reina o vos mismo sufrierais un serio percance en este momento.

—Está bien —repuso Lymond—. Dadme una camisa. Iré, ya que os ponéis así... Lo haré en cuanto hayamos apresado a Cholet, pero preferiría no hacerlo desnudo, a ser posible.

Hérison le pasó su enorme y sudorosa casaca de tafetán y Lymond se envolvió en ella. De repente retumbó el rugido de la leona. Abernaci abrió una boca en la que quedaban pocos dientes, y esgrimió una sonrisa de puro placer.

—¡Por Dinci! Es Betsy. ¡Betsy! ¡Mi dulce florecilla! ¿Lo has apresado ya, amor?

Artus Cholet había conseguido ascender tres cuartas partes de la jaula de los chimpancés. Sin embargo, no podía proseguir pues dos manos negras y peludas le asían firmemente por el jubón. Cholet miró con pavor hacia abajo: la fiera seguía tranquilamente instalada, como esperándole. De repente, la leona se desinteresó de aquel excéntrico ser que se empeñaba en escalar jaulas y recibió a Abernaci con un cariñoso gruñido mientras este le devolvía el saludo con una carantoña debajo de la oreja. Cholet oyó que la leona empezaba a ronronear.

—Ay girasol mío, mi palomilla, ¿le das un beso a tu ama querida? —Acto seguido, el cuidador y la fiera se fundieron en un emotivo abrazo.

—¡Dios santo! —exclamó Lymond, pasmado ante lo que veía, junto con Hérison y O'LiamRoe—. Mamá y su hijita.

—¡Y mirad a quien tenemos allí arriba! —dijo el escultor—. ¡A un Cholet que más parece un filete de carne pegado a una parrilla que otra cosa! ¡Eh!

Hérison, exultante, agitó los brazos para atraer la atención de su víctima mientras Abernaci, intercambiando una rápida mirada con Lymond, sacaba un silbato y soplaba con fuerza para llamar a rebato a sus hombres, que acudieron hacia la jaula. El chimpancé, asustado por el pitido, soltó el jubón y Cholet, mortificado y agotado, consiguió sin embargo no caerse y encaramarse con esfuerzo al techo de la jaula.

Abajo, Michel Hérison empezó a pavonearse, yendo de un lado para otro, levantando los brazos, mirando al cielo, deleitándose con la presencia de tanto público. Por fin se detuvo ante un Lymond impertérrito. El hombretón arrugó la frente.

—Todo vuestro... gentileza de la familia Hérison.

El silencio se instaló entre los presentes. Artus Cholet, refugiado en lo alto de la jaula, contemplaba abatido la triste suerte que le había deparado el Destino. No tenía escapatoria. Nada podía hacer. Sin embargo, súbitamente y sin que nadie se lo

esperara, decidió que tenía que porfiar: se puso en pie y se dispuso a saltar para emprender de nuevo la huida. Más allí quedó la cosa: una flecha de grises plumas surcó el aire y se encargó de frustrar para siempre las vanas esperanzas de Cholet.

La saeta, disparada desde un punto situado detrás de la muchedumbre de cuidadores y amigos, atravesó la garganta de Cholet. Este se tambaleó, cimbreado la espalda, boquiabierto, con la cabeza echada para atrás, mirando fijamente al cielo, y se cayó resbalando por los barrotes de la jaula. Los monos consiguieron arrancarle un par de botones en su caída. Acto seguido, los arqueros de la Guardia Real se abrieron paso sin miramientos entre los cuidadores hasta rodear al pequeño grupo que se había congregado en torno al cuerpo sin vida de Cholet. Unas manos aguerridas se cerraron como tenazas sobre los brazos de Lymond, obligándole a soltar la espada, otras le agarraron por el cuello y le arrinconaron contra la jaula. Las cimeras blancas y el acero bruñido de los cascos brillaban bajo el sol, así como las medialunas plateadas que eran la insignia de los arqueros reales y que ahora ocupaban todo el espacio colindante, dejando un pasillo por el que pudiera pasar su capitán, que venía acompañado de un noble de la Casa del Rey. Ese personaje, principal y apuesto, vestido pulcramente y de rostro amantecado, no era otro que sir John Stewart d'Aubigny.

—En el nombre de Su Majestad el Rey —tronó con solemnidad d'Aubigny, con la condescendencia de una deidad dirigiéndose a un rebelde andrajoso—, ese Rey nuestro del que sois infecto reo... Os manda volver a vuestra celda y aguardar allí su justicia.

Con la mirada centellante de ira, Lymond lanzó en voz alta y firme un mensaje a Abernaci:

—Querido amigo, creo que tenéis un candidato para vuestra leona.

Empero, el que perdió la cabeza fue Michel Hérison, alterado como estaba ante el imprevisto desenlace de su persecución. Abernaci reaccionó rápidamente a lo que le acababa de decir Lymond. Echó mano de la leona y esta rugió con fuerza. Los soldados que sujetaban a Lymond aflojaron la presión y este, de no haber sido por Hérison, podría haber probado suerte y zafarse de sus guardias. Pero el indignado escultor desenvainó la espada del talabarte de su vecino y blandiéndola en las narices de lord d'Aubigny se puso a increparle:

—¡Pedazo de grasa mal cortada! ¡Consigo desenmascarar a Cholet y arrinconarle aquí, después de correr como una liebre a pesar de la gota que me aqueja y vais vos y lo matáis como a un cerdo! ¡Voy a rajaros! ¡Voy a cortaros esa orgullosa nariz vuestra aunque después me despellejen vivo por ello! —exclamó enarbolando la espada y abalanzándose con furia hacia Su Excelencia.

Los guardias se desinteresaron de Lymond para interponerse entre Hérison y d'Aubigny. Sin embargo, Lymond consiguió adelantarse a ellos y, colocándose detrás

de Hérisson, sujetarle el brazo y arrebatarle la espada con la que el escultor quería consumir su furia.

—Por el amor de Dios, Michel. Fin puridad, a este hombre le asiste la ley y el derecho de mataros.

Ya era demasiado tarde para explicaciones. Hérisson retrocedió, echando pestes y sin haber vertido la tan prometida sangre. Pero aquello no era suficiente para d'Aubigny. El hombre que le había amenazado de muerte no podía irse de rositas tan fácilmente. Al tiempo que Lymond apartaba el acero, John Stewart dio un paso adelante y armó rápidamente su brazo para lanzar un mandoble certero y alevoso hacia las piernas de Hérisson.

Lymond adivinó su intención. Describió un semicírculo con la muñeca de tal suerte que el hierro de la espada que acababa de arrebatarse a Hérisson chocó con la de Su Excelencia. Lymond libró el hierro y dio un salto atrás, apuntando con la espada a su contrario, dando a entender, con la mirada y la posición ofensiva del arma, que no tendría reparo alguno en matar a d'Aubigny. Este empezó a dudar de su gloria vengativa y decidió detenerse. Lymond, viendo esto y que los arqueros se disponían a acometerle, levantó la espada y la tiró al suelo. Hérisson se había hecho a un lado respirando ruidosamente y O'LiamRoe tenía la mano puesta en la empuñadura de su espada.

Los arqueros dudaron un instante antes de volver a sujetar a Lymond por los brazos ante la atenta mirada de d'Aubigny. Este veía que se congregaba cada vez más gente a su alrededor. En todo caso, pensó, el gentío no había sido testigo de lo que acababa de ocurrir entre el reducido círculo de los arqueros. Lo único que todos habían visto era la flecha atravesándole la garganta a Cholet, un hecho que tendría su justificación para cualquiera que, a diferencia de d'Aubigny, no supiera que Artus Cholet no tenía escapatoria alguna.

Entretanto, y como prueba de su lealtad, d'Aubigny habría de devolver al fugitivo a su celda, donde debería aguardar, a pesar de sus últimas hazañas, la sentencia que el Rey habría de dictar.

Con todo, Lymond había culminado una proeza que había impresionado a todos. D'Aubigny se giró hacia Abernaci.

—¡Vos! —le increpó—. ¿Sabéis si hay por aquí alguna tienda en la que guarecernos de toda esta gente?

El rostro moreno y en forma de nuez de Abernaci dibujó una mueca imposible. Por fin eructó una respuesta absolutamente ininteligible en urdu. Ante el manifiesto desconcierto de Su Excelencia, Abernaci se dignó a guiarlo, junto con sus arqueros y Lymond, hasta la tienda de los elefantes. Lord d'Aubigny admiró los enormes traseros que se alineaban ordenadamente bajo la gran tienda.

—Bien —dijo dirigiéndose a Lymond—. Aquí nos quedaremos hasta que la zona

de las fieras y las orillas del lago hayan recuperado la normalidad. Después mandaré que os devuelvan a vuestra celda.

Lymond le lanzó una mirada irónica.

—Hacedlo —dijo—. No me importa. Sé lo que ha declarado Beck.

Hérisson ya no estaba. Los guardas se lo habían llevado. En cuanto a O'LiamRoe, también había sido expulsado del campamento.

—*Leig leis* —había dicho el irlandés antes de separarse de Lymond, aconsejándole en gaélico—: Si os provoca, no respondáis, estará buscando un mero pretexto para mataros. Yo me encargo de dar con Stewart.

Allí estaba, pues, Lymond, solo con sus captores, a excepción de Abernaci, a quien habían ordenado retirarse a un rincón de la tienda. Lymond se hallaba de pie ante d'Aubigny, que sentado en una silla cruzaba los dedos una y otra vez mientras sus guardas más allegados los observaban, cómodamente instalados en la cálida atmósfera de la lona recalentada por el sol.

Entonces, de manera incansable y repetitiva, d'Aubigny se dedicó a humillar a su cautivo, tachándolo de falso y de traidor, de poco hombre y de cobarde, con el evidente propósito, tal como había vaticinado O'LiamRoe, de sacar de sus casillas a Lymond y tener así una excusa para matarlo. La situación parecía evocar ese juego de muñecas rusas en el que, después de abrir una tras otra, se acaba topando invariablemente con la más pequeña, que no se puede abrir, y sólo queda entonces volver a encajarlas todas para empezar de nuevo, sabiendo que el resultado siempre será el mismo.

De Lymond dependía resistir o no a las provocaciones de d'Aubigny. Del asunto Robin Stewart se hacía cargo Phelim O'LiamRoe.

Ante la tesitura de una ciudad presa del caos absoluto en el que resultaba imposible seguirle la huella a un hombre enojado y dispuesto a causar el mayor daño posible, se le antojó a O'LiamRoe que la única manera de dar con su paradero era volver a la cabaña del bosque y buscar allí alguna pista que le llevara hasta el arquero.

Las indicaciones dadas por Dooly eran suficientemente explícitas. Estaban recopiladas en el legajo de papel medio roto que tenía en su poder y que O'LiamRoe había recuperado de su semiinconsciente paje. En verdad, Abernaci y Tosh se habían mostrado poco compasivos para con Dooly. El propio O'LiamRoe se había empleado a fondo y a palo limpio con su sirviente, incluso después de que el interrogado les dijera todo lo que sabía. La visión del cuerpo golpeado le revolvió el estómago.

O'LiamRoe se sentía más agotado de lo que nunca había estado en su vida. Pensó que el propio Lymond, a pesar de lo duro que era, debía de estar igual de rendido que él después de dos travesías a nado, de la operación de salvamento en los barcos y de

la vuelta a remo hasta la orilla.

O'LiamRoe consiguió recuperar su caballo, montarse en él, declinar el ofrecimiento bienintencionado de Hérisson y Tosh, salir trotando del parque, cruzar el pueblo y coger el camino que salía hacia el bosque en un alarde de valor y resistencia al cansancio. Imperaba en él un instinto que no atendía a razones, que superaba incluso esa ironía tan arraigada en el alma del príncipe de Slieve Bloom a la que solía recurrir, escudándose en su agudo y bizarro ingenio. La situación había tomado un cariz decididamente dramático.

A la una de la tarde la corte francesa almorzaba con la embajada inglesa en Châteaubriant. Los dignatarios de uno y otro bando, vestidos con gruesos ropajes, se dedicaron diplomáticas sonrisas e intercambiaron en tono confidencial las últimas noticias sobre los recientes acontecimientos, al tiempo que oficialmente aparentaban no saber nada. La comedia seguía representándose. En ese mismo momento O'LiamRoe divisaba por fin la cabaña de Stewart entre la floresta.

El Príncipe bajó del caballo, lo ató a un árbol y se detuvo a pensar. No iba armado y Stewart no era precisamente un amigo. El arquero podía estar ya en Châteaubriant, dedicado a afilar el cuchillo para cortarle a Lymond la garganta. O podía estar en aquella cabaña mascando su ira y pensando en cómo desahogarla.

O'LiamRoe avanzó prudentemente por el césped que rodeaba el tosco chamizo. Las hojas y ramillas desprendidas de los robles circundantes por el rigor del último invierno crujían bajo sus pisadas. Los ventanucos relucían como negro azabache. De la chimenea salía un hilillo de humo con virutas de ceniza. O'LiamRoe se colocó junto a uno de los ventanucos y apartó la tela de lino encerada que ocultaba el interior de la estancia. Se lo pensó mejor. Antes que fisgonear como un niño prefería entrar por la puerta.

La halló entornada.

—¿Stewart? —llamó.

No recibió respuesta. Tal vez estaría fuera. O dormido. O acechándole detrás de la puerta, la espada en ristre.

—Bien está —dijo O'LiamRoe, encomendándose al Gran Hacedor e incluyendo de paso en su plegaria al arquero y a toda aquella embrollada situación— ¡Dios nos salve a todos!

Empujó la puerta y se adentró en la cabaña.

Stewart había estado largo tiempo aguardando en aquella cabaña barrida y fregada a conciencia, con la comida cuidadosamente dispuesta en la mesa. Había estado cavilando sobre las nuevas perspectivas que le deparaba el destino, sobre los firmes propósitos que se avecinaban, dolorosamente paridos y dolorosamente ofrecidos, con los que pretendía afianzar su última y celosa voluntad, su último amigo.

Stewart había estado largo tiempo aguardando. Transcurrieron las horas y no oyó el canto de los pájaros avisándolo de la ansiada visita. Atizó una y otra vez el fuego hasta que sólo quedaron rescoldos. El pan se fue endureciendo y el vino consumiéndose.

Cuando el sonido de la explosión retumbó por el bosque acallando el canto de los pájaros, cuando pasados unos instantes las aves se elevaron en el cielo en un zafarrancho de alarma, Robin Stewart supo que había fracasado de nuevo. Entonces agarró el cuchillo por el mango, no con la intención de asestarle una puñalada a Lymond sino con la decisión, definitiva y amarga, de usar el hierro contra aquel del que ni siquiera Lymond podría hacerse amigo. Y lo hundió en su propio pecho.

—Hija mía... —musitó la Reina madre. No se precipitó, aun sabiendo que la vida de su hija corría peligro. Se había desplazado hasta el lago discretamente, acompañada de las damas de su séquito, y estaba llegando a la orilla justo cuando los primeros artefactos de pirotecnia empezaron a estallar. Fue más tarde, después del estruendo provocado por la explosión de la gabarra llena de pólvora, cuando la gente que no estaba de servicio en el castillo y no pocos habitantes del pueblo se congregaron en las orillas del lago. Entre ellos estaba la nobleza escocesa.

A su lado, mientras la barca en la que se hallaba su hija encallaba en la orilla, estaban lady Lennox y su tío, sir George Douglas. La Regente conocía bien a lady Lennox: medio Tudor y medio hermana de su último marido, el difunto rey de Escocia. Católica y peligrosa. La Reina madre la miró de reojo.

Vio que Margaret Lennox no reparaba en la princesita pelirroja que acababa de librarse de la muerte sino en los barcos que se consumían en llamas en mitad del lago, así como en el hombre que se había zambullido cual cormorán segundos antes de que se produjera el gran estallido.

—Hija mía... —La Reina Madre acompañó con un beso cariñoso en la mejilla pecosa de la pequeña heredera del trono de Escocia sus escuetas palabras de alivio. La pequeña María contestó a su madre con una reverencia y salió corriendo hacia Janet Sinclair, la niñera que había sustituido a lady Fleming, que esperaba nerviosa y cariacontecida detrás de la Reina madre.

—¿Habéis visto? ¿Habéis visto? ¡Los barcos han hecho bum y todos los cohetes han salido volando! —La tensión acumulada, la excitación, el arrebató y el miedo salieron a flote de repente y la pequeña Reina rompió a llorar en el generoso regazo de Janet Sinclair.

—Majestad... —No había nada que decir. Margaret Erskine, recién salida de la gabarra, se colocó ante la Reina madre e hizo una reverencia. Comprobó que aquel rostro huesudo estaba tan tenso como el suyo. Sin embargo, esa tensión obedecía a motivos bien diferentes.

La niña seguía en brazos de Janet, que comenzaba a retirarse, llevándosela. Margaret cogió de la mano a sus hermanitas para hacer lo propio.

—Habéis obrado bien. Parece que han apresado al asesino —dijo la Reina.

—Y si no es así, debe de faltar poco —les interrumpió en tono cortés sir George—. Lord d'Aubigny, al mando de una compañía de arqueros, acaba de salir tras ese miserable.

Se hizo un breve silencio.

—En ese caso, lo mejor que podemos hacer es esperar a que la situación se clarifique. ¡Margaret, llevaos a los niños! —dijo la Regente.

¿Qué asunto tendría tan preocupada a la Reina madre?, se preguntó Margaret Erskine mientras se inclinaba ante ella. Mientras emprendía la retirada llevando de la mano a María y a Agnes, oyó una voz que la interpelaba:

—¿No sois acaso Margaret, de soltera Fleming, viuda de Graham y ahora esposa de Erskine?

Margaret se encontró con la mujer que más odiaba en este mundo cerrándole el paso y esgrimiendo una deslumbrante sonrisa.

—Sí, soy Margaret Fleming.

Aquella mujer de ojos pardos la miraba con la misma impertinencia que la noche anterior.

—La hija de Jenny... quién lo iba a creer... Se me ocurría que... Mas sois, por lo que veo, una mujer sensata...

Margaret Fleming la miró con expresión ingenua.

—No todas podemos dedicarnos a pensar sólo en nosotras mismas. —Margaret hizo una breve reverencia a la Lennox y se apartó.

Una mujer sensata, dice. Y tanto... y por suerte para aquel hombre a quien mirabais, se dijo Margaret Erskine llorando de rabia, mientras se dirigía hacia el Château Neuf acompañada de sus hermanos y hermanas. De no ser por esta mujer sensata, ni la pequeña Reina ni ese apuesto joven estarían con vida a estas alturas.

El gentío agolpado a la orilla del lago ya no tenía motivos para seguir allí. La noticia había corrido como la pólvora, más rauda que lo que hubiera deseado lord d'Aubigny.

—El asesino... —comentaban.

—¿Lo han cogido?

—Le han dado muerte...

Los músicos habían desembarcado. Los operarios se habían lanzado al rescate de los barcos una vez estos habían acabado de vomitar todo el fuego pirotécnico que almacenaban, y se afanaban en reunidos y amarrarlos, destrozados y ennegrecidos como estaban. En medio del lago, las galeras incendiadas no terminaban de zozobrar y despedían volutas de humo que se elevaban en el cielo azul. Más allá, en el

campamento donde se hacinaban las fieras, refulgían bajo el sol las picas de los soldados y se oía el griterío de una muchedumbre exaltada, atemperada a ratos por las secas voces de mando que impartían los oficiales. Corrieron más noticias, que sir George se apresuró a recoger y llevar junto con su sobrina a la Reina madre, que se había guarecido junto con las damas de su séquito bajo una carpa de lona dorada. Ya se afanaban los operarios en cortar, levantar, pintar y reparar los ultrajes provocados por el incendio. No les incumbía decidir cuándo el Rey vendría a tomar asiento para contemplar la flotilla de barcos vacíos. La reina Regente, instalada en los mullidos cojines del sitial, observó a sir George Douglas.

—¿Y bien?

—Mi sobrino arrinconó al asesino mas desafortunadamente se vio impelido a darle muerte. —Douglas marcó una breve pausa—. Se vio también obligado a arrestar a Francis Crawford de Lymond, con gran alarma de los amigos de este. Piensan sin razón que su vida corre peligro.

—Quien piense que la vida del señor Crawford corre peligro es un estúpido —intervino lady Lennox.

—También he oído decir —añadió sir George en un tono prudente— que existe un testimonio que podría implicar, dado el caso, a mi sobrino político, d'Aubigny, en estos atentados cometidos contra la hija de Su Majestad. De ser fundadas esas acusaciones, la inocencia del señor Crawford quedaría probada, y obviamente su vida podría en efecto correr peligro. En todo caso, es al Rey a quien incumbe resolver sobre este asunto.

Aquellas palabras constituían una clara indirecta hacia lady Lennox, por lo que fue ella quien respondió, mientras que la Regente, entendiéndolo, esperó su momento.

—El Rey está ocupado en otras cosas. Hemos de intervenir sin más demora —dijo lady Lennox.

—¿Pero quién podrá darle órdenes a Su Excelencia d'Aubigny? —contestó entonces la Reina madre, mirándose las manos—. Yo no tengo autoridad sobre ese hombre.

—Su hermano sí —contestó sir George.

Se hizo un largo silencio. Sir George pellizcó cariñosamente a lady Lennox en el brazo.

—Querida sobrina, sé el tesón que habéis empleado en combatir la certeza que tiene lord Warwick de que el Protector Somerset goza de vuestra entera confianza. Sabe de vuestro afecto por María Tudor y del leal amor que profesáis a vuestra Iglesia. Desde que Robin Stewart empezara a hablar en Londres sobre todo este asunto de la conspiración, Warwick debe de estar preguntándose, de manera infundada ciertamente, pero seguro que ha estado preguntándose si vuestro Matthew

puede haber tenido parte en la conjura... Resultaría de lo más inconveniente que en un momento como este en el que la amistad entre Francia e Inglaterra está a punto de sellarse en el banquete que se avecina, en el mismo día en que la embajada inglesa pretende solicitar la mano de María... ¿o se trata de la mano de Isabelle?, que en ese día precisamente se descubra que d'Aubigny ha intentado perpetrar un asesinato... y que vuestro esposo está implicado.

Se hizo el silencio. La Reina madre no añadió ningún comentario.

—Tenéis que repudiar inmediatamente a d'Aubigny, Margaret —dijo sir George en tono suave, un momento más tarde—, y tenéis que hacerlo públicamente además, de lo contrario todas vuestras esperanzas... vuestras legítimas aspiraciones... se verán reducidas a polvo.

Douglas conocía bien aquella mirada. La había visto con anterioridad en los magníficos, formidables ojos de Enrique de Inglaterra. Ella esperó hasta que él, rindiéndose, bajó la suya, y sólo entonces se dignó a dirigirla hacia la Regente.

—El señor Crawford nos ha servido bien a todos —dijo Margaret en tono resuelto—. Lord Northampton le estará sin duda agradecido. Me ocuparé de que mi esposo denuncie a lord d'Aubigny.

—Qué amable de vuestra parte. —Unos fríos ojos azules midieron de igual a igual a la Douglas—. No tenéis que molestaros en buscar a vuestro esposo. Resulta que yo misma mandé llamar a lord Lennox hace rato... Mirad, aquí le tenéis.

Es cierto que se sentía agotado. Pero si uno sabía cómo, era posible descansar en cierta medida a pesar de estar de pie. Además, era una forma de concentrarse en otra cosa y olvidarse del olor nauseabundo que imperaba en la carpa.

La mente de un individuo almacena información de toda índole y tiene la extraña capacidad de compartimentarla y sacarla a la luz en los momentos más inesperados. La mente recurre a veces a las imágenes agradables y placenteras, o rememora hermosas palabras, sonidos, texturas.

Pero la mente conserva también, en un lugar recóndito, las imágenes negativas y desagradables: los deseos frustrados y las ofensas padecidas, reales o imaginarias, que uno ha relegado a los rincones más profundos.

Algunos individuos consiguen olvidarse para siempre de tan funestos recuerdos, pero otros acuden a ese oscuro lugar de su mente y rebuscan hasta encontrarse de nuevo, cara a cara, con el negro rostro del pasado. D'Aubigny era uno de esos.

Aquella marea de despechadas afrentas inundó a Su Excelencia y fue proyectada sobre Lymond, de pie ante él y rodeado de arqueros, y presenciada por los cuidadores y su jefe, Abernaci, encogido y atento en su rincón. D'Aubigny la escupió sobre Francis Crawford en forma de insultos, de comentarios despreciativos y obscenidades, mezclados con una amarga y despiadada descripción de las pasadas

acciones y de los usos y costumbres del joven, exagerados con los rumores, a cual más grosero y repugnante, que su reputación había suscitado.

Lymond reconocía los hechos, las medias verdades construidas sobre la leyenda que otros habían creado sobre él. Hechos y acciones que nunca se había preocupado en desmentir o aclarar. Actos que se le atribuían, basados en conjeturas, en verdades distorsionadas en las que a duras penas reconocía la realidad que las había originado. Tuvo que escuchar de pie, en silencio y ante los enmudecidos testigos que le rodeaban, una sarta de apelativos y términos atroces referidos a Sybilla, su propia madre; insultos que no había vuelto a escuchar desde su pasada estancia en galeras.

A pesar de todo, consiguió mantener la calma. Sabía que el menor movimiento, el menor amago de respuesta violenta, equivalía a un suicidio. Tan sólo podía hacer uso de las palabras, aliarse con ellas para esquivar la avalancha de porquería con la que el otro intentaba provocarle. Aguardó hasta que d'Aubigny, con la tez amarillenta transformada por el odio y su hermosa boca húmeda de saliva, hizo una pausa para tomar aire.

—No os detengáis —dijo Lymond en tono amable—, os quedan todavía mi padre, mi hermano, mi difunta hermana y un montón de tías chismosas por mencionar. Podéis empezar con mi tía May, que es una buena pieza. Pesa noventa y cinco kilos y cada año, cuando llega la primavera, se pone clueca. Solíamos encontrarla sentada sobre un cesto de huevos recién puestos que evidentemente había roto. Salvo un año en que mi madre consiguió cocerlos primero y llenar la cesta con huevos duros...

Nadie se atrevió a respirar. Un sonido ahogado se escapó del rincón donde Abernaci, con el rostro inclinado para ocultar su expresión, intentaba silenciar la carcajada.

—Así que vuestra Casa es un burdel lleno de locas, ¿cierto? Y vos, ¿cuántos retoños idiotas habéis engendrado? —dijo d'Aubigny.

—Preguntadle a vuestra cuñada —dijo Lymond—. Si alguna vez llegan a reinar en Inglaterra, os sentiréis orgulloso de...

Un extraño silencio se apoderó de la estancia y Lymond, sin acabar la frase, se volvió hacia la puerta. Matthew Stewart, el conde de Lennox, el querido hermano mayor de lord d'Aubigny, le miraba desde el umbral con el rostro transfigurado por el odio. Tras él, a través de la lona de la tienda, se adivinaban las siluetas de sus hombres. D'Aubigny aflojó los puños y se puso en pie lentamente.

Ambos hermanos se habían criado juntos en Francia, compartiendo un largo exilio. Por culpa de Matthew, d'Aubigny había pasado tres años de su vida confinado en La Bastilla. Nueve años antes, John había elegido quedarse en Francia como heredero de su tío abuelo y Matthew había partido. Su hermano mayor había hecho su propia elección, traicionando a Francia, a Escocia, y poniéndose del lado de Inglaterra en una carrera desesperada por hacerse con una Corona que había parecido

al alcance de su mano al desposarse con Margaret Douglas. La pequeña Reina había sido el último obstáculo que se interponía en su camino hacia el ansiado trono; un trono que su hermano a buen seguro compartiría con él.

—Estoy aquí —dijo el conde de Lennox, ignorando a Lymond y mirando directamente el rostro arrebolado de su hermano— para escoltar a este hombre y que reciba los merecidos elogios por su acción, digna del agradecimiento de todo buen súbdito, ya se trate de ingleses, escoceses o franceses. Es evidente que no os asiste razón alguna para mantenerlo bajo custodia, por lo que asumo la autoridad de ponerlo en libertad.

—¿Os envía el Rey? —La voz de d'Aubigny sonó áspera.

—Nadie me envía. El banquete continúa. ¡Sargento, desatadle!

Moviéndose con una rapidez inusitada a pesar de su corpulencia y de su complicado y elegante atuendo, John Stewart, la mano en la empuñadura de su espada, se plantó de un brinco delante de su prisionero, impidiéndole el paso al soldado de su hermano.

—¿Estáis loco? ¿No os envía nadie? Entonces, por Dios que tendréis que recurrir a la fuerza para llevaros a este hombre. ¡No tenéis ningún derecho!

—Me asiste el derecho —dijo Lennox fríamente— ante las graves dudas que ha suscitado vuestra reciente conducta y el que me otorga mi propio juicio, como súbdito, de lo inadecuado que resultáis en la presente situación. ¡Por el amor de Dios! —dijo dirigiéndose al sargento, que había sorteado a d'Aubigny y seguía con su tarea—. ¿Le estáis atando o desatando?

—Está libre, señor —dijo el sargento retrocediendo con la cuerda en la mano.

Estaba libre, por fin. Medio desnudo, sucio, tembloroso por la fatiga, Lymond paseó la mirada, con las cejas enarcadas, de un hermano a otro mientras se masajeaba los doloridos brazos y lanzaba un guiño en rápido gesto hacia el rincón donde estaba Abernaci. Lord d'Aubigny permaneció inmóvil, aquejado de una súbita rigidez, mientras en su confusa mente se sucedían todas las posibles implicaciones de la situación. Le superaban en número. Pero además, ¿de qué serviría resistirse? Era evidente que Matthew con aquel acto estaba renegando de él, estaba reventando sus esperanzas como quien pincha un pellejo inflado. Nada tenía ya sentido, salvo la venganza.

—Dejadle. Maldito seáis. ¡Dejadle! El Rey os mandará ajusticiar por esto —dijo d'Aubigny.

Sólo el silencio respondió a sus palabras.

—El Rey tiene potestad sobre los extranjeros que se permiten interferir en su justicia. Esta vez acabaréis vos en la Bastilla. ¿Y qué creéis que hará Warwick de vos entonces? —insistió John Stewart d'Aubigny.

De nuevo respondió el silencio.

—¿Os he contado ya —dijo Lymond, como recordando algo— que la tía May una vez consiguió empollar un huevo? —Hizo una pausa profundamente concentrado y prosiguió su camino hacia la puerta lentamente. De pronto, se detuvo de nuevo y se volvió hacia d’Aubigny, que miraba aturrido cómo su hermano se alejaba. El joven le dirigió una sonrisa radiante—: Salió un cuco —dijo Francis Crawford en tono prosaico, y salió en pos del conde.

Tras ponerse unas ropas prestadas, cabalgaron juntos hasta las proximidades de la ciudad, donde pudieran ser vistos y su rescate, como Lymond apuntara en tono sarcástico, pudiera serle de utilidad a Lennox. Poco antes, nada más salir de la tienda, Lennox había cedido al impulso de la violencia para con el joven pero este, mirándole con esos ojos azules cargados de risueña ironía, le había hecho sentirse ridículo, por lo que el escarmentado conde no volvió a pronunciar palabra.

Llegados a los jardines, los dos hombres se separaron por deseo expreso de Lymond. Apretando los labios, Matthew Stewart se dirigió al encuentro de su real esposa. En aquella ocasión, el Destino no se había mostrado propicio para con los Lennox.

Lymond siguió su camino relajado, con la intención de acudir aunque fuera con retraso a la cita que tenía con Robin Stewart.

Phelim O’LiamRoe le vio llegar. Los árboles que flanqueaban su caballo parecieron inclinarse a su paso en admirada reverencia. Venía solo.

El joven se había lavado y vestía ropa limpia. Seguramente habría visitado a Michel Hérisson y descubierto que O’LiamRoe no había regresado. Habría obtenido las señas de la cabaña y después, vestido de forma impecable y sobre una magnífica montura, acudía a la cita seguro de que todo estaba por fin en orden. O’LiamRoe no podía imaginar cómo se las habría arreglado para escapar de las garras de d’Aubigny, pero en aquel momento tampoco le importaba.

Lymond le vio y le sonrió. Bajó de su montura y se acercó con paso decidido.

—¡Hola! —dijo Lymond alegremente—. No hacía falta que me esperarais. Robin debe de estar murmurando sus aburridas amenazas por todo Châteaubriant. A decir verdad —dijo tumbándose cuan largo era sobre la mullida hierba—, creo que por hoy ya he tenido suficiente dosis de Stewarts.

Se produjo una pausa.

—Espero —dijo O’LiamRoe en tono grave—, que por lo menos uno o dos de los Stewart sienta lo mismo que vos.

Lymond había cerrado los ojos. Permaneció así durante un rato. Después, abriéndolos lentamente, posó su intensa mirada azul sobre el Príncipe.

—¿Y bien? —dijo.

Erguido en medio del claro, con el corazón latiéndole desenfrenado y una

expresión firme en el rostro, O'LiamRoe señaló con un gesto de su cabeza hacia los oscuros y satinados cristales de los ventanucos de la cabaña.

—Robin Stewart está ahí dentro —dijo el Príncipe.

Lymond se puso en pie a tal velocidad que O'LiamRoe no fue capaz de asimilar el movimiento. Reconoció, eso sí, la rapidez con la que corría hacia la cabaña, pues era la misma con la que aquella misma mañana había salvado la distancia entre la prisión y el lago. En pocos segundos se halló ante la puerta cerrada de la choza. Se quedó allí quieto y en silencio unos instantes, las manos apoyadas en sendos postes. Después, levantó los dedos para llamar a la puerta pero se interrumpió y dejó caer la mano. Entonces, sujetando el pomo de la puerta lentamente, con delicadeza, como si temiera dañarlo, Francis Crawford abrió la puerta de la cabaña de Stewart y entró.

La mesa delataba el paso de los ratones. El queso fresco y el pan recién horneado estaban mordisqueados, y la mesa, otrora fregada e impoluta, estaba cubierta de migas y excrementos de roedores. El fuego se había apagado. Pero el resto de la estancia presentaba el aspecto que Robin Stewart había conseguido imprimir a aquel pobre lugar: la silla restaurada, el suelo impecable, el menguado equipaje en perfecto orden y la espada reluciente. Eran evidentes el esfuerzo, la decisión, el trabajo meticuloso, bien hecho. «De caballero a caballero», había escrito con cuidada caligrafía en la nota que O'LiamRoe había conseguido recomponer durante aquel agónico tiempo de espera, «Os ofrezco mis disculpas y os ruego que compartáis conmigo mi desayuno».

El autor de todo aquello estaba tendido ante el hogar; las manos, limpias, yertas sobre el fregado suelo, la daga caída, manchada con su propia sangre. Yacía en una postura desgarrada, como la que siempre tuvo en vida, perdida definitivamente su postrera y desesperada tentativa de asumir el control de su existencia. Pero aquella triste figura, desde sus limpios cabellos tan cuidadosamente cortados hasta los calzones sin una sola arruga y las lustradas botas, constituía por entero el resultado de la obra de Lymond. Era el propio Lymond, en un último y furioso intento de enmendar su destino, de desafiar lo que estaba escrito en las estrellas. Representaba a Lymond hasta en la intimidad de su fracaso.

O'LiamRoe también lo había entendido así durante aquellas dos horas en que había estado esperando su llegada. El Príncipe miró cómo Francis Crawford entraba en la choza y se sentó pesadamente, embargado por una fuerte emoción que se parecía bastante al placer.

*Mors sine morte, finis sirte fine...* Amortiguado por el canto de los pájaros oyó el tañido de las campanas que llamaban a nonas. Las campanas enmudecieron. No había sonido alguno proveniente de la cabaña. ¿Por qué tardaba tanto?

En Châteaubriant la conferencia debía de estar a punto de terminar. Lymond, el héroe del día, no estaba allí y estarían echándole de menos.

¿Por qué tardaba tanto? Cualquiera que fuera su estado de ánimo, enojado, despechado o a la defensiva, lo lógico sería que saliera y hablara con O'LiamRoe, le hiciera partícipe de sus sentimientos. Y sin embargo, no acababa de abandonar esa cabaña.

O'LiamRoe no aguantó más. Con el corazón encogido y una persistente sensación de frío metida en el cuerpo, se incorporó y se dirigió hacia la choza.

Todo seguía igual. El cadáver de Stewart yacía en el mismo sitio. El joven al que había estado esperando aquel desdichado no iba a poder despertarle de su definitivo letargo. La estancia seguía ordenada. Reparó en la presencia de Lymond frente a la ventana, con las manos entrelazadas y apoyadas sobre el alféizar. Su rostro, ligeramente ladeado e iluminado por la tenue luz que filtraban las ventanas, no era el de un hombre enojado o atormentado por el remordimiento. Lymond se contemplaba las manos, absorto. Podría decirse que meditaba sobre algún problema poco trascendente, salvo por el detalle de su camisa, manchada con la sangre de Stewart y los nudillos y uñas de sus manos, blancos de tan apretados. No se movió, a pesar de la presencia de O'LiamRoe. El Príncipe de Barrow no supo muy bien qué hacer. Se sentía incómodo, como si en su bien alimentado cuerpo no hubiera de pronto espacio suficiente para albergar los pulmones y el corazón.

No hace mucho, en una situación como aquella, se hubiera armado de su acostumbrada ironía y de sus inagotables argumentos filosóficos y se hubiera acercado resueltamente para enfrentar los acontecimientos. Pero eso era antes... La filosofía de Lymond se le escapaba y en cuanto a la ironía, intuía que podía encontrar en el agudo ingenio de Francis Crawford la horma de su zapato.

¿Qué podía decirle? El petulante O'LiamRoe de antaño le habría pasado el brazo por el hombro, pagado de sí mismo, para decirle: «Cuando recibisteis su mensaje ya era demasiado tarde. Nada bueno le aguardaba: el exilio y las galeras, en el mejor de los casos. No merecía que le salvaran la vida. Era un asesino, un hombre que sólo pensaba en sí mismo, dispuesto a todo con tal de allanarse el camino, que no se detenía en pensar en el daño que pudiera causar. Un hombre capaz de matar a una niña, a sus amigos... incluso a vos».

Pero actualmente, el nuevo O'LiamRoe contestaba a eso gravemente: Sin embargo no se trata de eso, en realidad. Se trata de que Francis Crawford hizo todo lo posible por conquistar a Stewart y que una vez conseguido su propósito prescindió de él como si fuera una de sus putas. Aunque el mensaje le hubiera llegado a tiempo, lo más probable es que lo hubiera ignorado igualmente. Que no fuera consciente de hasta qué punto Stewart era su discípulo, hasta qué punto le admiraba e imitaba, no habría de servir para justificar su indiferencia. Lymond debería haberse preocupado de saberlo. *Nous devons à la Mort et nous et nos ouvrages*. La Muerte nos juzgará, a nosotros y a nuestras obras. El sentido de aquella frase en francés sí que lo había

entendido, al menos, pensó desolado O'LiamRoe.

—Parecéis muy concentrado, Phelim —dijo de pronto Lymond, volviéndose hacia él—. ¡Ved cuan perfecto soy!, dijo el rey. Deberíais ser capaz de encontrar alguna disculpa para mí, Príncipe. —El rostro de Lymond parecía una máscara de piedra, su tranquilidad resultaba despiadada, brutal.

—Aprenderéis de vuestros errores —dijo O'LiamRoe suavemente.

—No —dijo Lymond en tono inexpresivo mirando el maltrecho y enjuto cuerpo que yacía en el suelo—. Parece que llevo en mis manos una guadaña invisible. Cada vez que respiro un planeta inocente parece salir despedido de su órbita. —Tras una pausa, continuó—: Imagino que tenéis razón. Lo más seguro sería encerrarme entre rejas, o en una torre, o en una alcantarilla. Son los lugares apropiados para mí, allí podría disertar a placer sobre el destino de los hombres, o reírme de ellos, o rezar por ellos si fuera el caso. Pero no me involucraría, ni ellos conmigo.

O'LiamRoe se abrazó las rodillas, cansado.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo el Príncipe tras un largo suspiro—, de acuerdo por lo que respecta a Will Scott y también por la memoria de Christian Stewart<sup>[43]</sup>. Y por Oonagh O'Dwyer. Y, desde luego, por el hombre que yace a vuestros pies. —Tras unos segundos en silencio, continuó—: Puede que no os hayáis dado cuenta, pero habéis empleado uno de mis típicos argumentos. Yo también soy uno de vuestros discípulos. Me he graduado en vuestra academia. Os concedo la gracia de estremeceros ante mi recién estrenada guadaña.

Lymond, que seguía apoyado sobre la ventana, levantó de repente una mano sin motivo aparente y la volvió a bajar.

—¿Quién os ha hablado de Scott y de Christian?

—Margaret Erskine —respondió secamente O'LiamRoe—. Quiso asegurarse de que fuera bien consciente de quién era ese al que yo me había propuesto condenar a los Infiernos... Dios sabrá por qué me empeño en tranquilizar vuestra conciencia pero, si me permitís una última intromisión, podría daros el consejo que esa dama tan sensata, en una ocasión, me dio a mí sobre vos.

—Os lo podéis ahorrar —dijo Lymond secamente.

Ya había dicho demasiado, pensó el joven. Él era el primero en estar obsesionado por lo acertado de la decisión de optar por la mano dura con la que, no hacía mucho, había tratado al arquero Stewart para que el hombre dejara de compadecerse de sí mismo. *Desearía, había dicho en aquel entonces, sin la menor indulgencia, que nos hubiéramos encontrado hace cinco años. Me habríais odiado, como ahora lo hacéis, pero los Stewart contarían en estos momentos con un hombre... Dios...*

Se dio cuenta de que O'LiamRoe se merecía alguna explicación.

—La semana pasada pude haberle obligado a decirme todo lo que sabía —dijo Lymond— mas, ¡voto a Dios!, como puedo llegar a ser tan pedante, pensé que se

odiaría a sí mismo... pensé que debía salir de él, que no debía forzar el dictado de su conciencia, de sus propias convicciones... que no debía obligarle a decírmelo simplemente por...

—Por el amor que os profesaba —repuso O'LiamRoe.

—No se trataba de amor —contestó Lymond con una voz irreconocible, cargada de desesperación—, era más bien... ¡Dios! No lo sé. Culto al héroe, quizás. Ese parece ser el único sentimiento que soy capaz de inspirar, un sentimiento que sólo aboca a la miseria.

—Si sólo se tratara de eso —dijo O'LiamRoe—, Robin Stewart seguiría aún con vida, y nada de lo ocurrido habría tenido lugar. Yo ya estaría de vuelta en Slieve Bloom, con un pasado anodino y un futuro sin alicientes y Oonagh O'Dwyer seguiría con O'Connor. Aceptadlo. Vos habéis actuado correctamente.

O'LiamRoe se calló. Lymond, respirando entrecortadamente, alzó la barbilla pero no hizo comentario alguno. O'LiamRoe continuó.

—Os enojasteis con Margaret Lennox porque se burló de mí en Londres cuando decidí por primera vez comenzar a involucrarme personalmente en vez de quedarme al margen. Justo después hablasteis conmigo para exponerme los hechos aún sabiendo que vuestras palabras habrían de envenenar nuestra relación. Sin embargo, os digo que obrasteis correctamente con Robin Stewart y que, en mi opinión, el error lo cometisteis después, cuando no atendisteis su llamada. Ya era demasiado tarde, lo sé. Mas teníais que haberlo tenido presente en vuestro pensamiento. Era vuestro hombre. Vos erais su apoyo, y cuando se lo quitasteis, deberíais haber estado pendiente de estar a su lado cuando os necesitaba. Sabéis que sois un líder nato, estoy seguro de que no hace falta que os lo recuerde. Pero ser un líder acarrea una responsabilidad. El que manda ha de saber insuflar ánimos en el débil y decirle lo que necesita oír. El que manda ha de sobrellevar el amor que despierta en los demás, cultivarlo y fortalecerlo. Pero además implica tener que renunciar a su vida privada, a sus dislates y placeres. Implica también que no podéis estimar en demasía a nadie, pues el que estima demasiado pierde la condición de jefe y pasa a ser a su vez dependiente.

—¿Y no se os ocurre que tal vez tanto sacrificio no me compense? —contestó Lymond en tono poco convincente.

Hacía frío. O'LiamRoe dijo algo más, pero Lymond no entendió sus palabras, sumido en una repentina bruma producto de sus desbordadas emociones. De pronto no acertaba a saber si tenía los ojos abiertos o cerrados. Por no saber, no sabía siquiera si se estaba moviendo. Aquello era la última, maldita, pusilánime gota que colmaba el vaso... se sintió desfallecer presa del mareo.

O'LiamRoe se precipitó para sostenerlo pero Lymond se acercó a la ventana, sacudió la cabeza y dio un puñetazo al cristal, haciéndolo añicos. La cabaña se

inundó con el aroma del bosque y O'LiamRoe se detuvo.

Lymond y el príncipe irlandés permanecieron inmóviles durante un buen rato, hasta que por fin el aire fresco, o tal vez el dolor, hicieron reaccionar al joven. Lymond abrió los ojos, enderezó el cuerpo y, después de una leve vacilación, pasó junto a O'LiamRoe y llegó hasta la mesa. Sujetándose las manos, se sentó; en su camisa, la sangre de Robin Stewart y la que manaba de sus heridas se habían unido en una sola mancha roja.

—Os habéis comportado como un niño —dijo el príncipe de Barrow.

Abrió la mochila del arquero en el suelo y se puso a rebuscar en su contenido hasta dar con unas vendas. Volvió hacia donde se hallaba Lymond, que seguía postrado en su silla, perdido en la contemplación de su mano.

Unas cuantas moscas flotaban en la jarra de vino. O'LiamRoe las sacó y colocó la jarra delante de Lymond.

—Robin Stewart hubiera querido convidaros a un trago, así que hacédle honor a este vino... A ver esa mano.

Francis Crawford apretó los labios. Por fin accedió a que O'LiamRoe le hiciera la cura. Puso la mano en la mesa, empujando a un lado la jarra de vino de la que no probó gota. Habló y su voz tenía de nuevo el timbre habitual en él:

—Claro, desde luego. Puro melodrama, como diría mi hermano. —Prosiguió al cabo de un momento—: Gracias, Phelim. La intención era buena... Y no os falta razón.

La mano presentaba dos cortes bastante profundos. Por fortuna, ningún tendón estaba afectado. Cuando O'LiamRoe terminó de poner las vendas, Lymond parecía mucho más sosegado e incluso le dedicó una mirada amable.

—¿Y ahora qué? —preguntó el irlandés.

—Toca organizar las exequias —contestó Lymond resueltamente al tiempo que se incorporaba.

El suelo era bastante blando. Empezaron a cavar en el claro del bosque primero ayudándose de piedras, luego con sus propias manos y, al final, con una pala que O'LiamRoe encontró en un viejo muladar. Depositaron el cadáver de Robin Stewart, envuelto en la capa que encontraron en su mochila, y la insignia con las dos medialunas emparejadas del rey Enrique y de su amante que adornaban la improvisada mortaja brillaron entre el humus de la fosa.

Lymond, imitando a O'LiamRoe, se inclinó en una señal de respeto hacia el hombre que al final de su vida intentó emularlo. Acto seguido empezó a rellenar la fosa, ayudado por el irlandés, hasta hacer desaparecer por completo y para siempre el cuerpo de Robin Stewart.

Era una hermosa tumba. Por lo menos Robin Stewart no había acabado balanceándose en una horca o decapitado y con la cabeza hincada en la estaca del

patíbulo reservado a los criminales, en la entrada del pueblo, o en el camposanto de su familia, a quienes tan poco les había importado. Le habían colocado la espada entre las manos, junto con su mochila. Recubrieron la tumba con pedazos de césped conformando un vivo mosaico.

—Acabemos de una vez con todo esto —dijo Lymond—. Se acercó hacia dónde yacía O'LiamRoe, tumbado en la mullida hierba, y se quedó mirándolo, el rostro desprovisto de emoción, la sangre seca alrededor de la venda que cubría su mano. — ¿Qué fue eso que os dijo Margaret Erskine? Creo que este es el momento de oírlo.

O'LiamRoe levantó la vista hacia él. El sudor perlaba su frente.

—Ah, *dhia*... ¿No os habéis hecho ya suficientes reproches? Fue sólo un consejo, y estaba dirigido a mí tanto como a vos, imagino. Aquellos que tenéis tanta facilidad de palabra, dijo, recordad que algunos viven toda su vida sin descubrir esta verdad: nuestras palabras poseen un poder que puede tener el efecto a la vez más noble y también más terrible sobre el que las escucha, sobre el extranjero que pasa a nuestro lado, sobre el que no es uno de los nuestros ni nos conoce bien. Hablad, dijo, como si vuestras palabras fueran a quedar escritas, grabadas en el plomo para siempre, y como si no pudierais retractaros después. Y asumid las consecuencias.

Lymond permaneció pensativo, la mirada perdida en el verdor dorado de los árboles. Luego, volviéndose hacia O'LiamRoe se quedó mirando los azules ojos del irlandés. A los suyos asomaba vagamente su habitual ironía.

—Bueno —dijo Lymond secamente—, parece que al menos eso sí soy capaz de hacerlo. —Y tumbándose junto al príncipe de Barrow cual animal agotado, se quedó en silencio mirando al cielo.

El canto de los pájaros volvía a poblar el bosque; podía vérselos por doquier en las copas de los árboles o revoloteando de aquí para allá: palomas, pinzones, herrerillos... Las hojas tamizaban la luz decreciente. Debía ser ya media tarde. Sus monturas pacían tranquilamente a la sombra de la alta hierba haciendo tintinear los bocados como si llamaran a misa. Aparte de aquel apacible repiqueteo, la calma era absoluta, la paz, profunda, densa como el vino.

O'LiamRoe, saliendo de un sopor de lo más acogedor, se percató de pronto de que el joven que yacía a su lado no emitía el menor sonido. Obligándose a abrir los ojos, el Príncipe se giró sobre un costado y observó a Lymond.

No tenía de qué preocuparse. Francis Crawford, el otrora Thady Boy Ballagh, dormía plácida y silenciosamente, las inquietas manos relajadas, la rubia cabeza inmóvil sobre la hierba, tan quieta como la de aquel que ambos acababan de enterrar.

—Necesito vuestra ayuda —había dicho O'LiamRoe en una ocasión al hombre que ahora yacía bajo tierra—. *Necesito vuestra ayuda para darle un escarmiento a un diablo sin escrúpulos que se hace llamar Francis Crawford.*

Robin Stewart no lo había conseguido en vida. Pero quizás ahora, pensaba

O'LiamRoe mirando la cabaña de la que ya no salía humo alguno, puede que el fallecido arquero lo acabe consiguiendo, después de todo.

—Lord d'Aubigny —dijo Enrique de Francia—, no abandonará este reino. ¿Queda claro?

Anne de Montmorency, mariscal, Gran Maestre y condestable de Francia, evitó mirar a la Reina. Un golpe de suerte les había favorecido con la ausencia de la duquesa de Valentinois en aquella reunión.

La audiencia había concluido. Todos sabían ya a qué atenerse, aunque los datos concernientes a la dote y a la fecha habrían de concretarse más adelante. El marqués de Northampton había estado magnífico pidiendo la mano de la reina de Escocia para su Soberano, el joven Eduardo de Inglaterra, y había expuesto ante propios y extranjeros un pequeño discurso de corte diplomático:

Su Majestad inglesa era un príncipe sin igual. El reino pasaba por un momento próspero y tranquilo. Los comisionados de las fronteras escocesas, como todos sabían, habían concluido favorablemente los tratados de paz con Escocia. Irlanda parecía aproximarse cada vez más a una política de acuerdos: la justicia del país y su legislación estaban ahora en buenas manos en zonas en las que hasta hacía poco no existía ni justicia ni ley. Las monedas devaluadas habían sido requisadas y se habían adoptado reformas para regular mejor las transacciones mercantiles. Aquel era el momento perfecto, había dicho el marqués mirando a los ojos al rey de Francia y a su condestable, para concretar por fin la antigua promesa de unir a los respectivos soberanos de Escocia e Inglaterra en el largamente ansiado matrimonio.

—No —había rechazado el monarca francés con cortesía.

La reina de Escocia estaba, como todos sabían, prometida con el Delfín.

—Hemos padecido en demasía y sacrificado ya demasiadas vidas por ella —había replicado Enrique de Francia.

Y aquello era definitivo. Northampton había entonces solicitado y recibido para su Rey la mano de Isabelle, la hija de Enrique, que tenía seis años. La cuantía de la dote sería discutida más adelante.

El asunto había concluido por fin. El tratado de mutua alianza y defensa quedaba virtualmente sellado. Y ahora, en su cámara privada, su condestable estaba dale que te pego mostrando pruebas y más pruebas y argumento tras argumento, empeñado en que Stewart de Aubigny fuera puesto bajo arresto.

La acusación tenía fundamento. El rey Enrique era perfectamente consciente. Por eso mismo se sentía ciego de ira. Las corteses palabras del condestable, los sensatos razonamientos de Catalina, no conseguían mitigar el sentimiento de frustración y la herida inflingida a su orgullo. Stewart le amaba... le había amado un día. El niño que había en su interior, el que pasara dieciséis años de su vida en las prisiones españolas,

se resentía ante aquella traición.

—Hoy habéis asegurado la corona de Escocia para vuestro hijo, Majestad — insistió el condestable—. Mantener a vuestro lado al hombre que ha intentado asesinar a María constituye un insulto que ningún reino sería capaz de tolerar.

—Pues que se vaya la Regente, si no le agrada la situación. Que se vuelva a Escocia y se lleve con ella a toda su corte de pedigüeños —dijo Enrique.

—¿Insultaréis a su pueblo? —preguntó el condestable.

—¿Insultaréis a su familia? —preguntó Catalina en tono mesurado.

—Además —dijo el condestable, pensativo—, queda el encantador señor Thady. Está claro que esperará que le rehabiliten y también una recompensa, imagino. Mis hombres me traen cada día nuevas e interesantes noticias sobre el señor Francis Crawford de Lymond. ¿Sabíais que posee un señorío en Seigny?

—Ese joven sirve a mi querida hermana la Regente —dijo Enrique.

Catalina acarició su hermoso vestido con unas manos repletas de joyas y frunció sus gruesos labios.

—Yo diría que... todavía no lo hace de forma oficial —apuntó la Reina—. Apostaría a que aún conserva una cierta independencia.

Se hizo un breve silencio.

—Pues haremos de Seigny un condado —dijo el Rey. Catalina, sonriendo, siguió jugando con sus sortijas—. También estoy pensando en mandar a Su Excelencia d'Aubigny con su compañía de lanceros a guardar las fronteras.

El condestable se revolvió inquieto.

—Sí, pero... debería ser escarmentado... Debería ser hecho público que... —dijo el condestable.

—Como bien sabéis —le interrumpió abruptamente Enrique—, se han prohibido los duelos en este reino. Una prohibición que no se cumple tan a rajatabla como se debería... Y que no incluye, claro está, los que tienen lugar en el campo de justas, con las armas despuntadas. Antes de la cena habíamos previsto celebrar un torneo. Comunicad a lord d'Aubigny y al señor... al señor de Seigny que podrán resolver sus diferencias, sin causarse daños, en ese enfrentamiento. Y que, dado que lord d'Aubigny, según tengo entendido, ha sido el primer ofendido esta tarde, será él quien le desafíe y escoja las armas.

En silencio, el condestable volvió su canosa cabeza hacia la Reina y esta, también en silencio, sonrió dando su aprobación.

El condestable quedaba pues encargado de llevar la noticia a Francis Crawford, recién estrenado conde de Seigny. Sería el condestable, no Diana ni los de Guisa, quien habría de comunicarle la sabia y clemente decisión de Su Majestad Enrique de Francia.

Acababa de nacer un nuevo conde. Un conde que no estaría emparentado con los

de Guisa, ni con los Stewart, ni con los Douglas. Ella y el condestable eran sus fiadores. La reina Catalina miró hacia la oscura cabeza de su esposo. En aquellos ojos, habitualmente superficiales, había una mirada de amor.

El cálido y luminoso día estaba llegando a su fin. Pálidas luces comenzaron a brillar en Châteaubriant iluminando la mole de los dos castillos, el nuevo y el viejo, y los caminos se poblaron de antorchas. Junto al parque, la superficie del lago parecía un espejo del cielo, salpicado de barcas inmóviles, negras, como su negro reflejo. El gran estrado junto a la orilla se alzaba, apagado y silencioso, en contraste con el vecino recinto de las fieras donde el sonido de los animales evocaba una jungla en miniatura y el rechinar de cadenas y las voces de mando quebraban la quietud del atardecer.

Entre el lago y los castillos se hallaba emplazado el campo de justas, de veinticuatro metros de largo por cuarenta de ancho. Bajo el rosáceo cielo, las llamas de los pebeteros delimitaban el gran rectángulo sin llegar a iluminarlo. Entre las sombras se adivinaban las gradas cuajadas de flores para albergar a la corte y el toldo de seda a rayas desplegado sobre las jamugas y escabeles de madera dorada para la realeza. A derecha e izquierda se habían levantado las tiendas para los contendientes y en las cuatro esquinas del rectángulo se alzaban, como cuatro centinelas, las torres doradas de los jueces del torneo.

La menguante luz teñía de rosa y peltre el campo de justas y la multitud congregada bullía y gesticulaba semejante a un teatro de marionetas, su brillante esplendor apagado en un caleidoscopio de grisallas. Las cimeras reflejaban la luz con reflejos metálicos, las plateadas trompetas y los pendones lucían grises como el agua. El gris se imponía sobre sedas y joyas, sobre el plateado brocado de la vestimenta de los arqueros que flanqueaban el estrado, sobre el alistonado palio que protegía a Sus Majestades, sobre el dorado mantel que vestía la mesa de los paladines, sobre las armaduras de los escuderos de la liza. A la luz de aquel atardecer cristalino, todos los ricos y hermosos colores parecían cubiertos de un manto de ceniza.

El largo día exhaló su último suspiro y la noche, azul y líquida, anegó cielo y tierra. Las llamas de los pebeteros brillaron como frutas doradas y los diamantes refulgieron por fin. El resplandor de cada antorcha hizo revivir con renovada y vibrante intensidad los perdidos colores y los rostros maquillados recobraron, en aquella cálida luz, su animada expresión. Sonó el redoble de los tambores. Había llegado la ansiada noche. La liza podía dar comienzo.

Empezó alegre y cortés, con ese desenfado del que sólo Francia era capaz. Las risas acompañaban a los pequeños grupos que iban y venían agitando los penachos sobre las relucientes armaduras: vistosos y enardecidos jóvenes frente a maduros y acaudalados contendientes, paladines bretones frente a otros provenientes de Anjou y

Poitou. Ataviados en sus trajes de baile, adornados con sortijas y pendientes de diamantes que reflejaban las llamas de las antorchas, tiraron a las dianas e intentaron hacer pasar sus lanzas por el aro. El Rey sonreía sentado en su tribuna con la embajada inglesa simada a su derecha.

O'LiamRoe no había vuelto a ver a Lymond desde que, tras volver de la cabaña, fuera convocado para asistir al torneo. A sus oídos habían llegado los rumores que circulaban por toda la corte: tras unas desafortunadas desavenencias, lord d'Aubigny y el señor Crawford habrían sido emplazados a dirimir sus diferencias formalmente en el campo de justas para entretenimiento del Rey. Los cargos de robo y traición que pesaban sobre el señor Crawford se sobreentendía que habían sido retirados.

Aquello, no obstante, parecía una extraña forma de felicitar al joven por su acción en el lago de aquella mañana. Parecía más bien una última y ácida réplica a la memoria del que fuera Thady Boy. O'LiamRoe pensaba sobre todo esto sentado en el puesto que le había sido asignado, peligrosamente cerca del rígido esplendor de los comisionados extranjeros de la embajada extraordinaria. La reina Catalina, sentada a la diestra del Rey, captó la mirada errante del Príncipe con un movimiento de su abanico y le sonrió. El príncipe de Barrow, asombrado, correspondió con una cortés inclinación. Parecía que, por fin y contra todo pronóstico, había sido aceptado en el preciado círculo.

La Reina regente, por su parte, le había obsequiado por segunda vez con un ceremonial de agradecimiento. ¡Cielos!, pensó O'LiamRoe rememorando su incursión en el lago a lomos de Hughie, lo que a buen seguro no se le había ocurrido a ninguna de las decentes criaturas que le rodeaban era que se había demostrado imperativo proveer al elefante de un asiento estable digno de este nombre.

Lennox, su rubia cabeza mirando al frente, estaba sentado bien tieso con sus fofos labios fruncidos en una mueca adusta. Estaba claro que evitaba mirar hacia Northampton, ese pelele de Warwick, y hacia los asientos ocupados por los escoceses. George Douglas, sin embargo, había vuelto su tranquilo rostro hacia estos últimos, íntimamente regocijado ante el desconcierto y la incomodidad ajenas.

El eco de las palabras que resonaban con insistencia en los oídos de Lennox no provenían de su hermano John, sino del desconocido arquero llamado Robin Stewart, muerto a aquellas alturas, gracias a Dios, que se había entrevistado con Warwick haciéndole ver que la Casa de Stewart bien podía pretender el trono de Escocia y que uno de sus ilustres miembros, el conde de Lennox, era el segundo en el orden de sucesión, después de María Estuardo, con la ventaja añadida de que el conde de Lennox era un firme aliado de Inglaterra.

Pero Warwick se había decantado por la alianza con Francia. Y Margaret y él habían salvado el pescuezo, si es que estaban a salvo, a expensas de su hermano John. Los odiaba a los dos. A John Stewart, por haberle puesto en semejante y absurda

tesitura y, por supuesto, a Lymond. Si el rumoreado enfrentamiento hubiera de tener lugar, él preferiría ver muerto a su hermano.

Parecía que el torneo con las lanzas romas había terminado. También habían llegado a su fin los enfrentamientos entre contendientes a pie llevados a cabo con las viseras abiertas y las espadas sin corte. Los escuderos se apresuraban a atender a los paladines, los caballos se alejaban al trote acompañados del balanceo de las borlas, las plumas aplastadas tornaban a enderezarse, la arena a ser rastrillada.

La música sustituyó al sonido de las trompetas durante el descanso, y la arena fue invadida por un grupo de bufones saltarines, entre los que se encontraba Brusquet, algo menos confiado de lo que antaño solía mostrarse.

—En fin, querida —dijo sir George dirigiéndose a Margaret Erskine, sentada a su lado—, parece que ha llegado el momento de rezarle a San Denis, el santo patrón de Francia, para que proteja a las buenas gentes de los demonios, los malos espíritus y de vuestro amigo Francis Crawford. He oído que los heraldos han intercambiado ya los fatales carteles. Por otro lado, siento deciros que Su Muy Noble y Cristianísima Majestad, en su deseo de complacer a todos al tiempo, se ha olvidado de un asunto de vital importancia, es decir...

—¿A qué os referís? —le interrumpió, brusca, Margaret Erskine.

Margaret se sentía enfadada y preocupada. A pesar del innegable alivio que suponía saber a salvo a la pequeña María, la tensión sufrida durante los últimos ocho meses a cuenta de su tempestuoso y díscolo protegido, se veía incrementada por el inminente enfrentamiento. Había llegado a un punto tal en el que lo que deseaba por encima de todo era abandonar Francia. Regresar a su país, verde y fresco, y centrarse en su bebé y en su fiel y resuelto Tom.

Había cumplido la promesa hecha a Lymond largo tiempo atrás de permanecer atenta y vigilante, pero no cumplió, sin embargo, la otra promesa que le hiciera, pues nunca tuvo intención de respetarla. Lymond temía el ascendente que tenía sobre los demás. Tenía que aprender a convivir con ese poder que emanaba de él y sus efectos. Tres personas habían padecido las consecuencias de su presencia en Francia. Nada había hecho Margaret para ayudarles, a él o a esas personas. Consideraba que la servidumbre del liderazgo consistía en soportar esa carga y que Lymond tenía que ingeniárselas solo en ese duro aprendizaje.

Sabía por O'LiamRoe que Lymond había tenido por fin que enfrentarse a esa realidad de la que había rehuído hasta entonces. Sabía, de igual modo, que habían desaparecido otros impedimentos. Ya no existían trabas en su relación con Lymond que dificultaran su comunicación. Por otro lado, Francis se había desligado de su madre, Sybilla, cuyo agudo ingenio nada tenía que envidiar al del hijo. Tiempo atrás, Lymond había optado por alejarse de su madre, optando por una vida más azarosa que la que le esperaba junto a ella. Recordando un comentario que O'LiamRoe

hiciera tiempo atrás, Margaret había preguntado a Lymond:

—¿Tenéis pensado casaros?

Lymond la había mirado sobresaltado en un primer momento y luego, en tono divertido, le había contestado:

—¿Tenéis alguna sugerencia que hacerme?

—¿No se os ocurre nombre alguno?

—Algo he oído acerca de una dama —había respondido un Lymond irónico—, mas no recuerdo ahora mismo de quién se trataba.

Margaret no supo a quien se refería. En todo caso, sabía que Lymond no estaba interesado. Viendo la expresión de Margaret, Lymond se había echado a reír.

—A las mujeres, «mejor azotarlas que consentirlas, someterlas que acariciarlas...» fue una dama quien me lo dijo. Vivo en un mundo de hombres, querida —había dicho Lymond—. Tenéis mi amor, pero nunca podré desposaros.

Sacándose de la mente semejantes pensamientos, Margaret se quedó mirando fijamente a sir George y le espetó:

—¿Qué es lo que ha olvidado el Rey?

—Querida mía, no subestiméis nunca a un Stewart. El Rey ha olvidado que nuestro querido lord d'Aubigny, como parte ofendida puede elegir las armas. Lymond, al estar obligado a defenderse, está obligado a proveerse de una armadura, arma o montura iguales que las que Su Excelencia decida que necesita para enfrentarse a él. Y mucho me equivoco o d'Aubigny se cerciorará de escoger arma, armadura y caballo de tal calidad que Lymond no podrá en ningún caso igualar, por lo que se verá obligado a retirarse humillado. Triste —dijo animadamente sir George—, pero como Periander y vuestro amigo Francis dijeron en una ocasión, más vale prevenir...

—¿Cuándo va a salir? —preguntó María, la reina de Escocia—. ¿Llevará el pelo negro?

—¿Cómo sabes...? No —respondió María de Guisa con aire impotente—. El señor Crawford ya no lleva el cabello negro. Ahora lo verás.

Los enanos habían abandonado el campo de justas.

—¿Van a matarse entre ellos? —preguntó María.

—Por supuesto que no. Va a ser un combate fingido, hija mía. Ahora cállate —añadió su madre.

Se hizo un breve silencio.

—Entonces, ¿van a luchar por una dama? —insistió la niña.

La impaciente respuesta no llegó a abandonar los labios de María de Guisa. Se quedó dudando un instante, concentrada.

—En realidad, no. Pero si lo deseas uno de los dos puede llevar una prenda tuya. ¿Lo deseas?

—¡Oh, mon Dieu, sí! —exclamó la pequeña María abriendo mucho sus ojos castaños y demostrando más entusiasmo que del que pretendía—. ¡Un pañuelo! Mamá no tengo...

—¡Cállate! Dame tu guante. Madame Erskine, buscadme un imperdible que sea grande —dijo la regente de Escocia—. Todavía no he conocido a un hombre capaz de abrochar un imperdible cuando el momento lo requiere.

Las banderas y el sonido de las trompetas anunciaron al público de alcurnia reunido en la tribuna real el comienzo de la liza: Stewart d'Aubigny y Crawford de Lymond iban a batirse por primera vez en combate singular.

Ambos contendientes llegaron precedidos de una doble hilera de escuderos. Los lanceros de d'Aubigny, magníficos con el emblema de los Stewart, desfilaron portando las alabardas alineadas en idéntico ángulo, las cuchillas en forma de hoja de hacha reflejando la luz en su metálica superficie. El séquito de Lymond portaba un nuevo estandarte y lucía una indumentaria que a Margaret Erskine le resultó vagamente familiar. Lord Northampton, adormilado, consiguió espabilarse lo suficiente para elogiarla. Llegados a un punto, la doble fila se dividió revelando a los dos paladines, que avanzaron con aire decidido hacia el Rey.

Ataviado con una opulencia digna de su estirpe y condición, John Stewart d'Aubigny permaneció inmóvil, plantado ante Su Majestad, consciente de que aunque el Monarca le protegía con su clemencia estaba siendo evaluado por sus enemigos. Llevaba puesta una camisa lujosamente bordada en hilo de oro bajo su jubón de malla de acero y un traje cuajado de perlas. Sus zapatos relucían con gruesos diamantes.

Lymond, a su lado, mostraba una expresión que gran parte de la audiencia reconoció, por haberla visto en bastantes ocasiones: intentaba desesperadamente contener un ataque de risa de lo más inoportuno. Era evidente que, o bien no se había molestado en intentar competir con la suntuosa magnificencia de d'Aubigny, o bien no se había dejado convencer para intentarlo.

En realidad no necesitaba hacerlo. Lymond llevaba un atuendo de seda negra rematado con cuello y puños de un blanco inmaculado y, prendido sobre su hombro con un carísimo diamante engarzado sobre un imperdible, un guante de niña. Sobre el pequeño guante, bien visible, había bordada una corona de Escocia. Ambos paladines hicieron una reverencia y los heraldos, acompañados por el maestro de ceremonias, proclamaron el comienzo de la liza.

Lymond levantó la vista hacia la tribuna, repleta de rostros familiares. Allí estaban la Regente y sus nobles, que tanto empeño habían mostrado en cortejarle en Candé; la pequeña María, a la que sonrió e hizo una nueva reverencia llevándose una mano al pecho con gracioso ademán; Margaret Erskine, la apacible y sensata mujer

cuya madurez superaba con creces a la que su madre jamás poseería; George Douglas, que había sido tratado con mucha amabilidad en Francia y quizás no se sintiera tan a gusto al volver a Escocia.

También estaban los Lennox; Margaret, pálida a la luz de las antorchas, no le quitaba ojo. Lymond hizo una leve reverencia en su dirección. Y Diana, la enemiga del condestable y de Jenny Fleming, que le miraba con aire implacable. Distinguió también a los de Guisa que, tras liberarlo por orden de la Regente, habían acabado perdiendo la batalla diplomática ante la facción compuesta por Catalina de Médicis y el condestable.

Vio allí a sus amigos y aliados: a O'LiamRoe, que le sonreía con aire sardónico bajo sus recuperados mostachos; a Michel Hérisson, su corpachón encajado en un rincón, que gritaba a alguien y era silenciado por un guardia. Y sintió, más que vio, ocultos entre los gallardetes y los escuderos, entre las tiendas y los puestos de los armeros, la extraña y torcida sonrisa de Abernaci y la descarada mirada de Tosh.

«Francis Crawford de Lymond, conde de Sevigny», su nuevo título sonó impresionante pronunciado por la fuerte y bien entrenada voz del heraldo. Nada de «señor de Culter», como fuera hasta hacía poco... Bien, aquello era ya agua pasada. María de Guisa era perfectamente consciente. Francis había aceptado de Enrique un título que nunca habría aceptado de ella, para no perjudicar a su hermano, que era el actual conde, sospechaba la Regente. Lymond no tenía intención de comprometerse y jurar fidelidad a ninguna Corona. Apreciaba demasiado su independencia. No lo haría, no se convertiría en un «satélite de la divinidad», había dicho con educada y amable contundencia, ni siquiera por la dulce niña que un día sería reina.

Aquella tarde Lymond había dicho también otras muchas cosas. Al igual que ella. María de Guisa era consciente de que le había confiado la tarea de proteger a su hija esperando que el joven pusiera en ello su fuerza física y su habilidad, creyendo siempre que ella podría controlar las intrigas políticas, rechazando que él se involucrara a ese nivel, aun sabiendo lo experto que era en esas lides.

Hacía trece años que la Reina regente se había casado por poderes en Châteaudun, aquí en el Loira, con el rey de Escocia, y durante esos trece años había hecho de Escocia su patria. Châteaudun no había cambiado desde entonces, pero encontraba que Francia si lo había hecho. Ella había regresado a su patria chica tras largos años de viudedad para solicitar las tropas, el dinero y el poder que habrían de permitirle salvaguardar el trono del nieto que en un futuro, a buen seguro habría de reinar sobre Irlanda, Escocia y Francia juntas.

Pero Francia, que tenía puestos los ojos sobre las riquezas de Italia y tenía a su vieja enemiga Inglaterra ocupada en disputas internas, no estaba ya tan predispuesta hacia Irlanda o hacia la propia Escocia. Encontraba que a Francia le habría complacido más que ella abandonara aquel complicado exilio auto impuesto y se

quedara junto a su hija en el país galo. Su puesto en Edimburgo sería ocupado por un súbdito francés y las mejores plazas fuertes de Escocia ocupadas por tropas francesas, lo que le saldría a Francia mucho más barato que concederle a ella el oro y el compromiso de apoyo que solicitaba para comprar la lealtad de los nobles escoceses hacia la pequeña María.

Sus hermanos se oponían a ello, pero el poder de sus hermanos, aunque grande, no era ilimitado. El Rey era un hombre obstinado; en ocasiones, ni siquiera el condestable o el duque de Guisa, o hasta la propia Diana, lograban hacerle cambiar de opinión. No importaba como acabara todo, al final ella sabía que había acertado al tomar sus propias medidas en secreto para proteger a su hija. No había estado segura de poder fiarse totalmente de nadie en su propio país.

Y tampoco es que hubiera muchos en Escocia en quienes confiar. En los Erskine sí, claro. Eran sencillos, honestos, la servían sin pedir nada a cambio; no hacía falta que nadie le recordara lo que le debía a su consejero mayor y embajador especial. Hacía diez días, en la iglesia de Norham, en suelo inglés, su fiel y querido Thomas, señor de Erskine, junto con lord Maxwell, el obispo de Orkney y el emisario francés de Lansac, habían sellado un tratado de paz entre Escocia e Inglaterra, representada por el obispo de Norwich y sir Robert Bowes. En el tratado, Inglaterra se comprometía a renunciar a los fuertes que poseía en el sur y a los derechos de pesca que ostentaba sobre el río Tweed y cedérselos a Escocia. También aseguraba que los terrenos en disputa de las Marcas occidentales entre los dos países permanecerían neutrales como lo habían sido hasta el momento. Por último, Inglaterra había estado de acuerdo en liberar sin rescate a los rehenes que hacía ya casi diez años seguían en sus prisiones desde la fatídica batalla de Solway Moss. Erskine había anotado por escrito los términos del tratado, que rezaban así: «Aunque Inglaterra podría reclamar con justicia la ampliación de las fronteras que ha conquistado, el Rey, magnánimo e imparcial, accede a reconocer las antiguas Marcas tal como estaban antes de las últimas guerras». Gracias a Tom Erskine, Inglaterra iba a reducir el tamaño adquirido en los últimos cuatro años.

Por otro lado, Inglaterra se había convertido en el refugio de los adeptos a la nueva religión y una tentación más grande si cabe para los inquietos nobles escoceses. Para conspiradores como Balnaves, prisionero en Ruán desde hacía largo tiempo. Para Kirkcaldy de Grange, de quien la Reina sabía que vivía en Francia pagado con dinero inglés. La Regente sabía que podía contar con el apoyo de Douglas, al menos por ahora. También con Maxwell, aunque lo sabía receloso. Lord Hundy, el canciller, era un católico declarado y un partidario seguro en la actualidad, pero era consciente de que era tremendamente ambicioso. Había conseguido contentar al gobernador de momento concediéndole un ducado y un puesto para su joven heredero en Francia, pero iba a ser difícil convencerle de que abandonara su

puesto para dejarle a ella el gobierno de Escocia.

La lealtad de los condes de Glencairn y de Drumlanrig era bastante dudosa, y ninguno se había sentido complacido durante su estancia en Francia. Cassillis tampoco estaba satisfecho con su recompensa pero, al igual que Maxwell, Huntly y los Douglas, iban a estar durante algún tiempo bastante ocupados organizando sus extensos feudos como para pensar en conspirar. Livingstone, el fiel partidario y protector de su hija, había fallecido en Francia. Lord Erskine, su otro protector, se encontraba viejo y enfermo. Los hijos bastardos de su difunto esposo estaban cada vez más inquietos a medida que se hacían mayores... Si Eduardo de Inglaterra muriera, sería sucedido por María Tudor, que era católica, y sus nobles rebeldes adeptos a la religión protestante no tendrían ningún apoyo en aquel país. Por otro lado, María Tudor tenía el apoyo de su primo el emperador Carlos de España, por lo que Inglaterra, de reinar la Tudor, podría verse forzada a romper de nuevo el tratado amistoso con Francia, lo que afectaría a Escocia. A todo esto, los Lennox, católicos de sangre real y ansiosos de poder, eran íntimos amigos de María Tudor.

Así las cosas, María de Guisa había sido consciente de que necesitaba ayuda. «Me daré por satisfecha si está en Francia durante el tiempo que dure mi visita en ese país», había dicho refiriéndose a Lymond antes de partir para Francia. Pero en realidad tenía otras intenciones respecto a él. «De aquí a un año, he de conseguir su lealtad para conmigo», había añadido más tarde, y eso sí que lo había dicho en serio.

Pero el concepto que de él tenía la Regente era el de un estrafalario aventurero, lo cual, desgraciadamente, Lymond parecía haberse esforzado en corroborar desde el comienzo de su estancia en Francia hasta el final. Sólo durante su permanencia en Londres, tras el mensaje que había recibido de O'LiamRoe, había dado ella su brazo a torcer, consintiendo en ofrecerle el puesto de heraldo que tan sardónicamente había aceptado. Ese papel lo había interpretado el joven de forma brillante. Y después había perseverado en su principal objetivo.

Su objetivo había sido salvar a María, y así lo había hecho. A qué secretos había tenido Lymond que prestar oídos apoyado en el amoroso regazo de Francia, la Regente no lo sabía. A dónde habrían de conducir las recientes zalamerías de la reina Catalina y el condestable, prefería no pensarlo. Cómo habría sentido Lymond las atenciones de sus hermanos y el creciente afecto que había despertado en el rey de Francia, era algo que ella tan sólo podía imaginar.

María de Guisa había tenido sus motivos para intervenir en el episodio del jabalí. Había intentado probar a los que albergaban sospechas sobre su relación con el heraldo que no existía un vínculo entre ellos. Lo había hecho también para poder solicitar para él clemencia si al final le descubrían. También había querido proporcionarle una ocasión para lucirse, ya que tanto parecía gustarle, y cosechar la admiración y el aplauso de la concurrencia, demostrándole que ella lo consideraba su

favorito y lo quería a su lado.

Pero una vez más, viendo el disgusto pintado en su mirada azul, la Regente se había dado cuenta de que había vuelto a equivocarse. Se había equivocado y lo había perdido. Lymond había salvado la vida de María y asegurado la nueva y floreciente relación entre Inglaterra y Francia. Había desacreditado a los Lennox y llamado la atención del Consejo francés. Había conseguido despertar la admiración de George Douglas, sirviera eso para lo que sirviera. De haber llegado a tiempo, sin duda habría conseguido influir sobre la atolondrada Jenny Fleming, estaba segura. Hasta qué punto había acabado involucrándose en los asuntos de Irlanda y de O'LiamRoe, era algo de lo que no podía estar segura, aunque tenía sus sospechas. A poco que se esforzara, Lymond podría tener numerosos partidarios en Escocia. Si quisiera hacerlo, Francis Crawford podría fácilmente conseguir para ella la lealtad de todos los escoceses que estaban en Francia.

No obstante, durante aquella extraña audiencia vespertina, María de Guisa no dijo nada de todo eso. En su lugar, habló con emoción y sentimiento de todo lo que Lymond había conseguido, pasando de puntillas sobre su forma de actuar y sobre los riesgos que había corrido y haciendo hincapié en su aguda percepción y gran sentido político, llegando tan cerca de la humildad como su condición de reina y princesa de Lorraine le permitían.

Ella siempre supo que Lymond, cuando renegó de él, guardó silencio no por lealtad a su Reina sino por el amor que profesaba a su país.

María de Guisa le habló de sus planes. Regresaría pronto a casa. Estaba esperando a que su hijo se recuperara, pues no se encontraba bien. Esperaba con ansiedad las noticias del mariscal de St. André referentes al ofrecimiento que le habían hecho a Inglaterra de casar a su hija María con el joven rey inglés a cambio de las posesiones inglesas en Francia.

Lymond estaba informado de ese dato. A la Reina nunca dejaba de sorprenderle toda la información de que Lymond disponía.

—Inglaterra nunca renunciaría a Calais en base a una promesa tan vaga como esa —había respondido el joven—. No tenéis por qué preocuparos.

Después la Regente le había pedido que se quedara en Francia.

—Cuando los hombres os decepcionan, vos los abandonáis —había dicho María de Guisa—. Si la Corona no está a la altura de vuestras expectativas, la abandonáis igualmente. Un hombre solo, señor Crawford, un hombre sin partidarios, es como un meteorito que navega fuera de órbita por el espacio, destinado a arder hasta consumirse desperdiciando su peligrosa y cegadora potencia en el lugar en el que arbitrariamente haya caído. Vos poseéis el don de sacar la grandeza de los más débiles. Yo os ofrezco la posibilidad de moldear a una niña y hacer de ella una reina digna de vuestra patria.

La Regente había añadido muchas más cosas. Francis Crawford recibiría el título de caballero. Sus dominios de Lymond serían engrandecidos y reconstruidos por los mejores arquitectos franceses. Recibiría unas rentas y dividendos nada despreciables. Y a su retorno a Escocia, cuando decidiera volver, podría recrear en sus propias tierras la belleza y el esplendor de Francia.

En la audiencia entre Lymond y María de Guisa no habían estado presentes ni siquiera sus damas de compañía. La Reina se había vestido con esmero para la ocasión. Le había ofrecido su mano y permitido tomar asiento en su presencia. Pero en el curso de la conversación, la Regente, acostumbrada a tratar con el sexo masculino olvidándose del suyo propio, se había dado cuenta con creciente irritación de que Lymond, sentado inmóvil y respondiendo de modo lacónico y escueto a sus preguntas, se había formado una opinión sobre ella largo tiempo atrás y se comportaba con el mismo desapego e indiferencia con los que se dirigiría a un sapo partero que... pensó María de Guisa en un arranque de rabia, daba la casualidad que era la reina madre de Escocia.

—Os estoy ofreciendo tutelar a una niña —había insistido la Regente.

Y él, en aquel tono cortés e indiferente había respondido:

—Entonces debéis enviarla a Escocia, pues allí es donde estaré yo.

—Creo que no estáis entendiendo la magnitud de lo que os ofrezco —había apuntado María de Guisa tras una larga pausa.

Él le había respondido mientras se levantaba al tiempo que ella, mirándola con esos ojos claros que delataban su juventud. Esa juventud que ella añoraba y codiciaba y con la que podría luchar de igual a igual con el hatajo de salvajes criaturas que eran todos esos Douglas, Stewart, Hamilton y sus ambiciosos hijos, y todos los bastardos reales provistos de insultante juventud que un día habrían de disputarse su trono vacío.

De pie ante ella, mirándola con un rostro que respiraba por todos los poros esa envidiable juventud, Francis Crawford de Lymond le había respondido:

—He entendido vuestra oferta y la rechazo. Si deseáis que haga de líder, lo haré. Formaré en Escocia una tropa capaz de competir con cualquier Tercio del mundo. Permaneceremos en Escocia durante los doce meses del año. Si necesitáis de mí, mandadme buscar... mas no siempre habré de acudir.

—¿Ni siquiera por la niña? —había preguntado María de Guisa.

—Ni siquiera por la niña —había respondido él y, por un instante, su mirada había delatado la vida que se escondía tras esos ojos azules a la que ella no sabía cómo acceder—. Hace cuarenta años —había dicho Lymond— nuestro país poseía la belleza y esplendor de Francia, y mucho más. Pero desaparecieron en Flodden y no podemos recuperarlos de nuevo como el que prende una rosa en la solapa, pues es claro que se marchitará. Tendrán que crecer de nuevo, y ser preservados. Lo he

pasado bien —dijo Lymond—. Pero el tiempo de cometer locuras ya ha terminado.

En aquel momento Francis Crawford aguardaba tranquilo a que acabara el heraldo. El guante de la niña descansaba sobre su hombro prendido con el grueso diamante. D'Aubigny no despegaba la vista del maestro de ceremonias de la liza, esperando a que sacara el papel que, tras ajustarse los anteojos sin los que desgraciadamente ya no podía enfocar, procedió a leer:

—En el presente torneo, la elección de las armas ha recaído sobre Su Excelencia John Stewart, Chevallier, Seigneur d'Aubigny, de la Verrerie y le Crotet. A continuación procederé a enumerar la lista de armas y monturas elegidas que, como es sabido, deberá ser igualada por su oponente so pena de anulación del combate.

Douglas había estado en lo cierto. Aquella grosera y autoritaria costumbre del mundo de las armas era bien conocida y se podía aplicar con malicia en un enfrentamiento deportivo o por una apuesta. La parte ofendida ostentaba el derecho de obligar a su oponente a proveerse de una selección de armas digna del adversario al que se iba a enfrentar. Podía, si así lo deseaba, designar una por una las espadas, los escudos, las armaduras y los caballos que habrían de utilizarse en la lid.

Y eso es lo que d'Aubigny había hecho. La extensísima y detallada enumeración de las armas y equipo que el maestro de ceremonias leía, fue celebrada por la concurrencia con un coro de exclamaciones que acabó convirtiéndose en claras carcajadas.

—Monturas: Una pareja de yeguas turcas enjaezadas, con las crines y la cola recortadas y provistas de silla de montar. Una pareja de jacas ensilladas y con armadura trenzada y otra pareja de jacas españolas con sus sillas de cuero y las colas recortadas. Dos asnos enjaezados con gualdrapas de terciopelo y cabezales de latón.

»Armas: Dos alabardas de oro adamascado y otras dos con borlas de seda. Dos picas. Una pareja de pistolas italianas, último modelo. Dos arcabuces de mano con su correspondiente munición. Dos alfanjes. Dos puñales de doble filo con un medallón de San Humberto en la empuñadura y otros dos de filo simple. Dos estoques y dos espadas bastardas suizas de empuñadura sencilla y acero doble.

»Vestimenta: Dos justillos de cuero acolchado revestidos de malla de acero. Dos corseletes grabados en oro y plata adamascada. Dos guardabrazos de acero milanés y dos de acero alemán. Dos corseletes ligeros. Dos escudos decorados en plata y tiras de cuero y otros dos con tiras de hierro. Dos pares de guanteletes. Dos morriones con plumas y con...

Las risas cesaron mucho antes de que el maestro de ceremonias concluyera la interminable lista. Aquella burla había cesado de parecerle tan ingeniosa a la audiencia, que aguardaba con la esperanza de presenciar un combate. El maestro de ceremonias acabó su lectura en medio de un silencio sepulcral y dobló el papel.

D'Aubigny dirigió a Lymond una mirada llena de júbilo y luego, con la cabeza erguida y una sonrisa triunfal en sus labios, se volvió hacia el Rey.

Sonaron las trompetas.

—*Monsieur le Comte*, ¿disponéis de armas y equipo semejante? —preguntó a Lymond el maestro de ceremonias.

—Sí —contestó Francis Crawford con la misma fruición que un novio aceptando a su amada en el altar.

El silencio era tal que podía oírse el crepitar de las antorchas en cada uno de los pabellones. Entonces, los escuderos de su reducido séquito comenzaron a avanzar de dos en dos ayudados por otros sirvientes, y de pronto el hermoso atuendo que lucían y que resultaba familiar fue claramente identificable: era el que los pajes del rey de Francia habían lucido uno o dos días atrás. El séquito de Francis Crawford de Lymond, avanzando en fila de a dos, colocó sobre la mesa de ceremonias del campo de liza la armadura más hermosa de toda Europa.

La bellísima armadura que el rey Enrique había lucido en Blois había sido diseñada por Gamber. Las corazas doradas estaban decoradas con leones grabados. Los morriones tenían en la cresta cuernos de carnero adornados con plumas de avestruz prendidas con hebillas de diamantes. Cada una de las espadas tenía una funda propia, de terciopelo adornado con rubíes una, de seda cuajada de perlas la otra. Las pistolas y los arcabuces yacían en estuches de cuero repujado junto con su munición. Fueron traídos los caballos, magníficamente enjaezados, que piafaron ariscos ante el extraño silencio, las sillas relucientes de cera bruñida.

Los integrantes de la embajada inglesa, atónitos, se enderezaron en sus asientos y emitieron pequeños sonidos admirativos. Los caballeros y damas francesas sentados cerca del Rey guardaron un prudente silencio. Todos y cada uno de los cortesanos allí presentes reconocieron la armadura, los caballos y las armas de Enrique, rey de Francia.

Aquello constituía el mayor desaire que John Stewart d'Aubigny jamás sufriera. Quedaría indeleble en su memoria para el resto de sus días, que posiblemente transcurrieran en algún oscuro confín lejos de la corte prestando algún servicio intrascendente para la Corona a la que tan oscuramente había servido. Además le había sido inflingido públicamente, proclamado ante toda la corte allí reunida. La muerte habría sido más clemente para lord d'Aubigny.

Se quedó mirando largo a rato al Rey tras haber echado un rápido vistazo a las armas allí expuestas. En ningún momento se dignó mirar a Lymond.

—Estoy satisfecho —dijo en un tono ligeramente más agudo de lo habitual.

El maestro de ceremonias, buscando en vano en el rostro del Monarca, del condestable o del propio Lymond una pista sobre cómo proseguir, dijo embargado de un desesperante desconcierto:

—Decidid, entonces: ¿qué arma elegís?

Era un capitán de lanceros después de todo. En el último instante intentó recomponer su orgullo hecho jirones. Ignorando al maestro de ceremonias, d'Aubigny volvió su apuesto rostro hacia la tribuna real engalanada con dorada seda y estampada con la flor de lis que tiempo atrás él mismo luciera sobre su pecho y su espalda.

—No elijo ninguna —dijo d'Aubigny mirando a su Rey—. Me doy por desagraviado y retiro mi desafío.

En la tribuna, el contenido rostro del Rey permaneció inmutable.

—Os ruego que no nos decepcionéis —dijo—. Nos y nuestros amigos aquí presentes esperábamos presenciar algo de deporte.

—El deporte ha concluido —dijo John Stewart en voz baja.

El Rey le concedió su permiso para retirarse.

John Stewart d'Aubigny se marchó caminando con paso firme rodeado de su séquito, con las banderas en alto. La partida de la espléndida comitiva no fue despedida con gritos de júbilo ni con abucheos. Cruzó la arena del campo acompañado del silencio hasta que por fin se desvaneció en la noche. La caída de un favorito del Rey era celebrada en la corte con discreción.

En el campo de justas el vidame, acariciando con suavidad el hombro de Lymond, le estaba invitando a luchar con él. Los integrantes de la delegación inglesa, removiéndose en sus asientos, evitaban mirarse a los ojos unos a otros. Northampton sonreía.

Lymond y el vidame lucharon montados sobre dos jacas y ofrecieron a la concurrencia un bonito combate. El vidame, que no acostumbraba a cortejar a sus amigos con un puñal en la mano, no paró de hablar durante toda la competición.

Francis Crawford luchó tranquilo, como un autómatas, la mirada perdida en algún lejano lugar que sólo él alcanzaba a vislumbrar, y ganó. Cuando todo terminó, tras los besos, las felicitaciones y los laureles, todavía absorto, dirigió a su jaca hasta la tribuna donde se hallaba sentada la corte escocesa, y con experto movimiento detuvo al pequeño equino y procedió a desenganchar el guante de su hombro.

Alzó la mirada y la luz, a medida que levantaba el rostro, tiñó de oro sus cabellos y fue desvelando cejas, pómulos y nariz de aquel hermoso rostro mientras el joven observaba a la pequeña Reina.

María se puso en pie y volvió a sentarse, enfadada. Un bucle pelirrojo escapó de su tocado y se posó sobre el alféizar de la tribuna.

—¡Pero si no habéis luchado contra lord d'Aubigny! —exclamó contrariada.

—No... Vuestro padre, el Rey, lo hizo —dijo Francis Crawford.

La niña abrió mucho los ojos.

—¡Yo no lo he visto! —exclamó María.

—Fue un combate de otro tipo. Pero sí que he luchado contra alguien. ¿No os ha satisfecho mi adversario?

—¿*Monsieur le vidame*? —dijo la niña en tono claramente desdeñoso—. ¡Me regala gatitos!

—¡Vaya! —exclamó Lymond con aire interesado—. Eso es algo que a mí no me ha regalado todavía. Me ponéis en un aprieto. Si el combate con él no os ha parecido suficiente, me temo que tendré que conservar vuestro guante hasta que encuentre a alguien que lo sea. ¿Qué os parece?

—Sí, excelente. Conservadlo, señor Crawford. Guardadlo para alguien que sea verdaderamente peligroso. Como aquella irlandesa que me quería hacer daño, ¿no?

—No, Alteza. Estábamos equivocados con ella. La dama es una amiga. —Lymond, sintiendo que aquella conversación estaba despertando el agudo interés de la Regente, cambió de tema—. He de irme Majestad. He oído que O'LiamRoe va a enseñar a la corte a jugar al hurley y me temo que, además de un médico y un sacerdote, van a necesitar unos cuantos hombres sobrios antes de que termine el partido. Pero si voy a quedarme con vuestro guante, al menos dejadme que os dé una prenda a cambio.

Dicho esto, Lymond depositó sobre la mano extendida de la niña el enorme diamante.

La Regente se lo arrebató.

—¡Ma mié, no! Señor Crawford, ella no puede aceptarlo. Es demasiado.

—Pertenece al Rey —dijo Lymond alegremente—. Creo que, al contrario que toda esa chatarra —dijo refiriéndose con humor a la armadura—, no espera que se lo devuelva.

Una pequeña venda asomaba bajo el guantelete del joven. La Regente le entendía demasiado bien. No quería servidumbres, ni obligaciones, ni responsabilidades... excepto las que él mismo se planteara. Aunque, por otro lado... había conservado el guante de la niña.

—¡Contadme una adivinanza! —pidió la pequeña Reina.

La jaca comenzaba a impacientarse. Su jinete llevaba quieto demasiado tiempo.

—Aquí no estamos en privado —dijo Francis Crawford—. A vuestro servicio, Alteza —dijo sonriendo y cogió las riendas.

—¡Entonces cantadme una canción! —insistió la niña.

Era su paladín. Había luchado llevando su guante. Todos debían ver lo bien que se llevaban. Pero él se limitó a sonreír de nuevo, le hizo una reverencia y se marchó, seguido de un aplauso cerrado proveniente de cada rincón, sus escuderos tras él, su estandarte bien alto sobre su rubia cabeza.

María lo vio partir, entre contrariada y absorta y empezó a cantar bajito. Margaret Erskine distinguió su voz entre el alboroto. La pequeña Reina, subiendo el tono,

comenzó a interpretar ella sola la canción que un día cantaran juntos, imitando con gracia aquella voz incomparable. La voz que a lo largo de aquel invierno había cantado para el rey y la corte de Francia, y había jugado con sus reinas.

Rey y Reina de Cantelon,

¿Cuántas millas hay hasta Babilón?

*Ocho y ocho y otras ocho.*

¿Llegaré allí aún de día?

*Si tenéis buen caballo y un buen guía.*

¿De cuántos hombres disponéis?

*... De más de los que vos nunca tendréis.*

***FIN***



DOROTHY DUNNETT (Dunfermline en Fife, Escocia, 1923-2001) es una escritora escocesa, más conocida por la serie de novelas «Crónicas de Lymond».

Estudió en el High James Gillespie's School for Girls, y al terminar, trabajó para la administración en la Scottish Office of Public Relations, durante quince años.

Trabajó como pintora, haciendo retratos a personajes escoceses, y exponiendo en importantes galerías.

Fue miembro de la Junta de Síndicos de la Biblioteca Nacional de Escocia, administradora de la Scottish National War Memorial, directora del Festival del Libro de Edimburgo, y directora de la Televisión Escocesa.

En 1992, fue nombrada Dama de la Orden del Imperio Británico.

Autora conocida principalmente por sus series de novela histórica Crónicas de Lymond (seis libros). The House of Niccolò (ocho libros), también se dedicó a lo largo de los años a la creación de una serie de misterio que quedó inacabada (Johnson Johnson), cuyo personaje principal, un retratista, es en realidad agente del servicio secreto británico. Firmó esta serie con su nombre de soltera para separarla de su obra principal.

# Notas

[1] N. del T.: Las frases que aparecen en los encabezamientos de cada capítulo son extractos de las Leyes de Brehon, por las que se rigió Irlanda hasta hace pocos siglos. Se piensa que fueron redactadas en el período comprendido entre los siglos V y X d. C. <<

[2] N. del T.: del latín vicedominus, título francés que designaba al representante del obispo.<<

[3] N. del T.: Hace referencia al romance del siglo XIII «Aucassin y Nicolette». <<

[4] N. del T.: institución que regula la heráldica en Escocia.<<

[5] N. del T.: zona alrededor de Dublín bajo la jurisdicción inglesa.<<

[6] N. del T.: no todo es malo en la guerra, ni bueno en el amor. <<

[7] N. del T.: por cien mil pares de demonios. <<

[8] N. del T.: un cangrejo se os ha comido los mostachos. <<

[9] N. del T.: la autora hace un juego de palabras intraducible. Pickled en inglés significa a la vez escabechados y borrachos. <<

[10] N. del T.: lo que hacéis no son milagros, sino maravillas. <<

[11] N. del T.: El Diosecillo del Amor <<

[12] N. del T.: balada en gaélico de explícito contenido sexual. <<

[13] N. del T.: canción vulgar irlandesa.

<<

[14] N. del T.: es un mariquita, pero frígido. <<

[15] N. del T.: profesor o ministro de la iglesia escocés. <<

[16] N. del T.: Haile Carolus (medio Carolus) suena en inglés como Hail Carolus (viva Carolus). Lymond les hace saber que ha escuchado el comentario burlón de Condé sobre la supuesta obsesión de los escoceses por el dinero y sobre su acento, así como el resto de su conversación. <<

[17] N. del T.: ¡Un mariquita, sí, pero de frígido nada! ¡De frígido nada en absoluto!

<<

[18] N. del T.: Al mundo le aburro y él a mí. <<

[19] N. del T.: ¡Georges! ¿Qué pasa? ¡No, no os vayáis! <<

[20] N. del T.: ¡Bertrand! ¡Debía de ser Bertrand! <<

[21] N. del T.: alude a un duelo que hizo famoso al señor de Jarnac, que ganó un duelo con una finta hasta entonces desconocida.<<

[22] N. del T.: Es Belaud, mi gatito gris, Belaud, el que mata las ratas... De hocico pequeño y dientes pequeños.<<

[23] N. del T.: la autora hace un juego de palabras con la *Pucelle d'Orléans*, la Doncella de Orléans, que era el apodo que se dio a Juana de Arco después de que liberara Orléans del asedio de los ingleses.<<

[24] N. del T.: ver «Juego de Reyes»<<

[25] N. del T.: Hermana en realeza, no de sangre. <<

[26] N. del T.: Sansón perdió sus quevedos. Bienaventurado es el que nada posee. <<

[27] N. del T.: En la época, el título de heraldo Chester existía como tal y fue concedido a un hombre llamado William Flower. <<

[28] N. del T.: Antiguo libro de leyes irlandés. <<

[29] N. del T.: artista. <<

[30] N. del T.: A tres vi, pero a uno adoré. <<

[31] N. del T.: Ay de mí. <<

[32] N. del T.: Virgen Santa. <<

[33] N. del T.: la autora se refiere aquí a la ejecución de Tomas Kildare por el rey de Inglaterra. Tomas se había entregado a los ingleses después de que estos le hicieran la promesa de perdonarle la vida. <<

[34] N. del T.: de hecho fue el último «Ard Ri» o rey de toda Irlanda. Enfrentado en una guerra a otro noble irlandés, solicitó el apoyo de Enrique II Plantagenet. A partir de entonces, Inglaterra tomaría las riendas de Irlanda. <<

[35] N. del T.: apodo en gaélico (Tomás el Sedoso) de Tomas Kildare, por su afición a vestir prendas de lujo. <<

[36] N. del T.: una de las tres Moiras de la mitología griega, la que ponía fin a la vida de los mortales cortando con sus tijeras la hebra hilada por Cloto. <<

[37] N. del T.: Balder es el dios nórdico de la pureza, la inocencia y la reconciliación. Lymond se está refiriendo aquí al príncipe de Barrow. <<

[38] N. del T.: Coronaron al hombre equivocado. <<

[39] N. del T.: en castellano en el original. <<

[40] N. del T.: ebanista de Francisco I, ejecutó notables «boiseries» en los castillos del Loira por orden del Rey. <<

[41] N. del T.: en francés del original <<

[42] N. del T.: juego de palabras intraducible. La «C entrometida» se refiere a la nota musical C, pero suena como la palabra inglesa *Sea*, aquí referida al lago. <<

[43] N. del T.: Personajes que aparecen en «Juego de Reyes», primera novela de las Crónicas de Lymond. <<